

CCIÓ

J. FINNET

DEUDA
DE ODIO

PQ2378

.03

D488

1907



1020026720



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





DEUDA DE ODIO

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Num. Clas. N
Num. Autor Oh 383 d
Num. Adg. 30651
Procedencia -8-
Precio _____
Fecha _____
Clasificó Cy
Catalogó _____

JORGE OHNET

Deuda de odio

VERSIÓN CASTELLANA

DE

Juan García Al-deguer

SEGUNDA EDICIÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MADRID

DANIEL JORRO, EDITOR

23, CALLE DE LA PAZ, 23

1907



85701

30651

843
Q

PQ 2378



ES PROPIEDAD

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS
DIRECCIÓN GENERAL

MADRID.—Ginés Carrión, impresor, Verónica, 13 y 15.

Deuda de odio

PRIMERA PARTE

I

Una brumosa y fría mañana de Diciembre, se hallaban reunidos, hablando y riendo, delante de un hermoso fuego, en el salón de una alegre quinta situada en el camino de la Seyne, siete hombres, el mayor de los cuales no pasaba de cuarenta años. Acababan de abandonar una mesa de juego, en la que las cartas y las fichas esperaban la continuación de la partida. Al dar las doce, el dueño de la casa, médico mayor de marina, dejando por un instante solos á sus huéspedes, fué á ver cómo andaba el almuerzo. El sol mostrábase tímidamente afuera, y en el aire voltijeaban los copos de nieve impulsados por un fuerte mistral que doblaba las flexibles ramas de los tamarindos, silbaba en las mimosas y los olivos, y ponía en dolorosa tensión los nervios de los habitantes de la Provenza. Un joven, que vestía el uniforme de teniente de navío, golpeaba maquinalmente con los dedos en los cristales mirando hacia el jardín.

—Y bien, Listel, ¿qué miráis?—preguntó uno de los que fumaban, arrojando al fuego su cigarrillo apagado.

—Nada absolutamente, querido amigo.

—Entonces ¿en qué pensáis?

—Absolutamente en nada.

—Ese es el principio de la dicha. Yo, tengo hambre.

—Pues vais á quedar satisfecho, porque Houchard ha ido á dar un vistazo á las hornillas y á comunicar las últimas órdenes á su ama de llaves.

—Parece que es hoy cuando se prueba la famosa sopa de cangrejos y de rodaballos.

—Roubion tiene que conformarse.

—Ya sabéis que pretende que esa sopa no está buena más que con salmonetes y langostinos.

—¿No sabe lo que se dice!—exclamó un hombre grueso, que entró al mismo tiempo que un fuerte olor de cocina.

—Houchard, me recuerdas á los dioses mitológicos, que se presentaban envueltos en un perfume de ambrosia..... Hueles á trufas..... amigo mío, ¡buen augurio!

—¡Las tendréis y con vino de Champagne! Pero volviendo á las teorías de Roubion.....

—No hablemos de eso..... Estamos seguros de tu victoria. En tu casa no puede haber inferior nada culinario. Has nacido cocinero. Si tu familia no te hubiera destinado á cuidar de la salud de las gentes, tu vocación te habría llevado á destruirla á fuerza de platos suculentos.

—Sí, sí, bromea. Yo tomaré mi desquite enseguida con cierto pollo á la provenzal y un arroz.....

—Cállate, ó no tendré fuerzas para esperar un segundo más.

—Sin embargo, hay que tener paciencia todavía por un cuarto de hora.... Por lo demás, aún no han llegado todos los nuestros.

—¡Vaya un tiempo perro!—dijo uno de los convidados que había reemplazado al teniente Listel en la ventana. Se pone completamente de nieve.

El cielo se había llenado de sombras de pronto, y los copos, más espesos, caían pesadamente en el aire helado. El jardín, en unos cuantos minutos, se puso todo blanco, y por fuera extendiase un silencio ahogado.

—¡Y hay enfermos que vienen expresamente de París para tiritar aquí!

—¡Esto es una sucursal del Polo Norte!

Abrióse la puerta del salón, y se interrumpieron las conversaciones.

En el dintel, sujetando las hojas, como para impedir que se viese la antecámara, mostrábase un buen mozo de unos treinta años, de rostro encuadrado en rubias patillas, de ojos grises y boca riente, y cuyo elegante traje dejaba descubrir, por infinitos detalles, al militar vestido de paisano.

—¡Calle! Es Burel..... Vamos, pesado, te has hecho esperar.

—Tengo una excusa..... Adivinad á quién os traigo.

—Si es el buen tiempo, que sea bienvenido.

—¡Es algo mejor! Porque el buen tiempo volverá cualquier día. El cielo de Provenza no está sombrío mucho tiempo. Y el amigo que tengo aquí, no estábais muy seguros de volver á verlo.

—¿Quién es? No nos hagais esperar, dijo el teniente con tranquila indiferencia.

—¡Mirad!

El recién llegado abrió del todo la puerta, y, apartándose, hizo pasar antes que él á un hombre de mediana estatura, vestido con su capote de ordenanza, curtido el rostro por los vientos y enfla-

quecido por las fatigas. En un instante cambió la escena. El doctor se levantó de su sillón, todos se levantaron, y de todas las bocas salió con regocijado asombro este nombre:

—¡Ploerné!

—Sí, queridos amigos, Ploerné, á quien acabo de agarrar, hace un momento, en la puerta de la prefectura marítima, y que os traigo á almorzar, si lo queréis como convidado.

—¡Vaya una duda!

—¿Y de dónde llegáis, querido amigo?

—¿Cuánto tiempo hace que estás en Tolón?

—¿Vuelves para quedarte?

—¿Cómo estás de salud?

Todas estas preguntas cayeron sobre el joven, que seguía en medio del salón, un poco aturdido, sonriendo con dulce expresión, sin pensar en despojarse de su pesado abrigo. Pero sus amigos acudieron apresuradamente y, mientras que él contestaba con calma, le quitaban su *kepís*, su capote, su sable, y lo dejaban junto á la chimenea, de gala, como había tenido que vestirse para presentarse á su jefe, mirándolos á todos con ojos enternecidos.

—Sí, estoy bueno, aunque vengo de allá con una licencia para convalecer. Estoy en Tolón desde esta mañana, desembarcado del *Provenzu*, vapor de las mensajerías Orientales que llega directamente de Shang-Hai. Y vuelvo para quedarme.

—¿Y has dejado á los compañeros bien?

—No muy bien. El servicio es duro y la campaña mala. Hemos perdido mucha gente.

—¿Estabais con Marchand?

—Sí; ha muerto del cólera en Formosa.

—¿Y Briqueville?

—Lo han matado en Fou-Tcheou.

—¿Y Darner?

—Murió del tifus en Hanoi.

—¿Y Serrurier y Bonet?

—¡Muertos!

Reinó el silencio. Ninguno se atrevía á preguntar más á aquel aparecido del país de los duelos. Parecía que la fúnebre palabra «muerto,» debía seguir á cada nombre pronunciado. Todos aquellos valientes, habituados sin embargo al peligro, agrupados alrededor de Ploerné, lo miraban con espantada curiosidad.

—¡Eh, querido! ¡Pero vuelves con los cuatro galones!—exclamó el teniente Listel.

—Sí—dijo Ploerné. Y bajando la voz, como si temiese herir á aquellos de sus camaradas á quienes acababa de aventajar en grado, añadió:—A consecuencia de mis heridas fui propuesto por el almirante, y nombrado.

A estas palabras: «el almirante,» reinó un grave silencio, y todas las frentes se llenaron de sombras.

—¿Estabas con él, Ploerné?

—Sí, como ayudante de órdenes, en reemplazo de Desvareennes.

—¿Estabas presente cuando murió?

—Sí, me había restablecido de mi herida y había vuelto á bordo. Murió en mis brazos.

—¿Verdad que lo que ha hecho con la escuadra ha sido admirable?

—Sí, señores. Era un jefe de primer orden. Todo el mundo tenía en él una confianza inquebrantable. Si hubiera dicho á los hombres: «Vamos á tomar el cielo al abordaje,» habrían contestado: «Andando.» Y habrían ido. Con él nada había imposible, sabía querer vencer. La marina ha sufrido en él una pérdida inestimable.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

“ALFONSO REYES”
1625 MONTERREY, MEXICO

—Y tú has perdido un buen protector.

—¡Ah! señores, para mí todo el daño material es bien poca cosa comparado con el daño moral; aquel hombre excelente hará más falta á mi afecto que á mi ambición, porque dejo el servicio..... Si os he dicho hace un momento que volvía para quedarme, es porque presento mi dimisión.

—¡Cómo! ¡Pero estás loco! ¿A los treinta y dos años, con tu grado y tu hoja de servicios?..... Tendrás las estrellas á los cuarenta y cinco años..... ¿Y renuncias á ese porvenir?

—Sí, amigos míos—dijo Ploerné, con su dulce firmeza;—renuncio á todo lo que la vida me prometía de más glorioso..... Y el sacrificio que hago me es fácil, porque en cambio tengo la dicha asegurada.

—¡Ah, querido! ¿Con que vas á casarte? Sólo por una mujer abandona la mar un marino como tú..... Si estás enamorado haces bien..... Nuestra carrera es exigente, es preciso consagrarse á ella por completo, y el marino que en una tormenta ó enfrente del enemigo tiene otra preocupación, otro cuidado que la salvación del barco que dirige ó de la tripulación que manda, siente vacilar su espíritu y temblar su alma. Nuestro corazón debe latir en las entrañas mismas de nuestra nave, ó somos malos jefes. Haces bien, Ploerné, al no querer dividerte entre dos amantes. Pero es preciso que la mujer á quien das tu cariño sea muy hermosa, porque tú amas la mar.

—Sí, es muy hermosa y vale la renuncia que hago por ella. Cuando la conozcáis opinaréis que, con estos aires de sacrificarme, doy poco para recibir mucho.

—Todo eso está muy bien: estás contento de tu

suerte, cosa bastante rara para que no se la admire.

—Pero, queridos amigos—dijo el doctor—me parece que con el entusiasmo de este dichoso encuentro, olvidamos el objeto de esta reunión, que es el de almorzar.

—¡Ah! He aquí el materialismo de estos médicos. Cuando somos todo corazón, venir á recordarnos nuestro estómago.

—Al grano, que son las doce y media..... ¿A quién se espera todavía?

—Al marqués de Girani.

—Se habrá distraído en Monte-Carlo, y no volvería ayer.

—Vamos á la mesa..... Si ha de venir, esto le hará llegar.

Houcharad llamó, y al criado que acudió le dijo:

—Servid.

Los convidados se dirigieron al comedor en un amigable desorden. Su huésped era un fino *gourmet*. Era fácil adivinarlo sólo con ver el arreglo de la mesa. Delante de cada cubierto extendíase una colección de copas de todos los tamaños y de todas las formas, desde la pequeña para el *chateaux-yquen*, hasta la larga y estrecha para el *champagne*, pasando por la mediana para el Borgoña, y la de color amarillo para el vino del Rhin. El mantel, aunque era invierno, estaba cubierto de flores. ¿Pero es que las flores no crecen bajo la nieve en aquel afortunado país de Provenza? Hermosos cangrejos en pirámide hacían *pendant* á un formidable pastel de *foiesgras*. Y el *caviar* alternaba con los rosados langostinos.

El sol, asomando por entre dos nubes, dejaba caer un rayo sobre la cristalería y la vajilla, dán-

doles un alegre brillo. Todo estaba cuidado, todo era agradable y tentador, hecho para el placer de los ojos y el regalo de los labios.

—Vamos, señores, sentaos—dijo el anfitrión con imponente solemnidad—abramos la sesión, y al diablo los retrasados.

—No los hay—respondió una voz sonora,

Y un hombre joven, elegante y vivo, entró riendo en el comedor.

—¡Ah! Girani, ¡ya estáis aquí! ¡Sea enhorabuena! Estrechad la mano á estos señores y sentaos. Demasiadas ceremonias nos retrasarían. Os presento solamente á nuestro camarada el señor de Ploerné. Querido amigo, el marqués de Girani. Y basta de ceremonias..... Entreguémonos por completo al almuerzo.

El recién venido se había inclinado graciosamente y habiase sentado entre el doctor y el teniente Listel. Ploerné, sentado al otro extremo de la mesa, miraba al italiano con curiosidad. Era el único de los convidados á quien no conocía. Era el único paisano entre todos los militares reunidos en el comedor. Era el único extranjero entre aquellos franceses. A primera vista, la presencia del joven disgustó al comandante, y encontró anormal la familiaridad tan estrecha de sus amigos con el marqués. Este, aunque en dos ocasiones encontró fijos en él los ojos de Ploerné, no parecía dar la menor importancia á la inspección que sufría. Muy desahogado, muy alegre, muy familiar, agradable y complaciente convidado, comía con buen humor y reía, con una encantadora facilidad, de lo que decían sus compañeros y de lo que él mismo decía. Era un guapo mozo, de tez aceitunada, de ojos oscuros, muy lánguidos para rostro de hom-

bre, de bigotes rizados y de blancos dientes. Su atrevida frente, coronada de negros cabellos crespos, hacía más visible lo que había de algo afeminado en su fisonomía. Hablaba sin acento, pero con esa volubilidad y ese gangueo particulares de los napolitanos, que dan á la voz una sonoridad chillona. Sin embargo, á pesar de su charla insustancial, parecía estar sobre sí, y si respondía con abundancia cuando se dirigían á él, no hacía por dirigir la conversación.

Después de observarlo físicamente, Ploerné quiso tener algunos informes sobre la posición social que ocupaba. Inclínose hacia su vecino, aquel buen mozo rubio que lo había llevado, y le dijo:

—¿Qué es este italiano?

—Pues el marqués de Girani.

—Eso no me dice nada; el marqués de Girani... ¿De dónde viene? ¿Qué hace? ¿Cómo lo conocéis?

—¡Vaya una curiosidad! ¿Lo tomas por un espía?

—¡Quién sabe!—dijo gravemente el comandante.—Desde la guerra, ¿no está infestada de ellos la Francia?

—Querido amigo, este es un buen vividor para pensar en otra cosa que en divertirse. Ama demasiado las mujeres, el juego y la buena mesa para alimentar negros designios. Las almas profundas no tienen ese ardor de alegría. Los conspiradores no están siempre de diversión. ¿Dónde diablos alojaria en su cerebro una idea seria? No piensa más que en reir.

En efecto, el italiano, como para confirmar la opinión emitida sobre él, reía en aquel momento con la risa fresca y ruidosa de un niño.

—¿Y hace mucho que tú y tus camaradas estáis en relaciones con él?

—Desde el principio del invierno. Lo hemos encontrado en Mónaco, mientras que estábamos anclados en Villafranca. Listel, que se había dejado desplumar como un monigote en el treinta y cuarenta, pero desplumar hasta el último céntimo, no sabía cómo volver abordo, cuando el marqués de Girani, que había jugado en la misma mesa que él, adivinando su embarazo, se puso graciosamente á su disposición. Volvía en carruaje á Niza, y trajo de paso á nuestro camarada. Listel fué á darle las gracias y Girani le devolvió su visita. En una palabra, es un buen muchacho, y nos hemos hecho amigos suyos. A decir verdad, no puede pasarse ahora sin nosotros; es de todas nuestras partidas.

—Sois muy confiados en la escuadra—dijo con ironía Ploerné.

—Y en China, sois muy desconfiados.

—Es conveniente.

—¡Pero aquí, en plena paz!

—¡Qué demonio! En plena paz es como se prepara la guerra. Con los Girani, ayudados por la leal honradez y la hospitalidad ciegas de algunos oficiales del ejército de tierra ó de la marina, es como la Italia puede poseer los planos de nuestras defensas de los Alpes y el inventario de los cañones de nuestra escuadra.

—¡Tonto! ¡Como si fuera difícil conocer el número de nuestros cañones! Basta con pasearse por el puerto para saberlo.

—Sí, pero lo que no se sabe más que en vuestra compañía, son nuestros temores, nuestras esperanzas, nuestros proyectos, nuestros planes. Sois discretos, lo sé bien. No decís nada. Sin embargo, un día se os escapa una palabra que no tiene significación en sí misma, pero que, relacionada con

otra escapada la vispera, se aclara. Y de palabra en palabra, de día en día, un tunante, indiferente en apariencia, muy avisado en realidad, tal como ese Girani, sabe tanto como nosotros sobre la movilización de la escuadra y sobre la designación de sus comandantes. Y todo esto se hace en medio de las partidas de juego, de las copas de *champagne* y de las correrías con mujerzuelas.

—¡Demonio!

—Ahora te digo esto—añadió Ploerné al ver á su amigo un poco confuso—pero nada prueba que haya algo fundado en mi suposición. Vuestro amigo será un perfecto caballero que, como tú crees, no piensa más que en reír, en amar y en beber. Pero también podría ser otra cosa, sin que lo sospechárais. Y esto no depende más que de él. ¡Bah! hablemos de otra cosa. Nosotros los tonkineses, como nos llamáis, lo vemos todo muy negro. ¡Hemos sufrido tanto!

La comida había llegado al punto en que el hambre, ya amortiguada, permite al *dilettantismo* gastronómico ejercitarse con discernimiento. El doctor Houchard quiso dar algún respiro á sus convidados y para procurar algún entreacto saludable, dijo dirigiéndose á Ploerné:

—De modo, querido amigo, que es tan rudo el servicio en aquellos mares de China durante la mala estación.... Y los barcos ¿qué tal se portan?

—De la mejor manera posible—respondió el joven. Ya sabéis que según lo que vale el comandante, así vale la nave. Nuestros viejos barcos se han portado como acorazados completamente nuevos. Pero acabada la campaña, todo eso no servirá más que como hierro viejo. El bloqueo de Formosa ha sido terrible. Durante días y días he-

mos estado cruzando con tiempos que no permitían salir afuera un chino. Y surcábamos la mar sin otra esperanza que volver á comenzar al día siguiente la dura faena que habíamos hecho la víspera, sin un momento de reposo para la gente, sin un descanso en tierra. Siempre sobre las olas y bajo el cielo; con aquella pícara costa en el horizonte, y alrededor huracanes, tifones, golpes de mar que hacían temer que la madera y el hierro se hicieran una tortilla..... Y la disenteria á bordo: decíase que era la disenteria; pero, aquí para entre nosotros, era el cólera. Todas las semanas desaparecían algunos de nuestros bravos marinos, y cuando no se podía tocar en tierra porque el tiempo era muy malo, se les decía una misa en el puente, después se arrojaba el pobre cuerpo por una porta, y allí desaparecía en las profundidades de la mar tormentosa, que arrullaba lo mismo el sueño de los muertos, que la vigilia de los vivos. De este modo hemos visto partir muchos, y en el mar y en la tierra hemos sembrado bastantes huesos. Otros reemplazaban á los desaparecidos. Dichosos los que, siendo pobres, caen heridos por el enemigo, porque las viudas de los que sucumben estenuados por las fatigas y minados por la enfermedad no cobran la pensión entera..... Si, amigos míos, entre el que muere del cólera ó del tífus á millares de leguas de la madre patria, y el que cae herido por una bala ó un casco de metralla, las oficinas establecen diferencia. La piel del uno no vale lo que la del otro. Y entre bravos que han sido iguales ante el peligro, los reglamentos crean la desigualdad de la muerte.

—¡Ah, querido amigo! Si quieres reformar, trabajo te mando. Estamos expuestos á cien injusti-

cias de esta clase. No es únicamente en China donde se ven cosas chinescas; el palacio de la calle Real posee una hermosa colección de ellas.

A estas palabras, alzóse una protesta enérgica alrededor de la mesa.

—¡Al diablo! ¡Aquí no se habla de política! Hablad de amor ó de guerra, decid bien ó mal de las mujeres, según vuestro temperamento, pero dejad pudrirse en paz la administración..... Ploerné, hablanos de las mujeres de aquel país.

—¡De las horriboras annamitas de dientes ennegrecidos por el betel, de labios quemados por la cal!..... ¡Ah, amigos míos, no llaméis á eso mujeres!

—¡Qué diantre! Yo he conocido á algunas chinas que no eran tan despreciables..... Y en cuanto á las japonesas.....

—¡Encantadoras!—exclamó Listel.—No tienen más que un defecto, y es querer ahora vestirse á la europea. Sus negros ojos, sus pómulos salientes y su tez cobriza, eran una cosa tan linda con el amplio ropaje bordado en colores brillantes.....

—En todos los países se va perdiendo el color local. Constantinopla ya no se podrá ver dentro de diez años..... Y, gracias á los caminos de hierro, la Persia entera se vestirá pronto en la *Bella Jardinería*.... ¡Ah! Ya se conoce que estamos en la época de la nivelación general: antes de poco, el progreso nos habrá igualado á todos en lo mezquino y lo horrible.

—Ese es el porvenir reservado al mundo. Todo será mediocre. Ya no se conocerán los grandes refinamientos del lujo. Y excepto los diez ó doce millonarios que se repartirán la fortuna del mundo, nadie tendrá nada exquisito, delicado y único. El

artículo de bazar, en todo, bien acondicionado y á precio reducido: he aquí lo que nos espera. Del mismo modo que los hombres parecerán pruebas más ó menos feas sacadas del mismo modelo, tan parecidos serán, los objetos industriales, artísticos, de cualquier naturaleza que sean, serán reproducciones idénticas. Todos usarán el mismo sombrero, la misma levita, el mismo paraguas, el mismo carruaje, el mismo mobiliario. La bagatela rara, el *bibelot* precioso, la chuchería encantadora y muy cara, ya no existirán más que en las colecciones de los museos. Ya no se hará de estas cosas más que por millares á la vez, todas vaciadas en el mismo molde, fabricadas con la misma materia y el mismo color. Vamos hacia la uniformidad universal. ¡Y esto será terrible!

—¿No veis un ejemplo de eso en las construcciones modernas?—dijo el italiano con su voz sonora. Mirad los barrios nuevos que se alzan en Nápoles, en Roma..... Todas las casas son en ellos semejantes. No sólo las casas vecinas, sino las casas de París edificadas al mismo tiempo. Cinco pisos, y la misma fachada..... A menos de mirar el número, puede uno entrar en la casa del vecino creyendo entrar en la propia.

—Pues bien, amigos míos, probad este coñac—dijo el dueño de la casa con autoridad, y podréis afirmar que en ninguna otra parte lo hay semejante. ¡Es un producto exquisito y raro! Pero Listel tiene razón. Dentro de diez años ya no se le podrá beber. ¡Ya no se sabrá dónde encontrarlo!

El café perfumaba con su aroma el comedor. Un delicioso bienestar invadía á los convidados. Las flores sofocadas comenzaban á inclinarse marchitas. El humo del primer cigarrillo subía en es-

pirales al techo. Afuera el tiempo se ponía cada vez más sombrío, y la nieve caía densa, pesada y silenciosa. Entre aquellos hombres, jóvenes todos y libres, porque allí no había más que solteros, la conversación sería al principio, después satírica, había tomado un giro galante, y ahora hablaban de mujeres. Ardiente objeto de controversia, si cada cual hubiera emitido su opinión ó querido hacer triunfar sus preferencias, pero los convidados se limitaban á contar sus intrigas ó sus aventuras. Y los honores de la descripción eran para las señoritas fáciles de Tolón ó de Marsella, las actrices de segundo orden y algunas burguesas inflamables. Nada especial, nada nuevo: los clásicos amorios de guarnición. Y, aparte el barrio en que vivía la hermosa, el color de sus ojos ó de sus cabellos, su nombre, su alegría ó su melancolía, aquello era siempre el mismo amorio, con el mismo principio y el mismo desenlace. Completamente lo mismo que en la industria.

Hablando, hablando, se habían levantado y pasado al salón. Allí, embutidos en profundos sillones, con los ojos entornados y un buen cigarro en los labios, los jóvenes se sentían mejor inclinados á las confidencias, y desde hacía una hora ninguno tenía secretos para su vecino.

Sólo Ploerné permanecía grave y escuchaba sin tomar parte en aquel coro de indiscreciones. Además de que, por su carácter, no se sentía inclinado á publicar sus buenas fortunas, como volvía de lejanos países nada tenía que contar. Examinaba con un poco de desdén á sus camaradas, ocupados en tales miserias. La austeridad de la vida que había llevado, hacía dos años, en medio de las fatigas y de los peligros sin número, le hacía

severo para aquellas futilidades de ociosos obligados á llenar así los vacíos de su existencia. No recordaba haberse parecido á ellos. Juzgábalos según sus impresiones del momento, y le invadía una tristeza infinita al sentirse tan poco en comunión de ideas con todos aquellos hombres, iguales á él, y de los que ahora se sentía tan por completo separado.

Después pensó que acaso se encontraba en su compañía por la última vez, que todo, en el porvenir, iba á alejarle de ellos, y que, por consiguiente, su penosa impresión no podía durar porque no tenía ninguna razón de ser. No supo, sin embargo, luchar contra la melancolía que le invadía de modo irresistible. Mientras que estuvo tan lejos de Francia, por las noches, sobre el puente de su barco, enfrente de la inmensidad del cielo y de la mar, no recordaba haber experimentado una sensación de aislamiento tan completo, como en medio de aquellos jóvenes que reían, bebían y fumaban, contando sus conquistas amorosas.

Hizo un nuevo esfuerzo para sustraerse á esta impresión, y su pensamiento le llevó lejos de aquella reunión alegre, á un medio lleno de calma y de serenidad. Era no lejos de Niza, á orillas de la mar, en un recodo de la bahía de Villafranca, al pie mismo de la torre sarracena que corona la punta de Saint-Hospice: una *villa* blanca y rosada, escondida entre la verdura y las flores. Allí vivían, en una apacible soledad, tres mujeres, una de edad y dos jóvenes, esperando su vuelta, llenas de impaciencia. Su tía, la señora de Saint-Maurice, con la inquietud de no vivir bastante para volver á verle; y sus dos primas: la una, con la impaciencia de una amistad fraternal; la otra, con el ardor de una ternura prometida inalterable.

En el salón, cuyas ventanas daban al mar, veía á las tres mujeres reunidas, trabajando tranquilamente, sin sospechar que el ausente estuviera tan cerca de ellas. ¡Qué sorpresa y qué dicha cuando apareciera de improviso! Porque no debían esperar verle antes de dos meses, después de sus últimas cartas. Habiendo partido súbitamente, no había podido escribir, porque debía llegar al mismo tiempo que el correo; y en cuanto á telegrafiar, se habría guardado bien de ello, temiendo asustar á su tía, de la cual conocía el horror por esas misteriosas hojas azules que parecen ocultar siempre en sus pliegues cerrados el anuncio de una desgracia.

Y además, se quería proporcionar el egoísta placer de su alegre asombro. Sonaba la campanilla de la verja; los ladridos del perro anunciaban la llegada de un criado que venía á abrir. Y allí estaba Leila, aquella cuarterona, nodriza de su novia, traída de la isla de Francia por la señora de Saint-Maurice, y que al reconocerlo, lanzaba un grito de estupor; y la casa se animaba como por encanto. La anciana tía se asomaba á una de las ventanas, y las dos primas acudían corriendo con los brazos extendidos, los ojos llenos de alegría y la sonrisa en los labios.

¡Ah! ¡Qué cuadro tan encantador! ¿A cuál abrazaría más bien, á la amiga ó á la novia? Aquella, cándida y franca, con la cual no tenía segunda intención ni sentía embarazo, á quien había tratado siempre como camarada; la otra, complicada y fantástica, á quien temía siempre, aun amándola, y con la que nunca sentíase en toda su libertad de espíritu. ¡Oh! Como quiera que fuere, siempre serían encantos y delicias para el desterrado que iba á volver á encontrar á la anciana tía, respetada como

una madre, y á las dos jóvenes, una de las cuales le prometía para toda la vida una hermana encantadora y adicta, y la otra una mujer linda y adorada. ¡Cómo sentía prisa de acabar sus asuntos con sus jefes, para devorar el camino y correr hacia la casa entrevista en todos sus sueños! ¡Y cuán mezquino é inútil y bajo le parecía todo lo que no era la dicha de volver á ver á las que le preocupaban únicamente!

Se engolfaba en sus pensamientos con delicia; y estaba tan abstraído de todo lo que le rodeaba, que sólo al cabo de algún tiempo volvió, casi con sorpresa, á darse cuenta de las cosas exteriores. Parecióle que se despertaba de un sueño demasiado largo, durante el cual había estado bajo el encanto de deliciosas imágenes. La voz del marqués italiano, cantante y matizada, llegó á su oído. Girani, con toda clase de precauciones y de reticencias, comenzaba el relato de una aventura de amor. Sus compañeros le habían dado broma con su mutismo, cuando todos se entregaban á las confidencias, acaso á las habladurías. Pero él no había respondido al pronto á sus vivas exhortaciones. Su rostro seguía impenetrable, sin poder, sin embargo, disimular una sonrisa que llevó al más alto punto la curiosidad de los asistentes.

—¡Ah! Sois muy reservado, marqués: estoy seguro de que de todos nosotros sois el más favorecido. Buen mozo como sois, rico, libre, ¡vaya! debéis de tener mucha suerte con las mujeres..... En este momento tenéis todo el aire de un hombre que saborea una secreta dicha.....

Girani seguía callado y, sin embargo, el brillo de su mirada, la palpitación de sus labios, su rostro radiante, eran las más elocuentes de las confe-

siones. Los otros, empeñados en saber lo que quería callar, le apremiaban. ¿No podía contar su aventura, sin dar á conocer á su seductora heroína? ¡Porque ésta debía ser encantadora, no cabía duda!

—¡Oh, sí, encantadora—dejó escapar el marqués.

Una exclamación general acogió esta frase imprudente; y ya en la pendiente de la indiscreción, el italiano dejó irse á su lengua. Ahora contaba ya su novelesca intriga, y todos estaban silenciosos, atentos, cautivados, algo celosos. Fué en Mónaco, visitando el palacio del príncipe, donde había encontrado á la que adoraba, acompañada de otra joven y de una señora anciana. Nada más honesto que el aspecto de aquellas niñas, bajo la vigilancia de su parienta. Se había apartado discretamente, pero siguiéndolas de lejos, seducido por su gracia decente y su candorosa alegría. Durante una hora las había seguido así, escuchando sus reflexiones, sus observaciones, sus preguntas al conserje que las guiaba, embriagándose con su encanto y no sabiendo cuál le gustaba más, si la morena ó la rubia. Porque de las dos jóvenes la una era rubia y la otra morena.

Ellas no parecían ni siquiera haber notado su presencia, y si, para bajar una escalera oscura y difícil, no hubiera ofrecido el apoyo de su mano á la anciana señora, sin duda que no habrían advertido su presencia las dos encantadoras turistas. Al llegar al patio se volvieron y le dieron las gracias con una sencilla sonrisa. A la puerta del palacio subieron á un landó bien enganchado, y tomaron el camino de la Condamina.

El se había quedado en Monte-Carlo con los

ojos deslumbrados por la belleza tan diferente, y tan perfecta, sin embargo, de las dos jóvenes, y con el alma llena de su recuerdo. Había estado en el *treinta y cuarenta*; había perdido una gran cantidad, é indiferente á su mala fortuna, había pasado el resto del día pensando en aquellas dos hermosas que le habían conquistado tan pronta y tan seguramente, y á las que, según todas las probabilidades, no debía volver á ver.

Pero la casualidad se había encargado de ponerlas otra vez en su presencia y de indicarle claramente cuál era la que estaba destinada á amarle. Por ocupar el tiempo un día, había formado el proyecto de visitar la fragata americana que todos los años hace estación en la rada de Villafranca, y después de dos horas empleadas en una inspección detallada que le facilitaron con su amabilidad los oficiales, había vuelto á tierra. Antes de tomar el tren dió un paseo por la orilla de la bahía, por los caminos floridos y llenos de sombra, mirando el azulado mar quebrarse murmurante contra los rojos arrecifes, y mecer en sus plateadas olas las largas algas verdes que arrastraba al fondo como cbelleras de náyades.

Andaba por allí sin plan fijo, lleno de la alegría de vivir que nace del ambiente puro, de la brisa ligera y del cielo sin nubes, cuando en un recodo del camino se encontró frente á frente con dos mujeres que venían cogiendo flores. La primera era una cuarterona, vestida con un *madrás* rojo, de piel cobriza, que llevaba en sus brazos un manojo de mimosas y de jazmines. La segunda era una de las dos jóvenes encontradas en el palacio Grimaldi. Se reconocieron, y, con una sonrisa, ella contestó á su saludo. Después pasó adelante, y él,

sin poder contenerse, la había seguido, de lejos para no inquietarla, sin perder de vista, á través de los claros de los árboles, su traje blanco que se destacaba sobre el fondo de verdura. De este modo había llegado á una *villa* blanca y rosada, oculta entre flores. La joven entró en ella; y después de una larga espera delante de la puerta, seguro de que allí era donde ella habitaba, había él emprendido otra vez el camino de Monte-Carlo, con el corazón profundamente agitado y el espíritu ocupado únicamente por la bella desconocida.

Este relato llegó al principio distraídamente á los oídos de Ploerné. Soñaba. Pero súbitamente, los personajes del relato del italiano se convirtieron, por un fenómeno inexplicable, en los mismos de su sueño. Tres mujeres: una vieja y dos jóvenes. Y un secreto instinto le advertía que eran las que él evocaba, en el mismo instante, en su pensamiento. ¿Por qué? ¿No podían ser otras las que Girani había encontrado? ¿No importa! Apoderábanse de él un temblor interior, una angustia dolorosa, y, sin que nada motivase su inquietud ó sus celos, sufría cruelmente. Escuchaba al italiano, que proseguía su relato, vulgar en sus peripecias de aventura amorosa: acecho para ver á la hermosa habitante de la *villa*; permanencia prolongada en la orilla de la bahía, para cambiar con ella una mirada; después repentino atrevimiento que, ofreciéndose una ocasión, le impulsaba á hablar, y desdeñosa cólera de la joven. Entonces una carta para excusarse, y su persistencia en escribir, aunque no le contestaba. Y en fin, la connivencia de la mulata, que se había interesado en su causa. Todo el sucio desarrollo de la aventura galante con aquella desgraciada niña, en medio del humo de los cigarros, bajo

la mirada encendida de aquellos hombres, entre las reflexiones y las preguntas ultrajantes: he aquí todo lo que Ploerné oía. Y no había manera de dudar de que fuesen las mismas mujeres que él ansiaba volver á ver, la misma casa hacia la cual se dirigía con tan alegre anhelo. Sus esperanzas, su dicha, todo había sido derrumbado, profanado en un segundo. Y el hermoso lago límpido en el que su vida se reflejaba tan dulce, cambiábase en una fangosa charca de la que se apartaba con horror.

Entretanto el italiano, con su voz cantante, proseguía su historia. Hablaba de las citas en el jardín embalsamado, durante las dulces noches tan hermosas como los días, á la claridad de la luna que prestaba su misterio al encanto de los coloquios en voz baja. Apoderóse de Ploerné un inmenso dolor. Imponíasele la certidumbre, aunque quisiera cerrar los ojos á la precisión de los detalles que atestiguaban la horrible realidad de los hechos. En aquel naufragio de todo su ser moral, flotaba una sola ilusión. En la casa deshonrada había dos jóvenes. ¿Cuál de ellas estaba perdida? ¿La hermana ó la novia? Elección atroz que le desgarraba el corazón, pero que había que hacer, sin embargo. Y llegaba á esperar que la que lo había olvidado todo, fuera la que él no amaba más que como á una amiga, como á una compañera de la infancia, y que la que él adoraba hubiera sabido conservársele tierna y fiel. En su pensamiento se planteaba este problema: ¿Cuál? Y temía preguntar, tanto como sufría por no saberlo.

Pero en lo que no vacilaba era en el odio súbito, formidable, salvaje, que inflamaba todo su ser contra el héroe de la galante aventura. Pálido, con los dientes apretados y los ojos inflamados, recogía

sus fuerzas como para arrojarse sobre el italiano. Su corazón saltaba hasta ahogarlo. Y sin embargo, su cerebro estaba tranquilo, casi helado: calculaba lo que iba á hacer; sus manos temblorosas, cerradas, se agitaban en amenazas inconscientes, presurosas por golpear; y su cabeza razonaba con lucidez. Se decía: «No puedo interrumpirle bruscamente para abofetearle. Debe haber al menos una corta explicación entre este miserable y yo, para que mis amigos no se imaginen que me he vuelto, de pronto, loco furioso. Y sin embargo, es preciso que yo le insulte, que le escupa mi cólera y mi desprecio á la cara, que me dé el placer de devolverle lo que él acaba de hacerme sufrir durante un cuarto de hora.»

Una confusión de voces le advirtió que el relato estaba terminado. Los convidados cambiaban sus impresiones alrededor del marqués sonriente.

—¿Qué suerte tiene este Girani! ¡Si, ciertamente es una buena fortuna!

—¡No hay como estos morenos de cara pálida para enloquecer á las mujeres!

—Una verdadera novela y de las más interesantes.

—Ahora se comprenden las ausencias del querido marqués.... Está con más frecuencia en los alrededores de Villafranca que en Niza y Monte-Carlo, ó con sus amigos de la escuadra.

—Señores, ¿me censuráis?...—preguntó el italiano con fatuidad.

—No por cierto.... ¿Pero cuál será el desenlace de la historia? Toda historia necesita un desenlace.... Si la joven es de buena familia, y rica, y si

la amáis como nos habéis dicho, casaos con ella, querido.

El italiano quedó un momento pensativo, una nube pasó por su frente, y después reapareció su sonrisa:

—Si, casarme con ella, sin duda; ¿pero qué diría la marquesa Girani, que está en Florencia?

—¡Casado! ¡Diablo! vaya una complicación..... ¡No nos habíais dicho que estuviérais casado!

—Vivo bastante mal con mi mujer, y no hablo de ella fácilmente. Pero existe, y en Italia no tenemos el divorcio..... Por lo demás, la marquesa es una ferviente católica, y resistiría á una tentativa de ruptura del lazo conyugal.

—¿Y sin embargo, adoráis á esa joven?

—La adoro.

Hubo un momento de silencio; luego una voz, cuya aspereza hizo vibrar los nervios de todos los asistentes, pronunció estas palabras:

—Entonces es preciso, para que os hayáis portado con ella de ese modo, que seáis un miserable.

Restablecióse el silencio profundo, pesado, mortal. Todos los convidados de pié, inmóviles, miraban á Girani, que se había puesto pálido, y, á tres pasos de él, á Ploerné que sonreía, pero con una terrible sonrisa.

—¿He oído mal—balbuceó el italiano—ó acaso habéis querido bromear?.... Estamos entre amigos, pero sin embargo, la expresión es un poco viva.....

El comandante frunció el ceño, y avanzando hasta tocar al marqués, le dijo:

—¡No he bromado, y repito que el hombre que ha cometido la infamia de que acabáis de vanagloriaros, es el último de los miserables!

—Pero, caballero, ¡me insultáis!—gritó Girani.

—Mucho tiempo habéis tardado en comprenderlo—dijo Ploerné con sombría ironía.

El italiano hizo un gesto, como apelando á los que le rodeaban. El estupor le aniquilaba. No comprendía aquella súbita intervención, aquella agresión inesperada, y aquella comedia terminada bruscamente en drama.

El teniente Listel se había puesto entre los dos hombres y trataba de hacer reflexiones á Ploerné.

—¡No!—exclamó el comandante—nada de reflexiones. Conozco á las mujeres de quienes ha hablado ese tunante..... Y afirmo aquí que ha mentido y que se ha vanagloriado ignominiosamente. ¡Necesita una lección y yo me encargo de dársela!

A aquellas palabras: «Conozco á las mujeres,» el marqués movió la cabeza. Comenzaba á ver claro. Quiso hablar, pero dos de los asistentes se lo llevaron á fin de separarlo de Ploerné y de evitar una colisión inminente. El comandante se había quedado en el salón, rodeado de sus amigos, que se esforzaban por calmarle. Pero conservaba su rostro impenetrable, y á todos sus razonamientos oponía el silencio. Trataban de explicarle que había allí una deplorable mala inteligencia, que, después de todo, era muy posible que se hubiera engañado; que acaso, cuando más, el marqués había exagerado las cosas; y permanecía inmóvil, mudo, sonriendo con espantosa fijeza. Ni siquiera escuchaba lo que le decían sus amigos. Una de las últimas frases pronunciadas por el italiano, había provocado una nueva tempestad en el cerebro del comandante: «¿Qué diría la marquesa Girani, que

está en Florencia?» De modo que el seductor era casado. Ni siquiera quedaba á Ploerné el recurso— ¡con cuánto dolor, sin embargo!—de obligar á aquel hombre á reparar la falta cometida casándose con su cómplice. Ni siquiera tendría la triste satisfacción de poder devolver el honor á la que se había comprometido tan locamente. Esta decepción desgarradora es la que le había hecho estallar en palabras insultantes y le animaba, en aquel momento, de una rabia formidable. A las exhortaciones de sus compañeros no respondía. Por su rostro se había extendido una gran palidez, su nariz vibraba, y sus labios, mordidos, se crispaban con la misma sonrisa amenazadora.

—Veamos. Debe haber medio de arreglar este asunto—dijo Listel....—Tú no conoces á Girani, tú no puedes tener animosidad contra él Aquí hay seguramente un error..... Os explicaréis..... Mira, aquí vuelven nuestros camaradas.

Se había abierto la puerta y Houchard entraba con uno de los convidados. Estaban muy agitados, pero sonreían. Aquello era de buen agüero.

—¿Y bien?—exclamó Listel. ¿En qué estáis por allá?

—Estamos en buscar un arreglo..... ¡Ah, qué diablo! Esto no ha estado muy bien.

—¿Pero estáis constituídos en testigos?

—Sin duda.

—Entonces es preciso que quedemos solos los cuatro.

—¿Dónde vamos á colocar á Ploerné?

—¿Pero para qué quedarnos solos, puesto que dentro de un minuto nos veremos obligados á llamar al comandante para someterle nuestras

proposiciones, cuya aceptación de su parte terminará amigablemente el asunto?... No ha habido más que palabras, no se ha llegado á vías de hecho..... Después de un almuerzo de amigos, en el que se ha bebido un poco, no hay nada irreparable.....

A estas palabras «nada irreparable,» pasó un relámpago por los ojos de Ploerné, y su boca se contrajo más dolorosamente. No dijo nada, sin embargo, esperando la continuación de las negociaciones.

—He aquí á lo que hemos llegado—añadió el mayor—después de haber hecho razonamientos á Girani, que está como un loco al ver las consecuencias de su charla..... Porque no ha habido más que charla..... ¿Lo oís, comandante?..... Nuestro convidado nos ha contado una novela de su invención..... Los personajes son verdaderos, pero la intriga es falsa. Así nos lo ha declarado..... Y lo declarará ante vos..... Ha encontrado, en efecto, á la joven de que se trata..... Ha estado enamorado de ella, ha rondado su casa, también esto es verdad; pero jamás le ha dirigido la palabra, jamás ha tenido entrevistas con ella..... Se ha vanagloriado..... Ha tomado su sueño por la realidad..... En suma, estaba embriagado, lo que no es un gran crimen..... ¡Y vos habéis estado muy duro con él!.....

Ploerné interrumpió á su camarada, protestando violentamente: ®

—¿De veras? ¿Lo creéis así?—dijo con voz enronquecida por la emoción.

—¡Veamos! No os incomodéis..... Nosotros reconocemos todas nuestras torpezas, aceptamos vuestra salida, un poco viva, como un castigo á

nuestra fanfarronería; pero si hacemos todas estas concesiones, ¿consentiréis, al menos, en retirar las expresiones ultrajantes de que os habéis servido?.....

El comandante siguió silencioso é inmóvil. No asentía ni con el gesto ni con la voz. Parecía tan poco dispuesto á aceptar el arreglo que le proponían, que los cuatro testigos se miraron llenos de turbación y de inquietud.

—Veamos, Ploerné—dijo Listel—tú no puedes negarte á terminar un asunto en condiciones tan ventajosas para tí.... O nos vas á hacer creer que buscas á Girani una mala camorra.... Vamos, aceptas.... ¿Es cosa convenida?

Ploerné dió algunos pasos con aire irresoluto, y luego, deteniéndose bruscamente:

—Estábamos aquí una docena de hombres.... Es posible que todos no sean discretos y que el asunto se divulgue. Para poner mejor á cubierto el honor de la mujer cuya defensa he tomado, quiero una declaración escrita.

—Pues bien. Nos adelantamos á prometértela. Girani irá hasta donde sea posible en la vía de las concesiones. Por lo demás, parece que él tiene tanto empeño como tú en defender la reputación de la persona de quien ha hablado tan inconsideradamente.

Ploerné se puso todavía más pálido, con aquella seguridad del interés que su adversario tomaba, á pesar de todo, por la que había comprometido. Los dos testigos salieron. El comandante y sus dos amigos quedaron solos.

—Ya ves—dijo Listel—la cosa se arregla á tu gusto.

—¡Por completo!—murmuró el comandante con amarga ironía.

Calláronse, esperando. Afuera seguía cayendo la nieve. En la pieza vecina, en medio del silencio, dejábase oír ruido de voces. Al cabo de algunos minutos volvió á abrirse la puerta, y reaparecieron los testigos. Houchard, muy grave, tenía en la mano una hoja de papel, que alargó á Listel. Este la leyó con su camarada, y después la pasó á Ploerné, que la miró casi con indiferencia.

—Ahora que hemos hecho todo lo que habéis querido, Ploerné, esperamos que á vuestra vez hagáis la concesión exigida.... ¿Verdad que consentís?

El comandante alzó la cabeza, y, mirando á los cuatro testigos con aquel aire que los había ya turbado tanto, dijo, con una tranquilidad afectada:

—Ante todo quiero decir dos palabras al señor Girani.

—¡Pero, querido mío, eso es lo más incorrecto del mundo!—exclamó Listel.—Ya hemos llevado el asunto bastante irregularmente....

—Por bien de todos—insinuó pacíficamente el doctor. No lo sentimos.

—Pero lo que ahora pedís....

—A tiempo estamos de decir que sí ó que no—dijo Ploerné con su inquietante dulzura.

—Vamos á preguntar al marqués si consiente en ello.

La puerta había quedado entreabierta. Girani, que sin duda escuchaba, asomó en el dintel, y se adelantó hacia el comandante con un continente muy digno. Ploerné le condujo con un gesto al hueco de la ventana, y allí, devorándolo con los ojos, y con toda su sangre en la cara:

—¿A cuál de las dos habéis querido señalar?— dijo con voz ahogada y temblorosa..... ¿A cuál de las dos?..... ¿Lydia ó Teresa?

El problema de su vida iba á resolverse en un minuto. Esperaba la contestación del italiano, lleno de espantosa ansiedad.

—¿A cuál?—repitió sordamente.—¡Oh, contestad! ¡Va en ello para mí más que la vida!.....

El marqués movió la cabeza preocupado; después con firmeza:

—No puedo responder.

—¿Por qué?

—Porque sería cometer, á instigación vuestra, una nueva indiscreción, cien veces más grave que la primera, porque ahora ya sé delante de quién hablo.

—¡Ah, desgraciado! ¡No comprendéis el mal que me hacéis!..... ¡Llevad cuidado!.....

Sin contestar una sola palabra, Girani alejábase, y Ploerné con los ojos inflamados le seguía.

—¿Y bien?—preguntó Houchard, con la esperanza de que los dos adversarios se hubieran reconciliado.

—Pues bien—contestó Ploerné—he tomado conocimiento de la declaración de ese caballero, he tenido con él una explicación suplementaria, y, después de haber leído lo que ha escrito y oído lo que ha dicho, declaro que, no contento con conducirse como un canalla, se conduce ahora como un cobarde.

—¡Caballero—!exclamó Girani arrojándose sobre Ploerné.

Peró el comandante había sido más ligero y su mano acababa de caer sobre el rostro del marqués.

Los cuatro hombres se lanzaron entre los adversarios gritando:

—¡Ploerné, estáis loco!—¡Señores, no sabe lo que se hace!..... ¡Girani, idos!

La voz de Ploerné dominó el tumulto, muy clara y muy fría.

—Sé lo que me hago, señores, no me equivoco. Aquí no hay más que hombres. Nada de arreglos. No se trata más que de batirse. Este caballero debe de tener tanta gana como yo..... Aquí hay armas..... Las que queráis..... Pero enseguida..... Parto mañana y no hay tiempo para aplazar este asunto.

Parecía tan tranquilo como cuando había entrado en el salón, antes del almuerzo.

Listel se lo llevó á un rincón, y le dijo muy serio:

—¿Qué arma prefieres? ¿Cuál tiras mejor?

—La elección le pertenece á él..... La que él quiera y como quiera..... Y no haya miedo; ¡voy á matarlo, tan cierto como hay Dios!

—Escucha..... Girani es un tirador de pistola de primera fuerza.

—Mejor, ¡al menos no lo asesinaré!

Miraba á su amigo con tal confianza, con tal certeza, que éste se espantaba. En un hombre tan valiente como Ploerné, no se podía sospechar ninguna fanfarronería. Había, pues, en las seguridades que él daba de matar á su adversario, una especie de violencia hecha al destino, un dominio de los hechos por la voluntad, que aterraba. Y el teniente, que había visto sangrientas batallas, no podía recobrar su sangre fría, y seguía inerte y tembloroso ante su amigo, resuelto é implacable. El dueño de la casa volvió después de algunos mi-

nutos de conversación con los testigos de Girani.

—Todo está decidido. La pistola, á veinticinco pasos, apuntando... Tres disparos cada uno de los adversarios...

—¡Está bien!—dijo el comandante.

—Afuera hace un tiempo infernal—siguió el mayor.—Si queréis, tengo detrás de la casa un cobertizo que servía al propietario anterior de almazara... Medirá treinta metros... Allí estaréis á cubierto.

—Donde queráis. Pero pronto.

—Este Ploerné está furioso—dijo por lo bajo Listel á su contestigo.—Hace un momento me ha dado miedo... La cosa va á ser muy seria; prepara el estuche, las vendas y todo lo que es necesario para curar á un herido.

—¡Voto á...! ¿Y si queda alguno muerto?

—Eso será cuenta de la Funeraria... ¡Pero qué responsabilidad para nosotros!

—Todo se ha hecho correctamente, ¿verdad?

—Tanto como ha sido posible.

—¿Préstas tus pistolas?

—Ya las tienen esos señores.

—¿No las conoce ninguno de los adversarios?

—Ninguno. Se va á echar á cara ó cruz la elección de los sitios y el derecho de cargar. Llenas todas estas formalidades, me quedo con Ploerné.

Listel se alejó. En la habitación vecina esperaba uno de los testigos de Girani. En el salón, el marqués y el comandante no estaban separados más que por la distancia de una ventana á otra, acompañados cada uno por sus amigos. Sentado delante de una mesita el italiano escribía. Inclinado, sombría la frente, se apresuraba, y su pluma corría sin una vacilación. Sabía bien lo que quería decir.

Echó arenilla á la tinta fresca, dobló el papel, lo metió en un sobre y escribió la dirección: «Señor.... señor....» Burel, que miraba maquinalmente, no pudo leer el nombre. Después metió la carta en un segundo sobre, y volviéndose al oficial:

—Si no me sucede nada, ó si no quedo más que herido, me devolveréis este papel. Si me mata, lo llevaréis al consulado de Italia en Tolón, sin abrir el primer sobre, sin mirar el nombre del destinatario.... ¿Me lo prometéis por vuestro honor?

—Estad tranquilo—os lo prometo.

En el mismo momento, reapareció Listel y dijo:

—Cuando queráis, señores.

Los dos adversarios avanzaron con un mismo movimiento; Girani el primero, después Ploerné con el dueño de la casa. Al acabar la escalera, éste se adelantó para enseñar el camino. Atravesó el vestíbulo, una cocina, un pequeño patio y un trozo de jardín, y se encontró bajo una construcción que se alzaba sobre pilares de ladrillo, formando un gran paralelogramo abierto por los cuatro costados y con el piso de tierra apisonada. En un rincón trozos de leña apilados, algunas botellas vacías y cajones. Nada que pudiera servir de punto de mira para el tiro: un lugar preparado como se deseaba. Alrededor la nieve caía, y en el jardín, blanco ya, los árboles se estremecían bajo el soplo del viento.

—¿Tienes que hacerme algunas recomendaciones?—preguntó Listel á Ploerné conduciéndolo á su puesto, que acababa de ser señalado, después de medir escrupulosamente la distancia.

—Ninguna otra que ir á mi hotel si muero, tomar todos mis papeles y llevarlos al prefecto marítimo. El los clasificará, guardará los que in-

teresen al servicio y enviará el resto á mi familia.

—Bien. Estréchame la mano; ya está aquí Burel que te trae tu pistola; yo voy á llevar la suya á Girani.

El comandante estrechó la mano de su camarada, sin dejar aparecer la menor emoción. Estaba sereno, frío, maravillosamente dueño de sus nervios. Examinaba el terreno con una calma perfecta, y acababa de notar que, sobre un bosquecillo de laurel escarchado, se destacaba su adversario en negro, como un verdadero blanco. Tomó la pistola que le alargaba Burel, alzó el gatillo para apoyar fuertemente la cápsula, la jugó dos veces para asegurarse de que la manejaba bien, y después, apretándola con fuerza, bajó la punta del cañón hacia el suelo.

—Mira, querido—le dijo por lo bajo Burel—soy testigo de tu adversario, pero deseo verte intacto dentro de un momento.

El comandante lo miró con firmeza, y contestó solamente estas palabras, especie de plegaria resignada del marino en el momento de abordar el peligro:—¡Sea lo que Dios quiera!

Los testigos se habían colocado á uno y otro lado, y, en el espacio libre, los adversarios encontrábanse frente á frente. Girani, pálido; Ploerné, sombrío. Ambos muy resueltos. Listel, en aquel silencio, preguntó:

—¿Estáis preparados, señores?

—Sí—respondieron los combatientes con una sola voz.

Hubo una ligera espera y después una voz:

—¡Fuego!.... ¡una, dos, tres!

Alzáronse las dos pistolas al mismo tiempo, brotó una llama de la del italiano, y la gorra galo-

neada del comandante, llevada por la bala, saltó á diez pasos. Ploerné, desnuda la cabeza, fruncidas las cejas, apretados los labios y el cañón á la altura de la cara, ofrecía el formidable aspecto de un hombre seguro de sí y que ha reservado su fuego. Permaneció inmóvil un segundo, durante el cual se habría oído latir el corazón de los asistentes, presa de horrible angustia. Sonó al fin una detonación y el marqués rodó por el polvo.

Todos los testigos se precipitaron hacia él. Houchard los separó con el gesto, y abriendo la levita y el chaleco del herido, vió sobre la blanca pechera, á la altura de las costillas, un hilo de sangre que corría. Separó la camisa: un agujero violáceo estrellaba el costado del infeliz que, enrojecida ya la boca, respiraba con dificultad. Con la mirada ansiosamente fija en el médico esperaba su sentencia.

—Esto no será nada—declaró Houchard.

Pero su fisonomía desmentía hasta tal punto sus palabras, que el italiano bajó la cabeza con una triste sonrisa y dijo:

—Gracias, amigo mío; todo lo que os pido es que no me hagáis sufrir.

Tuvo una sofocación, y después añadió:

—¡Ah! Es un golpe certero.... ¡Hé aquí una marquesa viuda!

Los testigos se acercaron á Houchard para saber lo que sacaba de su examen.

—¡Mal negocio!—murmuró entre dientes el doctor.—Convendría trasportarlo á mi casa—dijo más alto—á fin de que yo pueda cuidarlo como conviene. Haremos canilla con una escalera.

—¡No, no!—suspiró Girani....—Ya veis que

esto se ha acabado..... Por favor, no me torturéis.....

Houchard dijo á sus amigos:

—Entonces, un colchón siquiera, para que esté mejor.

Ploerné se había separado, y apoyado en uno de los pilares del cobertizo, desnuda la cabeza, esperaba.

Listel se le acercó.

—¿Y bien?—preguntó el comandante.

—No vivirá ni una hora..... Subamos, no podemos seguir aquí.

Ploerné dió algunos pasos con la frente inclinada. Recogió su gorra, á la que le faltaba un pedazo de tela. Pero fué detenido por Houchard cuando iba á salir de allí.

—Dice que quisiera hablaros antes de morir. Venid, no debéis rehusarle este supremo consuelo.

Sin contestar, el comandante adelantóse solo. Girani, extendido sobre unas mantas, inundado el rostro en un sudor glacial y hundida la boca, agonizaba.

—¿Qué queréis de mí, caballero?—dijo gravemente Ploerné.

—Que me déis la mano—dijo jadeando el moribundo.

—¡Sea! Pero antes sabed lo que no he podido declararos en presencia de todos. De las dos jóvenes sobre las cuales pueden fijarse indiferentemente las sospechas que ha excitado vuestro relato en mi espíritu, una es mi prometida, y la amo con todas las fuerzas de mi alma..... Medid la extensión del mal que habéis hecho..... ¡Por favor!....., ya veis que os suplico..... No me dejéis en la horrible incertidumbre en que me encuentro.... Li-

bradme de mi angustia y hablad. ¿A cuál habéis querido designar: á Teresa ó á Lydia?..... ¿Queréis que yo os diga á cuál amo?

Girani, con la cabeza, sobre la que ya se extendían las violadas tintas de la muerte, respondió que no.

—¿Queréis desesperarme?—continuó Ploerné. ¡Oh, tened piedad! ¿Cuál está pura? ¿Cuál es indigna? ¡No me dejéis sospechar de las dos!..... ¡No me dejéis interrogarlas, ofenderlas! ¿Cuál? ¿Lydia ó Teresa?

Inclinado sobre aquel hombre que moría á sus manos, el comandante parecía el vencido, el agonizante. Examinaba el rostro descompuesto del italiano, buscando un indicio, una prueba, un rayo de verdad. Girani sonrió dolorosamente, y, como Ploerné le preguntase otra vez, murmuró:

—¡No debo decirlo!

Giraron sus ojos en sus órbitas, abriéndose desmesuradamente como si vieran de pronto un espectáculo inesperado. Exhaló un profundo suspiro y quedó inmóvil. Acababa de morir llevándose su secreto.

El comandante se levantó, tan pálido como el muerto. Y volviéndose hacia los asistentes:

—¡Esto se ha acabado!

Dirigióse á Listel, y alargándole su gorra desgarrada, con una horrible calma:

—Mira, toma mi gorra y dame la tuya. Es necesario que vaya á ver al almirante, porque quiero irme mañana por la mañana.

Tendió la mano á sus otros tres camaradas.

—Señores—dijo—he sido un mal convidado y os hago pasar tristemente el día..... Dispensadme.

Necesitaba pasar por delante de Girani para irse.

Miró otra vez á aquel á quien había matado, como si esperase obtener del muerto lo que le había negado el vivo. Extendido, con las manos juntas sobre el pecho, así como para rezar, el marqués, sereno y menos pálido que durante su corta agonía, parecía sonreír en su sueño eterno. Ploerné se inclinó lentamente, hizo la señal de la cruz y se alejó.

Una vez en la casa se puso su capote, se ciñó su sable, y al salir á la calle murmuró:

—¡Lo que yo no he sabido por él, preciso será que lo sepa por ellas!

II

La familia de Saint-Maurice era originaria de la Martinica. En tiempo de Luis XVI, el caballero de Saint Maurice, teniente de navío, cruzando por las Antillas con el bailío de Suffren, fué desembarcado en Fort de France por su almirante y encargado del mando de la ciudadela que defendía la población. Segundón, más favorecido por la naturaleza que por la fortuna, el caballero hizo la conquista de la señorita Enania de Genestas, y se convirtió, casándose con ella, en uno de los propietarios más ricos de la isla. Habiéndose retirado del servicio, se instaló en la magnífica plantación de Trois Mornes y formó allí un plantel de hidalgos.

Muy impregnado de ideas filosóficas, porque los segundones eran todos algo revolucionarios, el caballero Saint Maurice no se irritó mucho por el cambio de régimen que trastornó la Francia y costó la vida al rey. Envió á Alemania grandes cantidades á su padre y á su hermano mayor, que soporaban penosamente las tristezas de la emigración. No tronó contra el advenimiento de Napoleón, ni

llamó nunca á éste desdeñosamente Buonaparte. Se batió muy valerosamente cuando los ingleses, en 1809, fueron á atacar y tomar la colonia. Por su patriótica conducta fué condecorado con la Legión de honor.

Durante la ocupación, prestó á sus compatriotas eminentes servicios por su diplomacia en los asuntos, que no contribuyó poco á hacer más ligero el yugo enemigo. El Gobierno de la Restauración le encontró en posesión de una inmensa popularidad, y tuvo el extraordinario buen sentido de nombrarle gobernador de la colonia, vuelta á Francia. Aquel hombre de bien, que había sido un hombre dichoso, murió en 1840, de avanzada edad, lleno de honores, rodeado de sus nietos y universalmente sentido por la población negra y blanca.

Con el caballero de Saint Maurice pareció irse la suerte del hogar de su familia. Las plantaciones, mal dirigidas, perdieron todo su valor. Uno de los hijos partió para Europa, después de haber realizado su parte de las propiedades. Al cabo de unos treinta años, aquella familia, tan brillante durante tres cuartos de siglo, cayó en la medianía. De toda la familia, ya no quedaba en la Martinica más que una señora de Saint Maurice, viuda, con una hija de quince años, habitando en Fort de France, y viviendo modestamente con una renta de unos 20.000 francos. Los desastres de la guerra de 1870 habían pasado casi inadvertidos para las dos mujeres. La isla no había sido amenazada, porque la marina alemana era impotente para ello. La señora de Saint-Maurice se preparaba á hacer su vida tranquila y retirada bajo la República, como la había hecho bajo el Imperio, cuando una carta de Euro-

Miró otra vez á aquel á quien había matado, como si esperase obtener del muerto lo que le había negado el vivo. Extendido, con las manos juntas sobre el pecho, así como para rezar, el marqués, sereno y menos pálido que durante su corta agonía, parecía sonreír en su sueño eterno. Ploerné se inclinó lentamente, hizo la señal de la cruz y se alejó.

Una vez en la casa se puso su capote, se ciñó su sable, y al salir á la calle murmuró:

—¡Lo que yo no he sabido por él, preciso será que lo sepa por ellas!

II

La familia de Saint-Maurice era originaria de la Martinica. En tiempo de Luis XVI, el caballero de Saint Maurice, teniente de navío, cruzando por las Antillas con el bailío de Suffren, fué desembarcado en Fort de France por su almirante y encargado del mando de la ciudadela que defendía la población. Segundón, más favorecido por la naturaleza que por la fortuna, el caballero hizo la conquista de la señorita Enania de Genestas, y se convirtió, casándose con ella, en uno de los propietarios más ricos de la isla. Habiéndose retirado del servicio, se instaló en la magnífica plantación de Trois Mornes y formó allí un plantel de hidalgos.

Muy impregnado de ideas filosóficas, porque los segundones eran todos algo revolucionarios, el caballero Saint Maurice no se irritó mucho por el cambio de régimen que trastornó la Francia y costó la vida al rey. Envió á Alemania grandes cantidades á su padre y á su hermano mayor, que soporaban penosamente las tristezas de la emigración. No tronó contra el advenimiento de Napoleón, ni

llamó nunca á éste desdeñosamente Buonaparte. Se batió muy valerosamente cuando los ingleses, en 1809, fueron á atacar y tomar la colonia. Por su patriótica conducta fué condecorado con la Legión de honor.

Durante la ocupación, prestó á sus compatriotas eminentes servicios por su diplomacia en los asuntos, que no contribuyó poco á hacer más ligero el yugo enemigo. El Gobierno de la Restauración le encontró en posesión de una inmensa popularidad, y tuvo el extraordinario buen sentido de nombrarle gobernador de la colonia, vuelta á Francia. Aquel hombre de bien, que había sido un hombre dichoso, murió en 1840, de avanzada edad, lleno de honores, rodeado de sus nietos y universalmente sentido por la población negra y blanca.

Con el caballero de Saint Maurice pareció irse la suerte del hogar de su familia. Las plantaciones, mal dirigidas, perdieron todo su valor. Uno de los hijos partió para Europa, después de haber realizado su parte de las propiedades. Al cabo de unos treinta años, aquella familia, tan brillante durante tres cuartos de siglo, cayó en la medianía. De toda la familia, ya no quedaba en la Martinica más que una señora de Saint Maurice, viuda, con una hija de quince años, habitando en Fort de France, y viviendo modestamente con una renta de unos 20.000 francos. Los desastres de la guerra de 1870 habían pasado casi inadvertidos para las dos mujeres. La isla no había sido amenazada, porque la marina alemana era impotente para ello. La señora de Saint-Maurice se preparaba á hacer su vida tranquila y retirada bajo la República, como la había hecho bajo el Imperio, cuando una carta de Euro-

pa trastornó en un instante todos sus proyectos.

Su hermana, viuda del señor Letourneur, rico banquero de París, escribiale desde su lecho de muerte, para recomendarle su hija Teresa, que quedaba huérfana, sin parientes por parte de su padre. La buena señora, cuyo corazón era muy sensible, y que no tenía razones decisivas para vivir en Fort de France, no vaciló ni un momento, y quince días después estaba en el mar acompañada de su hija y de la mulata Leila.

Al llegar á París, ya no había encontrado á la que aún esperaba ver, y fué recibida por su sobrina enlutada. La joven se arrojó sollozando en los brazos de aquella parienta, á quien no conocía, pero á la que se sentía dispuesta á amar, y besó tiernamente á Lydia, á quien estaba decidida á considerar como á una hermana. Y la señora de Saint Maurice y su hija se instalaron en el vasto hotel, confortable y lujoso, que la señora Letourneur había hecho edificar en la avenida Hoche, á dos pasos de los Campos Eliseos.

Al día siguiente fué á visitarlas el teniente de Ploerné, su sobrino por parte de los Saint-Maurice, un oficial muy brillante, agregado al ministerio de Marina. El conde Raimundo de Ploerné, originario de una antigua familia de Bretaña, era amigo de la infancia de Teresa Letourneur. El banquero había sido muy bueno para Raimundo, cuando, puesto en un colegio de París, separado de los suyos, que seguían en su casa solariega de Morbihan, el señor Letourneur le había abierto su casa, como á un hijo, haciendo uso de sus relaciones para recomendarlo, empujarlo, facilitarle la carrera, tan difícil al principio. Le había hecho tener algunos buenos embarques, bajo las órdenes de

oficiales destinados á los grandes empleos por sus capacidades. De este modo Raimundo se había ganado protectores que debían ayudarle y ponerle en buenos puestos siempre que se presentase la ocasión.

Con frecuencia, gracias á sus protectores, el joven conde había pasado por duras pruebas, porque aquellos hombres de mar no eran más cuidadosos de los demás que de si mismos, y se acordaban de sus fieles tanto para los peligros como para los favores. Así fué como Ploerné, simple alférez, había seguido, como ayudante de órdenes, al almirante Jaureguiberry desde Orleans hasta el Mans, siempre en fuego, siempre por la nieve, quemado por los metralazos, helado por los aguaceros, batiéndose día y noche, sin cesar, en la retaguardia, en aquellas heroicas retiradas en que el ejército de Chanzy llevaba consigo, feroz é indómita, el alma guerrera de la Francia.

El teniente había salido de aquella desastrosa campaña con un porvenir asegurado. Le habían visto trabajar. Tan frío como resuelto, aquel joven rubio, de ojos azules, tenía la persistente y tranquila bravura de la raza bretona. Mostrábase en el combate tan sereno como en el vivac, sin perder nunca la cabeza y ejecutando las órdenes con una seguridad que hacía decir al almirante, en las situaciones más críticas, y Dios sabe si las había atravesado: «¿Está allí Ploerné? Entonces estoy tranquilo.»

Raimundo había vuelto á casa de su tía Letourneur, después de cada uno de sus cruceros, siempre afectuoso y fiel, y encontrando una acogida paternal en el rico financiero. Cuando heredó de sus padres, Letourneur le dió buenos consejos.

30651

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

para la colocación de su fortuna. Y á los treinta años, el conde de Ploerné, con muy pocas necesidades, poseía doscientas mil libras de renta. Su prima Teresa, á quien profesaba una ternura paternal, era una encantadora niña de dieciséis años, educada por su madre en principios de piedad austera, pero dulce y buena tanto como generosa: una de esas naturalezas exquisitas, que son severas para sí é indulgentes para los demás. El día en que perdió á su madre, fué acometida de una crisis de misticismo que inquietó seriamente á Raimundo. Encontrábase solo con ella, y lloraba tan sinceramente á la señora Letourneur como si hubiera sido su verdadero hijo. Pero la serena gravedad de Teresa, que no estaba lejos de declarar que la suerte de su madre, colocada ahora á la derecha del Señor, le parecía envidiable; la exaltación religiosa de la joven, que pasaba los días enteros en la iglesia, le daban miedo. Ciertamente él era creyente. La soledad entre el mar y el cielo, el espectáculo de la inmensidad, el sentimiento de la debilidad humana, no permiten á un marino ser incrédulo. Está muy cerca de la muerte á cada momento para no creer en Dios. Raimundo tenía, pues, principios muy firmes; pero hubiera visto con pena que Teresa renunciase al mundo.

Tuvo una explicación con ella un día en que ésta volvía del cementerio, á donde iba todos desde la muerte de su madre. Llevóla al jardín que se extendía detrás del hotel, y haciéndola sentarse sobre un banco de piedra:

—Tú me inquietas, Teresa—dijo.—No te veo resignada y valerosa. Buscas consuelos á tu dolor en un orden de ideas que me parece malo, y que la querida madre que lloras no aprobaría, estoy segu-

ro. Es preciso más calma, más resolución, aceptar los sufrimientos de la vida por lo que ellos son: una prueba muy dura, y no sustraerse á ellos.

—¡Oh, Raimundo!—baluceó la joven con sollozos.—¿Qué va á ser de mí ahora que estoy sola?.... ¿No comprendéis mi desaliento y el deseo que tengo de encontrar un apoyo moral que me devuelva la seguridad del alma?

La joven hablaba de «vos» á Ploerné, quien no había podido perder la costumbre de tutear á la que había conocido tan niña.

—En primer lugar, no estás sola—dijo el marino—puesto que yo estoy cerca de tí, y es desconocer mi afecto no contar con él para nada. Además, ¿no sabes que tu buena madre ha escrito á tu tía de Saint Maurice y que ésta ha tomado la resolución de venir á fijarse en Francia? Vas á tener en ella una protectora buena y dulce. Su hija, que es próximamente de tu edad, será una compañera para tí.... ¿No puedes ver el porvenir, al lado de ellas, con colores menos sombríos?

—Son dos desconocidas, y eso precisamente es lo que me da miedo—murmuró Teresa.—Su llegada me inquieta más que me tranquiliza. ¿Qué son ellas, cómo son y qué van á querer?

—Pues nada más que lo que tú quieras. Tú eres, querida mía, dueña absoluta de tu vida y por completo independiente, puesto que tus padres te han dejado una fortuna considerable.

—Todos estos bienes querría yo abandonarlos para consagrarme á los pobres y á los enfermos. Estoy tan desorientada, tan triste, tan agobiada, que sólo á los pies de Dios me consideraría dichosa.

—Hija mía, ahí estamos todos, á los pies de Dios—dijo Ploerné;—no hay necesidad de hacerse

hermanita de los pobres para ponerse en comunicación con él. En este momento no eres razonable. Vas hasta el extremo con un exceso de sensibilidad que tu pena excusa, pero que no la explica. Soy tu único pariente y debo hablarte seriamente, y si es preciso con severidad. Tus proyectos son inadmisibles. Una joven en tu situación no toma una resolución parecida á la que sueñas, sin haber reflexionado largo tiempo. Basta de exaltaciones, basta de remontes al cielo..... Volvamos á la tierra y seamos razonables. Ya sabes que soy tan buen cristiano como tú. Y no te habló así para contradecir tus ideas religiosas, sino para ponerte en corriente más apacible. En todo caso conviene esperar para decirte á que esté aquí tu tía de Saint-Maurice. Sería muy censurable obrar de otro modo.

Teresa había escuchado con la cabeza baja este sermón, dicho con sencillez fraternal. Por sus mejillas corrían lágrimas que no podía contener, y sus manos estaban temblorosas.

—Haré lo que queráis, Raimundo—dijo al cabo de un instante.—Comprendo que tenéis razón y que mi madre, si estuviera aquí, me prohibiría tomar el velo. Pero no esperéis que la llegada de mi tía y de mi prima Lydia influya favorablemente en mi espíritu..... Todo me dice que no debo esperar nada dichoso.

—¿Todo?—preguntó Ploerné.

—¡Sí, todo—contestó la niña—mis presentimientos y mis sueños!

—¿Tus sueños?

Teresa se ruborizó y volvió los ojos turbada.

—Hago mal en hablaros de esto..... Vais á burlaros de mí.

—¿Por qué? ¿Acaso acostumbro á reirme de lo

que me dices?—preguntó el marino con un principio de curiosidad.—Dime algo de lo que te hacen temer tus sueños.

—Muchas veces, desde que sé que mi tía debe abandonar la Martinica para venir á Francia, he sido atormentada de noche por una visión, la misma siempre. Veía un barco que entraba en el puerto, un barco todo negro, de aspecto amenazador, y del cual descendían tres mujeres. La señora de Saint-Maurice, Lydia y la mulata que las acompaña. Quería ir hacia ellas, pero sentía mis fuerzas paralizadas, y me era imposible dar un paso. Entonces eran ellas las que venían á mí, y á medida que se aproximaban, todo se ponía sombrío en mi derredor, y permanecía espantada, esperando sin voluntad y sin energía, como si la aparición de aquellas tres mujeres hubiera trastornado todo mi ser. Entraban en mi casa, y se instalaban en ella. Y la más joven, la que yo adivinaba que era Lydia, muy morena, con ojos de fuego y una boca burlona exclamaba:

«De ahora en adelante estamos en nuestra casa. Le quitaremos á esta muchacha todo lo que posee y todo lo que ama. Ya no tendrá ni fortuna ni afectos. ¡Yo me apodero de su parte de dicha en la vida!»

Y la mulata, con una sonrisa horrible, enseñaba sus agudos dientes, prestos á morder. Mi tía de Saint Maurice movía la cabeza como aprobando y, consintiendo en que yo fuese víctima, repetía: «¡Para tí su parte de dicha en la vida!» En aquel momento todo desaparecía, y me encontraba rodeada de tinieblas; y luego, á lo lejos, mostrábase una claridad creciente hacia la cual iba yo, en medio de quejas y de gemidos de seres invisibles;

y poco á poco descubría un altar rematado en una cruz radiante. Elevábase un concierto de voces en el silencio restablecido de pronto, y un canto puro, reposado y suave encantaba mis oídos: «Sólo á los pies del Señor encontrarás el reposo y la calma; lejos de las tempestades, de los sufrimientos y de las injusticias. Allí no tendrás ni decepciones ni penas. Vivirás lejos de los malos, en la bienaventuranza eterna. ¡Y el mal que te hayan hecho será como si no fuera!» Yo marchaba atraída por divinos himnos, en un trasporte de alegría, y todas mis aprensiones, mis angustias, mis tormentos, fundiáanse en un delicioso éxtasis.

La joven alzó los ojos á Raimundo, que la escuchaba con una gran atención, y viéndolo grave y pensativo:

—He empleado todos mis esfuerzos, creedlo bien, mi querido amigo, para arrojar estas visiones y sustraerme á su influencia. Pero casi todas las noches vuelven con una cruel regularidad. Siempre el mismo principio espantoso, y siempre el mismo fin consolador. Así, pues, ¿qué os diré yo? mi espíritu herido ha seguido la pendiente hacia la cual era arrastrado, y ya no he visto tranquilidad y salvación más que en la renuncia de las cosas de la tierra y en entregarme por completo á la gracia divina.

—Pero—preguntó el joven—¿por qué esa idea preconcebida respecto de mujeres que no conoces, y que no pueden estar animadas más que de las mejores intenciones hacia tí?

—No sé. Es un hecho; lo digo tal como es, sin examinarlo, sin explicarlo.

—Y en las cartas de tu tía, en lo que te hayan podido decir de ella en otro tiempo, ¿hay algo que

pueda servir de punto de partida para esas divagaciones?... Porque todo eso, querida hija mía, son puras y simples divagaciones.

—Ya lo comprendo. Y nada ha podido motivarlas. Mi tía no me ha escrito más que una vez; su carta estaba llena de razón y de bondad. Nada sé, ni sobre ella ni sobre su hija, que haya podido disponerme al temor. Sin embargo, temo, y esas advertencias, de lo alto me han sido dadas.... Encontráis mal que haga caso de ellas.... Y sin embargo, ¿qué prueba que no sean verídicas, y que haciendo caso de ellas no obre prudentemente?

—Hija mía, tú harás más tarde lo que quieras. Pero por el instante, estás bajo mi guarda. Tu madre te ha confiado á mi. Deseo que nada cambie en tu situación material, mientras que no llegue tu tutora. Tú eres una joven de palabra, y no contraerás ningún compromiso. ¿Es cosa convenida?

—Convenida.

—Pues bien, ahora vamos á comer, que nos están llamando.

Encaminóse á la casa acompañado de su joven parienta, y ya no hablaron más de las agitaciones religiosas de la señorita de Letourneur. A la semana siguiente llegó á París la señora de Saint-Maurice con su hija y la mulata Leila. Ningún amenazador fenómeno señaló su aparición. El landó que las trajo no era negro, los caballos no tenían nada de apocalíptico. Lydia se arrojó con efusión en los brazos de su prima. La condesa abrazó tiernamente á la joven y lloró con ella. Solo Leila enseñó, en su cara bronceada, dientes blancos y agudos; pero reía tan bonachonamente que era imposible concebir temor. Desde el primer instante, Teresa sintió que amaría á las recién llegadas, y pensó que sus

presentimientos eran una locura; y así se lo declaró aquella misma noche á Raimundo de Ploerné, cuando éste fué á visitar á su tía. Las dos jóvenes estaban sentadas una al lado de la otra en el salón, y, en una profunda poltrona, estaba hundida lánguidamente la señora de Saint Maurice. Desde su salida de la Martinica la condesa no había dejado de quejarse. Acogió al teniente con cariñosa familiaridad. Se habría dicho que le conocía toda su vida.

—Sed bien venido, sobrino mío, y excusadme si no me levanto para recibirlos.... Pero desde hace muchas semanas no sé qué cosa es el equilibrio.... Vuestros malditos barcos me han sacudido tanto que me parece estar todavía balanceándome, y cada vez que pongo los pies en tierra se me va la cabeza.... Os parecéis mucho á vuestro padre, á quien perdí de vista cuando tenía vuestra edad.... Os presento á mi hija, vuestra prima Lydia.

Volvióse Raimundo del lado de la señorita de Saint Maurice y quedó inmóvil, devorándola con los ojos, olvidándose de todo lo que no era ella, impresionado por su belleza. Era alta, con la esbeltez de sus dieciséis años, pero ancha de hombros ya y formada como una mujer: sabroso fruto precozmente madurado bajo el ardiente cielo de los trópicos. Su rostro, de una blancura de camelia, estaba iluminado por dos ojos negros, orlados de largas pestañas curvadas, que proyectaban sombra sobre sus mejillas. Su pequeña boca, de labios de color de sangre, mostraba dientes como perlas; y su redonda barba, con un gracioso hoyuelo, daba á su fisonomía un aire de adorable travesura. Sus manos y sus pies eran los de una criolla, acostumbrada á dejarse servir y llevar sin mover un

dedo, ni dar un paso de la mañana á la noche. De toda su persona desbordaba, sin embargo, una ardiente vida, y aquella criolla, arrastrada por la pasión, debía mostrarse capaz de una potente actividad.

Al lado de ella, su prima Teresa ofrecía un completo contraste. Cabellos rubios sencillamente rizados, azules ojos de tierno mirar, un talle apenas formado y unas maneras infantiles. Dulzura y aun debilidad, allí donde la otra mostraba su opulento vigor. Cuando Lydia respondió á los cumplimientos de bienvenida que su primo le dirigía con un embarazo que la hacía sonreír, la sonoridad llena y algo grave de su voz aumentó la turbación del joven. Aquel órgano suave y acariciador, como el canto amplio y armonioso del violoncello, le había conmovido hasta lo más profundo de su ser. Aquella no era la voz de una joven, su vibración era demasiado ardiente.

Ploerné encontró tonto dejarse impresionar de un modo tan extraño. Hizo un esfuerzo, razonó, y se dijo que nada justificaba su emoción. Trató de hacerse dueño de sí. Teresa le hablaba con animación, y él no oía más que un ruido confuso de palabras. Seguía fascinado ante la encantadora criolla que sonreía con sus rojos labios, con sus ojos de llama, con aire de voluptuosidad. Al fin le dirigió ella la palabra á su vez, y comprendió que le decía:

—En vuestros viajes, ¿no habéis estado nunca en la Martinica? Porque imagino que nos habrías visitado.... Aunque acaso habrías olvidado que vivían allí dos parientas vuestras....

Raimundo explicó que antes de la guerra había estado de crucero en la costa de Africa, en los pa-

rajes del Senegal y del Gabón, pero que nunca le habían llevado los azares de su carrera á las aguas de las Antillas. De otro modo..... seguramente..... ¡oh! vaya si habría hecho el viaje expresamente, si la hubiera conocido; y, admirándola, no concebía que existieran dificultades que no se pudieran vencer para aproximarse á ella. Y, en aquel momento eran tan expresivas sus miradas, que Teresa le observaba con asombro. Pero Lydia, muy tranquila en aquella atmósfera de admiración, de ningún modo molestanda por aquella expresión apasionada, seguía sonriendo con su boca provocativa y sus ojos magnéticos.

—Sabed, sobrino, que queremos ir á un hotel y buscar casa en la población—dijo la señora de Saint-Maurice—pero Teresita se ha opuesto. Quiere que no la abandonemos.

—Y tiene mucha razón, tía, y yo la apoyaré con todas mis fuerzas en esa idea.

—He tenido la debilidad de aceptar..... Estoy tan rendida con este horrible viaje..... Pero no quiero estorbar á nadie, y dentro de algunos días, después de haber estudiado maduramente el asunto, tomaremos una resolución definitiva.

La resolución que tomó definitivamente la señora de Saint Maurice fué quedarse en casa de su sobrina. En esto cedió á las instancias de todos, más que á su propia voluntad, porque la perspectiva de dirigir una gran casa no agradaba á su indolencia. Pero Ploerné dijo que habría peligro en dejar á Teresa entregada á su soledad, y Lydia declaró que era imposible desear una habitación mejor dispuesta que el hotel Letourneur. Teresa rogó que no la abandonasen de tal modo, que la condesa, aunque asegurando que se helaba en Pa-

ris, se instaló y tomó las riendas del gobierno de la casa.

Mejor dicho, las pasó á su ministro con faldas, la mulata Leila, que desde el primer instante mostró la autoridad que acostumbraba á ejercer en casa de sus amos. Tenía que entenderse, sin embargo, con una porción de criados á quienes la muerte de la señora Letourneur y la inercia de Teresa habían iniciado en las delicias de una completa anarquía. Aquellas gentes se habían habituado en algunas semanas á no hacer más que sus voluntades, y como estas voluntades no concordaban siempre entre sí, el servicio había llegado á ser de una irregularidad sin ejemplo. La mujer de color, de quien se habían reído el primer día en la cocina, y que no había contestado más que con una sonrisa, se encargó, en algunos días, de meter en cintura aun á los más recalcitrantes. Hizo ver á los blancos que los negros son tan aptos como los demás para ejercer la tiranía. Todo el que no se plegó y se hizo tan dócil como se quería, fué despedido sin discusión, sin ruido, con la mayor suavidad. Nadie sospechó las reformas realizadas, sino notando las ventajas.

A partir de aquel instante, la mulata fué árbitro de los destinos de las doncellas, de los cocheros y de los cocineros. Ninguno rechistaba ante ella, y la que al principio era llamada insolentemente la «morenilla,» fué tratada de «la señora Leila» con todo el respeto debido. Aquel déspota negro no abdicaba sino delante de una sola persona, Lydia, á la que había criado á sus pechos y á quien amaba con una ciega ternura. Todo lo que Lydia hacía ó decía, estaba bien. Aquella mujer inteligente y astuta, hacía ante los caprichos me-

nos razonables de la que llamaba servilmente «ama,» un abandono de toda crítica que llegaba al fanatismo. Era verdaderamente su esclava. Si Lydia la hubiera mandado robar y matar, lo habría hecho sin vacilación, por complacerla. En contemplación ante la joven, permanecía horas enteras meciéndola en una hamaca, cantándola canciones de su país, por el único placer de verla y de estar á su lado.

Desde los primeros días había sentido contra Teresa una secreta animosidad. Encontraba injusto que fuese la señorita de Letourneur la poseedora del hotel, la dueña de una gran fortuna, y que dominase, por su situación material, á las dos señoras de Saint-Maurice. Porque se decía: «¿Por qué no había de ser Lydia la más rica como es la más bella?» La otra no valía más que para criada. Bastaba verlas una al lado de la otra, para comprender la diferencia. «Mi hija es digna de un príncipe; su prima ha nacido para casarse con un trabajador.» Trabajar era el último grado de la bajeza humana para aquella mujer de color, que no había visto nunca á los suyos considerar el trabajo sino como la dura consecuencia de la esclavitud. Ser rico y ocioso: este era el estado del hombre superior. El más rico y el más ocioso era el príncipe; he aquí por qué Lydia debía ser princesa; ¡y era la otra la que tenía todas las ventajas de que debía gozar su querida ama! En su interior, Leila odiaba á Teresa por aquella ofensiva desigualdad.

Sin embargo, alguien vivía al lado de las señoras de Saint Maurice que se había ganado las simpatías de la mulata, sin haber hecho esfuerzos para conseguir este resultado. Había bastado á Raimundo dejar aparecer la apasionada admiración que

le inspiraba Lydia, para merecer la simpatía de Leila. Entre el oficial y la criada se había establecido un acuerdo de sentimientos. El uno y la otra se habían comprendido y conocido. Ambos amaban con la misma idolatría exclusiva. Fuera del objeto de su culto, nada existía para ellos, y estaban dispuestos á sacrificárselo todo. Una especie de acariciadora familiaridad, como la de un perro por su amo, había unido la mulata al marino. Sonreíase con sus dientes blanquíssimos cuando le veía llegar, le dirigía algunas palabras afectuosas, y corría hacia el «ama.» Sentía por el joven un doble respeto: sabía que era rico y que amaba á Lydia; era el príncipe.

Cuando los dos jóvenes estaban juntos, sea en el jardín, sea en el salón, Leila, con una inconsciente corrupción, hacía la centinela, á fin de que no los molestaran; pero los vigilaba muy atentamente, por su cuenta personal. Por lo demás, se tomaba un trabajo bien inútil, porque jamás hubo amor más respetuoso que el de Raimundo por Lydia. Quien de los dos se emancipaba más, no era el hombre, era la joven, cuya coquetería se complacía en irritar la pasión de su enamorado. Aquella flor de los trópicos, de penetrante y embriagador aroma, se abría con un esplendor que trastornaba al reflexivo y tranquilo bretón. Entonces estaba algunos días sin ir; pero una fuerza, á la que no podía resistir mucho tiempo, le volvía á llevar al lado de Lydia, á quien encontraba serena, en la seguridad de su belleza, un poco irónica y burlándose de aquella timidez que alejaba de ella al enamorado teniente.

Había hablado ya de Ploerné á Leila, calculando con una tranquila lucidez las ventajas que po-

día ofrecer su unión con él. Por la noche, al acostarse, servida por la mulata, que por nada del mundo habría permitido que se acercase una doncella al «ama», bromeaba, contando los incidentes de su entrevista:

—No me ha dicho que me ama, Leila; pero, sin embargo, tenía las palabras en los labios..... Yo lo adivinaba en su temblor, en su palidez..... Ha tenido fuerza para callarse..... ¿Qué es lo que espera para hablar?

—¿Lo deseáis, ama?

—Tanto me da él como otro..... No me disgusta..... Es muy rico..... Pero todos estos europeos tienen la sangre helada en las venas..... Un criollo lo habría dicho todo hace tiempo..... Y habría sabido hacerse amar..... El, viene, saluda, se sienta, habla con tranquilidad, me dice algunas galanterías, y de ahí no pasa: ¡vaya unas noches! Se ocupa asiduamente de mi madre, se hace contar por ella sus pequeños achaques diarios, y la compadece con una benévola sonrisa; toma una taza de té, se levanta á las once, saluda, nos dice algunas palabras amables á Teresa y á mi, me echa una lánguida mirada y se retira sin haber dado un paso más en mi intimidad. Al paso que esto va tiene trazas de durar diez años.

—No tenéis más que dieciséis, amita; y esto es, acaso, lo que le contiene.

—Dieciséis años, sí; pero para una criolla son lo mismo que veinte para una europea. Mira á Teresa: es una niña y tiene la misma edad que yo.

Leila movió gravemente la cabeza, y dijo:

—Teresa no es una niña. No os fiéis de Teresa. Sabe ver y comprender..... Pero es prudente y fría. Tampoco dirá ésta más de lo que quiera decir.

—¿Qué significa eso? Explicate.

—Observadla cuando el señor de Ploerné está aquí, entré ella y vos. En vez de entreteneros en trastornarle la cabeza á vuestro galán, mirad á vuestra prima y sabréis algo que no sospecháis y que yo he sabido descubrir.

—¿Que ama á Raimundo?

Sus ojos lanzaron un relámpago; sin embargo, añadió tranquilamente:

—¡Pobre muchacha! Si eso fuera así, se le dejaría sin dificultad.

Y en sus labios se dibujó una sonrisa diabólica.

—¿Pero consentiría él?..... Me ama á su modo, que no es el que yo preferiría, pero creo que me ama verdaderamente.

—Sí, amita, verdaderamente..... Sin embargo, observad á Teresa..... ¡Conviene saber qué es lo que se puede temer!

Lydia se encogió de hombros

—¡Temer de esa niña! No la conoces, Leila. Tiene la vocación del sacrificio..... Cuanto más le hiciera sufrir un sacrificio que le impusiera su conciencia, más pasión pondría en cumplirlo..... Está llena de virtudes..... Yo creo que las virtudes son propias de las almas frías.

Al hablar así, despeinábase, mirándose con complacencia en un espejo, y sonreía á la graciosa imagen que le devolvía su sonrisa. Y se puso á tararear, pareciendo haber olvidado completamente el asunto de que acababan de hablar ella y su confidente. En realidad seguía pensando en ello, pues no perdía de vista tan fácilmente lo que le interesaba, pero ocultaba su preocupación, aun á Leila, con una indiferencia fingida. Con acento de

orgullosa seguridad murmuró otra vez: «¡Pobre muchacha!» Después despidió á su nodriza y se quedó sola.

Al día siguiente observó á su prima, como le había aconsejado la mulata. Pero Teresa no descubrió nada de sus sentimientos. Aquella dulce rubia tenía un carácter firme; y cuando se trazaba una regla de conducta, no la infringía. Desde el primer día había notado la impresión que Lydia producía en Raimundo. No se le escapó ninguno de los mudos éxtasis del marino, y estremeciése con un repentino dolor. Hasta entonces había mostrado á su primo mucho afecto. Había sentido siempre mucho placer al verle; pensaba libremente ante él; mostrábase con naturalidad, tal como era, con la franqueza y sencillez de su carácter. Entre ella y él nunca hubo secretos. Todo se lo decían, y Teresa se había explicado con una confianza y una seguridad absolutas cuando Raimundo le preguntó acerca de sus veleidades religiosas. A decir verdad, en aquella misma época, algunas semanas antes de la llegada de las señoras de Saint-Maurice, el corazón de la joven era libre, y sin ningún sacrificio se habría consagrado al culto del Señor renunciando á todas las alegrías de la vida. Si amaba á Raimundo era como una costumbre, y tan naturalmente, que no se daba cuenta de ello.

Viendo al marino mirar á Lydia fué como Teresa se estremeció por primera vez hasta el fondo del alma. Notando que tenía una rival en el corazón del joven, y una rival preferida, fué como se encendieron sus celos, descubriéndole sus sentimientos reales. Sintió un horrible dolor, en primer lugar, porque se le escapaba un afecto que ella esperaba que le fuera siempre fiel, y luego porque

estaba humillada al sentirse envidiosa de la dicha de Lydia. Para aquella joven delicada y generosa, los celos fueron considerados como un sentimiento bajo, casi degradante, y tomó la firme resolución de no dejarlos ver jamás. Desde entonces púsose sobre sí, y cuando Lydia y Raimundo estaban cerca de ella, su rostro se hacía de mármol, para no descubrir nada de lo que la martirizaba. Cuando se quedaba sola tenía accesos de desesperación, durante los cuales expiaban los ojos penetrantes de Leila.

Sin la mulata nadie habría podido sospechar nunca el amor que Teresa había consagrado desesperadamente á Ploerné. Pero de qué había de servir el descubrimiento de la nodriza, puesto que Lydia, poseída de un soberbio é inconsciente egoísmo, no tenía para nada en cuenta los sentimientos de su prima, y, con una serena ferocidad de ídolo, aceptaba los mudos homenajes de Raimundo, aunque debiesen costar á Teresa todas las lágrimas de su corazón? Sin embargo, una circunstancia prevista por el marino, aclaró la situación. Llegó una orden de embarque para el teniente Ploerné. Debía, sin tardanza, ponerse á disposición del prefecto marítimo de Tolón y partir para el Tonkin.

Era en el momento en que la expedición francesa encontraba las más graves dificultades. El almirante Courbet acababa de tomar el mando del ejército y marchaba sobre Hanoi. Para un soldado como Ploerné, todo era motivo de alegría en aquella orden de embarque, que le llevaba á donde se batían, donde había servicios que prestar, ascensos y glorias que recoger. Seis meses antes, Raimundo habría saltado de alegría. Ahora amaba, y se dispuso con varonil tristeza á obedecer las órdenes de

sus jefes y á abandonar la Francia. Aquella misma noche se presentó en el hotel de la avenida Hoche. Contra su costumbre, iba de uniforme. Al entrar en el salón, donde estaban la señora de Saint Maurice, Lydia y Teresa, fué acogido por las exclamaciones de las jóvenes:

—¿Cómo, de gran uniforme? ¿Qué significa eso? ¿Venís de alguna recepción oficial?....

—Vengo, en efecto, del ministerio—respondió Ploerné con una sonrisa—pero no había recepción, muy al contrario.

—¿De asuntos?

—¿Muy serios?

—Sí, de asuntos muy serios. Me marcho mañana con urgencia.

—¡Os marcháis!

Esta exclamación se escapó á la vez de los labios de Lydia y de Teresa, con la misma entonación y revelando un interés tan semejante, que las dos jóvenes enrojecieron y se miraron llenas de turbación.

—¿Y adónde vais?—preguntó Lydia repuesta la primera de su emoción.—¿Lejos?

—Muy lejos.

—¿Para mucho tiempo?

—Para mucho tiempo.... Acaso para siempre.

—¿Y tendréis que batiros?

—Ya sabéis—dijo Ploerné con melancolía—que para nosotros los marinos no es necesario que tengamos que batirnos donde vayamos, para que corramos peligros. La mar es terrible, los climas son mortíferos. No tenemos más que elegir para encontrar ocasiones de jugarlos la vida.... Allá adonde voy todo está reunido: peligros del mar, del clima y de la guerra. Por lo demás es un pues-

to de honor. Allí no se envía más que á los oficiales con quienes se puede contar.... Ascenderé, ó....

El marino hizo un gesto decidido, iluminó su rostro con un rayo de confianza y con voz firme

—¡Sí, ascenderé! Cuando vuelva tendré cuatro galones en mi manga, seré capitán.... Lo más difícil de mi carrera estará hecho.

La señora de Saint-Maurice, que había escuchado, primero con sorpresa, después con interés, las preguntas y respuestas cambiadas rápidamente delante de ella, aprovechó un momento de silencio, y dijo:

—¿Cómo, sobrino? ¡Apenas nos hemos reunido, y á costa de tantas penas, y ya nos vamos á separar! ¡Llegamos nosotras, y en seguida os vais! Verdaderamente es una noticia muy triste. ¿Y á dónde vais fijamente?

—Parto, tía mía, pasado mañana para el Tonkin, en el vapor *Normandía*, con otros cuatro oficiales y doscientos cincuenta hombres. Vamos á llenar los huecos que hay en el estado mayor y en las tripulaciones. Desde allí, según las órdenes que recibamos del almirante á nuestra llegada, nos reuniremos á él en Hanoi ó nos incorporaremos á la escuadra. En tierra ó en mar, acaso en el uno y en la otra, nos batiremos, esto es lo que puedo aseguraros, y de firme. Porque gentes á quienes se lleva tan lejos no están de buen humor, y cuando pegan, pegan fuerte.

—Mal oficio es el vuestro, sobrino—añadió la señora de Saint-Maurice.—Pero lo que más me disgustaría sería la navegación. Me ha destrozado tanto mi travesía de la Martinica á Francia, que

aunque se tratara de mi vida, no la volvería á comenzar.....' Así, no me puede entrar en la cabeza que haya medio de vivir á bordo de vuestros barcos. ¡Estar sin cesar saltando hacia atrás, hacia adelante, de lado, sobre aquellas tablas! Me parece que preferiría hundirme en el mar para acabar en seguida.

Raimundo y las jóvenes dejaban á la condesa discurrir á sus anchas y no la escuchaban. Se habían agrupado cerca de la ventana y hablaban en voz baja. Al cabo de un instante, por un acuerdo tácito, se levantaron y abrieron una puerta de cristales que daba al vestíbulo y bajaba al jardín. Se ahogaban en el salón, y tenían necesidad, para sus corazones oprimidos, del aire libre y la frescura de la noche.

—¡Llevad cuidado con el frío!—les gritaba la condesa, siempre transida.—¡Son tan húmedas estas noches de Francia, aun en el mes de Julio!

Llamó á Leila y le ordenó que llevara los chales á Lydia y á Teresa.

Los jóvenes paseaban ya por el jardín. Hacia un tiempo delicioso, de una penetrante dulzura. De los bosquecillos subía el aroma de las clemátidas y de los jazmines. Y, entre las dos jóvenes, bajo el cielo cuajado de estrellas, á la luz de la luna, Raimundo se sentía lleno de una amarga tristeza. ¿No era lo que amaba más en el mundo lo que tenía cerca de sí en aquel momento, y que iba á dejar? De un lado aquella á quien conocía desde su infancia, que había visto crecer, que amaba como á una hermana; del otro aquella que había llegado hacia pocas semanas, pero como una conquistadora, para apoderarse de él completamente y á quien adoraba con todas las fuerzas

de su alma. ¡Qué alegría tenerlas allí á las dos, poder decirles esas cosas que dan á los momentos en que se escuchan una solemnidad que los hace inolvidables y los graba en el espíritu como testamentos de amor! ¡Y qué desgarrador era pensar que la noche siguiente no le vería ya entre aquellas dos caras criaturas, y que mientras ellas estarían aún en el hermoso jardín, embalsamado con el perfume de las plantas, él marcharía sobre las tablas del barco, que lo llevaría hacia lo desconocido, acaso hacia la eternidad! Su firme carácter tuvo un desfallecimiento, y con los ojos húmedos y la voz temblorosa:

—¿Al menos pensaréis en mí algunas veces—preguntó—cuando esté tan lejos?

Teresa se puso un poco pálida, y fijando en él su limpia mirada, contestó:

—No me dormiré ni una noche, Raimundo, sin haber rezado para que nos seáis devuelto sano y salvo.

Lydia, con tono ligero, dijo á su vez:

—¡Cómo es posible que os olvidemos, primo!

Raimundo frunció el ceño. Habría querido encontrar en la respuesta de Lydia el acento solemne y casi religioso que había tenido la declaración de Teresa. Pero la que él amaba tanto, aquella á quien hubiera querido ver palpar con una emoción semejante á la que él experimentaba, aquella cuya angustia debía ser como un eco de la suya, estaba tranquila y como indiferente. Mientras que la amiga á quien iba á abandonar con el corazón tranquilo, con un sencillo adiós, tenía en los labios el temblor que anuncia las lágrimas prontas á brotar, aquella mirada fija que denota el

embebecimiento del espíritu en un pensamiento único y desesperado.

Raimundo no vio la turbación de Teresa, sino para notar con más amargura la sangre fría de Lydia. No pensó que la una pudiera amarle. No tuvo más que la sospecha desolada de que la otra no le amaba. El invencible deseo de penetrar en aquel corazón, que juzgaba todavía cerrado, se le impuso. Y se dijo: «Si no le confieso mi amor esta misma noche, si no obtengo de ella un compromiso, ¿cómo podré alejarme y vivir? ¡Oh, no tengo más que un momento para hablarla, y delante de Teresa me es imposible!»

Se aproximó á Lydia con tal ardor, su rostro expresó tan apasionadamente el deseo que tenía de encontrarse á solas con la joven, que el pecho de Teresa se levantó lleno de sollozos. Volvióse ésta para enjugar una lágrima que no había podido contener, y, bajando la cabeza con resignación, decidida á sacrificarlo todo al que amaba con una ternura profunda y absoluta, dijo:

—Decididamente hace un poco fresco esta noche.... Me voy con la tía.

Vió iluminarse el rostro de Raimundo con un rayo de alegría, que le sirvió á la vez de consuelo y de tormento, y, sin volver la cabeza, subió los escalones del vestíbulo y entró en el salón.

Ploerné, al quedarse sólo con Lydia, permaneció un momento silencioso. Menos preocupado de lo que tenía que decir, pudo preguntarse por qué Lydia no había seguido á su prima y se quedaba á su lado. ¿Habría resuelto acaso que Raimundo no podía partir sin tener una explicación decisiva con ella, y se prestaba fácilmente á una entrevista? Aquella linda cabecita, ¿abrigaría algún cálculo?

Aun en esto, el teniente habría tenido ocasión de comparar la conducta de las dos jóvenes, y sin duda la ventaja no hubiera sido para Lydia. Pero Raimundo no veía más que un talle esbelto, hombros llenos y elegantes, ojos de diamante negro y labios de rosa, que sonreían. Fuera de aquella maravilla, nada existía para él que mereciera admiración, adoración y respeto.

Habían reanudado su paseo á pasos lentos, en medio de la noche transparente. Llegaron á un bosquecillo, en cuyo centro, en un macizo de rosales, se alzaba una estatua de mármol sobre un pedestal de piedra enguirnaldado de madre selva. Al pie había un banco, en el cual se sentaron. Y allí, Raimundo, haciendo un esfuerzo de valor más grande que el día en que por primera vez había marchado al ataque de una batería, murmuró en voz baja:

—Lydia, el dejaros es para mí un cruel dolor.... No podéis comprender mi pena, puesto que no participáis de ella.... Creed que es bien amarga, bien imposible de consolar.

Lydia alzó sus ojos de fuego, y con aquella voz grave que hacía estremecer á Raimundo:

—¿Por qué decís que no participo de vuestra pena?.... ¿Me creéis tan indiferente?

—¡Oh! Sé que sois buena, y creo que no dejaréis partir, sin algún sentimiento, á un amigo, por tanto tiempo y tan lejos. Pero ese sentimiento de tristeza que experimentaríais por cualquier otro, está bien lejos del que yo siento y del que yo quisiera veros sentir. Hace pocos meses que nos conocemos, Lydia, y ocupáis un lugar inmenso en mi pensamiento. Inmenso, sí, porque en el momento de alejarme de mi país, de todos los míos, no tengo más que una preocupación, un pensa-

miento, vos. Y si me veis atormentado, inquieto, desgraciado, es porque mi única dicha era vivir cerca de vos y porque vamos á separarnos.

La joven, á aquella declaración tan clara y expresada ardientemente, quedó inmóvil y fría. Ni una de las encorvadas pestañas que velaban sus hermosos ojos tembló. Estaba tan dueña de sí misma, como Raimundo febril y vibrante.

—¿Por qué partís — dijo — si eso os affige tanto?

—Sois una niña, Lydia, y no conocéis los deberes de un soldado. ¡No partir! Cuando se me manda ir al enemigo, eso sería faltar al honor. Es la única cosa que no estoy dispuesto á hacer por vos. Es preciso, pues, que yo me vaya y que os deje detrás de mí, bella como sois y destinada á todas las adoraciones, á todas las solicitudes..... ¡Comprended mi tormento!..... Os amarán, os lo dirán, y acaso vos misma..... ¡Oh, Lydia! ¡Qué tormento para el ausente que lleva vuestra imagen en su corazón, que no va á vivir más que para vuestro recuerdo y que no tiene derecho á esperar nada, porque ni siquiera os ha confesado su amor, y vos no habéis contraído ningún compromiso con él!

—¿Y es esa la causa de vuestra pena y de vuestra inquietud?—dijo tranquilamente Lydia.—Convenid, sin embargo, en que yo no podía, á menos de estar dotada de penetración sobrenatural, adivinar lo que pasaba en vuestro espíritu..... Venís aquí desde hace muchos meses, casi todos los días, y me veis en la más estrecha intimidad. No creo que me haya mostrado con vos muy feroz. Y no decís nada, ni siquiera suspiráis. Porque hay que confesar que sois un enamorado bien discreto, y que con vos no hay que defenderse mucho.

—¡Lydia, Lydia!—murmuró Ploerné.—¡Os burláis ahora cuando veis que lloro!

—¿Y qué queréis que haga? No puedo, sin embargo, echarme en vuestros brazos, gritando, con vos, de desesperación. Soy más razonable. Me limito á reñiros por vuestra discreción exagerada, que ha esperado hasta el último momento para hacerme conocer el estado de vuestro corazón..... No me miréis con ese aire desolado..... No soy muy dura con vos..... Todavía no os he dicho que rechace vuestra demanda. Y tranquilizáos, no os lo diré.

Raimundo lanzó un grito de alegría. Cogió la pequeña mano de su prima y la guardó estrechamente apretada, como para tomar posesión de toda su persona. Lydia, conmovida por aquella pasión tan sincera y que estallaba ardiente como un fuego cubierto mucho tiempo, sonrió con más dulzura, y dijo:

—¿Queréis que os espere?..... Os esperaré. Soy muy joven. No me encontraréis muy cambiada á vuestra vuelta, que espero no tardará mucho.

—¡Ah! Yo pagaré con mi sangre la alegría suprema de volver pronto á vuestro lado.

—Economizad esa sangre que ahora me pertenece—interrumpió la criolla con su voz profunda.—Sé que sois valiente; no seáis imprudente. El medio más seguro de ser dichoso á mi lado, es volver sano y salvo. No pienso en ser viuda antes que casada. Pensad en mi pena si os viera volver herido, mutilado. ¡Son ahora tan terribles las armas!.....

Las palabras que había pronunciado la joven eran de una indiferencia razonada y glacial. Pero Raimundo no oía á Lydia, no oía más que el him-

no triunfante de su corazón embriagado. Ahora podía partir, el alma en paz. Lydia se había comprometido á esperarle. La salida de la campaña que iba á emprender sería ó la muerte ó la felicidad. No temía á la una y aspiraba á la otra. Todas las nubes que oscurecían su pensamiento se habían disipado en un instante. ¿Qué suerte más hermosa que la suya? Soldado, iba á batirse. Amante, era amado. Le animaba una confianza absoluta. No admitía que pudiera realizarse ninguna de las malas probabilidades que iba á afrontar. Sentíase con tal fuerza de vida, que estaba seguro de vivir. Y, viviendo, Lydia sería suya.

Permanecieron así sin hablar durante bastante tiempo, hasta que la joven dijo á Raimundo:

—Hace cerca de una hora que estamos de conversación. Es preciso volver. Por lo demás, tenéis que hablar á mi madre. Conviene que sea por vos por quien sepa estas promesas que hemos cambiado.

Levantóse, y en la acariciadora claridad de la luna sonreía á su amigo. Estaba tan bella de aquel modo, que él la cogió entre sus brazos y la oprimió contra su pecho. Ella no hizo ninguna resistencia. Y con la cabeza apoyada sobre su hombro siguió mirándole con sus ojos radiantes y puros. Entonces, inclinándose sobre la frente de Lydia, que brillaba bajo sus negros cabellos, Raimundo le dió el más casto y el más delicioso beso. Pero la hija de los trópicos, animándose de repente, como si aquella caricia hubiera encendido en ella misteriosos ardores, alzóse sobre la punta de los pies, cruzó por detrás del cuello del joven sus brazos nerviosos, y, colgada á él como una liana, posó su boca de rosa sobre los labios temblorosos de su

amante. Parecióle á Ploerné que acababa de ser atravesado por una llama, y, temblando, trastornado, volvió con ella al salón donde esperaban Teresa y la señora de Saint-Maurice.

La buena señora comenzaba á dormir; y su sobrina, sentada á su lado, meditaba profundamente. Mientras que ella estaba allí, Raimundo y Lydia, solos en el jardín, se confesaban su mutua ternura. Había sentido bien, en la turbación de su corazón, que tenían que hacerse una confidencia. ¿Y cuál podían hacerse, más dolorosa para Teresa, que la de Raimundo? Sin embargo, favoreció su acuerdo. ¿Pero había sido tan heroica la pobre niña al alejarse? Un secreto instinto le daba la seguridad de que si no se marchaba, Raimundo, en el desorden de espíritu en que le ponía la obligación de separarse de la que amaba, iba á hablar delante de ella. Si, nada le habría contenido, á él que callaba hacia tanto tiempo. Estos tímidos, acosados por la necesidad de obrar, se hacen temerarios y no conocen freno. Teresa había huído ante la confesión.

Y ahora, en el salón, en la apacible claridad de la lámpara, al lado de su tía que dormitaba, inconsciente de lo que sucedía, estaba, con los ojos fijos y la frente inclinada, dando vueltas á dolorosas ideas. El recuerdo de aquel sueño que la había turbado en varias ocasiones antes de la llegada de sus parientas y del cual había hablado á Raimundo, volvía con una persistencia de presagio. Volvía á ver el negro barco que traía á las dos mujeres y á la sombría mulata, y una voz murmuraba á su oído las extrañas palabras que habían espantado su sueño: «La que viene te quitará todo lo que tú posees y todo lo que tú amas. Ya no tendrás ni fortuna ni afectos. ¡Para ella será tu parte de di-

cha en la vida!» Y ésta, la que había siempre adivinado ser Lydia, morena y pálida, con ojos diabólicos, reía enseñando sus blancos dientes, mientras que las otras dos extrañas, la madre y la mulata, aprobaban con la cabeza el monstruoso despojo.

Teresa lanzó un suspiro y sintió oprimírsele el corazón. ¿No estaba á medio cumplirse la conquista que profetizaba el sueño? ¿No estaba ya desposeída del amor de Raimundo? ¿No estaba ya casi completamente robada su parte de dicha? ¡Oh! ¿Debía defenderla? ¿No la daría voluntariamente toda entera, por reconquistar el corazón del que amaba y que no lo sospechaba?

Sin embargo, surgió en su espíritu un pensamiento que por un momento la devolvió la esperanza. ¿Y si Lydia no acogía las pretensiones de Raimundo? ¿Y si no le gustaba? La nube que acababa de disiparse se volvió á condensar más espesa y más oscura. ¿Cómo admitir que á Lydia no le gustase Raimundo? ¿Qué mujer sería tan insensata que desdeñase el amor de tal hombre cuando lo ofreciera de rodillas? ¡No! Todo había acabado; ya no había para la pobre Teresa más que sufrir y llorar. ¡Oh! ¿Cómo habría querido desaparecer en un instante, para escapar á la necesidad de oír la revelación de la dicha de la otra! Aniquilarse, dejar de existir, no tener ni ojos ni oídos, ser una materia inerte, insensible, como muerta. No tener que sonreír, cuando quisiera llorar; que felicitar, cuando quisiera maldecir; poder ocultar, en fin, la sangrienta llaga, abierta en lo más sensible de su corazón. Porque aún aceptaba el sufrir, pero no soportaba la idea de que lo supiesen. Después del dolor de ser desdeñada, rechazaba la vergüenza de ser compadecida.

En medio del desorden de sus pensamientos, se abrió la puerta del jardín, y Lydia y Raimundo, cogidos de la mano, entraron en el salón. La señora de Saint-Maurice se despertó sobresaltada. Teresa permaneció inmóvil, sin respirar y sin ver. Había leído su sentencia en el rostro radiante de Pleorné. Lydia se adelantó hacia su madre, señalándole al joven, que sonreía como embriagado:

—Mamá—dijo sencillamente—Raimundo acaba de decirme que me ama y nos hemos dado palabra de casamiento.

La señora de Saint-Maurice golpeó sus manos, con gozoso asombro, y exclamó:

—Vaya, sobrino, queréis convertirnos en hijo mío; aunque no podré amaros más... Pero, ahora que caigo, ¿no os vais? ¿Cómo nos las vamos á arreglar?

—Esperaremos á que vuelva, mamá.... Esto me dejará envejecer un poco.... De lejos me amaré como de cerca.... Y cuando vuelva será para no marcharse otra vez.... ¿Verdad, Raimundo?

—Sí, ciertamente, me comprometo á ello; me consagraré por completo á vosotras.

—Está bien, hijos míos, si estáis contentos así.... Esperar es todavía una de las cosas más fáciles de hacer en el mundo. El porvenir se encargará de arreglarlo todo. Pero venid aquí, sobrino, que os abraze.... Vaya, me parece que lo habéis hecho á la americana. Lo habéis terminado todo entre vosotros dos. Porque yo no sospechaba nada.... Y tú, Teresa, ¿no estabas en el secreto?

A los ojos de la niña se agolparon las lágrimas, pero estaba en la sombra y pudo ocultarlas.

—No, tía—respondió con voz bastante firme.—Como vos, me entero ahora.

Hizo un esfuerzo supremo, y añadió:

—Me hace muy feliz la dicha de Lydia y de Raimundo.

Los ojos de la criolla se clavaron en el pálido rostro de Teresa, sin poder descubrir en él un temblor que denunciase la pena. Se acercó á su prima y la besó con efusión, diciéndole:

—A tí te debo el haber conocido á Raimundo y ser amada de él..... ¡Cree que no lo olvidaré nunca!

Ploerné le tendió la mano:

—La dejo á tu lado—dijo.—Cuidala, ámala, vela sobre ella. Es lo que más quiero en el mundo.

Teresa se adelantó hacia la luz. Ya no temía ser vista. El pensamiento de un deber que llenar le había purificado el corazón de todos sus celos. Y con energía:

—Yo os lo prometo, Raimundo, podéis contar conmigo.

—Gracias.

Raimundo se despidió, y se fué. Al día siguiente volvió á darles su adiós, y á la caída de la noche montó en el tren rápido de Marsella, dejando detrás de sí á Lydia muy tranquila y á Teresa desolada.

Los primeros meses que siguieron á la partida del marino se deslizaron monótonos. Teresa y sus parientas estaban todavía de luto y no tenían ningún deseo de salir de su soledad. Sin embargo, al acercarse el invierno, la madre de Lydia quejábale mucho de frío. Aquella mujer, habituada á la dulce temperatura de las colonias, tiritaba bajo las ráfagas del viento Este.

—En tu París se hiela la gente—decía la señora de Saint-Maurice.—Esta es una sucursal del Polo

Norte. Si esta mañana estamos á 14 grados, ¿qué será al invierno?

—Tendremos buen fuego, tía.

—Me han dicho que algunas veces helaba durante semanas enteras.

—Entonces se patina.

—¡Como en Laponia! ¡Vaya una diversión! ¡Ah! ¡Que no hubiera podido traerme conmigo el sol de la Martinica y la brisa de nuestras sábanas!

—Si París os hace daño nos iremos á otro lado, tía. Ya sabéis que nada nos retiene aquí.

—¿Adónde quieres que busquemos un clima mejor sin atravesar el mar? Y eso de meterse otra vez en un barco, ¡jamás! ¡Antes prefiero el frío!

—No será necesario ir á Malta, á Sicilia ó á Argelia para encontrar una gran diferencia de temperatura. Bastaría ir á la frontera de Italia, á lo largo de la costa..... A partir de Cannes el clima cambia verdaderamente.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué más da Cannes que París?..... Quedémonos aquí..... Sufrir por sufrir, al menos no te alejaremos de la casa de tu madre.

—No me alejaréis, tía. Entre Niza y Mónaco, á orillas del mar, en una ensenada resguardada del viento y expuesta al sol, tengo una *villa* que mamá había hecho construir, y que ha habitado antes de que la enfermedad la clavase en su lecho..... En Beaulieu, volveré á encontrar su recuerdo.

—No, no, hija mía—gimió la señora de Saint-Maurice—sería mucho trastorno un viaje así..... Habría que volver á arreglar todos estos baules que apenas están deshechos..... Decididamente,

quedémonos aquí: en todas partes se está bien para morir.

La buena señora pertenecía á esa especie de gentes que arrastran su pretendida agonía hasta los más avanzados límites de la vida humana, comiendo bien, durmiendo mejor, y martirizando á los que viven á su lado con sus eternas quejas. De buena fe, por otra parte, y creyendo sinceramente padecer los sufrimientos de que se quejaba. Había tomado el partido de quedarse, pero no el de cesar en sus lamentaciones. Seis semanas después, su hija y su sobrina, haciéndole una dulce violencia, se la llevaban á Beaulieu, y allá en medio de las flores, á la orilla de las azuladas ondas, en una atmósfera suave, la criolla consentía en confesar que todavía podía haber algunas horas soportables para ella en la vida.

Por su parte, Lydia experimentó una especie de embriaguez al encontrar el verdor y las plantas que le recordaban su país. Los naranjos, las palmeras, los mirtos, los cactus, aquella flora de Oriente, dorada por el sol; el murmurio de la mar, argentando con sus olas moribundas la arena de la playa; el perfume de la brisa cargada de las tibias emanaciones de la tierra; el horizonte azul y rosa de las costas bañadas en luz, todo le recordaba la encantada isla donde había pasado sus primeros años. Era dichosa y se entregaba á una vida animal. Pensaba muy poco en su prometido. Hasta había necesidad de que Teresa le hablase de él. Entonces dejaba escapar algunas frases insignificantes. ¿Dónde está? ¿Qué hace? ¿Cuándo volverá? Esto era todo.

Dónde estaba y qué hacía, lo supieron al cabo de dos meses por sus cartas. Estaba con la escua-

dra, cruzando frente á las costas con tiempos muy duros. Lo que nadie podía decir es cuándo volvería. No antes de dos años, lo más pronto. A menos..... Este «á menos» hacía estremecer á Teresa y sublevarse á Lydia, porque era el caso de una licencia para convalecer lo que este «á menos» significaba. Y para que el oficial volviese á Francia, era preciso que fuese gravemente herido ó que estuviese seriamente enfermo. Teresa prefería que siguiese en China. Desde luego, porque allí no se casaba con Lydia. Por resignada que estuviese á ver á Raimundo pertenecer á su prima, no podía pensar, sin que el corazón se le oprimiese, en el porvenir que le ofrecía aquel matrimonio. Raimundo, á millares de leguas, estaba separado de ella, pero también estaba separado de su prometida. Su ausencia era un respiro. Entretanto, se vivía.

Los seis primeros meses trascurrieron en una reclusión casi completa. El punto de la costa en que estaba situada la *villa*, no atraía á los viajeros. Algunos breaks ó algunas calesas bajaban hasta Saint Hospice, pero no pasaban de aquí; y la soledad de las tres mujeres apenas era turbada por el ruido argentino de los cascabeles en el camino que conduce á Villafranca, ó por el paso de los raros *touristes* que suben al pequeño convento ó á la torre en ruinas, vestigio de construcción militar, dejado por los piratas berberiscos, en el tiempo en que infestaban los mares.

De vuelta á París, las señoras de Saint-Maurice se instalaron definitivamente en el hotel Letourneur. Un año de vida común, había permitido á las tres mujeres conocerse completamente. Teresa apreció la tranquila bondad, la serenidad de corazón de su tía. Aquella excelente mujer no tenía

más que un defecto: el de creerse continuamente moribunda. Pero en doce meses no había causado un disgusto, una contrariedad á su sobrina, y se había hecho amar de ella.

Lydia, fantástica é imperiosa, tierna y violenta, había esclavizado á la dulce Teresa. Cuando los caprichos de aquélla disgustaban á ésta; cuando, sin tomarse el trabajo de intentar convencer, la criolla quería mandar, hacer predominar sus gustos ó sus maneras de ver, su prima, dispuesta á resistir, á protestar, se calmaba de pronto, pensando que acaso era un mal sentimiento de envidia el que la predisponía contra Lydia, y cedía por exceso de conciencia y de virtud. Poco á poco había dejado á la hermosa morena portarse como niño mimado. Se había plegado á su tiranía como la señora de Saint-Maurice y Leila. Tiranía zalamera y seductora, es cierto, porque aquella deliciosa joven, nacida para la seducción, tenía un acento que hacía excusable todo lo que decía y hacía por irregular y molesto que fuese.

Después de un año de retiro, y terminado el luto de Teresa, Lydia fué acometida de un ansia de placeres que asustaba á su prima. A la muerte de su madre, todavía no había frecuentado ella la sociedad, y á excepción de algunos amigos de su familia, tales como su padrino, Samuel Bernheimer, el antiguo socio de su padre, conocía á muy pocas personas. Quedó espantada cuando Lydia mostró el deseo de alegrar un poco la existencia que llevaba desde su llegada á Francia. Teresa estaba todavía muy triste, y comprendía difícilmente que la prometida de Raimundo pensara, en ausencia del que amaba, en proporcionarse el menor placer. Hizo, sobre este punto, más resistencia que

sobre otros. Pero cuando Lydia quería una cosa, la quería de veras; y con una destreza singular, se puso á batir en brecha lo que ella llamaba el rigorismo de Teresa.

Jamás había estado en el teatro y moría de deseos de ir á la Opera. La señora Letourneur había tenido allí, durante veinte años, un palco una vez por semana. A la muerte de su marido había cedido su día á unos amigos, pero estipulando que ella ó su hija lo recobrarían cuando les conviniera. Lydia hizo tanto, que Teresa reclamó su palco, y lo puso á disposición de su tía, pero á condición de que quedaría en libertad de no acompañarlas. La alegría de Lydia, la primera noche en que se dispuso á ir á oír *Fausto*, fué para su prima una viva satisfacción. Sonrió al entusiasmo de Lydia, admiró su traje y la adornó con sus propias alhajas. Experimentó el sentimiento de una madre ante la dicha de una hija mimada. Su tía, presa de una pretendida jaqueca, había asegurado hasta el último momento que no estaría en estado de salir. Pero después de haber comido muy bien, subió, moribunda, según decía, al carruaje, y partió con su hija. Teresa, al quedarse sola, se refugió en su cuarto y pasó la noche pensando en el ausente.

Una joven tan hermosa como Lydia, no podía estar tres horas asomada al antepecho de un palco principal de la Opera sin atraer la atención de un público á quien son familiares todas las caras que aparecen en la sala. Desde el primer entreacto, fueron asustados todos los gemelos del patio sobre la encantadora mujer que nadie conocía. De todos lados se preguntaban: «¿Quién es?» Y una agitación bien natural se apoderaba de todos aquellos gastados, á los que sacaba un instante de su indi-

ferencia la aparición de Lydia. La acomodadora fué interrogada; pero no podía dar noticias, ignoraba quién fuese. El talón estaba á nombre de Le tourneur, y las dos señoras que ocupaban el palco número 23 hablaban francés con un ligero acento. Si Samuel Bernheimer, que había venido más de cien veces al palco, en tiempos de su socio, hubiera estado presente, sin duda que habría dicho á sus amigos del Jockey lo que ardían en deseos de saber. Pero la fatalidad hacía que aquella noche estuviera desocupada su butaca. Los curiosos se consolaban pensando que ya encontrarían al banquero en el Club, adonde iba regularmente á tomar una taza de té antes de acostarse. Entretanto los gemelos seguían funcionando y los ditirambos se acentuaban.

Por inexperimentada que fuese la señorita de Saint Maurice, no se le escaparon las conversaciones del patio y el movimiento de curiosidad de los palcos. Se sentía notada, y su corazón rebotaba de placer. Entraba, pues, desde el primer instante, como vencedora, en aquel mundo parisién tan misterioso para ella. Sintió la ola de las alabanzas subir y envolverla como una caricia. Pero permaneció impassible, como armada de la indiferencia de una mujer de mundo acostumbrada á las escaramuzas de la vida elegante. Su única preocupación, mientras que las inspiradas melodías de la escena del jardín se desarrollaban en ondas melodiosas, era no aparecer provinciana. Se estudiaba severamente desde el punto de vista de las actitudes; examinaba las maneras de las otras mujeres, eligiendo, para sus comparaciones, las más brillantes y las más rodeadas. Ni una vez se abrió aquel corazón de dieciséis años á las sagradas alegrías que

proporciona la revelación de una obra maestra. Sólo vibró en ella el orgullo, pero con una fuerza sorprendente.

Lydia, que había ido con el deseo de divertirse y de escuchar religiosamente la obra de un maestro, fué cogida, desde el primer instante, por el vano torbellino de la frivolidad parisién y arrastrada sin resistencia. Comprendió que había nacido para aquellas emociones engañosas, para aquellas satisfacciones artificiales, para aquellos triunfos malsanos. Parecióle que, de pronto, se metamorfoseaba en otra Lydia que no conocía. O mejor: su naturaleza no sospechaba se desenvolvía como esas plantas de su país, que brotan en una noche y que se alzan soberbias en su vigor espontáneo. Sus ideas parecían haber sufrido una evolución fulminante. Y todo lo que su madre le había enseñado de dulce, de sencillo, de familiar, caía como los frutos de un hermoso árbol al empuje del viento de tempestad.

Miró friamente á aquel público que representaba la quinta esencia mundana de París, y se dijo: «Yo dominaré á todas esas gentes. Las mujeres y los hombres conocerán mi poder.» ¿De dónde sacaba que pudiera jamás poseer un poder cualquiera? No sabía nada, ni se daba el trabajo de averiguarlo; pero tenía la tranquila certeza de que lo poseería. Aunque un Dios le hubiera hablado al oído para revelar su destino, no se habría sentido más segura del porvenir. Su madre, en el fondo del palco, arrullada dulcemente por la música, no notaba nada y no sospechaba de ningún modo que habiendo llevado á la Opera un cándido serafín, se iba á volver á su casa con un diablo desencadenado.

Aquella misma noche, á las doce, en el Jockey,

Bernheimer, muy rodeado, escuchaba con alguna sorpresa las preguntas apremiantes y confusas que le dirigían sus colegas.

—Preguntadme si ganaré el próximo gran premio—interrumpió Samuel riendo—y os contestaré que, si tiene mejores pulmones que los demás y patas más sólidas, mi caballo llegará el primero. ¿Pero cómo os he de dar noticias sobre personas que no he visto?

—Las conocéis seguramente..... Ocupaban el palco de Létourneur..... Sed complaciente..... Tratad de aclararnos la cuestión..... Se os hace el retrato de dos mujeres: una vieja y una joven. La vieja, pequeña, seca, con el pelo blanco. La joven, asombrosa, morena, con unos ojos..... y una piel... ¡Ah!..... ¡Jamás se ha visto nada parecido!..... Si con estas indicaciones no caéis en la cuenta, es que habéis perdido vuestro buen olfato.

—¡Vamos! Por el olor, pues que de olfato me habláis, ya sé de quién se trata.....

—¡Bueno! ¡No nos consumáis!

—Son parientas de mi ahijada..... La joven belleza que os ha revolucionado á todos es una criolla recientemente llegada á París..... Se llama la señorita Lydia de Saint-Maurice. Pertenece á una excelente familia y no tiene fortuna.

—Tanto mejor—suspiró Mauricio de Roquiere, un guapo muchacho de veinticinco años, que en dos había comprometido seriamente su capital.—Tiene una probabilidad más para acabar mal.

—No lo esperéis, querido amigo. Por el presente vive muy bien guardada por toda su familia..... Y por lo que hace al porvenir, está prometida á su primo el conde de Ploerné.

—¿El marino?

—Sí. El teniente que está en el Tonkin.

—Cuando vuelva me haré su amigo íntimo—declaró el joven.—Entretanto, Bernheimer, os pido que me presentéis á las señoras de Saint-Maurice la primera vez que aparezcan en el horizonte.

—Con mucho gusto. Y luego arreglaos como podáis.

—Fiaos en mí para eso.

A la semana siguiente se cantaban los *Hugonotes*. Pero Lydia no se había prometido deleitarse con la audición de la maravillosa partitura de Meyerbeer. Había allí en adelante, para ella, otro atractivo muy diferente del de los instrumentos y de las voces: era el murmullo halagador que levantaba su presencia; el ardor de las miradas que atraía su belleza. La verdadera armonía era el concierto de admiraciones y de elogios, en el cual no debía dejarse oír ni una nota discordante. Porque hasta las mujeres se encontraban desarmadas ante Lydia, en quien mientras fuera soltera, no podían ver una rival.

Ahora ya se sabía de quién se trataba, y la curiosidad ya no fué platónica. Desde el primer encuentro, Samuel Bernheimer invadía el palco y daba á las señoras de Saint-Maurice la satisfacción de darles detalles sobre las personalidades más notables de la concurrencia.

—Se ocupan mucho de vos—dijo á la condesa—y la belleza de esta señorita ha producido una verdadera revolución..... Si yo cediera á las peticiones con que me agobian, os traería aquí á todos los abonados del patio.

—Guardaos bien de ello—exclamó la señora de Saint-Maurice—no queremos hacer ningún conocimiento. Ya sabéis lo retiradas que vivimos con

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

BIBLIOTECA U. N. L. SERIE

"ALFONSO MATEOS"

1946. 1625 MONTERREY, MEXICO

mi sobrina..... No nos presentéis á nadie, que ella no está decidida á recibir.

—Os suplicaré, sin embargo, que hagáis una excepción en favor de un joven amigo mío, á quien he prometido traer á vuestro palco..... Es un muchacho amable. No os estorbará, y os divertirá.

—Traedlo si se lo habéis prometido; pero que no espere una gran acogida de nosotras.

Al entreacto siguiente, el marqués de Roquiere fué presentado á la señorita de Saint-Maurice. Se había prometido un vivo placer en aquella presentación, pero tuvo que desistir de ello. Encontró dos mujeres muy sencillas, muy bien educadas, pero muy frías, que no alentaron sus intentos chanceiros. Por atrevido que fuese el joven, tuvo que confesarse que no le sería muy fácil forzar la intimidad de la condesa. Se desquitó admirando á su hija, y pudo declarar á sus amigos del Club que la criolla era de cerca más encantadora que de lejos. Solamente, como no la había podido sacar más que monosílabos, la declaró algo tonta. El, por su parte, le pareció á Lydia muy insignificante, bastante mal educado, y en las varias ocasiones en que se encontraron, no dejó caer sobre él más que miradas indiferentes.

Cuando llegó el verano, la madre y la hija fueron á Deauville á pasar tres meses con Teresa. El otoño las hizo volver á París; y como la señora de Saint Maurice tiritase al caer de los árboles las primeras hojas, la *villa* de Beaulieu vió reaparecer á sus habitantes. Allí Teresa tuvo un verdadero descanso.

La existencia, tal como sus parientes y ella la habían llevado durante seis meses, había sido penosa para la joven. Habían surgido tirantezas causa-

das por la semejanza de sus gustos y la diferencia de su vida. Mezcladas las unas, por poco que fuese, al movimiento de la sociedad, y obstinándose la otra en un severo retiro, era imposible que no hubiese aspereza. Teresa las había suavizado sacrificando sus gustos á los de sus huéspedes, pero sufría al verse abandonada por placeres que juzgaba mediocres.

En Beaulieu se encontraron todas de acuerdo para vivir en calma, y esto fué una viva satisfacción para la joven. Durante muchas semanas no salieron las tres mujeres. Un día, sin embargo, que en la conversación se habló de Mónaco y del palacio, Teresa misma propuso ir á visitarlo. Aquella era ocasión de un simple paseo en carruaje. Sus parientas aceptaron, y aquella tarde fué cuando, en las vastas salas del palacio del príncipe, Lydia se encontró en presencia del marqués de Girani.

A primera vista no la hizo ninguna impresión. Advirtió que la seguía y que le dirigía miradas ardientes. Pero hacía mucho tiempo que estaba hecha á las miradas. Al segundo encuentro, cuando volvía con Leila de coger mimosas por los caminos, fué cuando le gustó. Notó la gracia de su gesto cuando le saludó al paso, y el brillo de su sonrisa. Era uno de los jóvenes más guapos que había visto hasta entonces, y cuyo tipo la recordaba á los galanteadores de su país. Tenía una palidez encendida, negros y brillantes cabellos rizados, ojos como el azabache, y en toda su persona, una especie de languidez aristocrática y viciosa de hombre nacido para la ociosidad y el placer. Pensó en él, y en su cerebro, preparado para el incendio, el recuerdo del hermoso italiano hizo brotar llamas repentinas. Lydia sintió despertarse en sí ardores

que no sospechaba. El sincero, tierno y sereno Raimundo la había dejado casi indiferente. Una cabeza morena y pálida, pasando por sus sueños, bastó á trastornar su imaginación.

Al día siguiente no salió; pero desde una terraza oculta por la verdura observó los alrededores, y descubrió á su adorador, que rondaba alrededor de la villa. Una sensación deliciosa de alegría refrescó su corazón. Ocupábase él de ella tanto como ella se interesaba por él. Incapaz de guardar su secreto para sí sola, hizo aquella misma noche al acostarse confidencias á Leila.

—¿No sabes que ha vuelto el hermoso extranjero del camino de Saint Hospice?

La cuarterona alzó sus sombríos ojos hacia su ama.

—¿Y cómo lo sabéis?

—Estaba yo en la terraza y le he visto. Ha estado dando vueltas mucho tiempo esperando verme. Luego ha ido á sentarse sobre las rocas, ha esperado allí hasta las seis, y entonces, pensando que yo no saldría ya, se ha marchado.

—Convienes que no os ocupéis de él, amita—dijo Leila.

—¿Oh! me divierte tan sólo en seguir sus manejos. ¿Qué mal hay en esto? Ni siquiera sé quién es.

—Yo lo sabré—dijo la mulata—si esto os distrae.

—Si, inténtalo..... Debe venir de Monte-Carlo.

Al día siguiente no apareció el enamorado, y la joven estuvo descontenta, mostrándose como disgustada de todo y enervada. Por la noche, al desnudarse, le dijo su nodriza:

—Hoy no habéis visto al extranjero, amita.

—¿Cómo lo sabes?—preguntó Lydia asombrada.

—Porque le he encontrado en el camino de Saint-Hospice y se me ha acercado.

—¿Y se ha atrevido!....

—¿Oh, con una pobre esclava como Leila!.... Esto no importa..... Quería saber quién érais, de dónde veníais..... Ha adivinado que no habíais nacido en Europa.

—¿Y tú que le has dicho?

—Que era preciso que se fuera para no volver más..... Porque no saldríais mientras que él anduviera rondando por aquí.

—¿Y entonces?....

—Entonces me ha dicho que necesitaba escribiros..... Yo le he dicho que estaba loco..... Ha hablado mucho tiempo, mucho tiempo..... Y juraba que os amaba hasta morir..... ¿Como si esto tuviera algo de particular!.... Al fin se ha decidido á dejarme diciendo que tenía necesidad de decir á alguien lo que pensaba de vos, y que sería á mí á quien escribiría.

La mulata se echó á reír.

—¿Cómo me las arreglaré yo que no sé leer? ¡Bah! Tiraré las cartas al mar.

Lydia no añadió una palabra. Quedó pensativa, y eran ya las doce cuando todavía estaba sentada en una butaca á los pies de la cama con el ceño fruncido y las miradas fijas.

Como lo había anunciado, el italiano escribió, y Lydia fué quien leyó la carta. Bastó que ella expresara el deseo para que la mulata se la entregase. Supo así que su adorador se llamaba Emilio de Girani y que era marqués. Pero su título no deslumbraba á la joven. Aunque hubiera sido un plebeyo, el misterio que lo envolvía, el atractivo de la intriga iniciada por él, habrían ocupado el espíritu

de la criolla. Era el poético desconocido que suspiraba en la sombra, que la adoraba de lejos; héroe de una novela que ella entreabría apenas, para leer á hurtadillas algunas hojas, prometiéndose cerrarla enseguida si se hacía muy ardiente.

Girani no se había contentado con escribir, había reaparecido. Sus ojos soñadores eran excelentes ojos muy penetrantes, y no había tardado en descubrir la terraza, oculta por la verdura, que servía de observatorio á Lydia. No se aproximaba de día, pero por la noche rondaba muy cerca, espiando una ocasión propicia. Con frecuencia, desde el pie del muro tapizado de viña virgen, á cuya sombra se emboscaba, oía hablar á Teresa y á Lydia. Le inquietaba la gravedad de aquella; pero comprendía enseguida que desconocía la intriga amorosa.

La presencia de su prima en el jardín ponía ahora á la criolla en un suplicio. Sin saber por qué Teresa experimentaba la misma impresión de malestar, se alejaba y entraba en casa. Entonces la criolla podía con libertad mirar afuera, sin temor de ser sorprendida por cualquiera de la casa. Un día que soñaba, con el libro abierto sobre las rodillas, cayó á sus pies una rosa lanzada desde el camino. Alzó los ojos, y á tres pasos, separado de ella únicamente por la altura del muro, vió á Girani. Enrojeció, hizo un gesto de descontento y quiso levantarse. El juntó las manos, su rostro tomó una expresión suplicante, y murmuró en voz baja:

—¡Quedaos! ¡Me voy!

Permaneció, sin embargo, todavía un minuto, siempre con las manos juntas, y la mirada extática, como un devoto en oración ante una virgen; luego se inclinó casi religiosamente y se alejó. Pero en

el recodo del camino volvióse; y viéndola en el mismo sitio, sonrió apasionadamente, y, con fuego, con la punta de los dedos le envió un beso. Aquella pronta familiaridad, después de tanto respeto, disgustó á Lydia, y se retiró. Pero al día siguiente volvió en medio de aquella verdura y de aquellas flores, cuyos penetrantes aromas sostenían su embriaguez, y esperó. El no apareció, y se retiró descontenta por haberle faltado su distracción diaria.

Al día siguiente le vió acudir. Como había temido no verle, no tuvo la idea de escapar. El se acercó respetuosamente, con la cabeza descubierta, con el aire de respetuosa adoración que tan poco se armonizaba con el aspecto atrevido que tomaba para echar besos, y casi se arrodilló en el polvo. Aquella vez habló con su voz musical y cantante, y salió de sus labios algo como un poema de amor. Había juzgado que Lydia deseaba un héroe de novela, y se le mostró tan apasionado como ella hubiera podido soñarlo. Pero aquel héroe era bastante práctico, porque se ocupó de subir sobre una gran piedra que ponía su cara á la altura de las manos de la criolla. Esta le hizo señas de que bajase, pero él suspiró:

—¿Qué teméis de mí? Y además, si os hablo de lejos, hay el riesgo de que me oigan....

Lydia le habría podido decir: «No habléis.» Pero se complacía en escucharle. Le dejó sobre su piedra; y hasta, como vacilase, sufrió que se apoyara en la balaustrada de la terraza. Girani estuvo reservado y tímido en la acción, pero atrevido é inagotable en palabras. Ella no respondía, pero no se iba: esto era más de lo que él se había atrevido á esperar. Por espacio de mucho tiempo habló de este modo en la sombra. Y fué preciso que la lla-

masen para que Lydia se decidiera á alejarse. No le dejó siquiera tocar su mano, y se sintió muy tranquilizada, con la certeza de que tenía en su enamorado un esclavo rendido que la adoraría y á quien no concedería más que sonrisas.

Durante ocho días, continuo este juego sin alteraciones. Para no correr el riesgo de ser sorprendida, Lydia tomaba la precaución de poner á Leila de centinela, á la entrada del sendero que conducía á la terraza. De este modo estaba con libertad, y al mismo tiempo protegida. No habría tenido más que lanzar un grito para que la mulata estuviese á su lado.

Al fin de la semana hubo una violenta tempestad, y desde por la mañana cayó la lluvia pesada, incesante, espesa, haciendo casi imposible la salida al jardín. A la puesta del sol, cambió el viento y las nubes fueron barridas en un instante. Las últimas volaron como una negra escuadra sobre el mar, y, por detrás de las montañas que recortan como un encaje la costa, el disco de la luna subió bañándolo todo con su claridad. El aire era suave, las plantas lavadas despedían deliciosos aromas. Lydia bajó para respirar.

Después de haber estado encerrada todo el día, deleitábase pasear por el jardín. No pensaba en llegar á su observatorio. En aquel momento no creía que pudiera haber nadie á quien observar. Sin embargo, el azar de su paseo la llevó allí al cabo de un cuarto de hora. Extendiase por completo la obscuridad, y las estrellas surgían en los cielos. El resplandor de las lámparas del salón brillaba á lo lejos como un faro, por entre los árboles. Lydia subió los tres escalones y se adelantó bajo los jazmines y las clemátidas, mirando con-

fusamente ante sí. Un ligero ruido á sus pies atrajo sus miradas, y debajo del muro, en el camino, vió una forma negra. En el mismo instante, murmuró la voz de Girani:

—¿Estáis sola?..... ¡Qué inesperada alegría veros!

Lydia no contestó. Pero ya el italiano, saltando sobre la gran piedra que le servía de habitual pedestal, se agarraba á la balastrada y se izaba hasta el reborde de piedra. Lydia exclamó:

—¡Os prohibo llegar hasta aquí!.....

Pero había pasado la hora de las prohibiciones. Escalando la débil defensa con un vigoroso esfuerzo, llegaba él ya á su lado. Por la primera vez se encontraban el uno enfrente del otro, sin obstáculos, y la sombra los rodeaba. Lydia no vió más que sus ojos, que brillaban en su rostro descolorido por el deseo. Girani le tendió los brazos. Ella hizo un movimiento para rechazarlo y trató de huir. Y sin embargo, un segundo después caía contra su corazón. Llamó á Leila con voz desfallecida, porque tenía la voluntad de resistir y de defenderse; pero aquella noche estaba sola. Subióle al cerebro una llama devoradora, una sensación desconocida la hizo retorcerse entre los brazos de Girani, y, con un gran suspiro, se entregó.

III

Al día siguiente del terrible día en que, abandonando la quinta del camino de la Seyne, había dejado detrás de sí un hombre muerto, el conde Raimundo de Ploerné, terminados sus asuntos del servicio, dueño por completo de sus actos, tomó el tren que pasa por Tolón á las doce y cuarenta

masen para que Lydia se decidiera á alejarse. No le dejó siquiera tocar su mano, y se sintió muy tranquilizada, con la certeza de que tenía en su enamorado un esclavo rendido que la adoraría y á quien no concedería más que sonrisas.

Durante ocho días, continuo este juego sin alteraciones. Para no correr el riesgo de ser sorprendida, Lydia tomaba la precaución de poner á Leila de centinela, á la entrada del sendero que conducía á la terraza. De este modo estaba con libertad, y al mismo tiempo protegida. No habría tenido más que lanzar un grito para que la mulata estuviese á su lado.

Al fin de la semana hubo una violenta tempestad, y desde por la mañana cayó la lluvia pesada, incesante, espesa, haciendo casi imposible la salida al jardín. A la puesta del sol, cambió el viento y las nubes fueron barridas en un instante. Las últimas volaron como una negra escuadra sobre el mar, y, por detrás de las montañas que recortan como un encaje la costa, el disco de la luna subió bañándolo todo con su claridad. El aire era suave, las plantas lavadas despedían deliciosos aromas. Lydia bajó para respirar.

Después de haber estado encerrada todo el día, deleitábase pasear por el jardín. No pensaba en llegar á su observatorio. En aquel momento no creía que pudiera haber nadie á quien observar. Sin embargo, el azar de su paseo la llevó allí al cabo de un cuarto de hora. Extendiase por completo la obscuridad, y las estrellas surgían en los cielos. El resplandor de las lámparas del salón brillaba á lo lejos como un faro, por entre los árboles. Lydia subió los tres escalones y se adelantó bajo los jazmines y las clemátidas, mirando con-

fusamente ante sí. Un ligero ruido á sus pies atrajo sus miradas, y debajo del muro, en el camino, vió una forma negra. En el mismo instante, murmuró la voz de Girani:

—¿Estáis sola?..... ¡Qué inesperada alegría veros!

Lydia no contestó. Pero ya el italiano, saltando sobre la gran piedra que le servía de habitual pedestal, se agarraba á la balaustrada y se izaba hasta el reborde de piedra. Lydia exclamó:

—¡Os prohibo llegar hasta aquí!.....

Pero había pasado la hora de las prohibiciones. Escalando la débil defensa con un vigoroso esfuerzo, llegaba él ya á su lado. Por la primera vez se encontraban el uno enfrente del otro, sin obstáculos, y la sombra los rodeaba. Lydia no vió más que sus ojos, que brillaban en su rostro descolorido por el deseo. Girani le tendió los brazos. Ella hizo un movimiento para rechazarlo y trató de huir. Y sin embargo, un segundo después caía contra su corazón. Llamó á Leila con voz desfallecida, porque tenía la voluntad de resistir y de defenderse; pero aquella noche estaba sola. Subióle al cerebro una llama devoradora, una sensación desconocida la hizo retorcerse entre los brazos de Girani, y, con un gran suspiro, se entregó.

III

Al día siguiente del terrible día en que, abandonando la quinta del camino de la Seyne, había dejado detrás de sí un hombre muerto, el conde Raimundo de Ploerné, terminados sus asuntos del servicio, dueño por completo de sus actos, tomó el tren que pasa por Tolón á las doce y cuarenta

y ocho minutos de la tarde, dirigiéndose á Niza, adónde debía llegar á las cinco. No quería dirigirse directamente á Beaulieu. Temía ser reconocido, anunciado, y perder las ventajas de su imprevista aparición en medio de las gentes cuyo secreto quería sorprender.

Hacia veinticuatro horas que no tenía un minuto de reposo ni de tranquilidad. En su cerebro daba vueltas y más vueltas sin cesar el problema de infamia planteado por el italiano y no resuelto. Nuevo Edipo, iba por el camino de Tebas, en busca de la Esfinge para arrancarle la palabra del enigma. ¿Pero cómo lo conseguiría?

En su pensamiento flotaban los fragmentos del relato escuchado en medio de carcajadas y de frases alegres, y le parecía oír aún la voz cantante de Girani, diciendo: «Ella venía á esperarme por las noches á la terraza..... Allí me esperaba ayer y me esperará mañana.»

Aquella terraza la conocía muy bien Raimundo. En la última época de su vida, la señora Letourneur, cuando pasaba el invierno en el Mediodía, se hacía llevar allí, y permanecía días enteros mirando la campiña y las azules ondas, calentándose al sol y respirando el perfume de los naranjos que llenaban el jardín con su verdura. Veía claramente el sitio: un muro bajo, terminado por una balaustrada, dominando el camino, y, todo alrededor, un desierto: bosques, campos, el mar. El sitio estaba bien escogido.

Lleno de furor, imaginaba á Girani escalando la terraza y á una mujer corriendo á su encuentro. ¿Una mujer! ¿Pero cuál? No vislumbraba más que un traje claro. No distinguía más que los brazos abiertos para atraer al esperado amante. No oía

más que el ruido de los besos. Pero el rostro seguía impenetrable, el contorno mismo quedaba vago, la voz suspiraba desconocida. ¿Cuál? ¿La rubia ó la morena? ¿Teresa ó Lydia? ¿La amiga ó la prometida?

Después veía al italiano moribundo, con su sonrisa irónica, y vengándose con su silencio del que lo mataba. ¿Que no pudiera hacerle revivir para suplicarle, para amenazarle, y herirle de nuevo, si se obstinaba en callar, el infame, el miserable, cien veces más odioso todavía por su tardía discreción que por su crimen amoroso! Y, en la insoportable duda que lo obsesionaba, el marino estaba cerca de gritar de dolor.

Jamás había sufrido tanto. Ni las angustias de la partida, cuando le había sido preciso separarse de la que amaba, ni las tristezas de la ausencia, podían ser comparadas al horror de aquel regreso del cual esperaba tantas alegrías. Todo lo que había esperado del porvenir podía ser destruído, y la cólera rugía en él por no saber la verdad. ¡Pasaban las horas tan despacio, y aquel tren marchaba tan lentamente! Habría querido lanzarse de un salto, aparecer amenazador y terrible, arrancar á la culpable su secreto..... ¿Y entonces?..... ¡Oh! Entonces, si esta era Lydia, herir con ciega rabia, aplastar á la infame que había olvidado sus promesas en los brazos de otro. Matarla, como había matado á su cómplice. ¿Pero tendría la energía feroz para tal venganza? Arrebatado por la cólera quería no retroceder ante nada. Después su corazón se llenaba de desaliento, de cansancio. ¡Ah! ¿No valdría más pedir que le enviasen otra vez á los lejanos países de donde llegaba? Allá, bajo el mortífero clima, en medio de las emboscadas sem-

bradas á cada paso, encontraría prontamente el supremo remedio á sus males. Y en fin, en el silencio eterno podría olvidar.

Un pálido rostro, iluminado por ojos de diamante, riendo con sus labios de púrpura, apareciósele, y Raimundo pensó: «¡No, no podría olvidarla! Si la muerte no es el aniquilamiento de todo nuestro ser, si sobrevive una pequeña llama divina, perpetuando para nosotros la noción de las cosas de este mundo, yo conservaría siempre en mi alma inmortal la dolorosa memoria de este amor, y sería consumido, devorado, torturado por recuerdos impercederos. ¡Oh! Siempre me perseguiría esta imagen adorable y engañosa con sus dulces miradas y su encantadora sonrisa, que habrán sido para otro. ¡Esto ha concluido, concluido del todo! Es preciso que la vuelva á encontrar inocente, ó soy perdido para siempre y quedaré entregado á las más espantosas torturas.»

Se asió á la esperanza, veinte veces aceptada y rechazada en seguida, de que la culpable no era Lydia. Pero siempre pasaba por delante de sus ojos la mujer de rostro velado, misteriosa, sin que pudiese adivinar su nombre. ¿Y no era preferible que lo ignorase? Esta ignorancia era todavía un respiro. Cuando no le quedaran dudas, cuando todo estuviera claro, averiguado, ¿no sería entonces verdaderamente digno de lástima? Sin embargo, apresuraba el momento en que cesaría el horrible equívoco.

Las seis horas del trayecto le parecieron interminables. Pasó, sin dirigirles una mirada, por delante de San Rafael, Antibes, Cannes, lugares deliciosos que amaba en otro tiempo. Al saltar en el muelle de Niza lanzó un suspiro de satisfacción.

Dejó su equipaje en la estación, tomó un carruaje cerrado y dió al cóchero la orden de conducirle á Villafranca.

Su plan era muy sencillo. Pensaba bajar antes de llegar á Beaulieu y ocultarse en una posada hasta que comenzara á caer la noche. Entonces llegaría á Saint-Hospice á pie, y, deslizándose á lo largo de los caminos bordeados de árboles, llegaría hasta el muro que domina la terraza. Este era el sitio de la cita adonde había de acudir la mujer. En lugar del amante esperado, le encontraría á él. Y, en un instante, sería dueño del secreto que quería conocer. No habría negativas posibles. No se podría hacer valer ninguna excusa; la misma presencia de la culpable sería la prueba de su falta.

Le parecía que el lazo estaba tendido hábilmente y experimentó una viva satisfacción. En aquel momento bajaba el carruaje la ladera que termina en Villafranca. Mandó parar al cochero, y después de pagarle, le despidió. El tren que llevaba de Monte-Carlo á Niza á los jugadores, á la hora de comer, silbaba en el momento de entrar en el túnel y humeaba en la zanja. Reinó de pronto el silencio, y Raimundo no oyó ya más que el ruido de sus pasos en el sonoro suelo del camino. Se acercó á un ventorrillo, detrás del cual se extendía un emparrado, se instaló allí bien al abrigo de las miradas, y encendiendo un cigarro para engañar su impaciencia, esperó.

La última entrevista que había tenido Lydia con Girani databa de la víspera misma del día en que él, para cumplir su promesa, había ido á la quinta del doctor Houchard á almorzar con sus amigos los oficiales de la escuadra. Hacía algunas semanas que los dos amantes no se contentaban con hablar,

durante algunos instantes, en el jardín. Comenzaba el mal tiempo, y el viento Norte había turbado con frecuencia sus citas. Un pequeño pabellón que había servido en otro tiempo de lugar de reposo á la señora Letourneur, y en el que nunca entraba nadie, ofrecióles un abrigo propicio. Si nada se oponía á que Girani acudiese, Lydia lo esperaba en el pabellón, y la mulata, cómplice cegada por el cariño, iba á buscar al italiano. Después se ponía en acecho para que no los sorprendiesen.

¿Pero quién los había de sorprender? ¿Quién, en aquella tranquila casa, habría podido sospechar el crimen? ¿Había de ser la señora de Saint-Maurice siempre lánguida y tan ocupada de sí misma que no le quedaba ni atención ni previsión para los demás? ¿Había de ser Teresa, cuya cándida ignorancia no podía imaginar tal infamia? Estaban, pues, en completa seguridad, y á menos de una grave imprudencia y de una casualidad desgraciada, podían contar con la impunidad. Esta casualidad desgraciada ocurrió, sin embargo, y produjo el descubrimiento del misterio.

Una noche, Teresa, después de retirarse á su cuarto y de haber trabajado algunos instantes, en vez de acostarse, quiso leer. Se acordó de que había dejado el libro comenzado sobre la mesa del salón. Daban las diez; por lo demás, Teresa no conocía el miedo. Tomó una luz y bajó. En la escalera, cubierta por una espesa alfombra, no hacían ruido sus pasos. Atravesó el vestíbulo, entró en el salón, cogió el libro que buscaba y se disponía á volver á subir, cuando por una de las ventanas que daban al jardín le pareció ver brillar, en la obscuridad, un confuso resplandor. Acercóse, más curiosa que asombrada, y observó atentamente. A

una distancia de veinte metros y enlazado á la villa por una galería de cristales que servía de estufa, se alzaba el pabellón, ahora abandonado, donde en otro tiempo pasaba su madre parte de sus días. Un macizo de árboles le ocultaba por el lado del Este, abrigándolo de los vientos fríos. Y allí era donde brillaba una débil claridad á través de la persiana cerrada que daba sobre aquel macizo.

Ni por un instante concibió Teresa graves sospechas. No pensó ni en un ladrón ni en un galanteador. Vió, en la iluminación momentánea de aquella pieza, de ordinario deshabitada, un hecho anormal, cuya razón quería conocer. Sin duda la cosa era muy sencilla: algún criado que acababa de entrar en el pabellón con una luz. Pero como su tía tenía un miedo especial al fuego, la joven creyó prudente ir en persona á averiguar lo que allí pasaba.

Atravesó el salón, penetró en la galería, y, siguiendo por entre la doble fila de plantas raras que tapizaban los muros y los cristales, se dirigía al pabellón, cuando oyó que se abría una puerta. Miró hacia afuera, y por una pequeña escalinata que conducía del piso bajo del pabellón á la parte menos frecuentada del jardín, vió bajar un hombre, á quien no reconoció. Era de alta estatura y llevaba un abrigo al brazo: y vió que se volvía desde el último escalón dirigiendo un gesto de graciosa súplica á una persona que había en el dintel. En el mismo momento se cerró la puerta, y el desconocido desapareció por un estrecho sendero cubierto de ramas que se inclinaban al suelo.

Teresa se quedó estupefacta en el mismo sitio. Un hombre salía del pabellón misteriosamente, y allí había, mirándole partir, alguien á quien él su-

plicaba que se entrase. ¿Quién era este alguien? Una mujer, sin duda, y seguramente una de las criadas de la casa. ¿Pero cuál? No le duró la duda mucho tiempo. Dejose oír un ruido de pasos que venían del pabellón, el roce de una falda, y luego una voz grave, un poco baja, preguntó con acento de asombro:

—¿Eres tú, Leila?

Los ojos de Teresa se llenaron de horror, corrió por su frente un sudor helado, y temblaron sus manos de tal modo que la luz vaciló y estuvo para apagarse. Y la joven quedó inmóvil, sin oír otra cosa que el precipitado latir de su corazón con un ruido que la aturdió. En el mismo instante apareció Lydia á la vuelta del sendero, por entre la sombría verdura. Al ver á su prima no pudo contener un movimiento y palideció un poco. Pero, con el tono más natural, dijo:

—¿Cómo? ¿Eres tú quien está aquí? ¿No has visto á mi nodriza? Le había dicho que me esperara.....

Teresa, sin palabra y sin movimiento, no parecía vivir más que por una mirada de espanto.

—Me gusta venir por las noches—siguió Lydia—á descansar en esta estufa llena de plantas de los trópicos..... Me parece que respiro en ella el aire de mi país.

Y añadió, como para prevenirse contra una sospecha que le hacía admisible la extraña actitud de su prima:

—Leila viene siempre conmigo.....

Teresa no contestó: estaba tan oprimida que no había podido hablar. Pero de sus ojos brotaron las lágrimas, y, con la cabeza, con un movimiento de angustia, dijo: «¡No!»

—¿No?—preguntó Lydia con voz temblorosa.

—¡No!—dijo de nuevo la cabeza desolada y encendida de vergüenza de la joven.—¡No!

—¿Qué quieres decir?—preguntó la criolla acercándose vivamente.

Pero Teresa no se explicó: lloraba, trastornada por el descubrimiento que acababa de hacer. Al ver á las dos jóvenes, la una sollozando y próxima á desfallecer, la otra firme y decidida, á pesar de su terror, se habría creído que la inocente era la culpable.

—¿Pero por qué lloras?—continuó Lydia comenzando á irritarse.—Explicate, habla.

Aquella vez Teresa recobró algunas fuerzas, y secando su rostro por el cual corrían las lágrimas, preguntó:

—Lydia, ¿quién es el hombre que ha salido hace un instante del pabellón?

—¡Un hombre!—dijo Lydia con una risa nerviosa. ¡Un hombre! ¿Qué me cuentas? Yo estaba sola.....

—¡No lo niegues! Negar es confesar que obrabas mal..... Lo he visto, te digo que lo he visto cuando se iba.

—Pero cuando yo te juro.....

Lydia no pudo continuar; la débil y dulce Teresa se había acercado á ella, indignada y amenazadora.

—¡Ten cuidado! ¡No olvides que estás bajo mi techo! Lo que pasa aquí interesa al honor de mi casa. ¡Si persistes en mentir, llamo á tu madre, suceda lo que quiera, y se lo cuento todo!

La criolla hizo un gesto como para detener á Teresa. Luego con la frente baja y la boca contraída se sentó en un banco silenciosa y fría. Su

prima la miraba con estupor, esperando una frase de explicación que pudiera tranquilizarla, permitirle creer otra cosa que lo que entreveía vagamente, llena de espanto y de repugnancia. Pero Lydia, desde que ya no le era posible mentir, parecía resuelta á callarse. Teresa, temblorosa, volvió á preguntarle:

—¿Cómo ha entrado aquí ese hombre?.... Al menos habrá sido esta la primera vez....

Lydia podía afirmar libremente, y exclamó:

—¡Sí! Por primera vez.... y á pesar mío....

—¡A pesar tuyo! ¿Por qué no lo has dicho enseñada? ¡Oh, Lydia! ¿Dame la seguridad de que no tienes que reprocharte más que una imprudencia!.... ¡Oh, muy grave ya y censurable!.... Vamos, explicame.... sé franca.... que pueda yo aconsejarte, por poco experimentada que sea, y si es preciso defenderte.

—¡Sí, tienes razón, tú misma lo has dicho: una imprudencia!.... No sabía lo que hacía cuando he consentido que se ocupara de mí ese hombre que has visto salir.... Nos lo encontramos, como acaso recordarás, el día de nuestra excursión á Mónaco.

—¡Ah! ¿Aquel extranjero?....

—Sí. Nos había seguido mucho tiempo, pero yo no había parado ninguna atención en él.... La casualidad quiso que, al día siguiente, al salir con Leila....

—¡Leila! ¿Qué papel ha hecho en todo esto?— preguntó vivamente Teresa.

—¡Oh! No la acuses.... Su falta no ha sido mayor que la mía.... Habíamos salido las dos, y volvíamos por el camino de Saint-Hospice cuando encontramos al extranjero. Esta vez nos saludó... No vi ningún mal en devolverle el saludo.... Nos

dejó pasar, y de lejos nos miró entrar en casa, sabiendo así dónde vivía yo. Desde entonces no cesó de dar vueltas alrededor de mí.... No podía asomarme sin verle.... Me acechaba y trataba de hablarme.... Yo huía de él, temiendo siempre que fuesen notadas sus idas y venidas... Porque yo cuidaba del buen nombre de esta casa, que hace un momento me acusabas, bien duramente, de comprometer... Pero mi reserva no hacía más que excitarle más, y ayer se atrevió á entrar en el jardín.... ¿Qué hacer? Podían vernos desde la casa.... Sin embargo, era preciso que una explicación definitiva me desembarazara de las asiduidades de ese hombre.... Le he dejado seguirme al pabellón.... He cometido en esto una falta muy grave, lo sé, y merezco todo lo que me has dicho y puedas decirme.... Pero había perdido la cabeza.... No ha estado más que algunos minutos, y Leila estaba aquí, al alcance de mi voz.... Habrá escapado al oír que te acercabas... ¡Oh, perdóname, Teresa, dime que no me juzgas con mucha severidad!.... He tenido miedo.... ¡y tengo tanto todavía!....

Teresa escuchó este relato sin interrumpirla, tratando de juzgar su verosimilitud por las entonaciones y las expresiones de Lydia. Parecíale todo falso, y adquirió más claramente el sentimiento de la culpabilidad de su prima, más por aquellas explicaciones que por el descubrimiento mismo del hecho. Una grave tristeza llenó su pensamiento. La obligación de sospechar, de acusar, de despreciar, era horrible para aquella alma delicada y tierna. Al tratar de poner en claro la aventura, sintió el doloroso estremecimiento del armiño obligado á andar por el lodo. Su convicción estaba

formada: Lydia no le decía la verdad. Y renunció á conocerla. ¿Para qué, por otra parte? La perversión del sentido moral de aquella joven era tan evidente, que no había necesidad de poner el asunto más en claro. Se abandonaba á una intriga más frívola que criminal; ¡pero aquella frivolidad era tan condenable! Porque mientras que ella se entregaba á miserables coqueterías, su prometido, por obedecer al deber, sufría, moría acaso.

Teresa dijo:

—¿Pero no has pensado en Raimundo al escuchar á ese hombre?

—¡Oh, yo te lo suplico, no me abrumes más!— le contestó la joven.—¡Ya ves qué desgraciada soy! ¿Acaso he tenido tiempo de pensar en algo ó en alguien, en el desorden de espíritu en que me encontraba?

Y al hablar así dejó caer su cabeza entre sus manos, dispensándose de este modo de hacer un esfuerzo para llorar. Teresa pensaba: «Después de todo, quizá soy injusta acusándola de engañarme. Las cosas han podido pasar, en suma, como las cuenta. La exageración de su acento y la hábil elección de sus argumentos, tal vez pueden no ser otra cosa que la combinación del terror y de la verdad. Si yo amara menos á Raimundo, acaso fuera más imparcial.» Aquella generosa criatura llegaba á sospechar de sí misma, en su deseo de que Lydia fuese inocente. Y añadió:

—¿Qué le has dicho á ese hombre para obligarle á que se vaya?

—Que me perdía quedándose á pesar mío, que podrían descubrirnos. Entonces me ha ofrecido alejarse, si yo le permitía volver pasado maña-

na.... Así tendría yo tiempo para garantir mi seguridad.

—¿Y qué le has contestado?

—Ya comprenderás que yo no quería más que obtener su inmediata partida.... Le he prometido esperarle pasado mañana, como me pedía, á condición de que se fuese... No trataba más que de embarazarme de él.... Ya ha pasado el peligro.... ¡Sucedá lo que quiera! Ahora que estás advertida, ya no temo nada.

Teresa se dijo: «Sigue mintiendo. Tiene otra cita y trata de engañarme; pero allá veremos.»

Y, moviendo la cabeza, añadió:

—Ese hombre me parece muy atrevido, y es capaz de cualquier extravagancia. Habrá que tener cuidado de cerrar bien la casa; y, para más seguridad, pasado mañana, cuando tu madre se retire á su hora de costumbre, nosotras velaremos juntas en mi cuarto.... Las dos juntas tendremos más valor.

—Seguramente—respondió Lydia, por cuya frente pasó como una nube;—haré lo que tú quieras.

Y en su interior pensaba: «Yo enviaré á Leila pasado mañana á Girani. De este modo no entrará, y quedará conjurado todo peligro.» Y Teresa se decía en el mismo momento: «Yo la tendré á mi lado y podré vigilarla á mi gusto. Esta vez no burlará mi vigilancia despierta.» De este modo, preparaban ambas sus astucias, según su carácter y su tendencia. Teresa para la salvación de Lydia, Lydia para su propia pérdida.

Salieron juntas de la estufa y entraron en la casa. Llegadas á la meseta de la escalera donde estaban las puertas de sus habitaciones, la criolla, con un gracioso abandono se arrojó al cuello de

su prima, y entre dos besos, le dijo con ardiente acento: «¡Gracias!» Teresa la abrazó, la miró por última vez, y entró en su cuarto. Esperó mucho tiempo detrás de la puerta, á ver si Lydia bajaba otra vez. Tranquilizada, al fin, por aquella noche, lanzó un profundo suspiro, y arrodillándose, rezó con gran fervor.

Al día siguiente se encontraron las dos primas: Teresa, llevando en el rostro las huellas del insomnio que le habían causado sus amargos cuidados; Lydia, fresca y descansada, habiendo, después de aquella escena tan grave, dormido como un niño. Hicieron su vida acostumbrada, y no cambiaron ni una palabra referente al acontecimiento de la vispera. Si Teresa hubiera estado menos pálida, Lydia habría podido creer que había sido un sueño lo que había pasado entre ella y su prima. Pero notó que siempre que ella bajaba al jardín, aquella se levantaba y la acompañaba. La vigilancia, por silenciosa y discreta que fuese, no era menos cierta. Teresa, pues, desconfiaba, y si las protestas de Lydia no le habían parecido en el momento mismo inaceptables, la reflexión se las hacía inverosímiles. Había que estar sobre aviso, y temerlo todo de aquella rubia de ojos azules, capaz, en un instante de exaltación, de las peores extravagancias. Pero Lydia nada tenía que temer, porque fuera de que la cita del día siguiente no le fué impuesta por la violencia, había dicho la verdad.

Teresa ejerció inútilmente su vigilancia. No ocurrió nada normal. La velada pasó tranquila, la noche silenciosa, y del mismo modo el día que la siguió. Sólo después de la comida se apoderó de Lydia una imperceptible agitación. Se aproximaba el momento decisivo. Teresa, siempre tranquila,

pero con los ojos atentos, no parecía prepararse á una intervención activa. Trabajaba en el salón, respondiendo á su tía y obligando á Lydia á hablar. Su voz no denunciaba ninguna emoción, y sin embargo, interiormente, estaba violentamente agitada. Pero aquella delicada joven tenía una voluntad de hierro, y dominaba sus nervios lo mismo que su cerebro. Dió las buenas noches á su tía, cuando ésta, á las nueve, según su pereza habitual, se retiró á su cuarto. Y como Lydia mostrase la intención de acompañar á su madre, su prima le dijo con una firmeza que no admitía réplica:

—No. Quédate conmigo y llama á Leila.

Al oír esto último, la criolla no pudo contener un movimiento de sorpresa, y mirando osadamente á Teresa:

—¿Qué tiene que hacer aquí Leila?

—¿Cómo que qué tiene que hacer aquí? Menos todavía tiene que hacer fuera. Llámala.

No obedecer era tanto como confesar una estratagema, un complot preparado con la mulata. Pasó un relámpago por los ojos de Lydia y sus manos temblaron de cólera. Sin embargo, llamó.

—¿Qué le vas á decir?

—Le diré cualquier cosa. Pero se quedará con nosotras.

—Sé franca: ¿sospechas algo?

—Exactamente.

Y quedaron mirándose frente á frente, pero mudas, porque una palabra de más podía desencadenar el odio y conducir á las violencias. La mulata entró.

—Dale tus órdenes—dijo Lydia, sentándose—como si, desposeída de toda autoridad, no tuviese nada que mandar.

—Id al saloncito—dijo Teresa á Leila;—dejad la puerta abierta para que yo os oiga, y quedaos allí á mi disposición.

La mulata cambi6 una mirada con su ama, y, bajando la cabeza, obedeci6. Las dos j6venes, sentadas, se pusieron á trabajar para ocupar aquella extraña velada. En la pieza vecina, Leila, á media voz, cantaba una canci6n de su país. Afuera reinaba el silencio; la noche había cerrado, pero la luna llena iluminaba el jardín. Teresa se acerc6 á la ventana y mir6 los blancos senderos donde proyectaban sus sombras las ramas temblorosas. Al cabo de un instante le pareci6 distinguir, en un rinc6n mäs oscuro de los macizos de verdura, una forma que se movía y que andaba con precauci6n, como observando, sin salir de la parte de sombra del sendero, temiendo ser vista. Sin duda alguna era el italiano.

La joven no hizo un movimiento ni pronunci6 una palabra que pudiese poner sobreaviso á Lydia. Esper6 á que el nocturno visitante se decidiera á acercarse. Pero 6ste no parecía resolverse. No se movía, como si esperase una señal. Teresa pens6: «Si estän de acuerdo, al ver que no le llaman no se atreverá á arriesgarse y perderé la ocasi6n que se presenta de cortar de una vez esta intriga. Es preciso que yo obligue á ese hombre á no reaparecer. Y para llegar á este resultado es preciso que me encuentre en su presencia. Pero, ¿y si no viene? Mañana y los días siguientes no volveré á vigilar. Por otra parte, Lydia engañará mi vigilancia.»

Entretanto la forma negra estaba inm6vil. La proyecci6n luminosa se extendía poco á poco. El que esperaba retrocedió algunos pasos y desapareci6. La joven crey6 que se ocultaba. No pudo do-

minar su impaciencia y, volviéndose hacia Lydia, que no se había movido de su butaca, como indiferente á lo que pasaba:

—Espérame—dijo Teresa.

Y abriendo la puerta-ventana, baj6 al jardín. Ella era ahora quien se ocultaba siguiendo la línea de sombra de los árboles. Andaba muy de prisa para que el que ella ojeaba no tuviese tiempo de huir. No sentía ningún temor. Nigún peligro podía venirle del que estaba allí. Por lo demás, sentíase armada de una fuerza singular. ¿No se encarnaba en ella la aut6ridad de la familia?

Delante de sí no veía á nadie. ¿Se habría escapado? Lleg6 de este modo hasta la terraza y subi6 rápido los tres escalones. La encontr6 vacía. Inclínose entonces hacia afuera por encima de la balastrada, y mir6 el camino que se extendía desierto. Permaneci6 así en la sombra bajo las hojas que se inclinaban. Un ligero ruido la hizo volverse. El hombre á quien buscaba, saliendo del macizo donde se había emboscado, venía hacia ella. La joven se adelant6 tambi6n resueltamente. Ambos salieron al mismo tiempo á la claridad, y de sus labios se escap6 un grito de estupor.

—¡Teresa!

—¡Raimundo!

Se habían parado, temblorosos. Ella de espanto, él de alegría. Raimundo repiti6 lentamente: «¡Teresa!» como si quisiera hacer entrar bien en su espíritu la certeza de que no era la otra la que estaba allí, ante él, infel, culpable. Luego, con acento de doloroso repreche:

—¡Teresa! ¡Desdichada niña! ¿Con que eras tú!

En un momento ilumin6se el cerebro de la joven con un fulgor que le mostr6, en su conjunto,

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ELFAROS" KEYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

todos los hechos resumidos en aquella frase: «¿Con que eras tú?» Comprendió la horrible equivocación de Raimundo. Adivinó que venía á aquel sitio para sorprender á una mujer, como ella venía para sorprender á un hombre. No se preguntó cómo se encontraba él allí, cómo había podido descubrir aquel secreto. Le bastó que estuviese, que lo supiera todo, que pareciese que sospechaba de ella. Lanzó un grito de furiosa protesta, y mirándole encendida por el pudor ultrajado:

—¡Yo! ¡Yo!—dijo.—¿Me acusáis?...

—¿Qué vienes á buscar aquí, de noche?—exclamó Raimundo.—Si este no es el que debías encontrar....

Teresa se irguió ante el ultraje é intentando negar:

—No sé lo que queréis decir.

—¿Debo explicártelo yo?...

—Pero porque yo esté aquí ¿he de ser á la fuerza culpable?

—Sabiendo lo que yo sé, no es posible dudar.

—¿Pero qué es lo que sabéis?

Hasta entonces Teresa se había dejado acusar sin descubrir á la verdadera culpable. Pero quería conocer de qué se la acusaba. ¿Qué sospecharán de ella! ¡Y Raimundo! ¿No era esto doblemente horrible? A lo menos era preciso saber de qué. ¿De una imprudencia, de una ligereza ó de una falta? Conservando su sangre fría, razonando aun en medio de su turbación, ni se entregaba ni entregaba á los demás.

Y dijo con bravura:

—¿Cómo estáis vos en este sitio, entrando clandestinamente, escalando un muro, cuando podíais presentaros en la puerta principal seguro de

ser acogido con exclamaciones de alegría? ¿Qué quiere decir esto? Antes de acusar, disculpaos.

Raimundo la miró sorprendido, casi con espanto. Aquella voz segura, aquella mirada severa, no eran las de una culpable. Teresa no sólo no se defendía, sino que atacaba. En el momento en que él creía no tener más que hablar para echarla, temblando, á sus pies, ella alzabase fiera y le imponía. Apoderóse de Raimundo una agitación repentina. ¿Si se habría engañado? ¿Si sólo las apariencias condenarían á Teresa? No pudo aplazar la explicación que le pedía, y que, ahora, él deseaba más que ella. Ni siquiera pensó en suavizar la forma. Que ésta fuera brutal con tal que fuese clara: hé aquí todo lo que deseaba. Había pasado la hora de las contemplaciones.

—Al venir aquí, sabía que sorprendería á una mujer que acudía en busca de un amante adorado. Y en esta casa—comprende, Teresa, cuánto habré sufrido—no había más que dos mujeres: tú, mi compañera de la infancia, y Lydia, mi prometida. La una ó la otra. De ser tú, mi corazón se desgarraba; de ser ella, no me quedaba más que morir.

—¿Que morir!—repitió estremeciéndose Teresa.

—Sí, el dolor de encontrarte aquí á tí, querida niña, debía ser muy horrible; pero ¡y si hubiera encontrado á Lydia!... ¡Oh! No puedes imaginarte cuánto he sufrido desde hace dos días que conozco el infame secreto. He sido presa de una especie de locura.... Y, ante todo, yo quería saber la verdad, poner en claro la espantosa situación.... ¿Eras tú? ¿Era Lydia? ¡Oh! ¡Porque no fuese Lydia.... es muy horrible confesarlo.... habría renunciado á toda otra dicha en este mundo y en el

otro; habría vendido mi alma; yo no sé qué habría hecho!

Teresa se había puesto livida. Sin embargo, encontró fuerzas para decir con voz clara:

—¿De modo que todavía no sabéis á quién debíais encontrar aquí?

—Sí.

—¿Y si en lugar mio hubiérais visto llegar á Lydia?

—Si hubiera visto llegar á Lydia, creo que la habría matado y me habría matado después!

Teresa dejó escapar un sollozo:

—¡Oh, Raimundo, cómo la amáis!

El tuvo la crueldad de responder:

—Como ella merece.

La joven movió la cabeza y no añadió nada. Raimundo prosiguió con sombría cólera:

—Y ese hombre que se había vanagloriado, ¡oyelo, desdichada niña! que se había vanagloriado públicamente de su buena fortuna, no quiso hacer cesar la horrible duda en que me veía luchar.... Había designado á una de las dos mujeres que habitaban en esta casa, pero ponía una suprema y tardía dignidad en no nombrarla.

Los ojos de Teresa se inflamaron.

—¿Y qué pasó entonces entre él y vos?

—Se trataba del honor de los míos, Teresa, y este honor no podía recibir reparación. Porque, ¡oh! perdóname que te diga cosas que van á ser muy crueles para tí: ese hombre, que se había hecho pasar, sin duda, por libre, para ser acogido más fácilmente, había mentido; he oído la confesión de sus propios labios; estaba casado.

—¡Casado!—exclamó Teresa.—¡Casado!

—¡Sí, casado! En este caso, para lavar la afrenta, no había otra cosa que la sangre.....

—¿Y os habéis batido con él?

—Yo te juro, Teresa, que si hubiera sido libre lo habría obligado á hacer su deber y á reparar su crimen. Pero puesto que era doblemente culpable.....

—¿Y bien?

—¡Y bien! ¡Lo he matado!

La joven quedó inerte, como aniquilada, y sólo pudo decir:

—¡Dios mío!

Después, dejándose caer sobre el banco de piedra, ocultó el rostro entre las manos. Pensaba con una terrible lucidez: «Si ese miserable hubiera podido casarse con Lydia, todo estaba arreglado. Pero era casado. ¡Casado ó muerto, qué más dal! No nos podía servir. Y he aquí de nuevo á Raimundo en presencia de la que le ha hecho traición, y él no sospechaba nada. ¡Y me cree culpable á mí! ¿Me dejaré abrumar sin defenderme? Bastarían algunas palabras para poner á cada cual en su verdadero lugar. ¿Por qué no decírlas?»

Pero acudieron á su memoria las palabras pronunciadas por Ploerné: «¡Si hubiera visto llegar á Lydia la habría matado y me habría matado!» Se estremeció llena de espanto. Sí, Raimundo amaba á Lydia hasta el punto de querer morir, al verla perdida para él. ¿Debería, de pronto, para disculparse, hacerle saber la horrible verdad? ¿Dejaría que creyera en la inocencia de Lydia? ¡Oh! ¡Era demasiado duro aquel cambio de papeles! Consentir en que Raimundo la despreciase con tal de evitarle un disgusto mortal, pase. Pero que respetase

y adorase á Lydia era cosa que le parecía superior á sus fuerzas.

Alzó la cabeza con intención de gritarle á Raimundo: «¡No os engañéis más tiempo; la que se ha conservado virtuosa soy yo; ella es la que se ha perdido! ¿Cómo habéis podido engañaros?... ¿No era evidente que si en esta casa había una pérdida no fuera yo, sino la extraña que ha venido para nuestra desgracia, vuestra y mía; que os ha embrujado con sus miradas y sus sonrisas, pero que es una falsa, desleal y peligrosa criatura? Miradme. ¿Tengo yo acaso el aire de una mujer que da citas por la noche en el jardín ó en el pabellón, y que no se estremece de vergüenza al día siguiente al encontrarse en la mesa con su familia? ¿Acaso se avienen estas villanías y estas impurezas con lo que sabéis de mí desde mi infancia? ¿Os habéis vuelto ciego al enamoraros? ¡Vamos, abrid los ojos; devolved vuestra estimación á la que es digna de ella; lanzad vuestro desprecio sobre la que lo ha merecido!»

La voz de Raimundo la sacó de su tempestuosa lucha interior.

—Perdóname, querida niña—decía—el disgusto que te he dado y que te agobia. Estoy desesperado.... ¿Pero no se me debe perdonar? Piensa que ese hombre te había engañado cobardemente y que al herirle te he vengado..... No me odies; sería muy cruel ver que apartabas de mí los ojos con horror. Y sin embargo, comprendo que te sea odiosa mi presencia..... Es preciso que no estés aquí mucho tiempo..... Podrían notar tu ausencia..... Vuelve á casa, reflexiona, llora y ruega. Mañana, más tranquila, me juzgarás más equitativamente..... Yo te compadezco con toda mi alma

y te conservo toda mi amistad... ¿Acaso la rechazarías? En todo caso, sabe que lo que acabamos de hablar está ya olvidado, y que no volveré á hablar jamás de ello.

Raimundo no se atrevió á tender la mano á su prima, temiendo que no se la tomase. Inclínose ante ella. Pero al verlo alejarse, á él, el amigo de toda su vida, Teresa sintió que algo se derrumbaba en su ser. Sufrió entonces más que en todos los momentos de aquella dolorosa entrevista, y, con lágrimas que no podía contener, tendiendo los brazos al que se iba:

—¡Raimundo!—exclamó.—¿Es así como debemos separarnos?

Un irresistible impulso arrastró á Raimundo hacia ella. La estrechó contra su pecho, y llorando él también, después de tantas angustias sufridas:

—¡Oh, Teresa! ¡Pobre Teresa!—balbuceó besándola como cuando era pequeña.

Teresa se desprendió de sus brazos dulcemente, secó las lágrimas que corrían por su pálido rostro, sonrió tristemente á su amigo, y dijo:

—¡Adiós!

Luego, como una sombra, en aquella noche transparente, bajó de la terraza y desapareció en un recodo del sendero. Raimundo, al quedarse sólo, lanzó un suspiro, y saltando la balastrada se dejó caer al camino. La mar brillaba como un espejo de plata á la claridad de la luna. Por entre las ramas de los árboles pasaban brisas frescas y perfumadas. Una profunda paz flotaba sobre todas las cosas. Raimundo sintió, á pesar de su tristeza, que el corazón se le ensanchaba. Aquella dulce naturaleza que le rodeaba era un delicioso cuadro para su dicha. Pensó que la vida era bella y pre-

ciosa, puesto que Lydia era fiel. Dos días antes, sin embargo, se iba otro por el mismo camino, riendo, delante de la misma mar argentada, bajo la misma dulce claridad, pensando que era dichoso, puesto que Lydia le pertenecía. Nada cambió; el camino no se hizo más árido, la mar menos serena, el cielo menos puro. No hubo en el mundo más que un engaño y una ilusión más.

Al volver hacia la casa vió Teresa brillar en la oscuridad la luz del salón, y se modificó bruscamente el curso de sus ideas. Aquella luz le recordaba que Lydia la esperaba, y que iba á ser preciso darle una explicación. ¡Qué cambio en su existencia, qué golpe para su corazón! Ploerné de vuelta, el italiano muerto. ¿Sería preciso tomar precauciones con ella como Raimundo? ¿Sería capaz de morir de dolor al saber que Girani había pagado con su vida la dicha de ser amado por ella? ¿Tendría el espíritu bastante firme para soportar la idea de que había sido su prometido el matador de su amante?

Durante el corto trayecto que anduvo desde la terraza al vestíbulo, Teresa pensó en esto, y cuando abrió la puerta del salón era presa de una irresolución horrible. Lydia no estaba sentada como cuando la había dejado. Su fingida indiferencia no había podido resistir á la curiosidad. Y de pie, delante de la ventana, esperaba, mientras que Leila seguía su canto en la habitación de al lado. A la primera mirada que echó al rostro trastornado de Teresa, presintió un grave acontecimiento. Dirigióse á ella vivamente, y cogiéndole la mano:

—¿Qué sucede?—preguntó con ansiedad.—
Habla pronto.

Teresa miró hacia el saloncito donde estaba la mulata, y dijo:

—No estamos solas.....

—¡Qué importa! ¡Leila!.... Vaya, no hagas cuenta de ella.

—Puede descubrirlo—dijo gravemente Teresa.

—Antes se cortaría la lengua con los dientes.....—replicó orgullosamente Lydia...—Habla... Muero de impaciencia..... ¿Lo has visto?... ¿Le has hablado?....

—No.

—¿No?... Pero si hace media hora que te fuiste... Y vuelves pálida..... ¿Qué hay?

—Hay que no es él que tú esperabas el que he encontrado en la terraza.....

—¿Pues quién es? ¡Gran Dios! Me haces temblar.....

—Aquel de quien tú te habrías ocultado con más cuidado, el que ofendías mortalmente al acoger al extranjero, el que menos podíamos creer que pudiera sorprender el secreto.

Abrió Lydia desmesuradamente los ojos y sus manos temblaron. Acudió á sus labios un nombre que no se atrevió á pronunciar, tanto miedo tenía á que Teresa le contestara: «Sí, él es.» Pero comprendía el estupor de Teresa, como Teresa comprendía su espanto. No tenían necesidad de explicarse más. Las dos sabían á qué atenerse. Lydia dominó, sin embargo, su emoción, y ardiendo en deseos de obtener datos más precisos:

—¿Y ha sorprendido..... al otro?

—Sí.

—¿Y qué ha pasado?

—Ha querido hacerle confesar por quién venía aquí.

—¿Y ha hablado?....

—No.

Lydia respiró. Sentíase ya aliviada de una parte de sus inquietudes. No había sido denunciada. Ahora, ¿qué habría resultado del encuentro de los dos hombres? Y añadió:

—De modo que después de esa negativa de explicación....

En el momento de decirlo todo, Teresa vaciló. Al presente estaba segura de que Lydia la había engañado al afirmarle que no había encontrado más que una vez al italiano antes de aquella en que había entrado en el jardín. Para haberle recibido era preciso que le amase. ¿Qué dolor iba a experimentar al saber el trágico desenlace de su aventura? Y generosa y tierna hasta el fin, aun con aquella a quien ya no estimaba, la joven contenía las palabras decisivas. Sin embargo, no podía tardar en explicarse. Y el silencio se hacía más cruel que la explicación.

—¡Y bien!—dijo—ha habido provocación, combate, y....

Lydia lanzó un grito.

—¿Lo ha matado Raimundo?

Clavó sus miradas en el rostro de Teresa, llena de una ansiedad terrible. Esta, sin responder, bajó la frente. Entonces la criolla, con un gesto de espanto, se llevó las manos a la cabeza, y girando sobre sí misma, como atacada de demencia, repitió:

—¡Lo ha matado! ¡Oh, Dios mío! ¡Lo ha matado! ¡Lo ha matado!....

Nada podría expresar la mezcla de rabia y de terror con que gritaba. Aquello era a la vez un lamento y una imprecación, como si sintiera de-

sesperadamente la muerte y maldijera al matador. Teresa, asustada, quiso contenerla, tratar de calmarla, de hacerle reflexiones. Lydia, en su marcha furiosa, la empujó con violencia y siguió gritando como una loca. Leila salió del saloncito y corrió hacia ella, y fué acogida por el mismo grito desgarrador y obstinado. Pero la mulata cogió a la joven en sus brazos y la obligó a detenerse, diciéndole con autoridad:

—Callaos, amita. Podría oiros vuestra madre.

Aquella prudente observación pareció hacer efecto en Lydia. Se quedó inmóvil, y de sus ojos brotaron torrentes de lágrimas. Luego, viendo a Teresa que la miraba llena de compasión, golpeó con el pie, y dijo:

—¡Ven, Leila!.... Vamos a mi cuarto; que si quiera pueda llorar con libertad.

Sin una palabra afectuosa para la joven, abrió la puerta y desapareció. Entonces la mulata, volviéndose hacia Teresa, se puso el dedo en la frente, y con voz sorda:

—Sufre, y hay que perdonarla.

Y siguió a Lydia. Al quedarse sola, Teresa se detuvo un instante enfrente de la ventana, mirando al jardín de sombríos macizos, con sus senderos blanqueados por la claridad de la luna. Apoderóse de ella un gran desaliento al verse tan rodeada de impureza. Aquella joven casta y leal no podía comprender la traición y el libertinaje. Haber dado su fe y faltar a ella, ser amada y entregarse aventuradamente a otros amores, era cosa que no le entraba en la cabeza. Para ella era una aberración inexplicable y monstruosa que una mujer destinada a la dicha absoluta de ser la compañera de Raimundo pusiera sus miradas en un extranjero, en

un desconocido, casi un transeunte. ¿Qué tenía en el cerebro y en el corazón aquella Lydia, á quien no bastaba todo lo que Ploerné le prometía de alegría y de brillo en el porvenir? Olvidándolo tan pronto, ¿le había amado un solo día? Pero ahora, ¿no estaba irremisiblemente separada de él? Entre Raimundo y la querida del extranjero, se alzaba una barrera que Lydia no franquearía jamás.

En el corazón de Teresa penetró un rayo de esperanza. Pero encontró mal regocijarse de una desgracia que podía devolverle la dicha que había creído destruida para siempre. Había, sin embargo, sufrido tanto, que le era muy difícil no tomar calor en aquel primer rayo, todavía tan pálido.

Volvió á ver otro jardín, el del hotel de la avenida Hoche, el día en que Raimundo fué á despedirse de ellas. Con mortal tristeza había dejado solo al marino con Lydia, sabiendo bien lo que iban á decirse. Una hora después habían entrado en el salón, cogidos de las manos, y habían anunciado su compromiso. Ella los miró, sin que nada denunciase su desesperación, y les sonrió al felicitarlos. Y durante dos años había vivido con la certidumbre de que su vida estaba destrozada y de que nada podía hacer el milagro de que cambiara su destino.

Sin embargo, el milagro se realizaba. El jardín de Beaulieu había oído otros juramentos distintos de los cambiados en París, la víspera de la separación. Había visto pasar por sus bosquecillos otro hombre que no era aquel á quien Lydia debía pertenecer. Todo estaba cambiado, y Teresa tenía el derecho de esperar. ¡Ah! ¡Esperanza bien débil! Si Lydia estaba separada de Raimundo, Raimundo no vivía más que para Lydia. El lo había dicho:

«Si la hubiera encontrado infiel, la habría matado y me habría matado.» ¿Cómo poner de acuerdo la pasión tan profunda del uno con la insensibilidad completa de la otra? ¿Sobreviviría él al abandono de aquella mujer ingrata? ¡Débil esperanza! Pero sin embargo era una esperanza, y la valerosa y tenaz Teresa se asía á ella vigorosamente.

Se dirigió á su cuarto á pasos lentos, y al pasar por delante de la puerta de Lydia, le pareció oír un rumor de voces, interrumpido por gemidos y sollozos. No se detuvo y entró en su habitación.

La voz que murmuraba era la de Leila, que exhortaba á su ama á la resignación y á la calma. Los gemidos y los sollozos eran de Lydia, que los exhalaba para aliviar su cólera más que su dolor. ¡Espíritu singular! La criolla se sentía más herida en su orgullo que en su amor. Aquella intervención autoritaria y violenta de un hombre, obrando como dueño y trastornando su vida, la sublevaba. Hasta allí todo se había plegado á sus caprichos, su voluntad no había encontrado ninguna resistencia. Había nacido en tierra de esclavos, donde los blancos son reyes. Hasta entonces, su despotismo había encontrado sobre qué ejercerse sin freno. Su madre la había dejado en libertad, Leila la había adorado, Raimundo había temblado de amor delante de ella. Creyó que todo le era permitido. Y poco contenida por su razón, muy arrastrada por sus sentidos, había resbalado hasta la falta, fácilmente, poetizando su caída, á medida de su gusto, complaciéndose en ella porque era suya.

Y hé aquí que de pronto aparecía un hombre que echaba abajo el andamiaje de sus fantasías, y que, desde las alturas donde se mantenía á fuerza

de presunción, la hacía caer en el fango y en la sangre. Rechinaba los dientes. Los sollozos le eran arrancados más por su impotencia que por sus pesares. Sin embargo, la atenaceaba un dolor animal, dolor de hembra á la que han matado su macho. Lloraba, con violencia, á aquel hermoso joven de frente pálida, de aterciopelados ojos, que la había hecho estremecerse de placer. Y en sus furiosos lamentos uníanse su vanidad ofendida y su deseo engañado. Tendida sobre un sofá, con la cabeza hundida en los almohadones, rugía con las manos crispadas y las uñas clavadas en las palmas. La mulata le hablaba como á una niña.

—Es preciso que os calméis. ¿De qué sirve que os pongáis de ese modo fuera de vos? Mañana estaréis enferma ó desfigurada. ¿Y cómo os arreglaréis para afrontar al que vuelve?

—No me hables de él: le odio—gritó alzando su frente pálida bajo sus cabellos en desorden.

—Odiadle, si no podéis pasar por otro punto; pero sonreidle al mismo tiempo. Es vuestro prometido y le pertenecéis.

—¡No quiero volver á verle!

—¿Y qué haréis para conseguirlo?—Habría que contesar.

—¡Todo antes que su odiosa presencia!

—Habláis en este momento como una niña.

—¿Qué harías tú en mi lugar?

—¿Consultáis á una pobre mulata?... Pues bien; oid la historia de una mujer de mi raza. Sucedió en Cuba hace ya mucho tiempo. Erase una esclava á quien su amo había encontrado hermosa.... Amaba á un hombre de su color, y el favor del que disponía de ella como de una cosa que había pagado, la horrorizaba.... y resistió á sus instancias. En-

tonces para domar su fiereza, como él decía, hizo el amo atar al negro preferido por la esclava á un poste, y á presencia suya, ordenó que lo azotaran con un bejuco. A los veinte golpes corría la sangre como de un animal degollado. La víctima ni siquiera gritaba.... La mujer se desmayó de terror; cuando volvió en sí, el desdichado estaba muerto; el amo acababa de desembarazarse de un rival.... La mulata dejó de llorar, y volvió á hacer su vida ordinaria; solamente se hizo más hipócrita.... Y cuando el blanco la llamaba, en vez de volver los ojos sonreía. Aquel hombre perdió entonces completamente la cabeza.... Se habría casado con ella, si ella hubiera querido.... Pero lo que ella quería no era ni la libertad, ni la riqueza, ni la autoridad: era la venganza. Supo hacerse amar del más vigoroso, pero del más pobre negro de la plantación, y una noche que el amo le había anunciado que iría á su choza, escondió al esclavo en ésta y le ordenó que cuando el amo entrase, se arrojara sobre él y lo atara al poste que sostenía el techo. El negro retrocedió ante la audacia del acto que le encargaban realizar; pero ella supo seducirlo tan bien que al fin se decidió á arriesgar su vida para complacerla. Cuando apareció el blanco, el esclavo salió de su escondite, le arrojó al suelo, le agarrotó y le ató como la mujer le había ordenado. Entonces, delante de aquel hombre que la adoraba, se entregó al esclavo que la había servido tan bien. Rugiendo de placer, ante su amo que se retorcia de rabia en sus ligaduras, le gritaba: «Has hecho morir en mi presencia á un inocente, en terrible suplicio.... Muere á tu vez en horribles tormentos, tú que eres el culpable....» Luego, después de haberle impuesto, durante largo tiempo, la tortura de aquel

espectáculo, salió y, con sus propias manos, pegó fuego á la choza, que se convirtió en un instante en llamas, entre las que pereció el hombre de quien la esclava quería vengarse.

Durante este relato, la mulata se había puesto más sombría. Sus ojos se habían apagado, como si mirase á lo lejos en sus recuerdos. Lydia, apoyada sobre el codo, impresionada por la violencia de los hechos, escuchaba, olvidando su pena. Así que calló su nodriza, le dijo:

—Cuando mi padre te recogió, próxima á ser madre, ibas, según dijiste, de la Habana. ¿Eres tú la mujer cuya aventura acabas de contarme?....

—Sí, ama. Después del justo crimen, obligados á huir, nos hicimos cimarrones, y vivimos, durante seis meses, en los bosques.... A él le mataron en una batida, á mí me recogió en la costa un barco inglés, y me llevó á la Martinica... Cai moribunda á vuestra puerta, y vuestro padre me abrió su casa... Vinisteis al mundo cuando yo dí á luz un niño muerto, el hijo del crimen. Vuestra madre, para consolarme, os puso en mis brazos, y os alimenté con mi leche.

Leila se calló. Lydia ya no gemía, reflexionaba profundamente. La mulata, sentada en el suelo, á sus pies, la contemplaba.

Después de un largo espacio de tiempo, la criolla movió su cabecita, coronada de rizados cabelllos, y dijo lentamente:

—Tienes razón, Leila. Una verdadera mujer no llora, se vengá.

Sus ojos brillaban avivados por las recientes lágrimas, sus rosados labios se contraían con una amarga sonrisa. Y levantándose:

—Desnúdame—dijo.—El día de mañana será duro. Hay que descansar.

Acostóse, y, al cabo de algunos minutos, se durmió bajo la mirada vigilante de su esclava. Su cómplice dormía también, á aquella hora, bajo la helada tierra donde lo habían sepultado por la mañana. Y mientras que él comenzaba su sueño eterno, la encantadora criolla, en sueños rientes, pensaba ya en hacer daño á otro.

El sol, entrando á oleadas en su alcoba, la despertó. Con el nuevo día volviéronle sus pensamientos de la vispera. Pero sus impresiones desoladas, su abandono y su fatiga, cedieron el puesto á resoluciones firmes y atrevidas. Los consejos de Leila no habían sido perdidos, y en aquella ardiente cabeza tomaba ya forma, amenazador, todo un plan de conducta. Lydia saltó de su lecho, metió sus lindos pies en unas zapatillas forradas, y se echó un pañador de seda. Alargaba el brazo para tirar de la campanilla con objeto de llamar á su nodriza, cuando la detuvo un golpe dado en la puerta de su cuarto. «Entrad», dijo, y apareció Teresa.

La noche no había trascurrido para ésta tan tranquila como para Lydia. Su rostro con las huellas de la fiebre, y sus ojos enrojecidos por las lágrimas, atestiguaban el desorden de su espíritu. Ella era la que parecía culpable, torturada por los remordimientos, devorada por la angustia. Y Lydia parecía la pura, dulce y virginal criatura. ¡Ah! Raimundo no se engañaría cuando llegara. Vería claramente en aquellos dos rostros, cuál era un monstruo y cuál un ángel; á quién había que tender sus brazos, con amorosa confianza, y de quién había que apartarse con prudente precau-

ción. Sí; como de costumbre, el rostro humano hablaba clara y francamente. No había más que fiarse de las apariencias de pudor, de dulzura, de franqueza, para estar seguro de no engañarse.

Lydia acogió con una frialdad sospechosa á su matinal visitante, presintiendo en aquel paso alguna secreta hostilidad. Y se ponía instintivamente en defensa. Esperábala, replegada sobre sí misma, guardándose bien de hablar la primera, á fin de tener tiempo de prepararse para rechazar el ataque. Con el valor de su sinceridad, Teresa fué la que rompió el fuego:

—Nos separamos anoche tan bruscamente y en un desorden de espíritu tan grande—dijo—que no pudimos cambiar una sola palabra de explicación. Una y otra estábamos agobiadas bajo el peso de acontecimientos demasiado imprevistos. Pero esta mañana es preciso que examinemos la situación. Esta es de las más graves, y cuando la conozcas completamente, como yo, te harás cargo de las obligaciones que se nos imponen. Anoche no te he revelado más que el hecho brutal del encuentro de Raimundo, en el sitio y en vez del que esperábamos, y el drama terrible que había precedido á la sustitución. He comprendido tu desesperación y la he respetado.... Hoy es preciso que sepas las consecuencias que ha tenido mi intervención en tu aventura.... Al verme llegar, creyó Raimundo que el italiano venía por mí. Y, en su exaltación, me ha confesado que si te hubiera encontrado en la cita te habría matado y se habría matado.... Tal confesión me imponía el silencio. Desengañar á Raimundo era, no sólo perderte, sino además llevarlo al suicidio, puesto que te ama más que á su vida.... Acepté, pues, momentáneamente la res-

ponsabilidad de tu falta.... Pero no puedo resignarme á seguir acusada. ¿Qué piensas hacer para disculparme?...

—¿Quieres que entere á Raimundo de lo que tan cuidadosamente le has ocultado?

—No, ciertamente.

—Entonces ¿qué?

Miráronse ambas sin encontrar nada que decir, tan insoluble les parecía la situación. Confesar la verdad, era rehabilitar á Teresa; pero era perder á Lydia y asesinar á Raimundo. Una oleada de sangre subió al rostro de Teresa y exclamó con voz temblorosa:

—Sin embargo, yo no puedo seguir siendo responsable de una falta que no he cometido.

—¿Quieres que yo hable á Raimundo?—preguntó Lydia con glacial tranquilidad.

—Sí, es preciso que le hables, pero no para acusarte y perderte. Entre el silencio que me condena y tu confesión que acarrearía desastres, hay otra solución menos dura para él, si no para mí, y que todavía aceptaría yo.... No me lavaría de sus horribles sospechas, pero te desligaría de él, y, con el tiempo, vendría á su espíritu la calma necesaria para que pudiera ser intentada entonces mi rehabilitación.... Si, yo soportaré que me crea culpable, sin perjuicio de desengañarle más tarde, si tú rompes formalmente con él, si lo alejas para siempre de tí.

En los labios de Lydia se dibujó una sonrisa.

—¡Ah! ¿Eso es lo que tú deseas?

—¿Pero no lo deseas tú misma? ¿Admites que los lazos que os unen pueden subsistir después de lo que ha pasado? Veamos, reflexiona un poco. ¿Acaso

no te sientes separada de él por un obstáculo insuperable?

La criolla examinaba á Teresa con una mirada aguda que parecía penetrar hasta el fondo de su corazón. No contestó nada, y siguió sonriendo. Ni la menor traza de emoción en su rostro. Sus largas pestañas no se agitaban más de prisa sobre sus limpidos ojos. Unicamente su boca, un poco contraída, mostraba la punta de sus dientes de perla, en una crispación feroz.

—¿No hay sangre entre ambos?—continuó Teresa con más energía.—Tú has podido decirme lo que has querido cuando te sorprendí, de vuelta de tu entrevista con ese desgraciado..... Te defendiste afirmándome que no lo conocías, que había abusado de tu pavor para seguirte..... Pero estoy muy segura de que aquella no era la primera vez que os encontrabais..... Y tus lágrimas, tu dolor al saber su muerte, todo me prueba que me habías engañado..... Tú no puedes ser la mujer de Raimundo..... Tú lo sabes, tú lo comprendes, y esto es lo único que te pido en pago de mi sacrificio..... Rompe ese matrimonio..... ¡Oh! Con muchas precauciones, para no hacerle sufrir mucho. Y en cambio de esto, que no puede costarte mucho, puesto que no le amas, yo recójo la responsabilidad de la falta.

Lydia respiró fuertemente, y con voz lenta:

—Pero no comprendo tu emoción. Complicas á tu gusto una situación muy sencilla. Entre ese desgraciado, que ha pagado tan cara su insistencia, y yo, no ha habido nada más que lo que te he contado..... No comprendo muy bien los motivos por los cuales reclamas, tan enérgicamente, una ruptura entre Raimundo y yo..... Nada la exige.....

Mi novio se ha batido con un hombre en quien sospechaba un rival..... Ha sido algo ligero, he aquí todo... Le ha matado... ¡Ha tenido la mano bien desgraciada!.... Pero si le hubiera ocurrido una desgracia, habría sido peor..... ¿Qué ves en todo esto que me obligue á alejarle de mí?...

Los ojos de Teresa se llenaron de espanto. No podía comprenderlo, pero oía que su prima rehusaba lo que le pedía como precio de su abnegación. Dió un grito ahogado y quedó aplastada por aquel formidable cinismo.

—La diferencia de nuestras conclusiones está en la diferencia de nuestros puntos de partida. Tú me juzgas culpable, cuando yo sé que soy inocente. No podemos ponernos de acuerdo. Sin embargo, pienso como tú que conviene poner en claro la cuestión y limitar las responsabilidades de cada cual. He aquí lo que yo puedo hacer, si tú quieres. Hablaré aparte con Raimundo, y le revelaré los hechos tales como te los expliqué á tí misma la otra noche. Sabrá que nada tienes que ver en el incidente y á mí me reconocerá víctima. De este modo quedarás sincerada, cosa que deseas con mucha razón, y yo recogeré los reproches que merece mi imprudencia.

—¡Pero Raimundo no te creerá!....—dijo Teresa retorciéndose las manos.

—¡Sí, porque me ama!—respondió audazmente Lydia.

—No creas dominarlo tan fácilmente. Si le hubieras visto anoche, te habría espantado.... Estaba dispuesto á todas las sospechas y á todas las violencias.

—Las sospechas están disipadas ahora..... Y en cuanto á sus violencias, ya arreglaré yo eso.

—¡Pero, en fin, tú no le amas!—exclamó Teresa.—Desde hace dos años que se marchó te observo, y ni una sola vez has mostrado el sincero pesar de su ausencia. No has pensado más que en distracciones y placeres, cuando, para ponerte al unísono con su ruda y triste existencia habrías debido vivir retirada y austera. ¿Pensabas siquiera en él? A cada correo me era preciso recordarte que era tiempo de escribirle: sin esto jamás habría recibido una carta tuya. ¡No, no! Tú no le amas, y no comprendo que te obstines en hacer su desgracia. Porque si no es amado vale más que le apartes de tí, enseguida y para siempre: sufrirá menos. Veamos, Lydia, reflexiona un poco, sé razonable, no juegues con un corazón como el suyo. . . . Es demasiado sencillito, demasiado confiado, para no merecer consideraciones. . . . ¡Oh! Si te sientes capaz de hacerle tan dichoso como debe serlo, sé su mujer. . . . Pero si lo dudas, en nombre de nuestra amistad, de que tan grandes pruebas te he dado, entonces déjale libre.

—¿Para que tú puedas casarte con él, no es eso?—dijo Lydia con una carcajada.

—¿Yo? ¡Yo!—exclamó Teresa, cuya sangre, que por un instante se le había subido al rostro, reflujo bruscamente á su corazón, dejándola tan pálida como si fuera á morir.

—¡Sí, tú!—contestó la criolla rudamente.—¿Crees acaso que no leo en tu pensamiento? ¿Me tomas por una tonta? Desde hace dos años no hay uno solo de tus actos cuya significación y alcance no haya comprendido. Esa rigidez puritana que te has impuesto, ¿no estaba destinada á hacer contraste con mi frivolidad? Tu asiduidad en escribir á Raimundo, ¿no debía acentuar más mi negligencia?

cia? ¿No debía él comprender, el mejor día, así, que tú eras quien sentía verdaderamente su ausencia mientras yo me divertía entretanto? ¿No cambia fácilmente en dos años el corazón de un hombre? ¿No tenías esta esperanza, dulce y quejumbrosa Teresa? Por eso ¿cómo me has espiado, y qué contenta te has puesto al creermé cogida en el lazo! Pero has sido muy imprudente al ir, en mi lugar, una noche al jardín. El hábil andamiaje de tus intrigas se ha venido abajo de golpe sobre tu cabeza, y hete aquí reducida á gimotear, á fingir sentimiento, á defender hipócritamente la causa de un hombre que apenas se cuida de tí, en vez de decir audazmente tu pensamiento, que es este: «Me gusta tu novio; cédemele ó te denuncio.»

Teresa no contestó enseguida. Había escuchado con estupor este violento apóstrofe. Luego se rehizo, serenando el hervir de su sangre y la irritación de sus nervios. Quería estar tranquila, comprendiendo que si se dejaba arrastrar por su indignación, daría muchas ventajas á su astuta adversaria. Bajó los ojos, porque no se atrevía á mirar á Lydia, embarazada ante tanta perversidad, y contestó:

—Si quieres conocer el fondo de mi corazón, no te haré un misterio de la afección profunda que profeso á Raimundo. Sí, has adivinado bien, le amo, y desde mi infancia. Pero mira qué diferencia: sabiendo que te amaba, no he dicho una palabra que pudiera apartarle de tí. Sabiendo que le amo, tú te empeñas en conservarle, no por la dicha de ser suya, sino por la satisfacción de impedir que sea mío. Dices que desde hace dos años, has leído en mi pensamiento: pequeño mérito, porque jamás he disimulado ni sé mentir, como ves, púes-

to que á tu primera pregunta contesto con una confesión. No soy hipócrita; y si he vivido retirada, si he vestido de negro desde la partida de Raimundo, es porque cuando se separó de nosotras, estaba yo de luto todavía por mi madre. Que yo haya podido creer que tú olvidarías al ausente y que yo pudiera tener la dicha de consolarle de tu abandono, si es cierto, y tu ligereza ha sido la primera instigadora de este mal pensamiento que me avergüenza ahora. Pero si hubieras sido una prometida fiel, yo no habría podido hacer cuentas con tu inconsistencia, y antes me habría arrancado el corazón que conservar en él una esperanza desleal. Hoy, todo lo que yo había esperado de tí se ha realizado. Entre tu prometido y tú, hay otro amor. Lo niegas, pero no conseguirás engañarme. El desconocido que entró aquí la otra noche, no entraba por primera vez. Tú no puedes, obrando lealmente, dar tu mano al hombre honrado que, por su parte, te consagra su afección por completo. Todo te exige que rompas el lazo que os une: la honradez y la prudencia. No te pido que me contestes inmediatamente. Es necesario que reflexiones. No creas que obro por mi interés. Lo que únicamente me preocupa es Raimundo. Sé que está muy enamorado de tí para poder esperar que me ame. Un corazón como el suyo no olvida fácilmente. Simplemente quiero evitaros, á tí una mala acción, á él, un porvenir peligroso. Y estoy resuelta á hacer todo lo que dependa de mí para obtener este resultado.

—Muchas gracias por prevenirme. Por lo demás, lo esperaba. Pero te advierto que haré todo lo que de mí dependa para que fracases.

Teresa hizo una ligera inclinación de cabeza, y, sin añadir una palabra, salió. Tan pronto como

estuvo cerrada la puerta, Lydia se acercó de un salto á la *portiere* de su tocador, y levantándola, llamó:

—¡Leila!

Apareció la mulata. Con un brusco movimiento, la criolla la cogió por la muñeca, y llevándola hasta el centro de la habitación:

—Teresa acaba de salir de aquí—exclamó.—Adivina lo que me ha dicho.

—No tengo necesidad de adivinarlo: escuchaba—dijo la nodriza con tranquilidad.

—¡Y bien! ¿Qué piensas de esa fría rubita?

—Pienso que es capaz de hacer lo que ha anunciado y de prevenir á vuestro novio y á vuestra madre.

—¿Sabes que Raimundo es hombre capaz de matarme?

La mulata extendió un brazo con aire resuelto:

—¿No estoy yo aquí?... Ni siquiera os tocará con la punta de un dedo, amita, ¡ó desgraciado de él!

Lydia sonrió, encogiéndose en su sillón.

—¿Sabrías defenderme?

—¿Contra un hombre? ¡Vaya una cosa! Y contra una mujer también. ¡Que lleve cuidado la mogigata de vuestra prima! Como tenga muy larga la lengua, se la puedo cortar.

Pronunció estas palabras con tal acento de amenaza, que Lydia se estremeció.

—Nada de imprudencias ¿lo oyes?—dijo la joven. Aquí no estamos en las colonias, donde ciertas flores son tan peligrosas, que, sólo con respirarlas, se muere. Estamos en Francia, país donde todo es precisa, metódica y cuidadosamente analizado; donde no conviene amar con demasiado ardor ni

odiar con demasiada violencia. Reserva tus medios para un caso supremo, y déjame salir del asunto por mis procedimientos propios, que no son para desdeñados.

—Si es preciso seducir, triunfaréis.

—Y no podrán nada en contra todas las Tere-
sas del mundo.

Al hablar así se había levantado, y su peinador entreabierto dejaba ver su garganta redonda y nacarada. Los brazos, firmes y brillantes como el mármol bruñido, salían de las amplias mangas y mostraban el tono ambarino y encendido de su piel hacia los hombros. Sus rizos cabellos cubrían su espalda con una ola negra. Brillaba en sus ojos una mirada victoriosa, y su boca de rosados labios sonreía con aire de provocación. Estaba tan radiante de este modo, con una belleza tan voluptuosa y tan potente, que la mulata, como ante un ídolo, se puso de rodillas, y bajando su cabeza bronceada, con devota admiración, besó sus pies desnudos.

IV

A cosa de las dos, después de haberse hecho preceder de dos líneas anunciando su llegada á la señora de Saint-Maurice, Raimundo se presentó en la villa de Beaulieu. Su tía le esperaba en el salón, junto á la chimenea, tiritando á pesar del hermoso sol que entraba por todas las ventanas. Al ver al marino lanzó una exclamación de alegría, y tendiéndole los brazos con efusión maternal:

—¡Ah, querido hijo mío! ¡Qué dicha, qué sorpresa! Volvéis como os fuisteis: de improviso. Pero esta vez no se trata de llorar, sino de regocijarse.

Veamos, ¿cómo reaparecéis..... ¿Estáis en buen estado?.... ¿Y esa herida?

—Curada por completo, mi querida tía.... En el momento de partir estaba ya convaleciente.... Seis semanas de mar han acabado de ponerme bien.... ¿Y aquí está todo el mundo con buena salud?.... ¿No ha cambiado nada después de mi marcha?

Al hacer esta pregunta, observaba á la señora de Saint Maurice, ávido de saber si habría turbado su pensamiento alguna sospecha de las misteriosas intrigas sorprendidas por él. La buena señora no parpadeó. Su gimiente indolencia la hacía inapta para toda preocupación extraña á sí misma. Las dos jóvenes habían vivido á su lado sin que ella notase en su actitud nada sospechoso. Ni la dulce melancolía de la una, ni las ardientes fantasías de la otra, habían herido sus ojos. No se había cuidado más que de su bienestar personal.

Mientras que Raimundo, escuchando la charla de su tía, hacía estas reflexiones, abrióse la puerta y entró Teresa. Raimundo, que se había levantado bruscamente, la vió llegar, y con un vivo asombro la encontró tan igual á como estaba cuando la había dejado, que le pareció que eran ocho días y no dos años los que habían transcurrido desde su partida. El mismo delicado aspecto de niña de dieciséis años, el mismo grave candor de la sonrisa, la misma limpidez azulada en los ojos. La que tenía ante sí no era solamente una joven, sino una virgen con toda su tranquilidad inmaculada.

Le impresionó hasta el punto de permanecer inmóvil y mudo, con el corazón oprimido por una extraña duda. Hubo necesidad de que su tía, asombrada de su reserva y de su silencio, le dijera:

odiar con demasiada violencia. Reserva tus medios para un caso supremo, y déjame salir del asunto por mis procedimientos propios, que no son para desdeñados.

—Si es preciso seducir, triunfaréis.

—Y no podrán nada en contra todas las Tere-sas del mundo.

Al hablar así se había levantado, y su peinador entreabierto dejaba ver su garganta redonda y nacarada. Los brazos, firmes y brillantes como el mármol bruñido, salían de las amplias mangas y mostraban el tono ambarino y encendido de su piel hacia los hombros. Sus rizos cabellos cubrían su espalda con una ola negra. Brillaba en sus ojos una mirada victoriosa, y su boca de rosados labios sonreía con aire de provocación. Estaba tan radiante de este modo, con una belleza tan voluptuosa y tan potente, que la mulata, como ante un ídolo, se puso de rodillas, y bajando su cabeza bronceada, con devota admiración, besó sus pies desnudos.

IV

A cosa de las dos, después de haberse hecho preceder de dos líneas anunciando su llegada á la señora de Saint-Maurice, Raimundo se presentó en la villa de Beaulieu. Su tía le esperaba en el salón, junto á la chimenea, tiritando á pesar del hermoso sol que entraba por todas las ventanas. Al ver al marino lanzó una exclamación de alegría, y tendiéndole los brazos con efusión maternal:

—¡Ah, querido hijo mío! ¡Qué dicha, qué sorpresa! Volvéis como os fuisteis: de improviso. Pero esta vez no se trata de llorar, sino de regocijarse.

Veamos, ¿cómo reaparecéis..... ¿Estáis en buen estado?.... ¿Y esa herida?

—Curada por completo, mi querida tía.... En el momento de partir estaba ya convaleciente.... Seis semanas de mar han acabado de ponerme bien.... ¿Y aquí está todo el mundo con buena salud?.... ¿No ha cambiado nada después de mi marcha?

Al hacer esta pregunta, observaba á la señora de Saint Maurice, ávido de saber si habría turbado su pensamiento alguna sospecha de las misteriosas intrigas sorprendidas por él. La buena señora no parpadeó. Su gimiente indolencia la hacía inapta para toda preocupación extraña á sí misma. Las dos jóvenes habían vivido á su lado sin que ella notase en su actitud nada sospechoso. Ni la dulce melancolía de la una, ni las ardientes fantasías de la otra, habían herido sus ojos. No se había cuidado más que de su bienestar personal.

Mientras que Raimundo, escuchando la charla de su tía, hacía estas reflexiones, abrióse la puerta y entró Teresa. Raimundo, que se había levantado bruscamente, la vió llegar, y con un vivo asombro la encontró tan igual á como estaba cuando la había dejado, que le pareció que eran ocho días y no dos años los que habían transcurrido desde su partida. El mismo delicado aspecto de niña de dieciséis años, el mismo grave candor de la sonrisa, la misma limpidez azulada en los ojos. La que tenía ante sí no era solamente una joven, sino una virgen con toda su tranquilidad inmaculada.

Le impresionó hasta el punto de permanecer inmóvil y mudo, con el corazón oprimido por una extraña duda. Hubo necesidad de que su tía, asombrada de su reserva y de su silencio, le dijera:

—¡Y bien, Raimundo, antes os abrazábais!
Comprendió entonces que hacía mal, que podía comprometer á su prima con su actitud. Haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, la tendió los brazos, la trajo hacia sí y le dió un beso en su pálida frente, coronada de rubios cabellos finos y suaves como la seda. Quedó envuelto en un púdico y delicado perfume de verbena que de ella emanaba, y de nuevo notó la sensación de la pureza y de la castidad. Teresa habló; y su voz tierna, un poco velada, no le pareció hecha para suspirar los juramentos de los amores prohibidos. Era la misma que la oía rezar cuando era pequeña. Llegaba ésta á sus oídos tan clara que escuchaba los infantiles acentos: «Dios te salve, María; llena eres de gracia»..... Y la volvió á ver de rodillas, al lado de su madre, las manos juntas, tan atenta y tan llena de fervor. Y otra vez más tuvo claramente la impresión de que Teresa era siempre la misma: inocente y pura.

Miróla fijamente, y en los ojos de la joven, que se nublaron de pronto, brillaron las lágrimas, y sus mejillas se encendieron. Pero las lágrimas y el rubor no los producía la vergüenza. Parecióle á Raimundo leer en el rostro de Teresa una especie de afectuosa compasión. Ella tenía respecto de él, la actitud que él habría querido tener respecto de ella. Ella era la que tenía el aire de compadecerle, y él no sabía de qué modo expresar su conmiseración, ni con su fisonomía ni con sus palabras, como si sintiera que la piedad no tenía objeto.

Encontróse tan embarazado, tan inquieto, sufría tanto en aquel estado de espíritu, que tuvo la idea de llevar á Teresa al hueco de una ventana, y allí con autoridad, en algunas palabras bruscas,

hacerla hablar, violentar, si era preciso, su conciencia, para arrancarle una confesión definitiva que aclarase sus dudas. Si lo hubiera hecho, quizás Teresa, en la emoción de aquel primer encuentro, habría dejado escapar su secreto. Raimundo alzó el brazo para cogerla, y abrió la boca para formular una pregunta imposible de eludir. Pero su brazo cayó, su boca siguió cerrada; todo su pensamiento, todo su corazón, su ser entero fueron dominados por un poder superior: acababa de aparecer Lydia.

La metamorfosis era completa en ella. Raimundo la había dejado niña, y la encontraba mujer. Aquella criatura adorable en el florecimiento de su belleza, le miraba sonriendo. Había escogido hábilmente para su primera entrevista un traje muy sencillo. Y la modestia de su compostura hacía resaltar la voluptuosa redondez de sus hombros, y toda la atrevida flexibilidad de su talle. Le tendió las manos, y él casi cayó á sus pies apoyando su frente en sus dedos finos y blancos. En la turbación que aquella operación le produjo, Raimundo no había notado la palidez ambarina del rostro, acentuada más por la negrura de los húmedos ojos; ni el pliegue apasionado del labio, ligeramente sombreado de vello; ni había advertido el violento perfume de heliotropo que se exhalaba del cuerpo de Lydia. El timbre grave, un poco ronco, de su voz, no le asustó. Estaba enloquecido, deslumbrado, encantado. La contemplaba, la admiraba, la deseaba con todas las fuerzas de su ser.

—Sed bien venido, Raimundo. Vuestro regreso me hace muy feliz.

El pobre marino era fácil de contentar, puesto que se satisfizo con aquella glacial acogida, él, que

durante las largas horas de la travesía, había soñado con que ella se arrojaría á su cuello y que lloraría de alegría en sus brazos. La que habría llorado, la que una palabra habría atraído á su pecho, era Teresa. Pero ya no la veía, ni siquiera sabía si estaba presente. Lydia, radiante, lo eclipsaba todo. La voz de la señora de Saint-Maurice disipó aquel encanto:

—Explicadme, sobrino, cómo llegáis así sin anunciaros..... Vuestra última carta dejaba preveer vuestro regreso á Francia, pero sin fijar una fecha tan próxima.

Y Raimundo tuvo que contar á la anciana señora las diversas fases de su convalecencia y precisar el feliz concurso de circunstancias que, llevando á un oficial de su grado al lado del comandante en jefe, le habían permitido obtener su licencia. Se refirió también á los últimos acontecimientos en que había tomado parte, el combate de Min y el bombardeo de Fou-Tcheou, después la invernada tan dura en Kelung y los combates continuos. No notó las señales de aburrimiento de Lydia, no veía más que sus negros ojos fijos en él con afectación de interés. Las sinceras palpitaciones de Teresa, profundamente conmovida por su relato, no las notaba.

La pequeña Cenicienta desapareció una vez más entre los resplandores de su rival. Terminado lo que Lydia llamó, bromeando, «el examen del libro de abordó», se levantaron los jóvenes, y como si tuvieran prisa de encontrarse solos, enfrente el uno del otro, salieron al jardín. Teresa los acompañó con la mirada, pero no hizo ni un movimiento para seguirlos. ¿Para qué? No esperaba conseguir de Lydia que devolviera la libertad á

su prometido. Renunciaba á la esperanza de vencer á Raimundo. Entre la persistencia de la una y la ceguedad del otro, juzgábase impotente. Iba á tener que dejar al único ser que quería en el mundo correr la aventura de la vida con aquel monstruo encantador. O bien llegar á extremos que la espantaban cuando se veía obligada á pensar en ellos: la denuncia—¿quién sabe?—acaso sin efecto. ¡Y entonces, el horror de pasar por una envidiosa y por una calumniadora! Y, sin embargo, conociendo el infame secreto, ¿había de dejar que se realizase aquella unión manchada de antemano?

Sentada junto á la mesa, delante de la cual leía su tía, Teresa daba vueltas, en su cabeza dolorida, á este horroroso problema. Y en el fondo del jardín, bajo los árboles, testigos de las citas con el desconocido, veía, cogidos del brazo, á Raimundo y á Lydia, paseando lentamente, diciéndose ternezas. ¿Qué hacer? ¿A qué solución inclinarse que no fuese espantosa? De una parte, ¿debía dejar que se realizase aquel matrimonio, y asumir la responsabilidad de las desgracias que serían su consecuencia? De otra, ¿debía deshonorar á Lydia, destrozar el corazón de Raimundo y exponerse á oírle contestar con su pasión irritada: «mejor quiero poseer á la infame que perderla?» Y era capaz de ello, sin perjuicio de ahogarla entre sus brazos en un rápido despertar de su conciencia.

Teresa analizaba la situación con perfecta lucidez, y buscaba la manera de desenlazarla sin hacer daño á nadie; porque todavía era indulgente, aun en aquella hora desesperada, la dulce y tierna niña. Pero en el daño que podía hacer veía grados. Así, entre el sufrimiento de Lydia y el de Raimundo no vacilaba. Habría sacrificado cien veces á Lydia.

Sin embargo, mejor habría querido sacrificarse ella misma. Dada la resistencia de la criolla y la locura de Raimundo, no había más que una solución posible: advertir á Raimundo. ¿Pero cómo resolverse á ello en aquel momento, y en qué términos? ¿Y cómo prevenir las consecuencias de aquella revelación?

Había que tener con el joven una nueva entrevista, y decisiva esta vez. El había dicho la víspera: «Mañana, más tranquila, me juzgarás con más equidad...» Podía, pues, abordar de nuevo la pavorosa cuestión. También había dicho: «Jamás te volveré á hablar del asunto.» Pero si él debía callarse por delicadeza, por indulgencia, por piedad, ella podía hablar. Y esto fué lo que resolvió.

El resto del día transcurrió tranquilamente. Raimundo, embriagado; la señora de Saint-Maurice, dichosa; Lydia, sonriente. ¡Oh! ¡Qué hipocresía enmascaraba de indiferencia el rostro de aquella joven que debía estar devorada de remordimientos y de cólera! Después de la explosión de dolor que le había producido el anuncio de la muerte del seductor misterioso, aquella tranquilidad inquebrantable y aquella gracia fácil, atestiguaban un singular dominio de sí misma. Teresa la observaba, y ni sus palabras, ni las ideas que exponía, ni el aspecto de su rostro, denunciaban embarazo ni esfuerzo. Engañaba y mentía naturalmente. Porque, si amaba al otro, debía odiar á Raimundo. Y si no le amaba, ¡qué baja y repugnante criatura era por haberle acogido! En cualquier caso, era bien peligrosa para Raimundo.

Y al mirar á aquel lindo monstruo emplear, para enloquecer al joven, todos sus medios de seducción, preguntábase Teresa qué objeto podía

proponerse Lydia. Por un instante entrevió la verdad: la criolla casándose con Ploerné para vengarse mejor de él. Pero no fijó su atención en esto. Era demasiado sencilla y demasiado buena para penetrar toda la perversa profundidad de aquel plan. Llegó á creer que acaso se había engañado y que Lydia habría dicho la verdad al afirmar que el hombre del jardín había abusado de su miedo y que no le había recibido nunca antes de aquella noche. En aquel caos de sus pensamientos, Teresa no perdía, sin embargo, de vista lo que constituía su preocupación única: hablar á Raimundo, informarse exactamente del estado de su corazón y obrar en consecuencia. Encontró el modo de acercarse al marino, mientras que Lydia estaba al lado de su madre, y de decirle:

—¿Queréis concederme algunos minutos mañana por la mañana? Me convendría hablar con vos.

El comandante la miró fijamente, y con una tristeza que hizo temblar á la joven de pena y de angustia:

—¿Tú lo quieres, Teresa?

—Sí, lo quiero.

—Pues bien: mañana á las seis en el jardín.

—Gracias.

Volvió Lydia y no pudieron hablar una palabra más. Habían dicho ya demasiado, porque la mirada de la criolla, siempre alerta, había sorprendido su rápido acuerdo. Sospechó que Teresa preparaba alguna mentira para enterar á Raimundo, y se prometió cuidado. Hasta el momento de su marcha no dejó un solo instante á su novio, y le vió alejarse con una verdadera satisfacción.

Ya en su cuarto, y mientras la desnudaba Leila, desahogó su corazón que rebosaba de rencor

y de cólera. ¡Qué largo le había parecido aquel día de disimular y de mentira! Ciertamente que conseguía engañar; ¡pero á costa de cuántos esfuerzos! La inocente y dulce sonrisa que ocultaba el rechinar de sus dientes deseosos de morder, no la conseguía sino por una dolorosa contracción de sus nervios. La voz no la hacía acariciadora y amorosa, cuando se agolpaban á sus labios las injurias, sino modulando sonidos como una cómica que representa su papel. Su tranquila actitud, cuando habría querido saltar y huir, era el resultado de un estudio constante de sus gestos y de sus movimientos. En aquella criatura que Raimundo acababa de contemplar, de adorar durante largas horas, todo era ficticio, artificial, aprendido con una formidable asimilación, casi una presciencia del vicio y de sus picardías.

Y allí, desnudándose como una actriz que se quita su traje, descansaba de sus largos y duros esfuerzos, alentada á hablar por la criminal complacencia de su esclava.

—¿Lo habéis acariciado bien?

—Hasta la fatiga—contestó Lydia estirando sus hermosos brazos.—Ya era tiempo de que se fuera. Ya estaba yo sin fuerzas. ¡Pero está más loco que nunca! Y no sé, al verle tan tonto, qué es lo que me inspira: si desprecio ó rabia. Ha rotó el porvenir que yo soñaba, pero me lo pagará bien caro.

—Es rico.

—También era rico Girani, y de mejor nobleza..... Se iba á casar conmigo y yo habría sido marquesa. ¡Oh, tan hermoso, tan fuerte, tan valiente, y muerto por ese miserable!

—Ya no hay que pensar en ese asunto.

Y cantó, con voz sorda y lenta, una canción de su país, en jerga negra, que quería decir:

«Los pájaros pían alegremente sobre las tumbas,—y las flores se abren allí hermosas.—Los muertos están acostados en la tierra—para dormir en ella tranquilos y olvidados.—¿De qué sirven las lamentaciones? Guardemos nuestras lágrimas para los dolores de la vida.»

—¿Qué me decías ayer?—replicó Lydia con aspereza.—No me aconsejabas el olvido.

—Ayer os veía agobiada y presta á abandonaros. He intentado devolveros el valor..... Pero los muertos, muertos están..... Y, como dice nuestra canción, hay que dejarlos dormir.

—Yo estoy viva, y he sido ofendida, herida, y devolveré ofensa por ofensa, herida por herida.

—Dormid, amita; el sueño os calmará, os hace hablar así la fiebre.

—¡Cállate!—dijo rudamente Lydia.—¿Me tomas por una loca y crees que cambio de ideas tan fácilmente? Desde hace veinticuatro horas he reflexionado mucho, y el proyecto que he formado no es el fruto de una cabeza trastornada..... Jamás he estado más segura de mí Y hé aquí lo grave..... En vez de casarme por amor me casaré por odio..... ¿Comprendes?

La mulata sonrió ligeramente.

—El hombre cambiará vuestras disposiciones. Iréis hacia él con pensamientos sombríos, y saldréis de sus brazos con pensamientos rientes..... Es una gran persona el conde Raimundo. Tiene el aire frío, pero no hay que fiarse de las apariencias: estas gentes son tigres con frecuencia. Cuando hayáis sentido las garras no os reconoceréis vos misma.

—¡El es quien sentirá las garras, y en medio del corazón!

—Dormid, amita: no os agitéis así. Dejadme taparos. Y buenas noches.

La mulata anduvo dando vueltas durante algunos momentos alrededor del lecho de Lydia, mirándola en la sombra de sus cortinas, pálida y con los ojos brillantes, y después se fué á la habitación de al lado. Lydia, poco á poco, cedió al sueño; y á su espíritu se presentaron las concepciones más extrañas. Encontrábase en París, en aquel mundo que no había hecho más que entrever, y reinando en él como soberana. Veía la villa, como á través de una niebla, iluminada por brillantes reflejos. Llegaban á sus oídos sonidos de música; y todo, luces y música, era para ella: todo la festejaba. Ella sonreía con benevolencia y se dejaba admirar. Era una soberana, y todos reconocían su poder, al cual nadie pensaba en sustraerse. Brillaba y dominaba, siempre arriba, aislada en su soberanía mundana, desprendida de todo lo que no era su orgullo.

De pronto, sus miradas, que se habían bajado hasta un rincón sombrío de aquel espléndido mundo donde triunfaba, quedaron impresionadas por el aspecto triste y dolorido de una pareja relegada á un lado. Y reconocía en aquel hombre y aquella mujer, á Teresa y á Raimundo. Con una señal imperiosa llamábalos á sus pies, pero ellos se volvían de espaldas y se negaban á acercarse á adorarla. Renovaba ella sus órdenes con cólera; pero ellos seguían alejados. Raimundo bajaba su frente pálida y surcada por el dolor. Teresa, con las manos juntas, rezaba. Entonces apoderóse de Lydia una rabia furiosa. Quiso obligar á aquellos

rebeldes á someterse, á doblar la cabeza en la universal adoración. Lanzóse hacia ellos para violentarlos y amenazarlos. Pero se desvanecieron como sombras, y se alejaron como arrastrados por un poder sobrenatural. Y siempre iban reunidos, dolorido el uno, rezando la otra, pero juntos. Y nada podía separarlos, ni los artificios ni las cóleras de Lydia.

En vano los perseguía ésta: no conseguía alcanzarlos. Olvidaba á la multitud de sus adoradores, y no gozaba del espectáculo de su triunfo. Empeñábase en dominar á aquellos dos rebeldes, en prosternarlos á sus plantas. Pero ellos, más impalpables, á medida que trataba de alcanzarlos, perdíanse, siempre unidos, en lo profundo del cielo. Y parecíale á Lydia que sonreían, y que al escapar de ella, se consolaban el uno al otro. Entonces, acometida de una cólera sobrehumana, exclamó: «¡Todos mis triunfos, porque no sean dichosos!» De pronto sintió que se hundía, bajo sus pies, el andamiaje de su artificial soberanía; y entre las carcajadas sardónicas de la multitud, aduladora poco antes, se despenó en la oscuridad. Los cantos callaron, las luces palidieron. Lydia se vió, con terror, en medio de un cementerio. Alzábase allí una tumba completamente nueva, y en la piedra leyó su nombre: LYDIA. Retrocedió, llena de espanto, y como alzase los ojos, vió á Raimundo y á Teresa, siempre juntos, que pasaban por el azul horizonte. Quiso lanzar un grito, pero su boca permaneció silenciosa, y le pareció que la muerte le helaba la sangre en sus venas.

Despertóse inundada por un sudor de fiebre. Amanecía apenas. Se resistió al sueño, temiendo volver á su pesadilla, y siguió reflexionando en él

lecho. Para la supersticiosa Lydia, el presagio era espantoso. Preguntóse si no tendría que renunciar á su empresa. ¿No acababa de recibir una advertencia de lo alto? Aquella joven tan poco piadosa, que nunca rezaba, creyó en una manifestación divina y permaneció, durante muchas horas, en un aniquilamiento moral completo. Estaba sin energía, sin decisión, y dispuesta á soportar cualquier voluntad que se impusiera á la suya. Si Teresa hubiera venido en aquel momento, habría conseguido todo lo que Lydia le había rehusado la víspera. Pero Teresa no vino, dispósese la obscuridad, y, con la luz, la criolla recobró todo su valor.

Avergónzóse de su debilidad, se reprochó haber cedido á aquellos temores ridículos, y se prometió hacer pagar á Teresa y á Raimundo la hora de angustia que había pasado. Para ella ya no se trataba de abandonar sus proyectos y de renunciar á su venganza. Odiaba á Raimundo un poco más, después de haberle visto, en su sueño, pasar tranquilo al lado de Teresa. ¿Tranquilo! ¿Podría estarlo jamás aquel asesino?

A esta idea, hervía la cólera en el cerebro de Lydia, y se sentía capaz de todo para hacerle sufrir. ¡Ah! ¡Ah! ¡Dejarle libre para que Teresa le consolara y acaso le hiciera dichoso! Esto no podía ser. Era preciso un inexplicable desfallecimiento de su voluntad, para que se hubiera presentado á su espíritu tal hipótesis. Cuanto más débil había sido durante algunos instantes, más implacable era ahora. No admitía que Teresa se defendiese contra ella, y, al recordar las últimas amenazas de la joven, pasaba por sus labios una sonrisa de lástima. ¡Palabras, nada más que palabras! Antes de llegar á los actos, Teresa reflexionaría. Y, en refle-

xionando, comprendería los peligros de su empresa. Lydia se juzgaba bien protegida contra todas las tentativas por la ternura de Raimundo. Para herirla, había que herirle á él. ¿Cómo se resolvería á ello Teresa? La criolla podía afrontar sin peligro la explicación decisiva que había aplazado su prima. Hasta podía dejar á Teresa y á Raimundo hablar libremente. La una no se atrevería á hacer conocer la verdad; y, si se atrevía, no la creería el otro.

Cuando Raimundo llegó de Beaulieu, se paseaba por el jardín. Había recorrido el *parterre* que se extendía delante de la casa, y hecho un ramo. Pero todavía no se había atrevido á llegar hasta la terraza, al pie de cuya balaustrada se encontraba la piedra que Girani escalaba para subir hasta ella. El marino no tenía nada del hombre sombrío y triste que se le había aparecido en sueños. Estaba radiante de alegría. Lydia le dejó que cogiese sus manos y que se las besara, y le dijo al ver su traje claro:

—¿Habéis abandonado el uniforme?

—¿Olvidáis que me habéis hecho prometer que dejaría el servicio á mi vuelta? Esta mañana he enviado mi dimisión..... Yo cumplo mis compromisos.

La criolla alzó los ojos hacia él con inquietud al oír aquellas palabras. Pero su rostro estaba sonriente; hablaba sin segunda intención. Lydia quiso penetrar más en el corazón de su prometido y asegurarse de que no conservaba ninguna sospecha sobre la posibilidad de su culpabilidad, y dijo:

—Por lo que me pareció comprender ayer, hoy debéis tener una entrevista con Teresa.....

Raimundo frunció el entrecejo y contestó, visiblemente molesto:

—Sí, me ha pedido un instante de conversación..... Ya sabéis que la quiero mucho y desde hace largo tiempo. Sin duda quiere pedirme algún consejo.

—Hacéis bien en quererla—dijo Lydia con aire seráfico. ¡Es tan buena y tan encantadora!..... Desde que la conozco, no la he sorprendido un mal pensamiento. Yo también la quiero con todo mi corazón.

Raimundo miró á su prometida lleno de emoción. Parecía que un ángel intercedía por la culpable, y que Teresa, defendida por Lydia, se hacía inatacable.

—Os diga lo que quiera—añadió audazmente la criolla, y sea lo que quiera lo que os pida, concedédselo. Ella no puede querer más que cosas buenas y generosas, ó no sería la misma.

—¡Qué corazón tan bueno y tan generoso tenéis!—dijo Raimundo lleno de alegría.

Lydia pensaba: «¡Amiga Teresa, ve ahora á hablarle mal de mí: serás bien recibida! Comparará mis sentimientos con los tuyos, y no sacarás ningún partido.»

En el mismo momento, Teresa apareció en el vestíbulo. Lydia, desprendiendo su brazo del de Raimundo, después de oprimírselo dulcemente, le dijo:

—Os dejo con ella. Escuchadla como si fuera yo quien os hablara..... ¿Me lo prometéis?.....

Sus seductores ojos miraban cándidos y puros. Suplicaban. Raimundo, por ser mirado siempre de aquel modo, habría dado la tierra y el cielo. Inclínose hacia la blanca mano que se alzaba hacia él, como para una caricia suplicante, y, embriagado, siguió con la vista el esbelto contorno de la que

amaba. Entró en posesión de sí mismo al oír hablar á Teresa.

—Amigo mío—le decía—necesitamos volver sobre impresiones dolorosas..... ¿Estáis dispuesto á ello con entera libertad de espíritu?

—Estoy dispuesto—contestó Ploerné.—¿Pero es muy necesario?

—Indispensable—declaró la joven con firmeza.—No puedo soportar que me juzguéis desfavorablemente. Por eso he exigido esta explicación decisiva..... Desde que vuestros ojos se apartan de mí con embarazo, yo no vivo..... Es preciso que recobre vuestra confianza, vuestra estimación..... Soy muy desgraciada desde hace dos días..... Esto no puede durar mucho tiempo.

Habiase animado poco á poco, sus mejillas ardían, sus ojos brillaban. Pronunció las últimas palabras con voz temblorosa y sofocada por la emoción que la trastornaba, y rompió á llorar.

—Vamos, Teresa—dijo dulcemente el marino;—sé más razonable..... No te hago ningún reproche..... Mi amistad no ha disminuído..... Te compadezco sinceramente..... El embarazo de mi mirada procedía del temor de molestarte..... Pero en mi corazón no hay ninguna severidad..... No tengo ningún derecho para juzgarte. Por otra parte, mi afecto, tan antiguo, habla en tu favor, y no descubro en mí más que piedad é indulgencia para tí.

—¡Indulgencia! ¡piedad!—sollozó Teresa..... ¿Es posible que yo oiga que vos me dirijáis tales palabras?..... ¡Esos son los sentimientos que os inspiró!..... ¡Apenas si no me despreciáis!..... Esto es bondad de vuestra parte..... ¡Cualquiera otro sería más duro!..... Pues bien; no puedo resignarme á esto..... Quiero convenceros de que no he desme-

recido..... Es preciso que me defienda, que me disculpe.

—¡Defiéndete, pobre niña!—respondió Ploerné—pero ¡ah! en cuanto á disculparte.....

Teresa hizo un gesto de desesperación.

—Y si yo os jurase que no soy culpable, que no he cometido ninguna falta.....

—No lo jures, Teresa. Si para calmarte es necesario decirte qué creo lo que tú me aseguras, te lo diré.

—¡Pero no estaréis convencido!..... Obraréis de ese modo por complacencia, para no arrastrarme al extremo!..... Y no es esto lo que yo quiero..... Es preciso que os convenza, que os arranque la confesión sincera de que dais fe á mis pruebas.....

—¿A tus pruebas?.....—dijo Ploerné tristemente.—¿Qué valdrán ellas comparadas con las mías? ¿Qué será de tus afirmaciones, de tus juramentos mismos, cuando yo los pese con los hechos?..... ¿Podrás negar la evidencia?

Cogióla de la mano, y mostrándole la terraza que se extendía entre ellos, llena de sol, bajo la red de los jazmines y de las clemátidas:

—¿Estabas allí, en la cita, cuando llegué yo en lugar del que era esperado? ¿Estabas? Vamos, habla.....

Se había dejado arrebatar por un momento, irritado ante aquel insensato empeño en justificarse. Apretaba con fuerza los dedos de la joven, y con los ojos fijos en su rostro, la miraba duramente por la primera vez. Ella, con la frente inclinada y los párpados caídos como si no quisiera ver nada, ni las cosas que había á su alrededor, ni al que la interrogaba, no respondió, desesperada por tener que callarse. Soltó Raimundo su mano, y con una

voz apaciguada, en la que se notaba un ligero dejo de desdén:

—¡Ah, no puedes hablar! ¡Te ves obligada á convenir en lo que digo! A pesar de todo se impone la realidad. Ea, cesa de resistir; acepta dignamente las responsabilidades contraídas. Haciendo esto, puedes estar segura de las simpatías y del apoyo de los que están á tu lado.

Teresa abrió bruscamente los ojos y alzó la frente. La irritación de Ploerné la había hecho dueña de sí misma. Su dulzura despreciativa le hizo perder toda mesura.

—¿Estáis seguro de que, cuando me encontrásteis en aquel sitio, iba yo allí por mi cuenta?.....

Apenas dejó escapar estas palabras cuando comprendió enseguida su terrible alcance. Raimundo se puso muy pálido y miró á Teresa con una severidad que no trataba de ocultar.

—¡Hé aquí que ahora acusas para defenderte! Y si no estabas allí por tí, ¿por quién estabas?

—¿Soy sola en la casa?—balbuceó Teresa.—¿No hay aquí otras mujeres?..... ¿No podría yo tener la intención de sorprender á cualquiera de las criadas?..... En fin, ¿no es todo preferible á la horrible suposición de que soy yo la culpable?

Los labios de Ploerné se apretaron tan violentamente, que apenas si podían salir de su boca las palabras.

—No trates de engañarme. No se trataba de una criada. Tu terror al verme, tus súplicas, tu confesión..... Porque no olvides que confesaste..... Todo probaba que la situación era de las más peligrosas..... No había en esta casa más que dos personas sobre quienes pudiera pesar la sospecha: Lydia, ó tú..... ¡Oh! Ya te lo he dicho

claramente, y te lo repito, y quiero ahora que no haya más reticencias... Si te declaras inocente... es que denuncias á Lydia como culpable... ¿La una, ó la otra? ¿Ella ó tú? ¡Responde!... Tienes religión... ¡Ante Dios... responde!... ¿Es ella?

Estaba tan espantoso de angustia y de furor, que Teresa quedó aterrada, y exclamó:

—¡No! ¡Ella no!

—Entonces, ¿qué es lo que pretendes hacerme creer?...

La joven se retorció las manos, enloquecida de horror.

—¡Pero yo no puedo acusarme!... Yo no he hecho nada malo!... Nada, lo juro, ¡nada! Sino es acaso amar demasiado....

Raimundo le preguntó rudamente:

—¿Amar, á quién?

Teresa movió la cabeza con dolor. ¿Podía decirlo, en el momento mismo en que la torturaba tan cruelmente y en que sufría aquel suplicio por su amor?

—¡Oh! ¡Jamás sabréis hasta qué punto sois injusto y cuán desgraciada soy!... Yo os aseguro que soy inocente.... ¿No podéis creerme, á mí que nunca he mentado?...

—¡Pero comprende á tu vez—exclamó él con desesperado arrebató—que la situación es inexplorable!... ¡Tú ó ella!... Si te creo, la condeno.

Y añadió con un gesto de amenaza:

—En fin ¿me habéis engañado ella y tú? ¿Estoy en el error desde mi llegada?... ¿Habéis jugado con mis sentimientos, mis esperanzas y mis creencias?... ¡Oh! si es esto.... ¡Pero vamos á averiguarlo!....

Con toda su voz, sin cuidarse de que pudiera oírle la señora de Saint-Maurice, llamó:

—¡Lydia!.... ¡Lydia!.... ¡Venid acá!

—¿Qué vais á hacer?—preguntó Teresa.

—Ponedros en presencia la una de la otra, y obligaros á decirme la verdad.

—¡No! ¡Eso no!

—¿Por qué no?—replicó él rudamente. ¡Basta de fuegos fatuos, basta de mentiras!.... Sabré lo que quiero saber.... Y de lo que resulte no acuses á nadie más que á tí.

Lydia había bajado al jardín, y avanzaba hacia ellos con el paso tranquilo, la frente pura, los ojos serenos. Teresa la vió aproximarse con espanto. ¿Iba á perderse irremisiblemente? Miró á Raimundo, que estaba pálido, tembloroso y pateando el suelo con desesperada impaciencia. Dió un paso hacia él, suplicante, juntas las manos, como para rezar.

—¿Comienzas á tener miedo?...—dijo él riendo de un modo espantoso.

¡Oh, sí, Teresa tenía miedo! Hasta el fondo de su corazón helado. Miedo por él, miedo por Lydia misma. Porque adivinaba á Ploerné dispuesto á las peores resoluciones. Su mirada prometía la muerte. Le cogió por los brazos y le dijo:

—¡Despedidla!.... ¡Lléváosla!.... Pero, por favor, que no venga aquí.

—¿Temes su testimonio?

—Sí, temo su testimonio.

—¿Sabes, pues, que te reduciría á confesar?

—Creo.... sí, creo que me reduciría á confesar.... Todo lo que pido es no verla en este momento.

—¿De modo que tratabas de engañarme?

—Sí..... no trataba más que de engañaros.

Raimundo la miró un instante con tristeza, y después, en voz muy baja, como una suprema concesión de su antiguo afecto, le dijo:

—Te perdono.

La joven quiso cogerle la mano; pero él la apartó suavemente y, dirigiéndose hacia Lydia, que no estaba ya más que á algunos pasos, dejó á Teresa abrumada bajo el peso de su duro martirio, y no sintiendo, sin embargo, el haberlo aceptado. Acercándose á Ploerné la criolla, le dijo de manera que fuese oída:

—¿Se ha acabado la conferencia con Teresa? ¿Qué cosa tan grave teniais que discutir? ¿Os habeis puestó de acuerdo?

Y Raimundo, dándole el brazo, respondió:

—Estamos de acuerdo. ¡No era nada!

¡Nada! Ardientes lágrimas corrieron por las mejillas de Teresa. Dejóse caer sobre un banco de piedra; y, después de aquellas dos tentativas para salvar aquel «nada», que era su dicha y el porvenir de Raimundo, alzando su pensamiento al cielo, se resignó á sufrir.

No apareció en todo el día; y por la noche, la señora de Saint-Maurice, al tiempo de sentarse á la mesa, dijo:

—Hace un momento he tenido con Teresa una conversación muy extraordinaria. Ha ido á buscarme á mi cuarto, y me ha anunciado que, volviendo á proyectos de que, á lo que parece, os habló hace tiempo, querido sobrino, se dispone á marchar á París y á retirarse á un convento.

Reinó un profundo silencio. De pronto acudió al espíritu de Raimundo el recuerdo de aquel día en que, en el jardín del hotel de la avenida Hoche,

había hecho desistir á Teresa de entrar en religión, después de la muerte de su madre. Volvía á ver á la joven exponiéndole sus inquietudes á la idea de ver llegar á sus parientas. Parecíale oírle todavía hablando con su ingenuo acento, el aire cándido, casi como una niña. Y era ella, caída al presente, quien se alejaba. Oprimiósele el corazón. Turbóle una sorda inquietud. Se acordó de las lágrimas de Teresa, aquella misma mañana, de sus afirmaciones, de sus protestas. La sospecha de que pudiera decir verdad le rozó, haciéndole estremecerse de angustia. Alzó los ojos y vió á Lydia, radiante, virginal, adorable. Olvidó sus inquietudes y no pensó más que en amar.

—¡Ah! ¿Se mete monja?—dijo la criolla con tranquilidad.—Creo que hace bien. Tiene vocación.

—De todos modos—dijo su madre—es bien triste cosa.

Y, como el criado abría la puerta del comedor, añadió:

—Vamos á comer, hijos míos.

de seda, un abigarramiento de colores, fraques rojos y fraques negros, trajes claros y oscuros, blancos hombros, cabelleras que se estremecían al compás del vals, ojos brillantes en la embriaguez del placer.

A la entrada, de pié al lado de su padre, la princesa, con su amable fealdad, acogía con una sonrisa y una palabra graciosa á los recién llegados, porque, aunque eran las dos de la madrugada, llegaban todavía. Y es que aquella fiesta no era sólo un acontecimiento de sociedad, al cual ningún parisién de clase podía dispensarse de asistir, sino además un acontecimiento financiero. Tratabase en aquella *soirée* de consagrar, por una demostración importante, el triunfo, enfrente de la Bolsa, del *Comptoir Francais*, la nueva sociedad á la que el gran mundo había concedido su protección. Todos los duques habían tomado acciones, y el clero había bendecido las oficinas. Afluían los millones, el consejo de administración contaba en su seno los nombres más respetables de la aristocracia francesa. El objeto confesado de la nueva sociedad, era hacer competencia á la alta banca judía, y sostener, con los considerables recursos que debía proporcionar el Banco, la política realista. Un doble programa: derrotar á Israel triunfante en el mercado, y favorecer una restauración monárquica.

Teniendo que elegir un director para la empresa, los fundadores habían creído lo mejor dirigirse á Samuel Bernheimer, judío de origen, es cierto, pero judío convertido, y perteneciente por sus relaciones elegantes y *sportivas* al mundo que debía alimentar con los fondos la caja católico-monárquica. Y para celebrar el lanzamiento del negocio, era para lo que el director del *Comptoir Francais* había



SEGUNDA PARTE

Había baile en casa de Samuel Bernheimer. Su hija, la princesa Feretti, ayudada de su marido, guapo mozo, de cabeza de tenor italiano, hacía los honores del hotel de la avenida Montaigne. Todo lo que Paris contaba de gentes ricas y tituladas, de artistas ó de *sportsmen* estaba reunido en el suntuoso piso bajo, cuyos seis salones, en fila, ofrecen, para una recepción, la decoración más admirable que haya podido soñar la fantasía de un financiero pródigo. El gran salón Luis XIV que forma el centro del hotel, con su elevado techo, sus dorados balcones y su cúpula decorada con preciosas pinturas de Lebrún, compradas cuando la demolición del castillo de Prefond, es de un efecto grandioso. Aquella noche la orquesta, colocada en la cúpula, dejaba caer sus melodías en ondas sonoras, en medio de los resplandores de la luz eléctrica. Una multitud animada y riente rodeaba á los que bailaban girando con un *fru fru*

abierto su admirable hotel á sus amigos que eran sus accionistas. Durante aquella *soirée*, que fué un acontecimiento en los fastos del gran mundo, ofrecíase un asombroso espectáculo á las miradas observadoras.

Sentados á la entrada del gran salón, protegidos contra el vaivén de los que bailaban por una columna de mármol, hablaban á media voz dos jóvenes, elegantes, del mismo aspecto, casi del mismo rostro, tan parecido era el corte de sus cabellos y de sus bigotes, y sin embargo, muy semejantes por el nacimiento, la posición y las costumbres. El uno era el marqués Mauricio de Roquiere, y su ocupación más habitual era la esgrima y montar á caballo. El otro se llamaba Julio Bricolier, y acumulaba al empleo de secretario de Samuel Bernheimer, el de periodista. Mediocre por naturaleza, envidioso por impotencia, malo por placer, Bricolier era la perfecta encarnación del *raté*, resuelto á hacerse una posición aun á costa de un crimen. Bajo apariencias correctas y zalamerías, aquel mozo ocultaba una vulgaridad feroz. Era el gomoso más graciosamente peligroso que existía. Algo así como una mano brutal y sucia bajo un guante gris perla.

El marqués y el periodista se habían encontrado en la sala de armas, porque el *sport*, á que se dedicaba Roquiere por placer, Bricolier lo practicaba por oficio: en él el periodista se completaba con el matón. Había que continuar con la espada lo que se había comenzado con la pluma, y á la tinta mezclar sangre. El que hablaba detrás de la columna era Bricolier:

—¿Habéis entrado en la cruzada financiera, marqués?

—¡Oh!—respondió Roquiere—ya sabéis que yo no tengo fortuna.... Sólo lo preciso para ir tirando.... No puedo meterme en especulaciones.

—¿Por qué, si jugáis á golpe seguro?

—¿Pero es posible eso de jugar á golpe seguro?

—Sí, cuando se está en la partida de un hombre que conoce su juego y el de los demás.

—¿Y ese hombre es Samuel Bernheimer?

—Sí, Samuel Bernheimer, mi glorioso patrón. Yo, de esta vez, atrapo mis 30.000 libritas de renta, desengancho mi caballo que comienza á cansarse, y vivo como un buen burgués, despreciando á mis antiguos camaradas.

—Lo cual es el principio de la dicha—dijo el marqués riendo.

—Sí—respondió seriamente el periodista—para un hombre que ha sido siempre despreciado, ¿hay nada más dulce que despreciar á su vez?

—Temo que no sois bueno, Bricolier—dijo Roquiere—mirando de arriba abajo á su interlocutor.

—Yo también lo temo, marqués—respondió el periodista con una débil sonrisa.—Pero si tuviérais en vuestros cajones todas las facturas que yo he pagado en la carnicería especial de la vaca rabiosa, estaríais menos placentero por vuestra cuenta, y menos asombrado por la mía. Razonáis como un hijo de familia que no ha hecho otra cosa que comerse su legítima. Yo hablo como un soldado del ejército de los descontentos, que ve al fin aproximarse la hora de la victoria y del reparto del botín. Ni más ni menos, querido amigo.

—¿Y creéis que este asunto del *Comptoir Français* tendrá éxito?

—Sí, marqués, indudablemente. Y durante todo el tiempo necesario para que los que se compro-

metan en él con la idea preconcebida de realizar un beneficio y no de cambiar el eje del mundo financiero, puedan retirarse y pasar el paquete de títulos á los cándidos que están destinados á conservarlo.

—¿Y quiénes son esos cándidos?

—¡Las gentes del gran mundo!

—Pero esos que decís son mis amigos, mis parientes, mis camaradas.

—¡Bah! No vayáis á gritar: «¡A las armas! ¡Que degüellan á mis hermanos!»—interrumpió Bricolier riendo.—Aprovecháos vos del aviso..... Pero, por lo demás, soy bien bueno con recomendaros la discreción. Andad, publicad lo que acabo de deciros..... Gritad todo lo que queráis..... Nadie os creerá..... Ni siquiera os escucharán..... Hoy han tenido las acciones cien francos de alza..... Mañana subirán otro tanto, y los días siguientes, hasta que esto se venga abajo. Los tenedores de títulos á quienes aconsejarais vender, os tratarían de mal amigo y os acusarían de querer impedirles hacer fortuna..... Esas gentes han visto el alza..... y están fanatizadas.

—¡Y luego, después de todo, acaso será bueno el negocio!

—¡El azar es tan grande!—concluyó alegremente el periodista.

El marqués no escuchaba ya; miraba con toda su atención á la puerta de entrada.

—¡Ah! Ahí está la condesa de Ploerné—exclamó Bricolier.—Os ponéis colorado, marqués..... ¿Por que?... ¡Ah! ¡Ah!..... ¡Amigo mío, he ahí el defecto de vuestro corazón!..... ¡No sois un especulador, sois un enamorado!..... No os defendáis..... Todo París sabe que ardéis en una llama

tan infiel como pura..... ¡Hermosa mujer, por lo demás! ¡Tenéis buen gusto!

—¡Sois odioso, Bricolier!—dijo con agitación Roquiere, que se había puesto pálido.....—Y os tomáis unas libertades.....

—¡Las misma que vos!—interrumpió bromeando el periodista.—¡Vamos! Ya sabéis que os quiero y que no puedo hacer nada que os moleste..... Esperad á que tome la descripción de la *toilette* de la divina condesa para el periódico..... Traje piel de seda verde Nilo, guarnecido de encajes de plata..... Decid, marqués, ¿verdad que valen lo menos doscientos mil francos las perlas y diamantes que lleva encima?... Allá va mi ilustre patrón á recibir á Lydia..... Vamos á saludarla.

Samuel Bernheimer acababa de ofrecer su brazo á la señora de Ploerné, y atravesaba lentamente por entre la multitud, en medio de un halagador murmullo de curiosidad. Raimundo les seguía los pasos, sonriendo y cambiando saludos y apretones de manos. Al llegar á la puerta del saloncito oriental, el banquero se detuvo:

—¿Dónde deseáis establecer vuestra corte, condesa?—preguntó muy obsequioso.

—Donde queráis. Aquí mismo—contestó tranquilamente Lydia.

En aquel encantador rincón, decorado con una fantástica brillantez, instalaba, de ordinario, Bernheimer su fumadero. Una escalerilla que conducía á una galería baja, de arcos calados y esculpidos, unía el salón oriental al primer piso. Linternas de vidrios de colores, parecidas á enormes flores, esparcían por la pieza una luz cambiante. El sonido de los instrumentos y el rumor de la fiesta morían en los pliegues de pesados cortinajes. Entraban pa-

rejas buscando un poco de tranquilidad, y luego, arrastradas otra vez por el atractivo del baile, por el resplandor de las lámparas y el tumulto de las orquestas, se perdían, de nuevo, en el oleaje de los convidados. Formábase ya, detrás de Samuel y de la condesa, una numerosa escolta. Apenas sentada, Lydia se vió rodeada, y acogió sonriente á sus cortesanos.

Como había dicho el banquero, era una verdadera corte la que iba á tener la joven. Hacía un año que estaba casada y que había hecho su aparición en el gran mundo, y desde entonces su reputación de belleza y de elegancia había ido creciendo siempre. No se la nombraba la hermosa condesa de Ploerné. Este calificativo, dado con frecuencia muy ligeramente en estos últimos años, habría parecido en este caso casi un diminutivo. Ella valía más, y la condesa de Ploerné, á secas, decía más que todos los ditirambos dirigidos en los periódicos á las falsas bellas. Para expresar la maravilla que era Lydia, habría sido preciso un título único, y no pudiendo consagrarla emperatriz ó reina, se le dejaba su título sencillo «La condesa.» Esto bastaba. No había más que una, y era ella.

En un año se había puesto resplandeciente y soberbia. Su gracia juvenil había adquirido un magnífico desarrollo. Se habría dicho que había crecido: sus hombros y sus brazos de mármol tenían una elegancia incomparable. Cuanto á su rostro, seguía siendo el de otro tiempo, con su aterciopelada piel de fruto exótico, sus ojos lánguidos, y la voluptuosa sonrisa de su boca de blancos dientes. Los más viejos Tenorios no recordaban haber admirado, en toda su carrera galante,

ni siquiera en el mundo del amor profesional, parecida obra maestra viviente.

Ploerné no había cambiado: era siempre el hombre apasionado y un poco sencillo que no veía más que por los ojos de Lydia. Parecía tener por función en la vida hacer lo que quisiera su mujer. Seguiala con una mirada enternecida, enorgullicándose con sus éxitos, gozando con su encanto, dispuesto á todo por complacerla, y casi paternal con aquella niña mimada. El marqués y Bricolier habían conseguido al fin deslizarse hasta cerca de la condesa y encorvados, rendían homenaje á su soberanía. Ella, muy graciosamente indiferente, habíala acogido con un movimiento de cabeza, y había seguido hablando con Bernheimer, sin parecer reparar en el aire desolado de Roquiere. El periodista, girando sobre sus talones, murmuró con acento burlón:

—Me parece que no conseguís nada... Ni yo tampoco, por lo demás... No atiende más que á ese saco de millones... ¿Queréis un buen consejo?... Hacedos amigo del marido.

Lydia, detrás de su abanico, decía entretanto de manera que no fuese oída más que por el banquero:

—¿De modo que estáis satisfecho de la Bolsa de hoy?

—Y creo que vos participaréis de mi satisfacción: ganáis doscientos mil francos.

—¿En tan poco tiempo?

—El tiempo que otros han tardado en perderlos... Pero vuestro marido gana más que vos.

Un ligero pliegue surcó la frente de Lydia y de sus ojos brotó una mirada maliciosa.

—Yo le doy las indicaciones que me proporcio-

náis... Es una dicha para él que vos estéis en el asunto... Si por casualidad os engañáseis un día...

—No me engañaré... ¡Pensad que se trata de vos, de vuestro bienestar, de vuestro lujo, de vuestra felicidad!... ¡Me es tan precioso todo esto!... Si supiéseis...

Se ponía rojo, y las palabras se enredaban en sus labios. Lydia le interrumpió secamente:

—¡Vamos, Bernheimer, que vais á decir tonterías!

Miró al banquero con aire de irónico desdén, y, levantándose, pasó por delante de él, que la seguía muy contrariado, diciendo:

—Voy á bailar.

Y volviéndose á Roquiere:

—Ahora, marqués, os toca á vos.

Y cuando Mauricio se adelantaba, radiante, presentándole el brazo, añadió, sonriendo á Bernheimer:

—Os dejo á mi marido: consolaos los dos.

El banquero hizo un gesto. Pero la joven, ligera y graciosa, entraba ya en el salón vecino. Ploerné se había apartado instintivamente del bullicio de la fiesta, y, apoyado en el quicio de la puerta, miraba á las parejas girar arrastradas por el movimiento del vals. El banquero miró desdeñosamente á aquel soñador y siguió á la condesa; Raimundo parecía muy atento, pero las vagas formas que pasaban no ocupaban su pensamiento. Estaba bien lejos de aquella fiesta. Veía otro salón, tranquilo y silencioso, y era el de su casa. Iluminado dulcemente por las lámparas, calentado por un buen fuego, era muy á propósito para las veladas apacibles. Sobre un pequeño sofá de blandos almohadones, dormitaba la señora de Saint-Mauri-

ce. Y al lado de la mesa, trabajando en un delicado bordado, justamente lo que se necesitaba para que sus blancos dedos pareciesen ocupados, estaba sentada Lydia. El, haciendo como que leía, se perdía en una deliciosa contemplación. Ni un ruido; sólo el tic-tac del reloj. ¡Y qué tranquilidad de espíritu, qué seguridad de corazón!

Así era durante los primeros tiempos de su matrimonio. Luego, de pronto, había cambiado la existencia. La sociedad se había apoderado de ellos y no les había devuelto la libertad. Poco á poco se habían hecho raras las noches pasadas al amor de la lumbre, y ahora la excepción era quedarse en casa. Entonces era visible el aburrimiento de la condesa, que arrastraba su mal humor sobre las butacas del salón. La señora de Saint-Maurice, feliz con tener á su lado á su hija algunas horas, sostenía la conversación con Raimundo para animar, hasta la alegría, el triste humor de Lydia. Pero eran infructuosos los esfuerzos del marido y de la madre, y la joven bostezaba, lejos del mundo, en el cansancio de los bailes precedentes, sentido de pronto. Y sin disimular su estado, acababa por huir á su cuarto, donde se hacía desnudar despacio por Leila.

Desde que era marido de Lydia, Raimundo se esforzaba en estudiar á la joven. Al principio, la locura de su pasión lo había arrebatado, impidiéndole razonar. Entregado por completo á la dicha de poseer á la que amaba, no estaba en estado de sentir otra cosa que el encanto de amar. Se había entregado con trasporte, y su embriaguez fué tan ardiente que pudo creerla compartida. Sin embargo, no había podido continuar haciéndose ilusiones: la frialdad de la que estrechaba apasionada-

mente entre sus brazos, le había helado. Brusca-mente tuvo que confesarse que los sentimientos experimentados por Lydia no concordaban con los que él experimentaba. Todo su fuego no conseguía deshelar aquella hermosa nieve. Y cuanto más se empeñaba en calentarla con su ardor, en comunicarle su pasión, más impasible é inerte la encontraba.

Asustábase por momentos, adivinando en ella como una sorda resistencia. Jamás había vuelto á encontrar en los labios de su mujer el apasionado beso que su prometida le había dado la víspera de su marcha. Todavía sentía la quemadura en la boca; y trataba de volver á experimentar la deliciosa sensación de completo abandono que había experimentado aquella noche. Exaltábase, pero se exaltaba solo. El amor de Lydia, perseguido por él, le huía siempre. La poseía, pero no la animaba. Y sufría con ello cruelmente. Algunas veces había sentido á la criolla estremecerse en sus brazos, como si fuera á entregarse; pero se habría dicho que una misteriosa influencia, una voluntad, manifestada de pronto, detenía el hervor de la savia y calmaba los sentidos prestos á conmovirse. La mujer, palpitante un momento, se quedaba otra vez insensible, y, casi cansada, prestábase á los deseos de su esposo, pero no cedía á la voluptuosidad de las caricias.

Raimundo se había dicho con amargura: «¡No me ama!» Luego, en un retorno de su indulgencia, había añadido: «Puede amarme, pero no tanto como yo la amo. Y el exceso de mi ternura es lo que hace aparecer la suya insuficiente.» Pensó que fatigaría á Lydia y la fastidiaría si se dejaba arrastrar por toda la fuerza de su pasión. Trató de mo-

derarse y calculó cuándo habría querido entregarse sin reservas. Fué desgraciado. Pero, lejos de debilitar su amor, la prueba que se imponía lo redobló. Se acusó de no haber sabido agradar, y no hizo á la joven ni un reproche por su indiferencia. El era el culpable, sólo él. Ella era la divinidad soberana de quien procedía todo el bien y que resumía todas las perfecciones.

Buscó por qué medios podría hacerse más agradable. Había notado el gusto de Lydia por los refinamientos del lujo, y gastó sumas considerables en su instalación en un precioso hotel de la calle Rembrandt. Rodeó al ídolo de un cuadro digno de él. Ella lo aceptó todo sin admiración, como sin reconocimiento. Parecía encontrar sencillo y natural que se ingeniasen para encantar sus ojos.

Acostumbróse á los caprichos costosos, tratándolo con una inconsciencia, casi con una malignidad salvaje, los objetos más raros y más caros. En un arranque de cólera, había roto y echado al fuego un admirable abanico pintado por Wateau, destruyendo una obra maestra inestimable, como habría hecho con una chuchería de 25 sueldos. Había tenido un perrillo de aguas que, durante quince días, fué el amo de la casa. Dejábale subir sobre los muebles de su salón, que estaban vestidos con tapicerías de los Gobelinos; y le echaba, para que se los trajese entre los dientes, sus pañuelos guarnecidos de punto de Inglaterra. Después el favorito la había cansado, y, una mañana, friamente, hizo que le envenenasen en el patio. Aquello era un desprecio de la cosa preciosa; un afán de mutilación, un apetito de destrucción, que asombraba en aquella joven educada en la pobreza y que habría

debido gozar, con más respeto que otra, de las suntuosidades de su nueva vida.

Su madre no podía ocultar su asombro, y Raimundo había tenido que intervenir para evitar que su suegra hiciese observaciones. La anciana señora, instalada en un ala del hotel, que daba al Mediodía, con encantadoras vistas á los jardines, se había resignado al silencio en el interés de su reposo. Ante todo se preocupaba de su bienestar material. Y pronto se hizo á un lado, dejando á su yerno la responsabilidad del desorden de Lydia. Aquel desorden no se extendía al servicio de la casa, del cual seguía teniendo la dirección Leila. Todo lo que no era de la dependencia directa de la condesa de Ploerné funcionaba regular, aunque costosamente. Pero la vida, tal como la comprendía Lydia y tal como se la dejaba llevar su marido, exigía rentas mucho mayores que las de que disponía Raimundo. Y, en poco tiempo, se abrió tal brecha en su fortuna, que comprendió que, al paso que iba, en seis años quedaría completamente arruinado. Esta perspectiva lo había entristecido, y le hizo reflexionar, no sobre el medio de modificar su existencia, sino sobre el de encontrar recursos para continuarla. No soportaba la idea de proponer á Lydia que se reportase. Se la imaginaba frunciendo su lindo entrecejo, y haciendo una mueca con su boca encantadora, cuando él llegara á hablarle de reformas, no en su presupuesto, sino en el presupuesto de ella. Prefería acudir á todos los expedientes antes que afrontar el descontento de la divinidad.

En aquel momento fué cuando se manifestó la intervención de Bernheimer. Raimundo le conocía desde su infancia. Samuel era el padrino de Tere-

sa. Aunque había terminado su asociación con Letourneur, porque los atrevimientos financieros de Samuel no cuadraban á las costumbres algo anticuadas del padre de Teresa, no cesaron por eso las relaciones de los dos asociados. Bernheimer se lanzó en enormes operaciones que le salieron bien. Letourneur continuó la marcha honrada y modesta de su casa tal como su padre la había establecido. Samuel, lanzado en la sociedad vividora, adquirió prontamente las costumbres de sus compañeros, y hasta las exageró como todos los neófitos. Pero supo gastar su dinero; y su prodigalidad y una especie de franqueza que agradaba, le abrieron las puertas del mejor mundo.

Tenía un soto de caza que rivalizaba con los más hermosos de Francia; tenía caballos de carrera, y jamás se había negado á suscribirse con largueza á cualquier institución caritativa. Muy listo, había juzgado á la alta sociedad parisién y comprendido que en cogiéndola por su interés y por su placer, obtendría de ella todo lo que quisiera. Acaso sería despreciado en secreto, pero abiertamente sería aceptado. Aduló, obligó y divirtió á los grandes señores que daban el tono en París; y protegido por ellos, había llegado, después de tres votaciones solamente, á forzar la entrada del Jockey Club.

Era un hombre muy bien reputado y de quien se hablaba ventajosamente en los periódicos. Dióse á la galantería y pagó muy caros sus caprichos. Había conseguido saber vestirse, y llevaba la ropa que convenía mejor á su figura. Se había hecho un tipo. En realidad no se parecía á todo el mundo: era alguien. Cuando asistía al peso en el Hipódromo vestido con un terno gris bien cortado, con un

ramito amarillo ó azul en el ojal, con sus botines blancos, la corbata cuidadosamente anudada alrededor de su cuello alto, su sombrero brillante como un espejo, tenía un aire de jovencuelo que armonizaba con su cuerpo macizo y su rostro coloradote. Las mujercuelas le llamaban Sam, pidiéndole alguna propineja, que él daba siempre y concienzudamente. Sus amigos del Club le llamaban Bern. Se experimentaba la necesidad de familiarizarse con él; inspiraba simpatías. Y, sin embargo, cuando quería, tenía un modo de parar á las gentes, mirándolas con sus ojos fríos y claros, que le restablecía en su posición de millonario, buen muchacho, sí, pero de quien no había que abusar.

Desde que Raimundo se instaló en París, había mostrado muy asiduo cerca de Lydia. Recordaba el efecto extraordinario que ésta había producido en la Opera. Adivinaba en aquella joven una de las reinas futuras del mundo parisién, y desde el principio se ponía en fila, en el cortejo, para elegir un sitio. Y para tener la ventaja de relaciones familiares con Lydia, adoptó desde luego maneras paternas con objeto de tranquilizar al marido. En su primera visita al hotel Letourneur, el banquero se había asombrado al no ver á Teresa al lado de su tía. Vueltas á París las señoras de Saint Maurice, y no debiendo realizarse el matrimonio hasta quince días después, aún no habían tenido tiempo de instalarse en el hotel que había comprado el conde de Ploerné. Y Bernheimer las encontraba en casa de Teresa sin Teresa.

Entonces la anciana señora, con el candor de su ignorancia absoluta, contó que su sobrina le causaba la violenta pena de dejarse arrastrar por su vocación religiosa, y que se había encerrado

en el convento de las Señoras de la Pasión para hacer un noviciado de un año y renunciar definitivamente al mundo. ¡Ah! ¡Era un motivo de graves preocupaciones para su corazón verdaderamente maternal! Aquella niña le era tan querida como su Lydia. Pero todos los razonamientos, todas las súplicas habían sido inútiles, y Teresa había realizado su propósito. Por lo demás, era buena y cariñosa como siempre. Había rogado á su tía que se alojase en su hotel y que lo habitase siempre, y hasta había ofrecido cedérselo por escritura, ¡como si fuera posible habitar aquella casa sin la querida niña! ¿No la buscaría allí siempre, sin cesar? ¿No envenenaría su alegría el pensamiento de que mientras ella gozaba y disfrutaba los vastos salones, Teresa se encontraba encerrada en una pequeña y fría celda? ¡No! Había rehusado, y su yerno acababa de adquirir un precioso hotel cerca del parque Monceau, donde se instalarían así que se hiciera el matrimonio.

Mientras que la señora de Saint-Maurice hablaba con una volubilidad y un enternecimiento muy naturales, Bernheimer examinaba á Lydia, y el rostro de la criolla le chocaba por su dura impasibilidad. Ni un movimiento de pena, ni un estremecimiento de piedad. La insensibilidad más completa. Con su perspicacia de hombre habituado á mirar más allá de la superficie de las cosas, á no contentarse nunca con las razones que se le daban y á buscar las que no le daban, Samuel adivinó un misterio en la brusca determinación de Teresa y en el silencio casi hostil de Lydia. Se hizo dar las señas del convento á donde se había retirado su ahijada y se prometió ir allá á buscar la clave del enigma.

¿No tenía derecho á ocuparse de ella? ¿No era su padrino? Bajo su capa de egoísmo que le protegía contra las impresiones repentinas, conmovióse el corazón del banquero. Pero presintió desde el primer instante que se podía sacar partido de la turbación que le había denunciado la actitud de Lydia. Pensando esto estaba cuando entró Raimundo, y la inmovilidad del rostro de la joven chocó de nuevo á Samuel. Como cuando se habló de Teresa, se quedó fría al ver á su novio. Este estuvo sonriente, atento á agradarla, enamorado. Ella, indiferente, desdeñosa, cansada.

Bernheimer supo á qué atenerse en un momento acerca del estado moral de los futuros esposos, y concibió grandes esperanzas. Si en vísperas del matrimonio se echaba de ver tan escaso acuerdo de sentimientos, ¡qué porvenir para un hombre libre que disponía de todos los medios de corrupción y tenía ya un pie en la plaza! Inmediatamente el banquero dejó de ocuparse ostensiblemente de Lydia y no tuvo atenciones más que para Ploerné. Lo principal en adelante no era sitiar á la mujer. De quien había que apoderarse era del marido. ¿Había nada más fácil? Raimundo era la sencillez en persona, tenía la franqueza de un buen perro que no se sirve de sus fuerzas, que podrían ser terribles, más que para acariciar y halagar. Debían sentirse escrúpulos de abusar de la confianza de aquel honrado joven. ¡Pero era Lydia tan tentadora! De este modo pensaba Samuel, al irse, después de su visita al hotel Letourneur. Sentíase solicitado por sus buenos sentimientos y por sus malas tentaciones. No decidió nada aquel día, y subió al Club para cambiar de ideas.

Al día siguiente se dirigió á la calle de Santia-

go donde, próximo á la plaza Deufert, á dos pasos de las Madelonnettes, y en un antiguo hotel rodeado de un jardín, se encontraba la comunidad de las Señoras de la Pasión. Entró, preguntó á la hermana portera si podía hablar con la señorita Letourneur, é introducido en un vasto y frío locutorio, enlosado, con un zócalo de encina, y adornado con una Virgen de los Dolores, de corazón ensangrentado, enfrente de un Cristo expirante, esperó golpeando el suelo con los pies para calentarse. Al cabo de algunos minutos se dejó oír un paso ligero, se abrió una puerta, y, con enternecido asombro, el banquero vió entrar á Teresa vestida con un hábito gris de ribetes azules y con la toca blanca de las religiosas. Estaba un poco pálida y se esforzaba para sonreír, pero de sus ojos se escapaban las lágrimas. Permanecieron un instante silenciosos, inmóviles, mirándose, el padrino y la ahijada; luego Samuel dominó su turbación, y, cogiendo una mano á la joven, la llevó á la ventana para verla mejor.

—¿Pero qué es esto, hija mía, y cómo es que te encuentro vestida de este modo?.... Y no me has dicho nada, ni siquiera has creído que debías consultarme, ó al menos prevenirme.... ¿Qué ha pasado? ¿Qué motivo te ha conducido á esta casa?

Teresa, embarazada por la pregunta, le interrumpió, y con voz tranquila:

—Ya sabéis, querido padrino, que siempre he tenido inclinación á la vida religiosa.... Hasta ahora había resistido á mi vocación.... Pero ha sido más fuerte y me ha arrastrado. Esto es todo. Estoy tranquila, soy muy dichosa: no os preocupéis de mí.

—¡Me preocupo y mucho!—exclamó Bernheimer.—¡A los diez y ocho años en un convento cuya regla es de las más estrechas, una joven como tú, que has sido educada con tanta dulzura, y que no eres fuerte!... ¿Y por qué, Teresa, por qué? Tú me hablas de tu vocación..... Si, ya sé..... Ploerné me ha dicho dos palabras sobre eso, pero yo no puedo satisfacerme con esas razones..... Eso será lo que aparezca, lo que debe servir para engañar á los curiosos é indiferentes; pero lo que se confiesa á las personas á quienes se quiere, la realidad, en fin, ¿qué es?

Samuel, mientras hablaba, no perdía de vista á su abijada: al nombre de Ploerné la vió estremecerse; su palidez se acentuó bajo su blanca toca, y sus ojos tomaron una expresión dolorosa. ¿Ploerné? ¿Era él la causa de aquella inmolación? En todo caso, la turbación de Teresa daba á Bernheimer un indicio que no debía despreciar. Y añadió:

—Ayer estuve á visitar á tu tía, á quien encontré instalada en tu casa con su hija... Ambas me dieron explicaciones parecidas á las tuyas, añadiendo cuánto lo lamentaban..... ¡Oh, Lydia sobre todo!... Parece que te quiere mucho.....

A estas palabras el mismo estremecimiento de carne herida, la misma palidez, mayor expresión de dolor en los ojos; y para Samuel fué cosa evidente que la determinación de Teresa había sido causada en gran parte por Raimundo y Lydia. Quiso llevar más lejos sus investigaciones, é insistiendo atrevidamente sobre el punto doloroso:

—Al pensar que va á casarse con Raimundo y que tú no estarás á su lado para compartir su dicha, tu prima está desolada. «¡Mi alegría será incompleta!» me ha dicho; y no me sorprendería que vinie-

ra aquí para rogarte que dejases tu retiro, aunque fuera por un solo día.

Teresa hizo un movimiento lento, doloroso, como para implorar; y esforzándose en vano por dominar su agitación:

—No tratéis de perturbarme—dijo.—Quiero olvidar el mundo y deseo que él también me olvide.

Sin embargo, no pudo resistir á la viva curiosidad que la inflamaba; y, con voz temblorosa, añadió:

—¿Y Ploerné no ha unido sus instancias á las de mi prima para obtener que yo asista á su matrimonio?

—No—dijo Samuel—y hasta te confesaré que su frialdad me ha asombrado. Te amaba mucho antes, y yo esperaba de su parte sentimientos más fraternales..... Pero está enamorado y no ve más que su amor.

—Deseo con toda mi alma que sea dichoso—dijo Teresa bajando los ojos.

—Deseémoslo—dijo el banquero—pero no creamos mucho en ello.

—¿Y eso por qué?—exclamó la joven, cuyos ojos, abiertos repentinamente, lanzaron una mirada devoradora.

—Porque si él ama, me parece que ella no le corresponde. Jamás indiferencia más completa respondió á ternura más exclusiva. ¿No lo has notado cuando estabas cerca de ellos?

Sin contestar á la pregunta, Teresa murmuró:

—¿Es que se es amado nunca como se ama?

Y se entregó á un ensueño que Samuel respetó. El mismo pensaba: «Es evidente que mi pupila adora á Raimundo, y que su gran vocación religiosa no es otra cosa que pura y sencilla deses-

peración de amor. ¡Pobre muchacha! ¿Y cómo luchar con aquella Lydia? ¿No es invencible? Era fatal que Ploerné, puesto en presencia de la criolla, se volviera loco. ¿Pero cómo y cuándo ha ocurrido la cosa? ¿Ha sido antes de su ida al extremo Oriente ó después de la vuelta? ¿Es un fuego de fecha reciente, ó una fuerte pasión que ha resistido á dos años de campaña? Es preciso que yo sepa esto, que es muy importante para mí.» Ya Bernheimer se deslizaba por la pendiente del egoísmo, y olvidaba las desgracias de su pupila para ocuparse de sus intereses personales.

—¿Hace mucho tiempo—preguntó—que Raimundo ama á Lydia?

Teresa se estremeció. Volvió de las lejanías de su pensamiento y dijo:

—Eran ya novios antes de la partida de Ploerné.

Esta respuesta volvió á sumir á Samuel en su incertidumbre. Si Teresa sabía hacía dos años que Lydia y Raimundo debían casarse, ¿cómo explicar su repentina determinación? Y en tanto tiempo ¿no había tenido tiempo de desechar su pena, si pena tenía, de reflexionar, de resignarse?... Evidentemente había allí algo más que lo que había descubierto. ¿Pero quién se lo revelaría? Lo esperaba todo del porvenir. Observando, relacionando detalles, acabaría por reconstituir la verdad. Y el conocimiento de esta verdad le abriría, sin duda, la plaza que había tenido la audacia de querer conquistar.

—¿De modo—dijo—que no tienes confianza en tu padrino?... ¿No te decides á confiarle la verdad?... Mira, no me engañas, yo sospecho que en tu resolución hay motivos que no me confiesas... Pero no quiero atormentarte... ¿No estás

dispuesta á hablar hoy?... Bueno: otra vez serás más explícita... Porque supondrás que he de volver á verte...

Teresa sonrió.

—Sí, padrino, ya sé que sois bueno... Pero no dejéis vuestras ocupaciones por mí... Yo pensaré en vos aunque no os vea... No me creáis ni desgraciada ni loca... No habléis de mí á nadie... ¡Oh, y sobre todo de esto!... ¿Me lo prometéis?

—Sí, te lo prometo... Por tu parte, si necesitas algo, no tienes más que escribirme una palabra... Que no te falte nada... Esta casa me parece pobre... Lleva cuidado no abusen de tu generosidad. ¿Quién administra tu fortuna?

—Mi notario.

—Bueno, yo le veré. En todo caso, prométeme á tu vez no firmar nada nunca sin consultarme.

—Os lo prometo... Adiós, padrino, idos. La regla de esta casa manda que las visitas duren poco tiempo, y hace ya más de una hora que estamos juntos.

—Adiós, pues.

Teresa iba á retirarse. Pero Bernheimer la detuvo por una mano y un poco conmovido:

—¡Y bien! ¿Ya no me abrazas?

Ella se colgó á su cuello, y, no pudiendo dominar más su emoción, rompió á llorar. Samuel, dándole golpecitos en el hombro, y en tono de reprensión paternal:

—¡Vamos, tonta! Ya lo ves... tienes alguna pena... y estás obligada á comunicármela... ¡Oh, pero yo sabré de qué se trata!... Y ajustaré las cuentas á los que te han afligido.

Teresa se apartó vivamente y secó sus ojos. Y con voz firme:

—¡No, no! Os engañáis... No tengo ninguna pena... Y no quiero que se atormente á nadie por mi causa.

Hizo un gesto gracioso, sonrió y desapareció tras la pesada puerta de encina bruñida; Bernheimer salió del locutorio, y en el patio, cubierto de hierba, golpeó con el pie diciendo:

—Si, son Lydia y Raimundo los que han desesperado á esta niña... Pues bien, esto me quitará todo escrúpulo.

Apenas lo tenía antes; pero encantado por haber encontrado esta buena excusa, hizo que le abrieran la puerta y se alejó.

Colocado en tan buena posición, cerca del joven matrimonio, el banquero habría esperado con paciencia la ocasión favorable para sus malos designios sobre Lydia, si no hubiera descubierto enseguida concurrentes. No había sido el único en caer bajo el encanto; y entre los más asiduos, el joven Mauricio de Roquiere le pareció enseguida peligroso. De todos los que ocupaban lugar en el mundo parisién, el marquesito, como le llamaban, era uno de los más galanteadores y de los más afortunados. No porque fuese muy guapo, muy espiritual ó muy rico; sino porque tenía un género particular que agradaba.

Se le atribuían asombrosas buenas fortunas. Y en todas las esferas era igualmente favorecido. La encantadora Sofia Haldrich, muerta tan joven, después de haber cantado maravillosamente dos ó tres óperas, había estado loca por él. Y él había sido causa del divorcio de la condesa de Brumant. Al verle por la primera vez, se decía generalmente: «¡Cómo! ¿Este es el gran seductor que ha trastornado tantos corazones femeninos? ¡Pero si es

muy vulgar!» Y cuando se le conocía más íntimamente se comprendía la impresión que conseguía producir. No triunfaba sino por la constancia y por una voluntad de amor que aniquilaba en él todos los demás pensamientos. Desprendíase también de él una especie de influencia magnética que imponía su deseo y que destruía poco á poco todas las resistencias. A contar desde el momento en que se declaraba á sí mismo que amaba á una mujer, ya no tenía otro afán que apoderarse de ella, y, por todos los medios, le probaba su atención apasionada. Era el tipo acabado del hombre mujeriego, para quien la mujer lo es todo en el mundo.

Había sido presentado á Lydia el año anterior por el mismo Bernheimer, y, como de costumbre, no había sido notado en el primer instante. Con gran buen sentido habíase dado cuenta de ello, y se había contentado con preparar el porvenir. Sabía esperar, que era otro de sus talentos. Ahora que Lydia reaparecía en la sociedad volvería á tomar posiciones, y se preparaba á atacarla con toda actividad. Sin embargo, no parecía tener particulares probabilidades de éxito, y era tratado, poco más ó menos, como Bernheimer, con una amabilidad burlona que no desalentaba á los asiduos, pero que dejaba á los pretendientes siempre en la misma situación. Roquiere tenía en su favor el baile y su prestigio de director de cotillón. Samuel tenía la Bolsa, y el mérito de dar útiles consejos financieros.

Al cabo de algunos meses, haciendo por prudencia la cuenta de lo que había gastado para instalarse en París y de lo que necesitaría para vivir en la forma en que había vivido desde el principio, Raimundo vió con tristeza que sus inquietas pre-

visiones estaban justificadas y que caminaba rápidamente á la ruina. Al casarse tenía 200.000 francos de renta. La adquisición de su hotel y su lujosa instalación le habían costado cerca de un millón. Sus rentas disminuyeron, pues, en una cuarta parte, y su tren de casa debía absorber cerca de 300.000 francos por año. Y aun para esto era menester que Lydia no tuviera caprichos muy costosos, porque no se sentía con fuerzas para negarse á satisfacerlos, y á cada capricho se iría una granja de Bretaña. Se habría dicho que, con una diabólica clarividencia, Lydia se daba cuenta de la situación de su marido y que estaba resuelta á comprometerlo, porque cada día inventaba caprichos más costosos, con la extraordinaria indiferencia de la mujer que sabe que al amante arruinado sucederá un amante rico que permitirá la continuación de las prodigalidades.

Sin embargo, notó el aire de contrariedad con que Raimundo la acogió un día al volver de comprarse un abrigo de marta zibelina de 30.000 francos, ó punto de Alenzón antiguo—¡una gran ocasión!—por 1.000 lises. No le gustaba mucho que se pusiera mala cara á sus compras: quiso saber las razones de aquella falta de entusiasmo, y Ploerné, que no sabía disimular, abrió su corazón enseñada. Esperaba con esto una efusión, exclamaciones de arrepentimiento por el pasado, promesas de prudencia para el porvenir; pero vió, lleno de pena, cubrirse de sombras la frente de Lydia, y tuvo que comprender que el único sentimiento excitado por la confesión que acababa de hacer, era la tristeza por no poder libremente seguir gastando el dinero sin hacer cuentas.

Después de un instante de penoso silencio, Lydia dijo estas palabras con frío acento:

—Creía que éramos ricos. Dispensadme, amigo mío; si os he causado algún embarazo, sabré en adelante reportarme.

Raimundo la miró con estupor. ¡Reportarse! Llamaba «reportarse» á dejar de entregarse á las más locas prodigalidades. En aquel instante creyó ver en el carácter de Lydia cosas que le espantaron. La vió frívola, egoísta, falsa, mala. Sospechó que no tenía corazón, y, acaso, que los sentimientos que abrigaba hacia él eran disimuladamente hostiles. Por un momento estuvo muy cerca de la verdad. Si hubiera sido capaz de observar atentamente á su mujer hasta la conclusión de la lucha que se iniciaba entre los dos, se habría podido evitar desastres y salvar lo que juzgaba ser su dicha. Pero la amaba demasiado apasionadamente para tener sangre fría; estaba cegado con exceso por la pasión para ver claro. Achacó á la inexperiencia lo que obedecía á una fría perversidad. Y excusó á Lydia en lugar de tratar de comprenderla. Contéstole con dulzura:

—Todavía somos ricos, amor mío; sólo que dentro de poco ya no lo seremos, si gastamos los dos tanto dinero á la vez. Nuestros recursos son grandes, pero tienen sus límites, y estos límites son los que hay que conocer.

—Explicadme eso—dijo la joven tendiéndose en un sofá con aire de enfado.

—Pues bien: con cinco abrigos de pieles como el del otro día, nos comemos la renta de un año. Comprended bien que no os vitupero porque os gusten las cosas hermosas. Nunca lo serán bastante para vos... Lo malo es que cuestan muy caras,

y que yo no tengo los cofres, llenos de oro, de un príncipe de las *Mil y una noches*..... ¡Oh, y lo siento mucho! Porque todo sería para vos, y jamás sería yo más dichoso que cuando hicierais á mis tesoros el favor de meter en ellos vuestras lindas manos.

Y al decirle esto, quiso cogérselas y besárselas. Pero ella las retiró demasiado bruscamente, y con una voz seca que no se parecía nada á su voz profunda, su voz de amor:

—Si no tenéis bastante dinero, tratad de tenerlo.

—Eso no es tan fácil como se puede creer; y las gentes que ganan su vida tienen mérito. Con más motivo los que saben hacer fortuna. Creo que yo sería completamente incapaz de enriquecerme de cualquier modo, y que más bien conseguiría arruinarme.

—Entonces, amigo mío, ¿qué es lo que sabéis hacer?

—Poca cosa—respondió Ploerné, no sin melancolía.—Batirme por mi país, lo que es una virtud común, todos los años, á trescientos ó cuatrocientos mil franceses, que no se creen héroes por eso. Conducir un barco de una parte del mundo á otra, sin averías, cuando Dios lo permite..... Y nada más.

Lydia quedó un momento pensativa. Parecía no haber oído lo que su marido acababa de decir. Una amarga sonrisa contrajo sus labios. ¿En qué pensaba? Seguramente no en detenerse en el camino que llevaba á aquel buen muchacho, tan leal, tan amante, á su pérdida. Acaso volvía á ver una pequeña terraza, oculta entre las ramas, donde un marqués italiano le había prodigado tan tiernos juramentos, tan embriagadoras caricias; y de

nuevo, juraba vengarse. Lanzó un suspiro y fijando sus ojos en Raimundo:

—¿Por qué no pedís á Samuel Bernheimer que os haga ganar dinero en la Bolsa?

—Porque no me conviene, querida, lanzarme á operaciones comprometidas.

—Con él no lo serían.

—Aún me convendría menos eso. La única excusa del juego, es que se arriesga uno á perder..... ¡Pero el juego sobre seguro! Me parecería que cometía un robo.

—Y á mí me parece que sois algo tonto. ¿Qué es lo que hacen todos los banqueros, todos los bolsistas, todos los que se ocupan en negocios financieros? Sacar su lujo de la necedad humana. Para que el dinero entre en un bolsillo es necesario que salga de otro..... Y si queréis que yo le tenga para gastarlo, será preciso que se lo toméis á alguien..... Arreglaos de modo que lo toméis correcta y honradamente haciendo negocios..... En esto toda la ciencia consiste en no meterse más que en los buenos..... Los tontos son los que escogen los malos..... ¿Queréis ser un tonto?

Se había levantado y le hablaba acercándole la cara, con mucha coquetería, al alcance de sus labios. Besóla Raimundo, y no convencido todavía, sin embargo:

—Quisiera no tocar á cosas que me parecen muy feas.

—Porque no las conocéis, como todas las gentes de vuestra clase, que están llenas de preocupaciones..... Pero ya hablaremos de esto, porque hay que tomar un partido, y á menos que nos vayamos á vivir al campo para hacer economías.....

—¡Oh, si quisierais!—exclamó Raimundo con

tuego.....—A Ploerné, en medio de nuestros campesinos que os adorarían como á una reina.

—Sí, pero en medio de vuestros campesinos y de sus adoraciones, la reina se moriría de fastidio..... Vale más quedarse en París, donde también soy algo reina y buscar los medios de no desdorar mi corona.

Estos medios los había encontrado, y desde el día siguiente reanudó esta conversación, esforzándose por habituar á Raimundo á la idea de meterse en negocios. Pero por la primera vez le encontraba rebelde á su voluntad. Rehusaba con dulzura, pero con inquebrantable firmeza, como verdadero bretón que era. Llamábale ella terco, se encolerizaba, le amenazaba con toda suerte de castigos, de los cuales él más serio y el más vivamente sentido era su frialdad. Bernheimer, llamado en su ayuda por Lydia y bien instruido acerca de lo que ella deseaba, tomó á Raimundo por su cuenta. No estaba por las situaciones violentas, y cuando tropezaba con una convicción, en vez de tratar de quebrantarla y reducirla, la asediaba y llegaba sin violencia al resultado apetecido. Para arrastrar al conde eligió caminos por completo opuestos á los que había seguido la joven.

—¿No queréis lanzaros á la especulación?—le dijo.—Tenéis razón, es un triste oficio, y, cuando no se le da prestigio emprendiendo negocios que interesen á todo el mundo, no es envidiable. Y además no me parece demostrado que pudiérais aprender el mecanismo bastante delicado de esas operaciones. Se necesita una especie particular de talento para salir con bien de ellas. Muchos hombres muy inteligentes no los comprenden, y conozco imbéciles que se pierden de vista. No juguéis,

pues. Pero, si queréis, busquemos un empleo más productivo para vuestros fondos. Hay valores que, en poco tiempo, doblan y triplican el capital. Esto es lo que se necesita para satisfacer á la vez á vuestra mujer y para tener consideración con vuestros escrúpulos. ¿Por qué os ha de disgustar una colocación del capital que ofrezca ventajas?... Eso es lo que buscan las gentes razonables..... Pongámonos en acecho..... Y cuando se presente la ocasión, aprovechadla sin temor.

El razonamiento de Samuel agradó á Ploerné. No abandonar sus principios y satisfacer al mismo tiempo á Lydia, era lo mejor que podía desear. Accedió á las proposiciones del banquero y se ocupó en poner en disponibilidad la mayor parte de su fortuna. La ocasión de que hablaba Bernheimer estaba próxima á presentarse. Hacía algunos meses que se preparaba sordamente el negocio del *Comptoir*, y la emisión de las acciones iba á producir un considerable movimiento en el mercado. Aquí era donde Samuel quería mostrarse á Lydia bajo su verdadero aspecto; y no teniendo el medio de seducirla con su persona, se proponía deslumbrarla haciendo ostentación de su potencia financiera.

Había pedido á la joven que le confiase alguna suma de dinero para que él la hiciese valer. Lydia, á quien su madre había dado doscientos mil francos al casarla, guardaba en su caja los títulos que representaban su dote. Raimundo había rehusado siempre tocar á estos valores, cuyo disfrute dejaba á su mujer. Y con un instinto muy particular de conservación, aquella manirrota no había tocado nunca á lo que le pertenecía. Era avara de su dinero. No sabía gastar bien más que el dinero de su

marido. Los doscientos mil francos fueron, pues, confiados á Bernheimer, que los recibió con una especie de enternecimiento. Parecía que al entregarle este dinero, colocaba Lydia en el engranaje financiero un dedo de su blanca mano, y que, matemáticamente, debía irse detrás el cuerpo entero. Al mismo tiempo, Raimundo, advertido, suscribía en la emisión por tres mil títulos de quinientos francos, y, viéndose rodeado de los nombres más grandes de Francia, creía concurrir á una obra de renovación social y hacer al mismo tiempo un buen negocio. Desde el primer instante parecía estar conseguido uno de los dos objetos que se había propuesto. El valor había subido con una rapidez asombrosa, y parecía probable que aquellos que poseían los títulos iban á triplicar los fondos comprometidos. Raimundo estaba, pues, libre de todos sus cuidados; y no temiendo ya arruinarse podía gastar, sin contar, el dinero que no había colocado en el *Comptoir Français*.

En estas cosas pensaba la noche de la fiesta dada por Bernheimer para celebrar la victoria financiera, mientras miraba, apoyado en la puerta del salón, á Lydia, que bailaba con Mauricio de Roquiere. Y era tan dichoso por sentirse libre de inquietudes, como por verla radiante y sonriente. Seguía con los ojos á la joven, que giraba ligeramente apoyada en el brazo de su pareja. Encontrábala graciosa y linda; no se asombraba de que la rodeasen para admirarla; y no le daban celos aquellas miradas fijas en los blancos hombros, en el pecho firme y palpitante de la que adoraba. Su confianza era completa. Ni la más leve sospecha turbaba su pensamiento. Estaba entregado por completo á su goce cuando una mano se posó

sobre su hombro y le hizo volverse. Detrás de él estaba Bernheimer, sonriente también, pero con una ligera sombra de inquietud.

—La condesa se divierte—dijo, señalando á Lydia, que pasaba muy cerca de ellos.—¡Ah! ¡Esos jóvenes son dichosos por poder bailar con ella!... Nosotros somos cosa concluida... Y cuando digo nosotros no digo bien, porque vos, si os diese el capricho....

—No me parezo bien saltando al compás de la música—dijo alegremente Raimundo.—Están muy lejos de mí esas amables locuras.

—¡Ese Roquiere es un famoso bailarín!—insinuó Bernheimer...—Gusta mucho por el vigor de sus piernas... Y luego que exhibe á una mujer, porque no invita á todo el mundo...

—La condesa lo aprecia mucho, y tampoco baila ella con todo el mundo...

Bernheimer hizo un gesto y pensó: «¡Estos maridos, siempre los mismos! Se les muestra el pedregal, y cierran los ojos para ser más ciegos... Tú quieres tener un disgusto, amigo mío; pues lo tendrás... ¡A menos que yo no ponga orden!...»

Terminado el vals, volvían Lydia y Roquiere. Samuel, adelantándose á Raimundo, avanzó hacia ellos. Parecía tener prisa de separar al joven de la condesa. Esta no pareció siquiera verlo, y acercándose á su marido:

—Cuando queráis—dijo—nos iremos.

—¿Cómo, pensáis ya en marcharos?—exclamó Bernheimer.—Si todavía es muy temprano.

—No debíamos hacer aquí más que una asomada... Aún teníamos que ir á casa de los de Layrac... Pero estoy fatigada y quiero descansar para mañana...

—¿Qué hay mañana?

—Lo que hubo ayer, lo que ha habido esta noche, lo que habrá todo el invierno—dijo Raimundo con una sonrisa de resignación:—recepciones, á las que habrá que asistir, cuando se estaría tan bien en casa...

—¿Qué haréis cuando seáis viejo?—dijo Roquiere riendo.

—Trataré de consolarme de no ser joven, y será bastante ocupación.

Bernheimer ofreció su brazo á Lydia, y Roquiere los siguió con Raimundo. Llegaron á la vasta sala donde estaba instalado el *buffet*. Allí se comía y bebía, sin duda á la prosperidad de la empresa financiera, cuyo éxito de este modo sería enorme. Samuel, con sonrisas y codazos, penetró por entre la multitud que hacía los honores á su *champagne*, y llamando con una seña á un criado, hizo servir á la condesa en un velador.

De pie, sonriente en medio de un círculo de curiosos que se había formado alrededor suyo, desgranaba ella un racimo de uvas, hablando con el banquero con aire de indiferencia. Notaba bien, sin embargo, que la miraban, pero estaba muy tranquila bajo el fuego cruzado de las admiraciones. No era verdaderamente dichosa más que en estos momentos, cuando los homenajes halagaban su orgullo. Echó una mirada sobre Raimundo, que hablaba apaciblemente con Roquiere, y una expresión de desdén contrajo sus labios. «¡Pobre hombre! ¿Valía siquiera el odio que para él guardaba su corazón? ¿Era posible que hubiera temido de él en otro tiempo alguna violencia? Ahora no le temía, y bien pronto le temería menos.» Alzó

su copa, y cuando se la llevaba á los labios, oyó á Samuel que murmuraba:

—¡A nuestro común éxito!

Lydia sonrió, y repitió con voz áspera:

—Sí, á nuestro común éxito, y á todo lo que promete.

El banquero hizo un gesto de gozoso agradecimiento. Parecía un favorable augurio la asociación de intereses aceptada por la joven. Pero si hubiera comprendido todo lo que significaba la respuesta de la joven se habría asustado.

Dejó ésta su copa vacía y con tono seco, volviéndose hacia Raimundo:

—Ahora, cuando queráis.

Dió la mano á Samuel, hizo un amistoso saludo á Mauricio con el abanico y, andando sola, salió. El banquero la siguió con los ojos mientras pudo verla, y, cuando hubieron desaparecido en la gran escalera las ligeras plumas que llevaba en la cabeza, lanzó un suspiro.

—¿Qué mujer! ¿Eh?—dijo á su lado Roquiere.

—Sí, muy encantadora—contestó Bernheimer.

Quedó un instante silencioso, y mirando al joven marqués con aire irónico:

—¡Pero no es para vos ni para mí!.....

—¡Bah! ¿Quién sabe!—dijo Roquiere.—¡Son tan grandes las casualidades de la vida!..... Puede quedar viuda, casarse con vos y engañaros conmigo.

Y se alejó, dejando á Bernheimer estupefacto. La orquesta seguía derramando, desde lo alto de los dorados balcones de la cúpula, sus suaves melodías. Las parejas giraban en medio del alegre murmullo de la multitud. La fiesta continuaba brillante. Pero Samuel la encontró pesada, vacía y

triste: ya no estaba allí la que había sido para él, durante una hora, todo el encanto.

VI

Cuando Lydia, en el paroxismo de su dolor y de su rabia, tomó la resolución de vengarse de Raimundo, si una potencia infernal hubiera puesto á su disposición los medios de cumplir su proyecto, habría aniquilado en un segundo al que odiaba. Con el tiempo y la reflexión se había hecho más refinada, y ahora estaba decidida á hacerle sufrir. Encontraba placer en ello. El instinto de ferocidad que había en ella, se desarrollaba naturalmente. Durante aquellas horas de ceñudo mutismo que tanto desesperaban á su marido, meditaba, y sus ideas habrían espantado á Raimundo si hubiera podido sospecharlas. Aquella encantadora mujer, tendida en una graciosa actitud, pensativa la frente, entornados los ojos, combinaba la ruina y la muerte. Y cuando por sus labios pasaba una vaga sonrisa y su mirada adquiría viveza, tranquilizando á Ploerné, que desde el principio de la noche se decía: «¿Qué tiene? ¿Por qué ese silencio y ese ceño?» era que los lazos tendidos á aquel desdichado creíalos ya hábilmente preparados y de seguro efecto.

Su combinación favorita, nacida de cualquier incidente de novela que la había impresionado, era ésta: Raimundo, metido en una situación terrible, tendría que optar por la muerte ó por la deshonra. Se decidiría por la primera. No hacía á aquel Ploerné tan valeroso la suprema injuria de dudar de su elección. Entonces aparecería ella para insultar su agonía. Sí; quería, en el último momento, mostrar-

se formidable y vengadora. Como una actriz, arreglaba los incidentes de aquel desenlace, vivía el drama, y aplaudía su papel con una alegría feroz. Había madurado bien las varias peripecias y quedaba convencida de que, para llevar á Raimundo á la escena final, no había más que un medio: comprometer su honor.

A esta amenaza no resistiría él. ¿Y cómo se podría mejor y más fácilmente comprometer su honor que en los asuntos de dinero? Por esto lo había lanzado, con una malvada habilidad, á las combinaciones financieras, y lo llevaba, con sus continuas exigencias, al punto marcado de antemano, en el cual la necesidad de ganancia, acallando sus escrúpulos, lo llevaría á lanzarse ciegamente en el golfo de la Bolsa. Aquí era donde ella había decidido esperarlo, apoyada en Bernheimer, de quien haría, estaba segura de ello, en el momento dado y á una simple señal, un aliado y hasta un cómplice. Había sondado el corazón de Samuel y sabía el fruto que podía sacar del capricho de este enamorado. Estaba loco, absolutamente loco por ella, y para conseguirla, habría prestado su ayuda á todas las infamias. A lo menos ella lo creía así.

Y arrastrada por su sueño, pensaba: «¿Por qué no he de llegar á ser su mujer? Es verdaderamente rico, y, gracias á sus millones, sería entonces la reina de París. Se casará conmigo si yo quiero, y se dará por muy dichoso con darme esta prueba de amor.» Y aparecía ante ella el banquero, con su corpachón, sus cabellos grises y todo su color ligeramente apoplético. Ya no estaba allí Girani, el misterioso galán de la terraza escondida entre flores y de las noches resplandecientes de estre-

triste: ya no estaba allí la que había sido para él, durante una hora, todo el encanto.

VI

Cuando Lydia, en el paroxismo de su dolor y de su rabia, tomó la resolución de vengarse de Raimundo, si una potencia infernal hubiera puesto á su disposición los medios de cumplir su proyecto, habría aniquilado en un segundo al que odiaba. Con el tiempo y la reflexión se había hecho más refinada, y ahora estaba decidida á hacerle sufrir. Encontraba placer en ello. El instinto de ferocidad que había en ella, se desarrollaba naturalmente. Durante aquellas horas de ceñudo mutismo que tanto desesperaban á su marido, meditaba, y sus ideas habrían espantado á Raimundo si hubiera podido sospecharlas. Aquella encantadora mujer, tendida en una graciosa actitud, pensativa la frente, entornados los ojos, combinaba la ruina y la muerte. Y cuando por sus labios pasaba una vaga sonrisa y su mirada adquiría viveza, tranquilizando á Ploerné, que desde el principio de la noche se decía: «¿Qué tiene? ¿Por qué ese silencio y ese ceño?» era que los lazos tendidos á aquel desdichado creíalos ya hábilmente preparados y de seguro efecto.

Su combinación favorita, nacida de cualquier incidente de novela que la había impresionado, era ésta: Raimundo, metido en una situación terrible, tendría que optar por la muerte ó por la deshonra. Se decidiría por la primera. No hacía á aquel Ploerné tan valeroso la suprema injuria de dudar de su elección. Entonces aparecería ella para insultar su agonía. Sí; quería, en el último momento, mostrar-

se formidable y vengadora. Como una actriz, arreglaba los incidentes de aquel desenlace, vivía el drama, y aplaudía su papel con una alegría feroz. Había madurado bien las varias peripecias y quedaba convencida de que, para llevar á Raimundo á la escena final, no había más que un medio: comprometer su honor.

A esta amenaza no resistiría él. ¿Y cómo se podría mejor y más fácilmente comprometer su honor que en los asuntos de dinero? Por esto lo había lanzado, con una malvada habilidad, á las combinaciones financieras, y lo llevaba, con sus continuas exigencias, al punto marcado de antemano, en el cual la necesidad de ganancia, acallando sus escrúpulos, lo llevaría á lanzarse ciegamente en el golfo de la Bolsa. Aquí era donde ella había decidido esperarlo, apoyada en Bernheimer, de quien haría, estaba segura de ello, en el momento dado y á una simple señal, un aliado y hasta un cómplice. Había sondado el corazón de Samuel y sabía el fruto que podía sacar del capricho de este enamorado. Estaba loco, absolutamente loco por ella, y para conseguirla, habría prestado su ayuda á todas las infamias. A lo menos ella lo creía así.

Y arrastrada por su sueño, pensaba: «Por qué no he de llegar á ser su mujer? Es verdaderamente rico, y, gracias á sus millones, sería entonces la reina de París. Se casará conmigo si yo quiero, y se dará por muy dichoso con darme esta prueba de amor.» Y aparecía ante ella el banquero, con su corpachón, sus cabellos grises y todo su color ligeramente apoplético. Ya no estaba allí Girani, el misterioso galán de la terraza escondida entre flores y de las noches resplandecientes de estre-

llas. Después surgía otra imagen en lo vago de su pensamiento, y era la de Mauricio de Roquiere, joven, ardiente y apasionado. Tan rubio como moreno era el italiano, temible por su destreza en la pistola y en la espada, y capaz de matar á su adversario en un duelo.

Entonces se presentaba al espíritu de Lydia otro desenlace más refinado y más conforme con lo que exigía la venganza del asesinato de Girani. Servíase del amor que le había confiado Roquiere para enloquecer al joven. Le mostraba á Raimundo como el único obstáculo que existía entre ella y él. Encendiéndole en deseos, irritándole con caricias, reduciéndolo á una esclavitud moral que no le dejaba libre arbitrio, lo lanzaba bravo de amor contra el hombre execrado. Y él lo mataba. Esto era el desquite de la aventura. Era exacto, brutal, sangriento, pero no tan cruel como la primera solución, en la cual Raimundo era llevado por la desesperación á coger un arma y á herirse á si mismo.

Lo que habría sido necesario, á gusto de Lydia, para satisfacerla del todo y procurarle el goce completo de su venganza, hubiera sido una diestra combinación de la peripecia Bernheimer con el desenlace Roquiere: la deshonra inevitable, asegurada por la mujer, y la muerte recibida de manos del amante. ¿Y por qué no había de ser posible esto? ¿Había alguna insuperable dificultad para ella, que poseía el poder de la belleza soberana? ¡No! Haría lo que quisiera, cuando quisiera y como quisiera. No sería Ploerné quien embarazara su marcha hacia el fin propuesto. Más bien la conduciría él mismo y le facilitaría el éxito. ¡La amaba tanto! Y, en su horrible sueño, combinaba la acción del drama, viviendo á dos pasos del que sa-

crificaba á su feroz rencor, respondiendo con una sonrisa cuando él le hablaba, tranquila é inofensiva en apariencia, cuando en realidad estaba agitada y amenazadora.

Entretanto, había comenzado á salir del dominio de las ideas para entrar en el dominio de los hechos. Desde hacía una semana, el asedio que Roquiere había emprendido, aproximando sus fuerzas con una prudente moderación, hacíase más serio. No había sido rechazado. Este era un punto importante. El que no se desanimaba ante las repulsas, debía concebir grandes esperanzas ante una acogida benévola. Pero no sacaba ventajas y se mostraba tanto más sumiso cuanto mejor tratado era. Esto no le impedía tener algunas audacias, pero no eran frecuentes, ni de las en que su destreza y su fuerza hacían un papel.

El frío había sido muy riguroso, y el hielo, sólidamente formado, permitía patinar en el Bosque de Bolonia. Lydia, nacida en el país del sol, sentía un gran placer en ver practicar este *sport* en el medio refinado del Circulo, entre sus amigos y sus conocimientos. Pudo admirar á Bernheimer deslizándose con prudencia sobre sus patines perfeccionados, enrojecido el rostro por el frío, los ojos irritados por el viento norte, pero sacrificando á la moda y arriesgando, por *chic*, la voltereta. Admiraba sobre todo á Roquiere que, hábil en este ejercicio, se deslizaba con rapidez, volvíase bruscamente, trazaba círculos en un pie, hacia adelante, hacia atrás, y escribía su nombre en el hielo, atrayendo á su alrededor un público por su maestría.

Sentada, con los pies sobre un calorifero de agua hirviente, bien envuelta en pieles, gozando con delicia del fresco que le encendía la cara y

activaba la circulación de su sangre, Lydia miraba al elegante joven que, aplaudido por todo el mundo, no trabajaba nada más que para ella. Bernheimer le había ofrecido atrevidamente, con aire de seguridad, pasearla en trineo, y ella había rehusado. Pero habiendo vuelto á la carga Roquiere, se había dejado seducir por el deseo de sentirse arrastrada sobre aquella superficie tersa y brillante como el acero. Samuel había protestado y tomado aire de disgusto, reprochando á su querida condesa el no tener confianza en él. Ella se había contentado con reír y le había comprometido á servirle de escolta.

Instalada con toda comodidad, con una piel de oso sobre las rodillas, dió la señal de partir, y sin una sacudida, deslizándose como por el aire, fué lanzada hacia adelante por el infatigable brazo de Mauricio. Sabía que estaba éste detrás de ella, sin lo cual habría podido creerse impulsada por el viento á través del espacio: tan igual y tan dulce era el movimiento que la llevaba. En frente de ella, en una bruma gris, los grandes árboles del paseo de las Acacias alzaban sus peladas copas; una alfombra de nieve cubría la tierra, y sobre la blancura de la extensión perfilaban sus ramas los abetos, única verdura de aquella estación desolada. Un sol de invierno, sin luz y sin calor, descendía por la derecha, incendiaba las ramas con sus rayos y cambiaba en rubíes los diamantes de la escarcha. De cuando en cuando pasaba, formando triángulo, por el triste cielo una bandada de gansos salvajes. El trineo, manejado por un brazo hábil, se deslizaba sobre la helada llanura, y Lydia se embriagaba con el espacio, el aire y la velocidad.

Samuel, lanzado en su seguimiento valerosa-

mente, había tratado al principio de sostener la lucha con Roquiere y de seguir al lado de la joven. Pero se trataba de una partida muy difícil y, quedándose bien pronto atrás, dió algunos gritos á los cuales permanecieron sordos Lydia y Mauricio. Entonces, viéndose derrotado, para no sufrir el ridículo de seguir de lejos á su rival triunfante, se puso á evolucionar tranquilamente á lo largo del césped blanqueado por el hielo, lanzando una mirada de disgusto al trineo, que huía velozmente hacia los límites del pequeño lago, á lo largo de las verjas, allá por donde eran raros los patinadores. Y seguro de sí, Roquiere trabajaba con maravilloso ardor: Lydia no le oía ni respirar, ni siquiera deslizarse. Se habría dicho que detrás de ella iba un fantasma, activo y silencioso, que la arrastraba en su rápida carrera. Por grande que fuese el placer de sentirse arrastrada así, la joven tuvo, sin embargo, compasión de su conductor, y volviéndose le dijo con una sonrisa:

—Os lo ruego, volvedme hacia el Círculo, me da vergüenza abusar así de vos.

El no contestó más que redoblando la velocidad, pero obediéndola, la llevó hacia la multitud, al sitio en que los caballeros y las señoras, deseosos de probar su elegante habilidad, viraban y giraban, á pasos cortos, economizando sus fuerzas y sus esfuerzos. Allí había vuelto Bernheimer. Lydia veía á lo lejos sobre el hielo á los patinadores, pequeños y negros, como hormigas. Poco á poco, acercándose con una gran rapidez, los veía aumentar, agrandarse, precisarse, y en un segundo estuvo en medio de ellos.

—¡Ah! Al fin estáis aquí—exclamó Bernheimer, no sin acritud.—Habriais debido advertirme que

ibais hasta el fin del *Skating*..... ¡Os habría seguido!....

Lydia miró maliciosamente á Roquiere, que soplabá como un caballo de carrera, señalándole el banquero, que se mantenía inmóvil, con dificultad, sobre el filo de sus patines.

—Creo que habéis hecho todo lo posible para ello—dijo la joven.—Pero no es posible alcanzar al viento... Y nosotros corríamos tanto como él.

—Bajad de ese trineo..... Debéis estar helada. Vamos á calentarnos un poco.

—¡No! ¡Tengo bastante calor! Pero querría patinar.

—Venid conmigo—exclamó Samuel con mucho ardor.—Yo os enseñaré y respondo de vos.

—¡Oh!—interrumpióle Lydia—tengo muy poca confianza en vuestra protección..... Y tengo aquí, á la mano, el profesor que me hace falta.

—Convengo en que Roquiere patina con más velocidad que yo, pero no con más seguridad..... Mirad, cogeos á un palo que cada uno de nosotros agarraremos de una punta, y no tenéis más que dejaros conducir.

—¡No, no! Son demasiados, para mí sola, dos caballeros. Me basta con el Sr. de Roquiere.

Bajó del trineo, y sin hacer caso de la cara afligida del banquero:

—Pero necesito encontrar patines..... No los tengo.....

—No os apuréis, dentro de un momento yo os traeré un par—dijo Roquiere.

Aún no había dado diez pasos cuando Bernheimer, acercándose á Lydia con aire pensativo, le dijo:

—Verdaderamente, condesa, no comprendo por

qué os ponéis así en evidencia con Roquiere. Hace un instante os he ofrecido una combinación que, sin impedir os vuestro gusto, no dañaba á vuestra reputación, y la habéis rechazado burlándoos..... Me affigís mucho..... Os aseguro que hacéis mal..... El mundo es muy malo..... Sois terriblemente envidiada..... Es preciso ser más razonable..... Vuestro marido.....

—¡Oh, dejemos á mi marido!—exclamó Lydia riendo.—Es más acomodaticio que vos..... Lo que, entre paréntesis, tiene mucha gracia..... Tiene confianza, y hace bien.

—¡Sí, sin duda, hace bien!—añadió Bernheimer muy agitado.—Dios no quiera que yo parezca sospechar... ¡Nada más lejos de mi pensamiento!... Pero ya sabéis que la opinión se funda en apariencias..... ¡Roquiere es de lo más comprometedor!... Estas gentes no respetan la reputación de una mujer..... ¡Su placer y su vanidad ante todo!... Y suceda lo que quiera..... Comprendedme bien..... Yo no miro más que vuestro interés..... Os hablo como un amigo.....

—¡Como un padre!—interrumpió Lydia con acento burlón.

Bernheimer hizo un gesto, y cediendo á su despecho:

—Vamos, estáis predispuesta en contra mía. Y mi prudencia os parece importuna..... Lo mejor será que os deje.

—Bernheimer—dijo la joven—os prohibo que os vayáis. Estáis aquí para complacerme y no para contrariarme..... He aquí al señor de Roquiere que vuelve..... Daré una vuelta con él, y enseguida me llevaréis á la cantina antes de irme.

—Convenido—exclamó Samuel, serenado por esta concesión.

Y acometido otra vez de sus celos:

—No os quedéis mucho tiempo..... Voy á hacer que lo preparen todo entretanto.

El marqués llegaba con un par de pequeños patines americanos de brillantes cuchillas de acero. Se puso de rodillas y los ató él mismo á los pies de Lydia. Samuel le miraba hacer con una irritación que no podía ocultar; y cuando vió á la joven en pie no pudo dejar de decir:

—¡Llevad cuidado!..... Roquiere, mirad lo que hacéis ¿eh?....

Mauricio se echó á reír, y placenteramente:

—¡Sí, papá!

Y partieron. Ella, atrevida, dejándose llevar, sin un movimiento, apretados los talones uno contra otro. El, cogiéndola del brazo con una solidez que desafiaba toda caída. Lydia halló placer al pronto al sentirse deslizar así sobre el hielo que crujía. Parecía que no se apoyaba, tan fácil y tan suave era el movimiento. Al cabo de un instante quiso intentar el marchar sola. Mauricio le explicó lo que debía hacer, y ella le obedeció dócilmente. Tenía una gracia fácil que se prestaba á todos los ejercicios. Desde el primer momento cogió la manera de apoyar el pie, y, sostenida por Mauricio, se hizo la ilusión de que patinaba. De este modo avanzaron algunos centenares de metros. De repente, sea que se sintiese fatigada, sea que se aturdiese, Lydia pidió pararse. Estaban solos, delante de la torrecilla de piedra. La joven se quedó inmóvil, como para recobrar la respiración; luego se agarró al hombro de Mauricio, sus ojos se nublaron, palideció, y murmuró con voz ahogada:

—Estoy mareada; todo da vueltas alrededor mío. Me parece que me pongo mala.

El la estrechó vigorosamente diciéndole:

—Cerrad los ojos..... Eso es un poco de vértigo..... Habéis querido hacer demasiado para la primera vez..... Cuando estéis mejor, tomaremos ese trineo que está á cien pasos de aquí, y os volveré á llevar..... ¿Podéis andar siquiera?....

Lydia no contestó, y el joven la sintió apoyarse más libremente sobre su hombro. Sus ojos seguían cerrados, pero el color sonrosado de sus mejillas había desaparecido. Lanzó un profundo suspiro y balbuceó:

—Me parece que no podría dar un paso.....

—¡Entonces, esperad!

Se afirmó sobre sus piernas, y, haciendo un esfuerzo, la levantó del suelo, la cogió entre sus brazos y se la llevó. Ella lanzó un ligero grito, y sus ojos brillaron bajo sus párpados sombríos. Mirábala él, tan bella en su languidez voluptuosa, sonriente y doliente á la vez. Lejos de todo, en medio de la helada llanura, en las primeras sombras de la noche que caía, Lydia estaba en poder del hombre que la adoraba. Teníala él apretada contra su pecho, y le parecía que los latidos de sus dos corazones se confundían. De pronto, sin parar en su carrera, bajó la cabeza hacia la exquisita boca que se abría tan cerca de sus labios y estampó en ella un ardiente beso. Los hermosos ojos que le miraban, se cerraron; sintió que se estremecía aquel cuerpo que llevaba como una presa, y Lydia, como muerta, quedó silenciosa é inmóvil. Llegó al trineo, depositó en él su preciosa carga y con furiosa rapidez volvió hacia el Círculo. Allí los

esperaba Bernheimer, que al ver á Lydia tendida exclamó:

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué pasa?

Le contestó la joven misma:

—Que me he mareado un poco..... Pero ya se me pasó esto.

Quiso hacer un movimiento para levantarse:

—Estoy destrozada—dijo.

Y volviéndose á Mauricio:

—He hecho mal en tener confianza en vos.....

Había en sus labios una sonrisa tan enigmática, que el joven no supo si la alusión se dirigía á la carrera que había dado con él, ó al beso que acababa de darle. Se soltó sus patines, y cogiendo el brazo de Bernheimer que estaba desolado:

—Ahora no tengo apetito..... Mi carruaje..... Quiero volver á mi casa.

—Ya veis lo que yo os decía..... Si me hubiérais escuchado, no habría sucedido nada de esto.

—Es verdad..... Pero es probable que fuera necesario que sucediera.

Estaban en la verja. Lydia volvióse hacia Roquiere que la seguía, y con la misma mirada que cuando él la llevaba en sus brazos le dijo:

—Hasta bien pronto, ¿verdad?

Mauricio se inclinó sin responder. Y ella salió.

El disgusto de Ploerné fué muy vivo, al día siguiente, cuando al recorrer distraidamente un periódico leyó estas líneas en los *Eclos*: «Ayer hubo gran concurrencia en el Círculo de los Patinadores. En el número de los aficionados más brillantes á este *sport* pudimos ver.....» Entre todas aquellas notabilidades mundanas, saltóle un nombre á los ojos como una garra, y este nombre era el de su mujer: la Condesa de Ploerné. ¿Qué hacía él á

aquella misma hora? Examinaba sus cuentas, ó se aburría en el Club, ó hacía no importa qué, con no importa quién, en vez de estar con Lydia, que se pasaba muy bien sin él y patinaba, sin advertírsele, en medio de desconocidos. Allí estaban, es cierto, Bernheimer y Roquiere, y Clairefont y Bligny, y muchos otros amigos suyos; pero no le parecía que fuera muy conveniente para Lydia, en medio de ellos, entregarse á fantasías de *sport*, sin haberle prevenido. Quedó un momento pensativo, sombrero, en el saloncito donde esperaba que su mujer fuera á buscarle para almorzar. Entró ella, fresca, vestida con una bata blanca, exquisita combinación de sedas y encajes, con la mirada franca y la fisonomía sonriente.

De una ojeada vió que su marido estaba disgustado, y, sin vacilación, con la franqueza de una mujer segura de su ascendiente:

—¿Qué sucede? ¿Por qué ese aire de enfado?

Raimundo no respondió, y preguntando á su vez:

—No me habíais hablado de esa sesión de patinación que tuvisteis ayer.

—¡Ah! ¿Y es eso lo que os preocupa?

—Me veo obligado á ello, puesto que lo cuentan los periódicos.....

—¡Ah! ¡Tienen mucho espacio de sobra los periódicos!..... ¿Qué les importa esto?..... Pues bien, sí, he patinado ayer en compañía de Bernheimer y de Roquiere..... ¿Os contraría esto?

—Siento que no me hayáis hablado de vuestro deseo: os hubiera acompañado.

—¿Sabía yo acaso que me atrevería? Fui sólo para ver á los otros, y la casualidad, la ocasión, un

repentino deseo, me llevaron á imitarlos..... ¿Es esto un crimen?

—Pero, ¿y si os hubiera ocurrido algo?

—¿Qué?

—¿Qué se yo! Podíais haberos caído, haceros daño.....

Lydia se echó á reír, y mirando de arriba abajo á Raimundo con un gesto burlón:

—¡Bah! como dice la canción:

*Más peligroso es caer
En el césped que en el hielo.*

Hizo una pirueta y cogiendo por el brazo á su marido:

—¡Vamos! Venid á almorzar y no pongáis esa cara, que estáis muy feo... En el fondo estáis furioso por haber perdido la ocasión de deslumbrarme con vuestras habilidades... Debéis patinar muy bien.

—Os aseguro que no. Bastante medianamente... Como todo el mundo.

—Desde luego, mejor que Bernheimer.

—¡Oh, Bernheimer! ¡Ese no entra en cuenta!...

—No lo digáis delante de él. Tiene muchas pretensiones, y no os lo perdonaría.

—¿Os hace también la corte Bernheimer?

—Todos me la hacen. Pero él más que los demás.

—¡Pobre Bernheimer!..... Os aseguro, Lydia, que no estoy celoso.

—¿De él?....

—Ni de él, ni de nadie.

—Hacéis mal.

Pronunció estas palabras con tan provocativa franqueza, que hizo alzar los ojos á Raimundo.

—¿Y por qué?—preguntó éste tranquilamente.

—Porque un hombre verdaderamente enamorado debe siempre tener celos, sopena de pasar por presuntuoso.

—Ya sabéis que no lo soy... Pero si no tengo confianza en mis méritos, confío mucho en vuestra prudencia.

Lydia le miró audazmente y con tono decidido:

—¿Y si yo abusara de esa confianza?

Raimundo se puso un poco pálido, y sin perder su calma:

—No bromeéis sobre ese asunto, Lydia. Eso me hace mucho daño.

Obstinóse ella, y con nerviosa animación:

—Eso no es contestar... Decid, ¿qué haríais?

Raimundo frunció las cejas, y, con voz algo sorda, respondió:

—Bien sabéis lo que he hecho ya. ¡Y eso que no estaba seguro!... Pero tratándose de vos... y estando seguro... ¡Desgraciado del que intentara... y desgraciada de vos!

Pasóse la mano por la frente, y esforzándose por reír:

—Me hacéis decir locuras con vuestra insistencia. Dejemos este asunto, que despierta en mí los más tristes recuerdos.

Quedó un instante silencioso, y después:

—¡Sufrir angustias semejantes!... ¡Basta con una vez, gran Dios!

Examinábale ella mientras hablaba, y le veía estremecerse. Bien inspirada por su odio, había herido en buen sitio. Aquel era el punto sensible de aquel corazón. Sí, ya sabía ella lo que él había hecho. Y era bien temerario el recordarlo. Sin saber quién era la culpable, si Teresa ó ella, ¡había

matado á un hombre. Lydia acababa de comprender que sería capaz de matar á otro, y á diez más, y á ella misma, si veía amenazado su amor. Experimentó un sombrío placer al descubrirle tan temible. Le había creído domado, vuelto inofensivo, y estaba cerca de despreciarle. Se alegró al verse obligada á temerlo. Al menos la lucha contra él prometía ser seria, y, al tratar de vengarse, jugaba ella su vida. Encontróse engrandecida á sus propios ojos. Su propósito no tenía nada de vulgar, y el peligro que iba á correr le daba grandeza. Para aquella alma orgullosa esto fué una satisfacción. Le repugnaba aplastar á una víctima sin defensa. Animábase al pensamiento de desafiar á aquel hombre dispuesto á matar.

Raimundo salió de su meditación, y dijo:

—No es que yo sepa nada de vos que me induzca á criticar vuestra expedición de ayer. Pero sois muy joven y sin experiencia; no sabéis con cuánta rapidez se forma sobre cualquiera una mala opinión. Nada es más peligroso que una ligereza aparente. Más valdría, y creed que no os doy un consejo, una formalidad aparente y una ligereza real. En el mundo la apariencia es casi el todo. El que sabe guardar las formas en público, tiene licencia para hacer en secreto muchas locuras. No deis, pues, á vuestra prudencia aires de frivolidad. Y cuando tengáis algún capricho, avisadme para que yo esté allí y para que yo haga aceptables, con mi presencia, las pequeñas excentricidades á que se os ocurra entregaros.

Esta indulgencia disgustó á Lydia más que la violencia que la había precedido. Vió que Raimundo había vuelto á caer muy pronto en su tranquila gravedad. ¡De modo que no poseía el don de

conmoverlo por largo tiempo, y verdaderamente! Necesitaria arriesgarse mucho para turbar seriamente el espíritu de su marido. Experimentó una violenta irritación. Habría querido sorprender al que odiaba, en flagrante delito de debilidad. Todo lo que hubiera sido una falta de carácter en él, la habría encantado. Sin que ella se lo confesara, Raimundo le imponía por su generosidad, su bondad y su firmeza. Era demasiado perfecto, y esto estorbaba á su rencor.

Sentada enfrente de él, separados tan sólo por la mesa, mirábale, y al verle tan tranquilo, tan sencillo, experimentaba repentinos movimientos de rabia. Era hermoso, aunque de aspecto un poco frío. Pero ¡qué ardor interior, qué ternura más viva, qué fuerza de afección! Era valiente, aunque temblaba ante ella y cedía á sus menores caprichos. Todas las mujeres se habrían considerado dichosas con que él las amase. Era superior á los demás hombres. Y esto para ella era un crimen. Repugnante, innoble y cobarde, le habría execrado menos. Comprendía que los sentimientos que le profesaba eran injustos y odiosos, y cada vez se dejaba inspirar más por ellos. Le aborrecía por su propia infamia.

Cuanto á Raimundo, su vida no era la que había soñado, y en el fondo de su alma había una tristeza que trataba de ocultar, para no disgustar á Lydia; pero que le ponía sombrío así que se encontraba solo. Desde su matrimonio todo había sido decepciones para él, todo amargura é inquietudes. Comprendía que su mujer no le amaba, y se había metido en negocios que, por bien que fuesen, le daban en qué pensar. Y sobre todo, estaba separado de Teresa.

Después de la resolución tomada por la joven

de retirarse á un convento, Raimundo había hecho todos los esfuerzos imaginables por olvidar á su compañera de la infancia. Se había dado á sí mismo muy buenas razones para explicar la necesidad de arrancarla de su vida, y no había podido convencerse. Cuando se decía que Teresa había obrado indignamente, alzabase en su interior una voz que la defendía. Cuando se absolvía por no haber intentado jamás buscarla, dando como excusa que no podía recordar á la joven más que ideas dolorosas, protestaba su conciencia acusándole de dureza. Hacíase este argumento: «No voy á verla porque temo afligirla.» Y la voz interior replicaba: «No vas porque te sientes embarazado en su presencia.»

Sí, ella era la culpable, y él quien se encontraba turbado. Tenía á la vez miedo y deseo de ir á aquel convento. Conocía perfectamente la entrada de la casa y el alto muro que cerraba el jardín. Veinte veces había ido y se había detenido en el portal, sin atreverse á llamar. Había rondado por delante del edificio, frío y grave, escuchando los vagos ruidos de la vida interior, y los toques de campana que anunciaban los diversos ejercicios espirituales del día. Daba vueltas alrededor de la casa, y luego, al cabo de media hora, se alejaba sin haberse decidido á entrar. Y volvía á su casa con sorda amargura que tenía que disimular para no disgustar á Lydia. Una vez preguntó á Bernheimer si sabía qué era de Teresa. El banquero le contestó:

—Sí, la he visto esta misma semana. Está bien, y muy contenta.

Esta seguridad puso más triste á Raimundo. ¿Contenta? ¿Cómo podía estarlo? ¿Es que no tenía

corazón para poder estar satisfecha después de tantas desdichas y penas? Acaso habría engañado á Bernheimer, que no podía sospechar lo que pasaba en el alma dolorida de la reclusa. Porque debía ignorar por completo el drama que había lanzado á Teresa en la vida religiosa. Raimundo quiso tranquilizarse y preguntó de nuevo á Samuel. El banquero le explicó con fingida tranquilidad que, desde su infancia, Teresa había estado atacada de un deplorable misticismo, que su vocación, un poco confusa, se había declarado bruscamente, y que no había podido resistir. Hasta aprovechó la ocasión para hacer sufrir á Ploerné, con gran habilidad y sin que éste lo sospechara, un contrainterrogatorio, á fin de informarse de los motivos secretos que su ahijada había podido tener para encerrarse en un convento. Raimundo dejó entender que Teresa había podido sufrir algunos amores contrariados. Como esta era la misma suposición que Bernheimer había hecho, desde entonces se hizo la luz en su cerebro y comprendió con toda claridad que Ploerné debió ser amado por Teresa cuando él se enamoraba de Lydia. Engañó, pues, al conde con su afectada indiferencia, al mismo tiempo que le sacaba diestramente este pequeño fragmento de la verdad que le permitía reconstituir toda la historia.

¿Pero para qué le había de servir esta inteligente interpretación de los hechos? ¿Qué podía hacer por su ahijada? Nada, puesto que Ploerné era el marido de Lydia y Lydia disponía de él á su antojo. Dejó, pues, depositados estos informes en un rincón de su memoria, sin perjuicio de acudir á ellos en un momento dado. En su fuero interno, no había podido impedirle lamentar que Ploerné

se hubiera decidido á casarse con la criolla y hubiera desdenado, ó acaso desconocido, el amor de Teresa. ¡Esta era la que había nacido para él, mientras que la otra!..... No. La hermosa y triunfante no era la mujer apropiada para el tranquilo y grave Raimundo. La mujer creada por el destino para él era Teresa. Pero naturalmente, se había enamorado locamente de la que no le convenia, y había dejado á un lado á la que habría asegurado su dicha.

Bernheimer pensaba: «Para que todo entrara en orden sería preciso que yo pudiera abrir los ojos á Raimundo y devolver la libertad á Lydia. ¡Cuán dichosos serían, juntos, Teresa y Ploerné! ¡y cómo deslumbraría yo á París con Lydia!..... ¡Oh! A esta mujer no le falta más que millones que gastar, y yo se los daría..... Conmigo sería lo que quisiera ser, más que condesa: ¡marquesa, duquesa, princesa! Ya se sabe cuál es el poder del dinero, y los títulos no se venden caros en Europa. Pero todo esto es imposible, á menos de un acontecimiento extraordinario. Y ¿cómo traer este acontecimiento? Sin duda, á la larga, á fuerza de servicios prestados, obtendría los favores de Lydia. ¿Pero cómo se puede comparar esta satisfacción con la de poseerla legítimamente, completamente, á la faz del mundo, y darle el marco que ella merece, ¿qué digo marco? ¡el templo! ¡Porque es una verdadera divinidad! Pero para que esto sucediese sería preciso llegar á la supresión del obstáculo que se alza entre ella y yo. Y este obstáculo es el marido. En nuestro estado social no hay más que dos medios de desembarazarse de un marido: la muerte ó el divorcio. Raimundo no ha de tener ganas de morirse para darme gusto. Tiene una hermosa salud, es más joven que yo. Tiene muchas probabi-

lidades de sobrevivirme. Queda el divorcio. ¿Con qué pretexto? El adora á su mujer. Verdad es que ella no le ama. Pero esto no es una razón para que él se separe de ella. ¡Al contrario! Si la sorprendiese engañándole, sería capaz de matarla, antes que devolverle su libertad. De modo que, de cualquier lado que la mire, la cuestión me parece insoluble.»

Así razonaba el buen Samuel, arrastrado por su capricho. ¡Oh, muy arrastrado! Había amado mucho á mujeres encantadoras, pero nunca como á esta condesita criolla. Se conocían las locuras que había hecho por Carlota Villeroy y la señora Olfant. La cómica y la extranjera le habían costado sumas enormes, y había reñido con Selim Nuño por la hermosa inglesa. Todavía recordaba el mundo de la banca, el duelo á golpes de dinero que se había empeñado en la Bolsa entre los dos compadres. Todos los agiotistas habían temblado durante un año, ante las oscilaciones de los precios producidas por la encarnizada batalla de aquellos dos hombres, que querían hundirse mutuamente. Nuño era más sólido, pero Bernheimer era más diestro. Por un momento pareció que iba á triunfar Selim, echando abajo el empréstito búlgaro que había lanzado su rival. Pero Samuel había quedado encima provocando el hundimiento del Benagoa; y los dos atletas habían quedado en pie, frente á frente, inquebrantables, de igual fuerza, con veinte agentes y cincuenta corredores aplastados bajo su peso durante las diversas peripecias de la lucha, y dos mil especuladores que habían tenido la audacia de querer tomar parte en el negocio, arruinados, ejecutados, desaparecidos en el alza ó la baja, flujo y

reflujo producido por los movimientos de aquellos dos planetas financieros.

Pues bien: todo lo que Bernheimer había sentido por aquellas mujeres no era nada comparado con lo que Lydia le hacía experimentar. Cuando examinaba las probabilidades que tenía de llegar á poseer su divinidad, no iba hasta concebir la idea del crimen, pero no habría habido que empujarle mucho para que aceptara que se cometiera el crimen de modo que él pudiese aprovecharlo. ¿Pero cómo? ¿Quién? Lo desconocido, la casualidad, un Roquiere cualquiera, con el cual se incomodase el marido, que clavara la mariposa conyugal, de una buena estocada, en su ataúd. Pero esto era un desenlace de drama, una peripecia de quinto acto, uno de esos efectos de que se burlan los periódicos porque no son del dominio de la vida ordinaria; y Bernheimer, muy moderno, muy práctico, no paraba atención en esto.

Sin embargo, ¿no podía ocurrir este accidente excepcional con una mujer coqueta, un galán emprendedor y un marido celoso? ¡Y sería tan admirable! Porque Lydia rechazaría al hombre manchado con la sangre de su marido, y allí se encontraría Bernheimer para restablecer á la joven en su posición un instante comprometida. En este cuadro había una sombra desagradable: el galán, el Roquiere destinado á cortar con su espada aquel nudo gordiano. ¿Pero por qué había de haber entre él y la condesa otra cosa que apariencias? ¡Coqueterías sin importancia! Precisamente lo que se necesitaba para irritar al marido y servir á Bernheimer. De este modo arreglaba el porvenir el buen Samuel, cuando al lado de la chimenea del Club, después de comer, se entregaba á sus sue-

ños, favorecidos por la digestión de una comida delicada, escuchando distraídamente los relatos de los viejos y las murmuraciones de los jóvenes.

Y era dichoso esperando la eventualidad quimérica que no se atrevía más que á precisar apenas. Contentábase con hacer su corte. Todos los días veía á la señora de Ploerné en su casa, en los salones, en el Bosque. Era acogido por ella con una familiaridad que le encantaba. Tratábase mitad como á un tío, mitad como á un criado, mezclando la insolencia á la cordialidad. Cuando él llegaba, las primeras palabras de Lydia eran: «¿Cómo van nuestros valores?» Y cuando él daba sus noticias, siempre satisfactorias, pagábale ella con algunas frases amables que le llenaban de orgullo. Observaba entonces todo lo que pasaba en su alrededor, midiendo los progresos que los familiares de la casa hubieran podido hacer en la intimidad de la condesa. Y, con satisfacción, veíalos, no más adelantados, tratados con igual amabilidad. Uno solo, Roquiere, habíale parecido, durante algún tiempo, tener serias probabilidades; y precisamente hacía quince días que se le veía mucho menos en la calle de Rembrandt, como si se hubiera cansado, después de hacer grandes esfuerzos para agradar. Pero esta poca asiduidad en sus visitas, que tanto placer causaba á Samuel, debía ser explicada de la manera más cruel para éste.

VII

Una tarde, á eso de las cuatro, cuando ya comenzaba á oscurecer, volvía Bernheimer de Passy, á donde había ido á visitar un parque admirable, último vestigio de una mansión de príncipe puesta en venta, y que ofrecía la ocasión de un reparto muy ventajoso. El carruaje del banquero seguía difícilmente, con un tiempo de escarcha que hacía poco segura la marcha de los caballos, una calle recién construída situada entre la avenida Kleber y la avenida de Jena, cuando, en la esquina de la calle Lubeck, vió Samuel una mujer vestida con elegante sencillez y cuidadosamente velada. Anduvo ésta rápidamente unos diez pasos por la acera y subió á un coche que la esperaba y que partió enseguida. En un instante Bernheimer sintió agolpársele toda su sangre al corazón: tuvo la certeza de que era Lydia la que acababa de ver. Bajó vivamente el vidrio del cupé para gritar á su cochero: «Seguid al carruaje que va delante»; pero se detuvo por el temor de lo que aquel hombre pudiera pensar.

Pero inmediatamente se le ocurrió una idea mejor. En vez de seguir el coche que, como él creía, llevaba á Lydia, ¿no era mejor adelantarse y esperarla en su casa? De este modo se aseguraría de que estaba fuera, presenciaria su llegada y compararía su traje con el de la mujer que había visto salir de la casa de la calle de Lubeck. En todo caso, podría observar, preguntar, aprovecharse de la seguridad en que Lydia estaría, para aclarar sus dudas. Sí; esta era una combinación excelente. Bajó el vidrio delantero para no ser visto y sacan-

do su cabeza por la portezuela dió la orden de ir á la calle de Rembrandt. El coche seguía rodando en dirección á los Campos Elíseos, y le perdió de vista á la altura del Arco del Triunfo.

Entonces, vuelto en sí, trató de razonar el movimiento instintivo que le había lanzado en seguimiento de la que él sospechaba que era Lydia. ¿Qué pasaba en su cerebro, y de qué procedía la repentina fiebre que se había apoderado de él? En un segundo, sin preparación, nada más que al ver aquella elegante figura, aquel paso ligero de la mujer desconocida, se había dicho: «¡Es Lydia! ¡Viene de casa de un amante!» La certidumbre había sido fulminante como la revelación. Apenas entrevista la mujer, para él era Lydia; y saliendo de aquella gran casa de cinco pisos no podía, no debía tratarse más que de una intriga. ¿Por qué? Se habría visto muy embarazado para decirlo. Nada probaba que fuera la condesa, y aun admitiendo que fuera realmente ¿por qué hacerle la injuria de aquella suposición? Todo era vago, todo era injusto, Samuel se lo confesaba á sí mismo; y sin embargo, conservaba la convicción de que había tenido á Lydia ante sus ojos, y habría jurado que ella no había ido á aquella casa para dar limosnas, como no se tratase de un hambriento de amor.

A este pensamiento, Bernheimer sentía como si se le inflamasen las entrañas, y se agitaba desesperadamente sobre los cojines de su carruaje. ¿Qué descubrimiento en el instante en que creía que podía estar tranquilo! ¡Y qué feliz casualidad le ponía en posesión del secreto! ¡Oh! La deliciosa condesa era hábil, disimulada y atrevida! Porque nada en su actitud ni en sus maneras le había podido poner en guardia. Habría apostado su cabeza

á que era honrada. Algunos coqueteos con los jóvenes; pero ¿habría sido mujer y seductora y adorable como era, si la hubieran visto siempre digna, austera y grave? Cuanto á una intriga, Samuel estaba á cien leguas de sospecharla. ¿Y con quién? No vaciló y fué derecho al blanco. Si había allí relaciones ocultas entre Lydia y uno de los que la perseguían con sus galanterías, la duda era imposible: no podía ser con otro que con Roquiere. Todo lo afirmaba, sobre todo su ausencia notada hacia algún tiempo. Si él iba menos á casa de la joven, era porque la veía en otra parte. ¿Y desde cuándo podía datar aquella historia? Desde la tarde que pasaron juntos en el Círculo de patinadores. Sí, desde aquel día se podía contar que Mauricio había desaparecido.

Una rabia de viejo engañado apoderóse de Samuel, y, en su cupé, se dejaba arrastrar hasta las injurias y las amenazas. Aquella Lydia ¡qué hipócrita y qué malvada! ¡Cómo se había burlado de él! ¡Después de todos los testimonios de afección y de cariño que él le había prodigado! ¿Qué venganza tomaría de ella? Porque no soportaría en silencio tal infamia. Estallaría, le diría lo que hacía al caso, y rompería irremisiblemente con ella. ¡Sí! ¡Que buscase otro Bernheimer que le hiciera fructificar su dinero y le diese el cuarenta por ciento de interés!

Calmóse repentinamente. Acababa de pensar que puesto que ella tenía un amante, no era imposible que se decidiese á engañarlo con él. Porque lo más difícil, era conseguir el primer triunfo alcanzado sobre el marido. Una vez dado este paso, ¿no eran mayores las probabilidades? «Sí, concluía: un primer amante por amor, un segundo por inte-

rés. Y este segundo seré yo. El amor se debilita y desaparece; el interés es inmutable. Por aquí la cogeré yo. Después de todo, hago mal en irritarme, como si me hubiera engañado verdaderamente. En suma, no ha hecho traición más que á mis esperanzas. Ploerné es quien ha sido víctima. Pero yo no soy perjudicado: yo conservo todas mis posiciones. ¿Qué digo? ¡Han mejorado!»

El carruaje se detuvo á la puerta del hotel. El banquero saltó vivamente á la acera y entró. En el vestíbulo acercósele un criado, y Bernheimer preguntó:

—¿Está en casa la señora condesa?

El criado le contestó que la condesa había salido, pero que debía volver á las cinco: se podía abrir el salón, si el señor quería esperar. Samuel sentía grandes deseos de preguntar para tratar de saber á qué hora había salido Lydia, si había tomado su coche y qué traje llevaba. Pero ¿cómo decidirse á hacer estas preguntas á aquel lacayo? ¡Si al menos se hubiera tratado de una doncella! Las mujeres son más sueltas de lengua, más corruptibles, más inteligentemente discretas que los hombres. El banquero se contentó con saber que Lydia estaba fuera de casa, y entró en el salón. Allí, en aquel elegante marco, donde tenía costumbre de verla, donde todo hablaba de ella, donde el perfume delicado que á ella le gustaba se exhalaba de las telas, dulce recuerdo de su presencia, Bernheimer sintió desvanecerse su optimismo, y sufrió más cruelmente la pena de creerla de otro. Comenzó á dar paseos, lamentándose de la corrupción del mundo é irritándose contra aquel estúpido marido que dejaba perderse á su mujer. En el momento en que daba á Ploerné á todos los diablos, abrióse la

puerta, y éste, muy amable, se adelantó hacia el banquero:

—Me anuncian que estáis aquí y que esperáis á la condesa..... Yo estaba en mi despacho, y vengo á hacer os compañía.

Al pronto Bernheimer lo vió llegar con placer. Lo que no se había atrevido á preguntar á los criados, el conde se lo iba á decir. Abordó en seguida su asunto. Pero debió comprender enseguida que si se quiere tener noticias de la vida de una mujer, no es al marido á quien hay que pedir las. Raimundo, á preguntas hábilmente hechas por Samuel, respondió de la manera más evasiva. Lydia había salido después del almuerzo para ir á la junta de un patronato de caridad que preparaba una venta en la sala Alberto el Grande. ¿Había tomado el coche? Creía que sí, aunque no podía asegurarlo. Y en vez de contar á Samuel lo que éste ardía en deseos de saber, le hizo sufrir un interrogatorio sobre el estado de prosperidad del *Comptoir Français*. La sociedad acababa de modificar su Consejo de administración, y en lugar de los financieros de profesión había colocado á gentes de mundo. ¿Qué alcance tenía este cambio? ¿Podía influir en el porvenir de la Sociedad? Y el banquero, que tascaba el freno, debió hablar largamente sobre los motivos que habían traído este nuevo reclutamiento. Había parecido útil, después de los comienzos brillantes del *Comptoir Français*, acentuar, con la constitución exclusivamente aristocrática del Consejo, las tendencias de la empresa. Aquella reunión de príncipes, de duques y de marqueses á la cabeza del *Comptoir*, marcaba bien el alcance del negocio.

Lanzado ya por la pendiente de las explicacio-

nes, Samuel había podido seguir hablando sin pensar en lo que decía, por la gran costumbre que tenía de tratar aquellos asuntos; y mientras hilvanaba frases, verdaderos lazos para coger accionistas, pensaba: «Lydia no vuelve. ¿Adónde habrá ido? ¿Qué hace? Admitiendo que mi caballo me haya dado quince minutos de ventaja sobre el penco de su coche, ya debería haber llegado. Y, sin embargo, esta es la hora en que todos los días comienza á recibir á sus amigos.» Ploerné seguía hablando de banca, y era un milagro que Samuel no contesase hablando de Lydia. En fin, á las cinco y media se dejó oír un paso rápido, abrióse la puerta del saloncito y entró la condesa. Bernheimer anhelante, la devoró con los ojos. Tremenda decepción: Lydia había cambiado de traje, y llevaba uno lindísimo de casa. La contrariedad del banquero fué tan completa, que la joven no pudo dejar de notarla. Después de saludar á su marido con un movimiento de cabeza, se acercó á Samuel y le dijo:

—¿Qué pasa, querido amigo? Habéis puesto una cara tan rara al verme entrar, que se habría podido creer que esperábais ver entrar á otra persona y no á mí. Por aquí se va á mi alcoba, y nadie puede venir por ahí, á no ser mi marido ó yo.

Samuel movió la cabeza con aire de duda un poco insolente, y no respondió. Pero siguió tan cejjundo que Lydia tuvo sospechas. Como llegase un visitante, aprovechó la ocasión, después de los saludos, de que Raimundo hablase con el recién llegado, para llevar á Samuel aparte. Estos conciliábulos entre el banquero y la condesa eran tan frecuentes, que á nadie se le habría ocurrido extrañarlos. Todos los días tenían ambos un cuarto de hora de conferencia misteriosa. Aquello era lo

que la joven llamaba alegremente confesar á Bernheimer. Durante algunos minutos, Lydia se hacía informar á fondo sobre la situación de la Bolsa, abandonando entretanto la punta de sus dedos á su adorador. Por esto es por lo que solía dar á su marido consejos, que hasta entonces habían sido afortunados. Pero en aquel momento no se trataba de pronósticos sobre el alza ó la baja de los fondos y, el contacto de la mano más linda del mundo, no era capaz de apaciguar á Bernheimer. Temblaba de emoción y de contrariedad, cuando Lydia le hizo sentar á su lado en un divancito bajo, en el ángulo del salón. Allí estaban bien aislados y podían hablar á su gusto, á condición de no alzar mucho la voz.

—¿Pero qué os ha dado, mi buen Sam?—dijo la joven con aire de curiosidad.—Tenéis un aspecto muy trastornado.

—¡La cosa no es para menos!—respondió el banquero con voz temblorosa.

—¿Y qué sucede de desastroso? ¿Ha bajado el *Comptoir*?

—¡Sí, del *Comptoir* se trata!..... ¡Si no fuera más que de eso!

—¿Pero qué es?..... ¡Habláis de un modo!..... Hablo como un hombre que daría la mitad de su fortuna por estar seguro de que no es cierto lo que sospecha.

—¡La mitad de vuestra fortuna! ¿Me proponéis un negocio?—dijo Lydia riendo, aunque comenzaba á sentir alguna inquietud.—¿Y puedo yo aclarar vuestras dudas?

—Vos lo podéis todo.

—Eso es hablar con claridad. ¿Y de qué se trata? Bernheimer bajó la voz, y con acento sombrío:

—¡De lo que hacíais hace una hora apenas, en la esquina de la calle Lubeck!

Lydia alzó hacia el banquero una mirada virginal, y, sin un movimiento en el rostro, sin una alteración en la voz:

—¿Calle Lubeck?..... ¿Por dónde está la calle Lubeck?

—¿Pretendéis no haber ido á ella nunca?—preguntó Samuel estupefacto.

—Nunca, amigo mío, nunca.

Miróla él atentamente. Era un viejo parisién, y sabía lo que es la mentira. Las había oído de todas clases. No se le engañaba tan fácilmente. Y pensó: «O me ha engañado, ó es de una fuerza de que yo no tenía ni la más ligera idea.» Y añadió en voz alta:

—¿No salíais hoy, á la caída de la tarde, de una casa que forma la esquina de la calle Lubeck?

—No, mi buen Sam. Por lo demás, ¿qué iría yo á hacer allí?

—¡La caridad!—respondió bruscamente Bernheimer.

—La hacía—dijo Lydia sin desconcertarse—porque he pasado toda la tarde en la Sociedad maternal.

—¡Ah!—exclamó el banquero.

Acababa de hacerse una reflexión súbita: conocía íntimamente á la princesa de Stolberg, presidenta de la Sociedad á que Lydia pretendía haber consagrado la tarde, y sabía que podría encontrar á la princesa en el Teatro Francés, porque no faltaba ningún martes. En tres minutos aclararía el misterio. Si Lydia había pasado la tarde en la Sociedad maternal, es que él se había alucinado, que la joven no había mentado. Cortó la

conversación tan vivamente entablada, y, después de algunas frases indiferentes, estrechó la mano á Raimundo y se marchó. Aquella noche, durante un entreacto del *Demi Monde*, se presentó en el palco de la princesa de Stolberg y no le costó ningún trabajo obtener de la presidenta detalles de la Sociedad que le interesaban mucho. Se hizo inscribir por veinticinco luises de billetes para la rifa, y supo que la «deliciosa condesita de Ploerné», que era de una asiduidad ejemplar, había asistido á la sesión el mismo día.

Sucede algunas veces que una evidencia demasiado grande engendra duda. Cuanto más se imponía á Bernheimer la certeza de la no presencia de Lydia en el barrio sospechoso, tanto más se sentía influido por sospechas imperiosas. Tenía la convicción de que la joven, muy diestramente, ocultaba sus escapatorias, y pensaba que los ojos de la buena princesa, ocupados por mil cuidados diversos, no debían ver tan claro como los de un Sam apasionado y celoso. Toda la noche la pasó pensando en esto; se levantó molido, y se dijo: «¡Ah! Pero es que va á darme ahora por no dormir? ¡Esto es la muerte de un hombre! ¡Hay que acabar con esta preocupación y poner el asunto en claro enseguida!» Pasó á su despacho, llamó y dió orden de que buscasen al Sr. Bricolier. Aceptada esta resolución, se sintió más tranquilo, tomó una taza de té y se puso á leer su correspondencia.

Era ya mediodía cuando entró el secretario-periodista. Iba muy elegantemente vestido y rizado, como si acabase de salir de manos del peluquero. Bernheimer le miró con una sonrisa; le gustaba ver rostros agradables y profesaba el principio

de que el exterior entra por la mitad en el éxito de un hombre.

—¿Qué hay de nuevo esta mañana, Bricolier?— dijo señalando una silla al joven.

—Pues que se ha muerto Juan Bernet, el pintor.... Con esto suben de un golpe los dos cuadros que tenéis de él, un 50 por 100 de precio.... ¡Ya no hará más!.... Hay también el flagrante delito de la señora de Tremieres, á quien su marido ha cogido con Carcenis.... Se citan detalles muy graciosos. Parece que Carcenis, muy disgustado, cuando estuvo concluida la redacción del proceso verbal, preguntó al comisario: «Y ahora, ¿qué hago yo?» Entonces Tremieres, con mucha amabilidad y señalando la cama donde seguía su mujer, le dijo: «¿Vos, caballero? Pues podéis volver á acostaros...»

Bernheimer se sonrió distraidamente. Pensaba en otra cosa.

—Hay también que, á Sofía Viroflay la ha dejado el conde Perekine.... El buen cosaco se ha vuelto á Odessa.... ¡Adiós los rublos!....

En otra ocasión habría interesado prodigiosamente á Samuel la aventura de la hermosa Viroflay, de quien había estado muy enamorado un día. Pero ahora no parpadeó. El periodista que habitualmente entretenía al patrón con su chismografía, notó que aquella mañana no hacía efecto, y, tomando un aire grave, dijo:

—¿Sucede algo malo en la Bolsa?

—Nada absolutamente — dijo evasivamente Bernheimer.

Al fin, después de algunos momentos de vacilación, abordó el asunto que le preocupaba:

—Decidme, Bricolier, ¿disponéis de alguien inteligente y discreto que sepa ejecutar una comisión

de confianza?.... Se trata de una cosa delicada.... muy delicada....

El secretario miró con curiosidad á su patrón. Rara vez le había visto tan agitado; pero le conocía á fondo, y bajando algo la voz, como si se tratara de un secreto de Estado, murmuró:

—¿Asunto de mujer?

—Sí, asunto de mujer.... pero no por mi cuenta—añadió vivamente el banquero.

El periodista pensó: «¡Ya te veo! Si no se trata de tí, no te meterías en ello.» Y añadió en voz alta:

—Asunto de mujer.... En efecto, es cosa muy delicada.... Entre nuestros agentes, tenemos á Varoquet, que ha llevado muy bien el asunto de los valores robados por la banda inglesa, ya recordaréis, cuando los prestásteis á Goldsmith....

—Sí, es listo.... ¿Pero creéis que se le puedan confiar ciertas cosas?.... Va en ello la dicha de un amigo querido....

—¡Oh, oh! ¿Mujer casada?....

—¡No!—exclamó Bernheimer....—Una querida.... Pero no se puede decir nada.... A no ser el nombre del sujeto que se supone ser el amante.

—Por el amante se llegará bien pronto á la dama.... Sí, en efecto, es difícil confiar esa misión á Varoquet.... Desplaza demasiada agua.... Se haría notar y no averiguaría nada ó pondría los pies en el plato y produciría cualquier escándalo, sobre todo si el otro tiene las manos algo ligeras.

Samuel, tendido en su butaca y mirando al techo, parecía absorto en una profunda meditación; pero no perdía ni una palabra de lo que le decía su hombre de confianza. Este observaba inútilmente el rostro de su patrón, y dijo:

—Si al menos me diérais algunas indicaciones precisas, sin descubrirlo todo, puesto que os empeñáis en que no se sepa nada de la dama, podría yo ver mejor lo que necesitáis.... Sólo el nombre del que hay que vigilar.

Samuel no se movió: su mirada siguió fija en la cornisa, cuyas molduras estudiaba con gran cuidado, pero de su boca cayó este nombre:

—Roquiere....

—¿Roquiere?—repitió Bricolier con tranquilidad. Entonces donde hay que buscar es en la calle Lubeck.

Esta vez, Bernheimer dió un salto, con el rostro inflamado y los ojos chispeantes; cogió á su secretario por el brazo y sacudiéndole con fuerza:

—¿Calle de Lubeck? ¿Y cómo lo sabéis?

—¡Sé tantas cosas!....—replicó el periodista riendo.—En lo que concierne á Roquiere, estoy informado de que hay un cuartito en el número 17 de esa calle. Y no creáis que sea brujo. Lo sé por una casualidad. Tengo una amiga que vive en la misma casa, en el cuarto de al lado de la Torre de Nesles del marqués. Yo acostumbro á no molestarle nunca por las mujeres. Ellas vienen á mi casa. Y no conocería esta vecindad, si últimamente, en el teatro, la persona de que se trata no me hubiera mostrado á Roquiere, diciéndome: «Mira, ese tiene en el mismo piso en que yo vivo una habitación para recibir á su querida....» Luego si el amante es el marqués, es á la calle de Lubeck á donde va la dama, y allí es seguramente, puesto que habéis dado un salto cuando he pronunciado el nombre de la calle.

—Es verdaderamente extraordinario lo que su-

cede—dijo Bernheimer con tono de convencimiento.

—¡El dedo de la Providencia!

—¿Y cuánto tiempo hace que tiene ese cuarto Roquiere?

—Hace tres semanas próximamente.... Y no ha asomado por allí durante quince días.... Apenas hace ocho que va.

—¿Todos los días?

—Eso no lo sé—respondió Bricolier mirando á su patrón sin reír, porque ahora ya no dudaba de que Samuel obraba por su cuenta, y de que el amigo cuya dicha le era tan cara fuese él mismo.

—Ya comprenderéis, Bricolier, que ahora ya no hay necesidad de vigilar.... Gracias á vos, ya sé lo que quería saber.... Y todo lo que haya que hacer, lo haremos nosotros mismos....

—¡Ah, ah! ¿Y de qué puedo yo servirlos?

—¿Pero estáis tonto esta mañana?—exclamó Bernheimer. ¿Cómo, tenéis una mujer que vive al lado del nido que quiero vigilar, y me preguntáis lo que podéis hacer! ¿Pues todo! ¿Es lista vuestra amiga?

—Mucho.

—¿Discreta?

—¡Me ama!

Samuel miró con admiración á su secretario. Envidiaba aquella fatuidad de la juventud. ¿Qué no habría dado él por decir de Lydia lo que Bricolier afirmaba de su querida! Pero no era de creer que la hermosa condesa le amara nunca. Buscaba desesperadamente la prueba de que amaba á otro.

—Pues bien, querido amigo: vais á hacerme el favor de enviar un telegrama á vuestra amiga de la calle de Lubeck, rogándola que venga á almorzar

con nosotros, y tendréis la bondad de decirle que observe con atención, á partir de hoy, lo que pase en su piso. Las mujeres son más finas que nosotros. No le deis muchos datos. Siempre adivinará demasiado. Sobre todo, no pronunciéis ningún nombre. Lo que hay que saber es si la persona que va al cuarto de Roquiere va mucho, y á qué horas y qué días.... Cuando me hayáis informado, yo avisaré.... ¡Ah! Tomad cien luses en la caja. Comprad un brazalete á vuestra amiga y ofrecédselo.

—¡Mal negocio!—interrumpió Bricolier.—Creerá que se trata del Shah de Persia, ó de un gran duque de Rusia.... Si me lo permitís, le daré sencillamente el dinero.

—Haced lo que queráis, con tal que dé resultado.

Bricolier saludó y salió.

Mientras que Samuel, trastornado al pensar que Lydia tenía una intriga con Roquiere, tendía un lazo á la condesa, la casualidad iba á poner á Raimundo y á Teresa en presencia el uno del otro. La venta de caridad, sabiamente preparada por la princesa de Stolberg, había sido instalada en la sala Alberto el Grande, y por todo París se repartían tarjetas impresas con esta nota escrita abajo: «De parte de la señora X.... que os quedará reconocida por la menor ofrenda.» Entre estas señoras X.... iba triunfalmente el nombre de la condesa de Ploerné, y Bernheimer había recibido su invitación al mismo tiempo que Roquiere. La vispera, á las cinco, había ido Sam á visitar á su divinidad y la había encontrado muy agitada.

—Ya sabéis que yo vendo mañana—dijo la joven.—Me han encargado del puesto de las escobas y de los cepillos. Ya pensaréis que no quedaría contenta, y he reclamado con mucha frescura....

¿Por qué se encargaba de los bombones á la señora de Bligny, del *champagne* á la señora Tresorier, de las muñecas á la señora de Fontenay, más bien que á mí? Los cepillos y las escobas.... ¡vaya una cosa! ¿Y sabéis qué me ha contestado la princesa? «Precisamente porque el puesto es ingrato, es por lo que se os ha reservado. Esas señoras no recaudarían ni un sueldo.... ¡Y vos haréis mucho dinero! En nuestra sociedad es de rigor dar siempre el mayor trabajo á las más amables y á las más encantadoras....» ¿Qué replicar á esto? ¡Pero tanto peor para mis amigos! ¡Será preciso que se muestren generosos! Para mí es cuestión de amor propio, y quiero vender mis escobas tan caras como si estuvieran adornadas de diamantes. Así, mi buen Sam, preparaos....

Estaba preparado, y en aquellas circunstancias mostrábase admirable. No debía vacilar en comprar cuatro veces seguidas toda la mercancía de Lydia, para volver á ponerla en venta por quinta, si esto inportaba á la gloria de su soberana.

Las ventas organizadas en la sala Alberto el Grande, bajo la dirección de personas de la alta sociedad, muy devotas y muy influyentes, estaban muy en boga. Aquel era el gran bazar de la caridad. Cada fundación tenía un día, durante el cual las patronas organizaban puestos elegantemente preparados, decorados brillantemente, hasta con lujo: porque no hay que entristecer con una sombría rigidez á las gentes que quieran dar. En el fondo, dormía, velada por su cortina, la escena, muda ahora, donde se daban las conferencias cuando la sala Alberto el Grande era un centro de propaganda religiosa.

Aquella tarde se habría podido creer que se

celebraba una *kermesse*: tan animado era el aspecto de la sala. Entre las verdes plantas, bajo las banderas que se balanceaban en la bóveda, mostrábanse los puestos rientes, acariciadores, dispuestos con el gusto refinado que denuncia la mano delicada de una mujer de mundo. El de la porcelana hacía brillar el esmalte de sus piezas artísticamente pintadas. El de la tafeletería estaba surtido de todo lo que la industria produce en artículos de fantasía: cuadros encerrando el retrato del soberano á la orden del día ó del artista de moda, carteras, portamonedas, servilleteros, una orgía de rojo, de castaño, de negro, de amarillo, con un horrible olor á piel de Rusia. Al lado, los trajes para niños pobres, hábilmente presentados, los chalecos de punto, las sayas de lana, las boinas, las camisolas adornadas de rojo ó azul. Y, más lejos, la cantina donde se vendía champagne, al precio cada copa de cinco francos ó cinco lises, según la generosidad del bebedor. El puesto de los juguetes lleno del ruido, de las trompetas de hoja de lata y del grito de los *bebés* automáticos. El de la papelería donde, sobre hojas blancas, volaban golondrinas con una carta en el pico, en medio de una avalancha de registros, libros de señas, tinteros involcables, plumas que servían durante tres semanas sin renovar la tinta, cortaplumas, raspadores, autocopistas y máquinas de escribir. Una marea de chucherías, una avalancha de artículos de París, todo lo que se fabrica de frágil, y de fútil ó de útil, que pueda ser vendido muy caro, desbordaba entre aquellas cuatro paredes, desde el piso cubierto de una alfombra, hasta el techo adornado con un velum. Y en medio de aquel caos de objetos diferentes, las damas vende-

doras, en gran *toilette*, aguzaban sus sonrisas más graciosas, encendían sus miradas más ardientes, coqueteando con la caridad, por los pobres, y comprometiéndose por amor de Dios. Graves y silenciosas, con sus hábitos negros y sus tocas blancas, con un ligero ruido de rosarios agitados, pasaban por entre aquel tumulto las religiosas, tesoreras de la fundación en cuyo provecho se hacía la venta.

Esta marchaba bien, y los empujones eran tantos como en un día de exposición en el Louvre y en el Bon-Marché. Los artículos mejores habían sido arrebatados ya, porque el cálculo no está nunca proscrito de las acciones humanas, y aunque se compre un objeto por caridad, hay que escogerlo de la mejor clase posible. Los luises sonaban ya en las esportillas con un ruido halagador. El puesto de escobas y de cepillos de la encantadora condesa de Ploerné estaba ya casi por completo desocupado. Bernheimer acababa de pagar quinientos francos por un plumerillo rojo que había traído Lydia para quitar el polvo á su mercancía.

Un enorme ruido formado por la voz de las vendedoras, por las conversaciones de los compradores y el andar precipitado de los que llegaban tarde, llenaba la vasta sala. Apenas si era posible abrirse camino á través de la multitud apresurada. Roquiere, después de haber pasado en el puesto de los cepillos cinco minutos, que le habían costado caros, acababa de coger á Ploerné como á un salvador y de hacerse arrancar por él de las manos de la condesa. Eran las cinco; afuera caía sin cesar la lluvia, y lejos de aquel tumulto, después de haber estado mucho tiempo al lado de su mujer, habíase retirado Raimundo á un rincón

detrás del almacén, vacío ahora, de los objetos traídos para ser expuestos.

Sentadas en una banqueta, apartadas, dos religiosas esperaban el fin de la venta. Estaban hablando, con la cabeza baja, como indiferentes á aquel tumulto mundano, y sus rostros quedaban ocultos bajo sus grandes tocas. Una de ellas llevaba en aspa la cinta azul de las novicias de la orden. La otra, de más edad, consultaba con mucha atención un pequeño registro, cuyas páginas volvía. Ploerné se había acercado: en el mismo momento la novicia alzó los ojos, y, sobrecogido, reconoció á Teresa. Levantóse ésta vivamente al verlo. La hermana que la acompañaba la miró asombrada. Entonces la joven, para acabar de una vez con lo embarazoso de aquel encuentro, dijo con voz tranquila señalando al conde:

—Este caballero es pariente mío, hermana María. ¿Puedo hablarle un instante?

—Ciertamente, hija mía.

Teresa se adelantó hacia Raimundo, que se había quedado inmóvil, sin saber qué decir y muy pálido, y que sintió oprimírsele el corazón al encontrar bajo su sayal y su toca blanca, sirviente de los desgraciados, á aquella Teresa á quien recordaba sin cuidados, mimada, dichosa. Trataba de leer en su rostro las impresiones que experimentaba. Pero se hubiera dicho que el hábito sagrado que vestía la ponía al abrigo de las emociones profanas, porque permanecía tranquila, con una sonrisa algo triste, sus hermosos ojos azules bajos y el aire cándido: aquel aire cándido que tan mal se acordaba con su falta. Transcurrió mucho tiempo sin que ninguno pronunciara una palabra. Estaban en pie enfrente el uno del otro, separados

un paso. Pero si alguien hubiera tocado la mano de la novicia la habría encontrado helada. Raimundo no pudo soportar aquel silencio demasiado lleno de recuerdos dolorosos:

—No esperaba volver á encontraros aquí, Teresa—dijo esforzándose por hacer segura su voz, que temblaba á causa de una emoción extraña. Hablábale de «vos» por primera vez. ¿Acaso era por su vestido religioso? ¿No sería más bien porque sintiera que entre ellos ya no podía existir ninguna familiaridad?

Teresa callaba, y él añadió:

—Aquí está Lydia. ¿La habéis visto?

Ella bajó los ojos en señal de afirmación y dijo en voz muy baja:

—Sí; la he visto de lejos.

—¿De modo que no la habéis hablado?

—No.

—¿Por qué? Estoy seguro de que habría tenido un gran placer en abrazaros.

Los labios de Teresa se apretaron como si quisieran impedir el paso á una respuesta. Volvió á otro lado los ojos y afectando indiferencia:

—Está muy rodeada de gente y he temido molestarla.

Raimundo guardó silencio por un momento. Todo en la actitud de Teresa le turbaba, le inquietaba. Comprendía confusamente que ella era la que debía sentir embarazo, y que, sin embargo, el dominado era él. Ya otra vez había experimentado la misma impresión y había concebido dudas llenas de ansiedad.

Y dijo con amargura:

—¿Tan lejos está ahora de vuestro corazón la que ha vivido con vos como una hermana, para

que calculéis tanto con ella? ¿Tanto han cambiado vuestros sentimientos?

Un ligero rubor coloreó las mejillas de la joven, y contestó con acento muy claro:

—Son los mismos que hace un año.

Pareció á Ploerné la frase tan equívoca, que quiso aclararla, y fijó sus ojos en el rostro de Teresa:

—Entonces, os alegrará saber que es dichosa.

—He rogado á Dios todos los días con todo mi corazón para que lo fuérais el uno y el otro.

Seguía impassible. Raimundo no se atrevió á insistir más, y con el corazón oprimido, porque juzgaba que las palabras de la joven estaban llenas de inexplicables reticencias:

—¿Y vos, Teresa, sois dichosa?

—Muy dichosa.

—¿Queréis que yo vaya con Lydia á veros á vuestro convento?

—Os agradezco la intención. Pero prefiero que no turbéis mi retiro.

—No estáis, sin embargo, separada del mundo, puesto que os encuentro aquí.

—Cumpló una misión que me han encargado. Desde hace un año esta es la primera vez que salgo, y ya no sadré más.

—¿De modo que estáis perdida para los que os amamos?

—Muerta.

—¿No nos amáis?

—No amo más que á Dios.

Teresa pronunció estas palabras con energía, casi con violencia, y lanzó un suspiro de desahogo. Parecía que se sentía contenta de haber cortado el

último lazo que la unía á su familia humana. Raimundo se inclinó palideciendo:

—Cualquiera diría que nos odiáis.

—No añadáis nada á mi pensamiento, Raimundo—dijo Teresa dulcemente;—ya sabéis que no os odio.

No acentuó el «vos»; podría referirse lo mismo á Lydia que á él, designar al uno lo mismo que al otro, y sin embargo, Ploerné tuvo la seguridad de que sólo á él se refería. A él era á quien no odiaba.... ¿Y por qué á Lydia? El condé sufrió horriblemente. Denunciábase su ansiedad de un modo tan doloroso en su rostro que Teresa se apiadó de él. Disipóse todo su rencor, su alma purificada se hizo indulgente, y tocando con su mano el brazo de Raimundo:

—Estad tranquilo y gozad de vuestra dicha. Adiós, primo: estad seguro de que no olvidaré ni á Lydia ni á vos en mis oraciones.

Le saludó con un grave movimiento de cabeza y se reunió á su compañera. Raimundo no se atrevió á seguirla. No se daba cuenta exacta de sus impresiones, pero estaba muy turbado. No trató de averiguar el sentido de las palabras de Teresa, ni de precisar la significación de su actitud. Esforzóse por reaccionar contra su aburrimiento, y, confundiendo con la multitud, se dirigió al puesto de su mujer. Lydia estaba radiante. Rodeada de las señoras de la junta, contaba los luises y los billetes amontonados por ella en una esportilla. Tan pronto como vió á Raimundo, adelantóse hacia él orgullosamente.

—¡He vendido por valor de once mil francos!—exclamó.

—¡Esta querida hija es nuestra bienhechora!—

dijo la princesa de Stolberg.—¡Gracias á ella, nuestros huérfanos van á nadar en la abundancia!

—Gracias á estos señores—dijo la joven.—Yo no he hecho más que vender: ellos son los que han pagado.

—Ploerné, tomadme una docena de cepillos, os lo agradeceré—suspiró Bernheimer, cuyos bolsillos desbordábanse llenos de objetos diversos.—Tengó con qué asegurar la limpieza de mi casa y de la vuestra durante diez años.

—Aquí vienen los lacayos.....

—Señoras, permitanme que les ofrezca algunas escobas—añadió alegremente Samuel.—No las vendo, las regalo..... Me harán un servicio.

Se iban todos y la sala comenzaba á vaciarse. Lydia tomó su abrigo de manos de su criado, cambió apretones de manos y sonrisas con sus convecinas, fué besada otra vez por la princesa presidenta, y, seguida de Bernheimer y de su marido, subió á su carruaje.

La vuelta fué silenciosa. Fuera ya del movimiento y del ruido de la venta, Raimundo había tenido ocasión de reflexionar á sus anchas, y sus reflexiones no eran muy satisfactorias. Hacía un año que no había estado tan preocupado. ¿Qué enigma presentaba la actitud de Teresa? ¡Y ninguna noticia! Desde el primer instante habíase mostrado así, severa, amarga, como sublevada. Nada de dolor, nada de lágrimas, nada de reproches, cuando supo el trágico desenlace de sus amores misteriosos. Se habría dicho que no perdía á un ser adorado. Parecía más irritada por saber que su falta había sido descubierta, que desolada por ver destruidas sus afecciones. Era para creer que ningún lazo la unía al muerto.

Y sin embargo, había confesado, se había acusado. ¿Qué interés habría podido tener en hacerlo, si no hubiera sido culpable? No quería á Lidia, esto se veía; nada, pues, habría podido llevarla á sacrificarse por ella. De todos modos, la temerosa alternativa que se había presentado desde el primer instante: Lydia ó Teresa, volvíale al pensamiento, y le hacía estremecerse de horror la duda renovada. ¡Lydia! ¿Era posible que hubiera sido Lydia? Rechazaba con energía esta sospecha. Pero volvía á encontrarla siempre en el fondo de su espíritu, más fuerte, más admisible, corroborada por mil detalles, desde hacia un año que vivía con la joven y había podido juzgar su coquetería, su frivolidad; con frecuencia, hasta su falta de escrúpulos. No quería admitir que pudiera ser de otro modo que pura, recta, generosa. Y todo le decía: «¡La otra es la que es así! Por mucho que de propósito hayas cerrado los ojos desde hace doce meses, bien sabes que la que amas no es más que egoísmo y que la que has torturado no es más que afección.» Sufría un suplicio horroroso, luchaba desesperadamente contra su conciencia y su razón, y, á pesar de todo, declaraba inocente á Lydia. Porque si la hubiera creído criminal, ¿á qué abismo no habría sido arrastrado?

Pasó la noche para él en estas crueles agitaciones. Estaba en la Opera, en el fondo de su palco, pero se habría visto muy embarazado para decir lo que se representaba. Recibió visitas en los entreactos: escuchó y contestó. Sintióse muy bien cuando se encontró en su cuarto. Y hasta el alba se paseó silenciosamente, tomando y dejando las terribles ideas que le trastornaban el cerebro, pasando de la cólera al aniquilamiento, sufriendo la

más penosa agonía moral. Pero ya podía dar más y más vueltas eternamente en su cabeza á esta pregunta: «¿Por qué Teresa tiene el aire inocente si es culpable, y Lydia tiene el aire culpable siendo inocente? ¿Qué respuesta que le satisficiera podía darse?» No sabía lo que había pasado; no sabía más que lo que le habían dicho. El muerto se había vengado callándose. No quedaban más que dos jóvenes y Leila que pudieran hablar.

La única que no había sido interrogada por él era la mulata, y decidió intentar esta última prueba. Desde que comenzó en la casa el movimiento de los criados, seguro de estar tranquilo, puesto que Lydia no aparecía jamás antes de las diez, tocó un timbre é hizo llamar al ama de llaves. Estaba ésta siempre allí donde la necesitaban, como si hubiera presentido los deseos de sus amos. Y siempre serena, segura de sí misma, con su impenetrable rostro bronceado, apareció delante de Raimundo y esperó á que le hablase. Este estaba más embarazado que ella. Habría querido ir enseguida muy lejos y comprendía que el terreno era muy movedizo. Se resignó á tomar algunas precauciones.

—Leila—comenzó—ayer en la venta donde estaba la señora, encontré á la señorita Teresa. Está muy cambiada, y no ignoráis que está en un convento..... Desde hace un año vos sois la única persona á quien no he hablado de los acontecimientos de Beaulieu..... Vos tenéis toda la confianza de vuestra ama..... Debéis saber muchas cosas.....

Los ojos de la mulata se inflamaron y su boca se contrajo como para sonreír. No pronunció ni una palabra, esperando saber á dónde querría ir á parar el conde. Este, muy embarazado por la confidencia

que tenía que hacer, é irritado por tener que bajarse hasta aquella criada, y deseoso de acabar pronto:

—¿Estáis al corriente de la intriga?..... ¿No fué á vos á quien el italiano dirigió las primeras cartas?..... ¿Hubo verdaderamente allí un violento arranque de pasión que pudiera explicar la falta cometida por la señorita Letourneur?..... Porque todavía es incomprendible para mí aquella aventura.....

El ama de llaves permaneció imperturbable y no despegó los labios. Entonces Raimundo, acercándose á ella:

—En fin, cuando yo volví, hacía mucho tiempo que se veían en el jardín y en el pabelloncito..... ¿Verdad que no me engaño?

Leila respondió, porque ya no podía evitarlo:

—¿No os lo han dicho?

—Sí, me lo dijeron. Ella misma me lo confesó todo, ¡todo!..... Pero de tal modo que todavía me pregunto si no tenía interés en no defenderse..... Veamos, Leila, ¿la visteis vos cuando iba á sus citas?... ¿Estáis segura de que era ella?

—Y si no hubiera sido ella, ¿quién habría podido ser?—preguntó rudamente la mulata.

Ploerné palideció, y su frente se inundó en sudor.

—Sí—dijo con voz ahogada—era ella, se lo hice confesar á ella misma..... Pero cuanto más pienso en ello más extraño y más inverosímil me parece...

—¿Inverosímil?—interrumpióle Leila, porque veía á Raimundo abordar repentinamente suposiciones que podían ser inquietantes para Lydia.—¿Inverosímil? ¿Por qué? ¿Creéis que esas jovencillas delicadas y rubias tienen el privilegio de la inocencia? ¿Tal vez porque es devota? ¡Bueno! ¡Pura hipocre-

sía! Una loca, podéis creerme; y sólo por impedir-la cometer imprudencias me mezclé en sus asuntos. Y, puesto que lo queréis saber todo, era preciso que yo fuera á buscarla al lado de su amante para hacerle entrar en casa; sin eso allí se hubiera estado hasta el día.

—¡Y no mostró ningún dolor cuando supo que había muerto!..... Un gran estupor, y nada más...

—Sí, pero así que os fuísteis, estuvo dando gritos toda la noche en su cuarto, y tan fuertes que temimos que la oyese la señora..... No me asombra que haya entrado en un convento después de aquello..... ¡Puede estar de duelo para toda su vida!

Ploerné escuchaba ávidamente las declaraciones de Leila, y por precisas que fuesen y conformes con lo que ya sabía, subsistía su duda. Ni una vez siquiera había tenido, al escuchar á la mulata, la sensación de la verdad. Parecíale que estaba preso en los hilos sabiamente tejidos de una mentira en la que tenía parte hasta la que era víctima de ella. Cansado, no quiso buscar más: dió gracias al ama de llaves y la autorizó para que se retirara. Permaneció tendido en un sofá, con la cabeza hueca, con un sentimiento de repugnancia, como si se sintiera rodeado de una atmósfera de impureza. Entretanto Leila entraba en las habitaciones de Lydia. La joven acababa de despertarse, y fresca la tez, animada, tomaba una taza de té en la cama. Apoyó el codo en la almohada, al ver asomar á la nodriza, y descubriendo en el rostro de su confidente trazas de disgusto, hizo un gesto y dijo:

—¿Qué sucede esta mañana?

—Sucede que vuestro marido acaba de llamar-

me á su cuarto, y que durante media hora me ha estado haciendo preguntas á propósito de las historias de Beaulieu, tratando de saber una porción de cosas sobre Teresa.

—¿Y qué le has dicho?

—Lo que he querido, naturalmente. Pero, creedme, amita, es preciso que estéis en guardia. Este hombre no está seguro.... Podría jugaros una mala pasada.

—No tengas miedo. No está en estado de luchar conmigo.... Y el día en que midamos nuestras garras ¡ay de él!

—Es violento.

—Yo le haré entrar en razón por otro más fuerte que él.

—¿Y si antes se entiende con vos?

—Sabré guardarme.

Envuelta en sus encajes, Lydia hablaba con espantosa tranquilidad. Sonrió ferozmente, y añadió:

—¡Oh, le aborrezco bien! Jamás sufrirá bastante para el mal que me ha hecho.

—En todo caso, ya estáis advertida.

—No temas nada, ya verás. Está en mis manos y no está lejos la hora en que pagará lo que me debe.

Leila aprobó con la cabeza, en su ciega adoración, y se apresuró á ayudar á levantarse á su ama.

VIII

Lydia se había prometido odiar y no amar más. Pero Mauricio de Roquiere había trastornado este programa. La opinión, cuando hace una reputa-

ción á las gentes, jamás se equivoca por completo. Siempre hay alguna circunstancia que justifica su favor ó su censura. El marqués, clasificado como hombre favorecido por las mujeres, poseía en realidad las cualidades del empleo, y la linda condesa, aunque al pronto le hubiera juzgado sin consecuencias, tuvo, en un momento dado, que comprender que no se juega impunemente con el fuego. Se había quemado en la llama encendida con sus propias manos, y habiendo querido hacer de Mauricio un hombre suyo, dispuesto á todo para agradarla, habiase convertido, por un justo cambio, en mujer sometida á él. La criolla quedó cogida en sus propias redes, y el filtro que había escanciado al joven la embriagó á ella misma.

Se había entregado con arrebató, casi con rabia. Pero sólo hablaban en ella los sentidos, y la misma pasión animal, á que la arrastraba su temperamento fogoso, habiála echado en los brazos de Roquiere, como en brazos de Girani. Estaba loca por este buen mozo rubio, como lo había estado por el buen mozo moreno. Pero su inteligencia no se había turbado, era dueña de su pensamiento. Razonaba y no olvidaba ninguna precaución para no ser sorprendida. La situación del cuarto de la calle de Lubeck le había parecido buena. Ya había ido á él cuatro veces, sin encontrar á nadie, ni delante de la casa ni en la escalera. Así le molestó mucho que Samuel le diese á entender que había sido vista. Imponíase la necesidad de tomar algunas medidas. ¿Renunciar á Roquiere? Ni siquiera pensaba en ello. Para aquella audaz mujer, tan segura de sí y de los demás, era inadmisible retroceder en el camino que se había trazado. Persistir en ir á la calle de Lubeck era

me á su cuarto, y que durante media hora me ha estado haciendo preguntas á propósito de las historias de Beaulieu, tratando de saber una porción de cosas sobre Teresa.

—¿Y qué le has dicho?

—Lo que he querido, naturalmente. Pero, creedme, amita, es preciso que estéis en guardia. Este hombre no está seguro.... Podría jugaros una mala pasada.

—No tengas miedo. No está en estado de luchar conmigo.... Y el día en que midamos nuestras garras ¡ay de él!

—Es violento.

—Yo le haré entrar en razón por otro más fuerte que él.

—¿Y si antes se entiende con vos?

—Sabré guardarme.

Envuelta en sus encajes, Lydia hablaba con espantosa tranquilidad. Sonrió ferozmente, y añadió:

—¡Oh, le aborrezco bien! Jamás sufrirá bastante para el mal que me ha hecho.

—En todo caso, ya estáis advertida.

—No temas nada, ya verás. Está en mis manos y no está lejos la hora en que pagará lo que me debe.

Leila aprobó con la cabeza, en su ciega adoración, y se apresuró á ayudar á levantarse á su ama.

VIII

Lydia se había prometido odiar y no amar más. Pero Mauricio de Roquiere había trastornado este programa. La opinión, cuando hace una reputa-

ción á las gentes, jamás se equivoca por completo. Siempre hay alguna circunstancia que justifica su favor ó su censura. El marqués, clasificado como hombre favorecido por las mujeres, poseía en realidad las cualidades del empleo, y la linda condesa, aunque al pronto le hubiera juzgado sin consecuencias, tuvo, en un momento dado, que comprender que no se juega impunemente con el fuego. Se había quemado en la llama encendida con sus propias manos, y habiéndose querido hacer de Mauricio un hombre suyo, dispuesto á todo para agradarla, habiéndose convertido, por un justo cambio, en mujer sometida á él. La criolla quedó cogida en sus propias redes, y el filtro que había escanciado al joven la embriagó á ella misma.

Se había entregado con arrebató, casi con rabia. Pero sólo hablaban en ella los sentidos, y la misma pasión animal, á que la arrastraba su temperamento fogoso, habiála echado en los brazos de Roquiere, como en brazos de Girani. Estaba loca por este buen mozo rubio, como lo había estado por el buen mozo moreno. Pero su inteligencia no se había turbado, era dueña de su pensamiento. Razonaba y no olvidaba ninguna precaución para no ser sorprendida. La situación del cuarto de la calle de Lubeck le había parecido buena. Ya había ido á él cuatro veces, sin encontrar á nadie, ni delante de la casa ni en la escalera. Así le molestó mucho que Samuel le diese á entender que había sido vista. Imponíase la necesidad de tomar algunas medidas. ¿Renunciar á Roquiere? Ni siquiera pensaba en ello. Para aquella audaz mujer, tan segura de sí y de los demás, era inadmisibile retroceder en el camino que se había trazado. Persistir en ir á la calle de Lubeck era

muy arriesgado. Había que entenderse, sin embargo, con el marqués, á fin de asegurar el porvenir, y era preciso ir allá una última vez para poder hablar libremente.

A todo esto iban preparándose acontecimientos que tenían, cuando menos, tanta importancia como sus asuntos de corazón, y eran asuntos de Bolsa. El *Comptoir*, empujado hacia adelante, como una máquina de guerra, por el partido entero cuyos intereses representaba, había producido en el orden financiero una perturbación que no estaba cerca de calmarse. Emitido á quinientos francos, aquel valor había hecho prima enseguida, y por una marcha ascendente, tal como no se recordaba otra tan rápida, había llegado á unas alturas adonde ya parecía peligroso seguirlo, en adelante, á las gertes prudentes. Las consecuencias de aquella alza habían sido muy serias para los fondos públicos. La renta, vendida por paquetes para hacer arbitrajes, había bajado; los caminos de hierro andaban flojos y el Banco mismo ya no era dueño de la cotización de sus acciones. Los fondos italianos acaban de bajar diez francos aquella semana, y el exterior español estaba en el marasmo. Algunos corredores habían sido ejecutados á fin de mes. En general eran extranjeros, y su caída había sido saludada como un desquite nacional.

En vez de moderarse, al notar aquel peligroso quebrantamiento de los fondos públicos, los especuladores, comprometidos en el *Comptoir*, habían redoblado su audacia y sus esfuerzos. Apoderábase de ellos una extraña locura. No ponían límite á sus ganancias. Y habiendo ya empujado al *Comptoir* hasta dos mil, veían ya como cosa segura el precio de dos mil cinco. Los financieros bien informados,

como Bernheimer, se inquietaban y comenzaban á inquietar á los demás. Sabían que el Consejo de ministros se había ocupado seriamente de aquella alza formidable del valor reaccionario, y no ignoraban que, desde hacía una semana, un sindicato formado por las seis casas de banca más importantes de París, pertenecientes, como por casualidad, á la banca judía, había emprendido una campaña á la baja sobre el *Comptoir*, y perdía ya treinta millones; tan irresistible era el movimiento de alza.

Samuel, educado en el respeto á las grandes casas, se había sentido enfriarse mucho por la aparición en la contienda de los que había considerado siempre como sus maestros, y por los cuales era tratado como amigo. Fué al Consejo semanal del *Comptoir*, animado de sentimientos completamente nuevos, que apenas convenían con los de los administradores del negocio; y desde el principio de la sesión mostróse una divergencia de opinión muy grave entre el banquero y sus nobles asociados. Había ido con la intención de informarlos sobre la situación, y los encontraba decididos á seguir sin oír nada. Con su claridad de expresión habitual planteó la cuestión, y dijo que el *Comptoir* había subido más de lo que debía y á un punto en que no podría sostenerse; recomendó la prudencia y la necesidad de consolidar la situación. Habló con mucha prudencia, y tenía que habérselas con locos. Alzóse bruscamente en derredor suyo un rumor. Se fruncían todos los entrecejos, las caras tomaban aspecto hostil, las palabras iban agriándose. Si sentía inquietudes, ¿por qué no se retiraba? Estaba en su derecho al abandonar á sus aliados de la víspera. Sabíase, por lo demás, que la Sociedad prosperaría sin él. ¿Acaso se creía indispensable?

A estas palabras, Samuel, que estaba muy preocupado, se sonrió. Parecía una carga muy pesada la responsabilidad de los negocios emprendidos y se anticipaban á sus deseos, ofreciéndole una libertad que no sabía cómo pedir. Y con ironía:

—Creed, señores, que yo estaba lejos de desconocer vuestras capacidades—dijo con una sonrisa—y que de ningún modo estoy inquieto por la suerte del *Comptoir* si abandono su dirección. Pero siempre he tenido como regla no dejar mi dinero allí donde no estoy.... Quiero advertiroslo.

Esta declaración levantó una tempestad de apóstrofes.

—¡Vended vuestras acciones!.... ¡Retiraos completamente!.... ¡Se sabrá reemplazaros: escribid vuestra dimisión!.... ¡Cuántos títulos tenéis?

—Señores, no obremos ligeramente—dijo Bernheimer en medio de las interpelaciones que comenzaban á hacerse violentas.—No quiero coger la palabra.... Reflexionad hasta fines de semana....

—¡No! ¡Ni un día más! Habéis dudado del negocio.... ¡Ya no tenemos confianza en vos!

Y le rodeaban, animados los rostros y levantados los brazos. Toda aquella gente, irritada por el ansia de la ganancia, estaba encolerizada, casi rabiosa, al sentir oposición á sus entusiasmos.

—¡Eh, señores, llevad cuidado! Vais á deponerme si no me apésuro á dimitir.... Y os haréis daño á vosotros mismos. ¿No queréis escucharme? ¿No? ¿No queréis ser prudentes? ¿No? ¿Queréis llegar al borde del abismo? ¿Sí? ¿Entonces quedaos con Dios! Tengo en mi caja seis mil títulos del *Comptoir*....

—Los compro—dijo una voz agria.

Hubo un momento de religioso silencio. El que acababa de hablar se comprometía por doce millones. Era un hombrecillo delgado, embutido en una levita azul, irguiendo sobre un cuello muy alto un rostro hinchado, con ojos de chino y bigote escaso y rojizo. Heredero de uno de los nombres más grandes de Francia, poseía una inmensa fortuna, aportada por su madre, única heredera de Sauviel, el industrial famoso que fué el primero en aprovechar la madera para la fabricación del papel.

—Señor duque—respondió Bernheimer—esta noche estarán los títulos en vuestra casa.

Saludó á todos con una sonrisa:

—Ahora, señores, ya no tengo nada que hacer aquí.... ¡Buena suerte!

Y salió. Sin embargo, un hombre como Samuel no podía abandonar la presidencia del Consejo de un negocio de tanta importancia como el *Comptoir*, sin que se produjese un movimiento en la Bolsa. Tan pronto como se supo la noticia hubo una gran agitación en el mundo financiero, y la resolución tomada por Samuel fué interpretada en buen ó en mal sentido, según que eran sus amigos ó sus adversarios los que hablaban: «El *Comptoir*, privado del apoyo de Bernheimer, iba á ir para atrás prontamente. ¿Cómo acogería aquella defección la Junta general convocada para dentro de poco?» «¡El *Comptoir* desembarazado de las trabas que le imponía la incomprensible timidez de Bernheimer, iba á emprender mejor marcha! ¡La Junta general votaría sin vacilar todo lo que propusiera el Consejo!» Entretanto, hubo una baja de cien francos y el precio de dos mil se perdió. Pero un esfuerzo supremo de los tenedores del valor restablecía el negocio antes de la campanada de las tres, y el

Comptoir, vuelto á dos mil, acababa á dos mil veinte, en alza.

Aquella misma mañana Samuel, fiel á su convenio con Lydia, le había enviado estas dos líneas: «Vended el *Comptoir*, aunque haya alza: el negocio se tuerce.» En el momento en que recibió este aviso, Lydia estaba en el saloncito de su madre. Desde hacía algunos días, la señora de Saint-Maurice no salía de sus habitaciones, quejándose de horribles neuralgias. Acurrucada al lado de la chimenea, la buena señora se lamentaba de los sufrimientos que había tenido durante la noche. Su hija, sentada en un pequeño *pouf*, la escuchaba distraída, con los ojos fijos en los ardientes tizones y arrollando entre sus dedos la carta de Bernheimer. Su encantadora frente estaba surcada por una profunda arruga, y los rosados labios, contraídos con un pliegue feroz, mostraban la punta de sus dientes. El ruido que hizo la puerta al abrirse le hizo volver la cabeza. Entró su marido.

Aproximóse éste primero á la señora de Saint-Maurice, y después de haber provocado sus gemidos con una pregunta afectuosa, se dirigió á Lydia:

—¿Sabéis, querida, que hay novedades?..... Acabo de saberlo por un periódico..... Bernheimer no está ya al frente del *Comptoir*.

—Acaba de hacérmelo saber hace un momento.

—¿Y qué vamos á hacer? ¿Os lo dice?

—Porque Bernheimer se retire de un negocio, no hay motivo bastante para que éste vaya mal.

—Samuel es un poco atrevido—dijo la señora de Saint-Maurice:—esta era la opinión de mi cuñado Letourneur..... Por esto se separaron..... Acaso ha querido llevar demasiado lejos al *Comptoir*.

—Más bien creería yo que ha querido moderar el celo de nuestros amigos.

—¿Qué ha pasado ayer en la Bolsa?

—Ha subido. Pero hay que conocer los motivos reales de esta retirada..... Iré á casa de nuestro amigo enseguida para saber si hay que sostenerse ó liquidar.

Lydia quedó un instante pensativa; luego, decidiéndose, dijo con voz clara:

—Bernheimer cree que va á subir todavía.

—Entonces no me muevo—dijo Raimundo.

—Me parece que haréis bien.

El momento era decisivo, y Lydia, sin vacilar, empujaba á su marido por la pendiente que conducía á la ruina. Este era su primer movimiento ofensivo. El plan que había preparado sordamente debía realizarse ahora con una rapidez fulminante. El derrumbamiento de su fortuna debía quebrantar á Ploerné y ponerle moralmente á merced de Lydia. Esta había tenido cuidado de separar sus intereses de los de su marido, y Samuel maniobraba con demasiada seguridad para que los fondos confiados á él por la mujer á quien adoraba, no constituyesen en breve plazo una fortuna. Y por otra parte, ¿no le pertenecía él en cuerpo y alma? ¿Acaso no estaría siempre dispuesto á hacer, á una señal, todo lo que ella le mandase? ¿Qué arriesgaba, pues, al arruinar á Raimundo? ¿Desesperarlo, lanzarlo á una resolución extrema? Esto era lo que ella quería. Tener en sus manos, al fin, al que le había arrancado sus primeros gritos de dolor, al que le había hecho derramar sus primeras lágrimas: no tener más que apretar para aplastarlo y vengarse. Se aproximaba el momento de este vivo placer. Y con una satisfacción atroz, veía que

su lazo estaba bien tendido. Levantóse admirable de tranquilidad, besó á su madre y almorzó enfrente de su marido, hablando libremente, como si nada amenazador les separase.

A todo esto una carta había avisado por la mañana á Roquiere que se encontrase en la calle de Lubeck á eso de las tres. ¿Pero quién habría podido prevenir al franco y bueno Ploerné de que se hacía traición á su confianza, y de que detrás de la frente tersa y blanca de Lydia se agitaban pensamientos infames? Seguramente no habría sido él quien lo sospechase. Vivía tranquilo creyendo en la honradez de los demás como en su honor, y la linda criolla, que le miraba sonriendo, pensaba con feroz malicia: «Hé aquí un hombre que es engañado y que no sospecha nada. Es muy ridículo. Sí, eres muy ridículo, amigo mío, con tu presuntuosa confianza. Estás seguro de tí, y por consiguiente de mí. ¡Pues bien: haces mal, y eres ridículo, ridículo!.....»

Y lo repetía con insistencia, con cólera, como si tuviera necesidad de probárselo á sí misma. Pero no lo conseguía. Por mucho que mirase á Raimundo no le encontraba ridículo. Si hubiera confesado su secreto pensamiento, hasta habría declarado que le inquietaba. Seguía él enfrente de ella con aspecto sencillo, hablando poco, porque no le gustaba hablar inútilmente, y en todos sus movimientos se revelaba una fuerza que imponía respeto. Siempre se le había presentado así, y á pesar de sus esfuerzos para llegar á no respetarlo, le respetaba. Crecía con esto su ira, y le injuriaba mentalmente, ya que no podía de palabra. Preguntábase á veces si aquel hombre tranquilo y frío era capaz de sufrimiento.

No le había visto trémulo y fuera de sí en Beaulieu, con el corazón devorado por la duda. A sus ojos, siempre había aparecido sonriente y dulce. Sólo Teresa sabía hasta qué punto podía sufrir.

Lydia se levantó tarareando, y al preguntarle su marido cómo pensaba pasar el día, respondió mirándole de alto á bajo:

—Iré á ver á mi galán.

Hizo él un ademán de disgusto y reconviniéndola:

—No me agrada que os chanceéis de ese modo. No es digno de una mujer como vos. Sed más formal.

—Ya lo seré de sobra en la vejez. Pero decid, ¿creéis que tengo un galán?

—Creo que tenéis muchos.

—¡Oh! Muchos es ninguno. ¿Y uno solo?

—No, no lo creo—dijo él con calma.—¿Qué gusto tenéis en someterme á esta prueba? Insistís en ella con frecuencia. Ha pocos días me preguntábais lo que haría si me diérais celos..... Estáis demasiado segura de mi cariño para que necesitéis estimularlo, y no os hago la ofensa de desconfiar de vos.

—Tenéis razón. Por otra parte, ¿qué ganaríais con sospechar?

—Sólo hacerme muy desgraciado.

—¡Sois muy prudente!

Y saludándole, entró en sus habitaciones.

Siempre que Mauricio de Roquiere iba á pasar la tarde en la calle de Lubeck, la portera encargada del arreglo de la habitación subía á las nueve, abría las ventanas, barría y hacía la limpieza. La amiguita del joven Bricolier, observadora, como

toda mujer cuya sola ocupación es espiar á la vecindad, había observado aquella coincidencia. Y cuando oía por la mañana sonar las puertas en casa de su vecino, se decía: «¡Hola! luego habrá orgía en la torre.» Y nunca se engañaba. Roquiere llegaba invariablemente. Algunas veces era ella la que faltaba. Aquella mañana, la escoba y el plomero de la portera se habían puesto en movimiento más tarde que de costumbre. Sin embargo, al medio día, Bricolier supo por un telegrama que el «vecino» esperaba á su querida. Un cuarto de hora después, Bernheimer estaba advertido de ello.

Había tenido Roquiere felices aventuras amorosas. Se sabía de algunas, no por culpa suya, pues era discreto. Pero jamás se había interesado su corazón como por aquella peligrosa Lydia. Le enloquecía. Perdía ante ella su hermosa impassibilidad, y encontraba, para adorarla, los ardores del adolescente en su primera aventura. Al principio de sus relaciones, la había esperando inútilmente semanas enteras en la calle de Lubeck. Por fin había conseguido atraerla, y tanta era su dicha, que le parecía vivir en el cielo. Pasábase mucho tiempo, cuando tenía cita, solo, en aquel gabinete, recostado en los cojines, que conservaban todavía algo del perfume de la joven, pensando en ella, y saboreando de antemano la felicidad de verla. Y cuando llegaba, cuando oía en la escalera el ruido débil y rápido de sus tacones, todo tembloroso entreabría la puerta para facilitarla la entrada. Entonces la arrebatava en sus brazos, la sentaba en una butaca cerca de la chimenea, y se arrodillaba delante de ella como delante de una reina. Aquel vigor, aquella humildad, agradaban á Lydia. Sentía placer en dominar á aquel buen

mozo, tan sumiso y tan fuerte. Conocía que podría manejarle á su antojo, y esto era precisamente lo que se había propuesto.

Aquel día Roquiere estaba preocupado. Por primera vez la joven le citaba precipitadamente, y en la premura adivinaba algún peligro. La noche antes, en la Opera, no había encontrado ocasión de hablarle á solas; pero ella le había dirigido miradas singulares. La actitud de Bernheimer era también muy extraña. De ordinario cariñoso y afable, el banquero se había mostrado frío y brusco. Relacionando todos aquellos detalles, Mauricio sospechaba algún incidente, tal vez un peligro. Pero ¿cuál? Dirigióse muy temprano á la calle de Lubeck, y pasó por delante de la puerta del cuarto vecino sin notar que estaba entreabierta, y que por la abertura dos ojos le miraban irritados.

Abrió con su llave, y después de haber encendido la chimenea, registró la habitación. Todo estaba en orden, había flores frescas en los jarrones y algunos fiambres preparados sobre un velador. Paseábase de un lado á otro, en medio del silencio de aquel retiro misterioso, distrayendo su impaciencia con el movimiento, consultando su reloj á cada cinco minutos, y admirándose de que aún no hubiese transcurrido un cuarto de hora. A las tres comenzó á inquietarse. Lydia era siempre muy exacta. Algo debía haber ocurrido para que no estuviese allí. En vano prestaba atención. Ningún ruido en la casa. Una calma triste le pesaba sobre el corazón. A las tres y media se sentó en una butaca, agobiado, preguntándose qué grave motivo impedía á la joven acudir. Si hubiera sabido lo que pasaba á cuatro pasos de distancia, mientras él se impacientaba, se habría del todo desconcertado.

A las tres menos cinco, con una exactitud criminal, la linda condesa se apeó de un coche en la esquina de la calle, y después de pagar al cochero avanzó tranquilamente hasta la casa. La calle estaba desierta. Franqueó la puerta exterior, y llegando á la escalera, empezó á subirla con rapidez. Iba á llegar á un descanso cuando se abrió la puerta del entresuelo situado enfrente del departamento de Roquiere, y antes de que ella pudiese decir una palabra ni hacer un gesto, Bernheimer la agarró por una muñeca, la hizo entrar en la antesala y cerró. Todo pasó en un momento. Lydia, sin tiempo para darse cuenta de lo que le sucedía, se encontró en un saloncito, cara á cara con Samuel, sonriente, pero muy pálido. Abrió la boca para protestar, para acusar. El no se lo permitió, y poniéndole un dedo sobre los labios:

—Silencio! No gritéis, tranquilizaos; dejad á Roquiere donde está y hablemos nosotros.

—¡Lo que habéis hecho es odioso!—clamó Lydia, sofocada por la sorpresa y la cólera.—No os lo perdonaré jamás.

—¿Quién de los dos necesita el perdón del otro?—preguntó Samuel con ironía.—Os habéis burlado de mí, señora, y he querido demostraros que no soy tan imbécil como os podíais figurar. No me negaréis ya vuestros paseos por la calle de Lubeck, puesto que os he cogido infraganti.

—Vuestra conducta es indigna de un caballero.

—Como queráis. Pero un caballero es fácilmente juguete de una mujer hermosa, y no me agrada mucho hacer ese papel. He puesto, pues, á un lado mi caballerosidad y apelado á mi astucia. Ya veis que me ha servido admirablemente.

Lydia no le oía. Encerrada en un desdenoso si-

lencio, se mantenía de pie, delante de la chimenea, afectando esperar á que Bernheimer terminase aquella difícil situación. Este le señaló una silla, y con un tono bonachón:

—Vamos, querida mía, no os enfadéis. Habéis sido descubierta. Esto es desagradable, desde luego. Pero, en suma, todo se queda entre los dos, y bien sabéis que tenéis el derecho de decir y de hacer cuanto os plazca á vuestro servidor.

Lydia volvió ligeramente la cabeza y dejó caer sobre Samuel una mirada cuyo poder conocía, y como haciendo una concesión se sentó. Después con una calma extraordinaria:

—En primer lugar, ¿dónde estoy?

—En mi casa. A lo menos, el tiempo que en ella permanezcáis.

—¿Estáis solo?

—Por completo. No se me conoce aquí, ni se sabe quién sois vos.... El secreto está asegurado.

—¿Cómo habéis sabido que yo vendría?

—¡Oh! por mi industria. Veamos, Lydia, ¿por qué el otro día no me dijisteis la verdad?

—¿Podía deciroslo?

—Hubiérais sido franca.

—No debía serlo con vos.

—Bien sabéis cuánto os amo, y que tengo celos de todo lo que os rodea. ¡Ah! ¡qué pesar me habéis dado! ¿Con que tenéis un amante?.... ¡Vos, á quien yo creía tan formal, tan impecable!... ¡Y qué amante!.... Un viejo Narciso con quien no podéis contar para nada. ¡Arriesgar su reputación por un Roquiere!.... ¡Es una locura! ¿Qué sería de vos, si él fuese vuestro único apoyo? Imaginaos ligada para siempre á este ser inútil. Pues no sabría ni

aun ponerlos al abrigo de la miseria. ¿Qué ha podido seduciros en él?

—Me ama.

—¡Lindo mérito! Todos los que os conocen os aman. ¿Ha podido alguno acercarse á vos y no amaros? ¿Cometer una falta por Roquiere, una mujer como vos!... ¡No! verdaderamente es increíble.

Lydia movió enigmáticamente la cabeza.

—No comprendéis..... no podéis comprender....

Algún día sabréis el motivo de mi elección.

—¡Me habláis de él con una tranquilidad!....

¿No tenéis ni aun la excusa de la pasión?

—Convengamos: la excusa del placer.

—Lydia, me asustáis.

—Bernheimer, me divertís demasiado.

—No sois franca. Veamos, ¿qué comedia representáis?

—No es una comedia, es un drama, en que tenéis vuestro papel, como los demás.

—¿Sois, pues, capaz de cálculos tan profundos? ¿Cómo! ¿Razonáis vuestra falta, vos, á quien yo creía tan recta y tan sencilla? ¿Nada ha podido conteneros? ¿No habéis pensado ni en vuestra madre, ni en vuestro marido?....

Una ola de sangre subió al rostro de Lydia, y con voz áspera exclamó:

—¡Mi marido! ¡Le odio!

—¡Le odiáis! ¿Por qué? ¡A él, la lealtad, la bondad misma!

—¡Callad! ¡No le defendáis, ó me pondréis fuera de mí! Si, le odio, le odio; cuanto hago, va dirigido en contra suya.

Mientras hablaba, todo en ella, su acento, su fisonomía, su gesto, delataba la ira. Concentrada su sangre en el corazón, estaba lívida; sus labios

temblaban, y sus ojos se hundían bajo la cejas.

—¡Me dais miedo!—dijo Bernheimer.

No exageraba. La linda condesa se le revelaba en aquel momento bajo apariencias que le daban mucho que pensar. La había visto poco antes friamente burlona, y su cinismo le había desconcertado. De repente, la veía perder la cabeza y la creía capaz de las mayores maldades. Abusando de que ella no se contenía ya, quiso llevarla tan lejos como pudiera, á fin de conocer su secreto; é insistiendo sobre el punto sensible:

—Debéis ser muy injusta. Ploerné es un caballero, y nada por su parte debe motivar vuestra cólera.....

Pero no le valió su habilidad. Ya Lydia se había dominado, y sólo respondió á las insinuaciones de Samuel con una amarga sonrisa.

—Veamos, hija mía—continuó.—No me negaréis el derecho que tengo de aconsejaros.

—¿Vinisteis aquí con ese objeto?

—Únicamente.

—Creí que con miras más interesadas. ¿De modo que me espiábais en nombre de la virtud?....

—¡Espíabais!..... ¡Qué palabra!..... ¿Tan mal comprendéis mi amistad?.... He querido daros un consejo saludable. Imaginad que en vez de ser yo, os hubiera sorprendido vuestro esposo, y medid las consecuencias.

Lydia lanzó una espantosa mirada, y apretando los dientes y casi á media voz:

—¿Y qué? Se hubiera entendido con Roquiere.

Aquella atroz respuesta, escapada involuntariamente á la joven, aclaró la situación. En un segundo comprendió Bernheimer todo lo que, según Lydia, no podía comprender. Había escogido

á Roquiere como á un matón para ponerlo frente á frente de Ploerné. No cabía duda: preparaba tan horrible combinación, para hacer matar á su marido por su amante. Bernheimer, bajo su coraza de egoísmo sensual, conservaba en un rincón de su conciencia un resto de honradez humana. Había calculado la vispera que, si por casualidad, Roquiere le desembarazaba de Ploerné, podría él llegar á ser el dichoso dueño de Lydia. La eventualidad entrevistá era ya probable, y, sin embargo, no experimentaba la alegría que antes. Miraba á la condesa con más curiosidad que ternura, y se le aparecía como lo que realmente era: un monstruo muy lindo, pero temible. Y dijo para sí: «Madame Lafarge no fué más criminal que este angelito. Si un día la hiciera mi esposa, ¿quién me asegura que, cansada de mí, no me haría servir una tisana envenenada por su maldita mulata? Conviene mantenerse á distancia de su deliciosa persona, y, en caso de interesarme por alguno, tomar la defensa de su inocente marido, á quien quiere hacer matar como un cordero por ese espadachín enamorado de Roquiere.» Viendo en el semblante de Lydia un principio de inquietud, causada por su silencio, continuó:

—Vamos, amiga mía, los dos hemos aventurado muchas especies atrevidas; quédense aquí y reflexionemos, vos sobre todo. Ha sido muy conveniente que hablemos, y debéis tener presente lo que os he dicho. En cuanto á mí, no quiero recordar lo que me habéis contestado, y que atribuyo, en parte, al estado de ánimo en que os he puesto. No tomo en serio vuestras declaraciones, y acariocio la esperanza de que vais á romper con un hombre indigno de vos.

—Eso es cuenta mía.

—En todo caso, hoy no le veréis. Ved, son las cuatro y media. Sería preciso entrar en explicaciones. Mejor será decirle que no habéis tenido libertad para venir.

—Y le diré la verdad.

—Vaya, venios conmigo. Mi coche espera al extremo de la calle. Os dejaré donde gustéis.

—¿No teméis comprometerme?

—¿Un viejo formal como yo?

—¡Buena formalidad!

La condesa creyó conveniente recobrar su ascendiente sobre Bernheimer, á quien temía haber asustado con sus revelaciones, y se fingió amable é insinuante.

—¿Y ese infeliz que se desespera ahí, tan cerca?

—¡Estúpido! ¡Todavía es demasiada dicha para él!... ¡Escuchad!... Ahora se va.

Se oyó el ruido de una puerta que se cerraba, y unos pasos lentos, y como de quien va á disgusto, en la escalera. Lydia y Bernheimer se acercaron á la ventana, y ocultos detrás de los visillos vieron á Mauricio tomar la acera adelante, con el bastón bajo el brazo, la cabeza inclinada y como contrariado. Lydia se volvió sonriendo hacia Samuel:

—¡Pobre muchacho! No sabrá nunca la privación que os debe.

—¡Vaya al diablo! Ya podemos salir.

Y acompañó á su coche á la linda condesa, que se extrañó de que no subiese con ella. Samuel cerró la portezuela.

—¿Adónde vais ahora?

—Á mi casa. ¿Por qué no venís conmigo?

—No es conveniente.

Partió el coche. Entonces Bernheimer, con el bastón bajo el brazo, como Roquiere, se dirigió á los Campos Eliseos. Durante el trayecto, repasó en su memoria los menores detalles de la escena, que acababa de provocar con Lydia. Se preguntó sobre ello con mucho interés, y acabó por confirmarse en su idea de que su enfriamiento hacia la condesa era verdadero. No la veía ya con los mismos ojos que el día antes. Se había transformado; y en lugar de la mujer coqueta, despreocupada, derrochadora que él amaba, veía aparecer una mujer maligna, violenta y temible, que le inspiraba repulsión. Ahondando con el pensamiento, recordó el silencio casi hostil con que Lydia acogía en otro tiempo todas las preguntas relativas á Teresa. Renacían en él sus antiguas dudas respecto á la sinceridad de la vocación religiosa de su ahijada, y se convencía más y más de que existía entre aquellas dos mujeres un misterio, á que no era extraño Ploerné.

Admitir que Raimundo hubiese cometido una acción mala ó desleal, era creer que había tenido por cómplice á Teresa; y el noble caballero y la honrada joven estaban por encima de toda sospecha. Era, pues, la otra la malvada. Para explicar su odio á Ploerné, preciso era que tuviese por qué acusarle, ó él á ella; y la idea de que Lydia tuviese alguna maldad sobre su conciencia, se imponía cada vez más á Samuel. Había llegado á la confluencia de la calle de Boissy d'Anglas y de la avenida Gabriel, habiendo recorrido, contra su costumbre, un largo trayecto, sin darse cuenta de ello. Permaneció un instante pensativo al borde de la acera, bajo la terraza del Círculo; y resolviéndose al fin, murmuró:

—Sí, es necesario ver á Teresa.

Tomó uno de los coches de punto en aquel sitio, y dijo al cochero: «Calle de Santiago.» Cuando se apeó á la puerta del convento, eran las cinco. Teresa, llamada al locutorio, se presentó á su padrino con su aire grave y dulce á la vez. Llegaba del jardín, y sus mejillas, de ordinario un tanto pálidas, azotadas por el aire libre, aparecían teñidas de color de rosa. Estaba muy linda con su toca blanca y llevaba su hábito de lana con una gracia de que no sabía desprenderse.

—Hija mía—dijo Bernheimer—vengo á saber cómo estás, y, si necesitas algo. No has renunciado todavía á todos los goces de la tierra y si te falta la cosa más pequeña.....

—Muchas gracias, padrino; estoy bien.

—¿De modo que no deseas salir de aquí?

—No, padrino.

—Después de todo, acaso tengas razón: el mundo tiene poco de agradable. Pasan en él horrores, y aquellos cuya felicidad parecía más asegurada, suelen ser los más desgraciados. En esta casa á lo menos, estás segura y tranquila..... No dependes de nadie, no te ves torturada por alguno de quien debieras esperar ternura y desinterés..... ¡Ah! ¡la vida está llena de decepciones!.....

Teresa miraba á Samuel sorprendida é inquieta. Nunca, delante de ella, había llegado á tal explosión de misantropía. Por el contrario, siempre que la veía, se esforzaba por apartarla de su resolución. Y he aquí que de repente le daba la razón, al concederle que tal vez su determinación era prudente. ¿Qué motivaba semejante lenguaje? ¿Para qué se la quería preparar? Porque en hombre tan avisado

como Bernheimer, no había palabra ociosa ni sin objeto.

—¿Con que soy yo—le dijo con cierta melancolía—la que hoy está obligada á demostraros las ventajas de la vida en el mundo y á reconciliaros con él? ¿De dónde proviene vuestro descontento?

Samuel le dirigió una mirada inquieta, y de repente:

—Sí, no he debido hablarte de este modo... ¿Para qué proporcionarte disgustos?... Hablemos de ti.

—No, padrino, yo querría tomar parte en vuestras contrariedades.

—Es inútil atormentarte por cosas que no podrías remediar.

—Pero puedo rogar para que El que todo lo puede las remedie.

—En eso tienes razón. Pues bien, hija mía, ruega por Raimundo, que no es todo lo dichoso que merece.

Si Bernheimer hubiese dudado del interés de Teresa por todo lo que á Ploerné se refería, se habría convencido en aquel momento. La joven palideció como si fuese á morir. Sus manos temblaron, haciendo sonar el pesado rosario que colgaba de su cintura, y sus ojos se llenaron de lágrimas. Sin embargo, no exhaló ni un suspiro; y de pie, rígida por un supremo esfuerzo de su voluntad, no se doblegó bajo el golpe. Sólo sus labios se agitaron: rezaba. Samuel la contempló enternecido. ¡Cuánto habría dado por poder estrecharla paternalmente en sus brazos, consolarla y no torturarla de aquel modo! Pero quería arrancarle algo de la verdad sin profanar los secretos pudores de su alma; y, para excitar la indignación de la joven, continuó fingiendo.

—Sí, sábelo, es un matrimonio desavenido. El marido y la mujer no se entienden. Raimundo es demasiado formal para Lydia; y aunque se esmera por agradarla, no la ve satisfecha, y no es para él lo que debía esperarse. Verdaderamente, el porvenir se anuncia muy amenazador. ¿Por qué esa mujer no ama á un hombre tan excelente? No se comprende. El le da cuanto desea, y hasta ha llegado á comprometer su fortuna para sostener el tren de casa que ella le impone; porque él no gusta del lujo, él es la sencillez misma. En cambio, la única preocupación de ella es el placer. Sólo piensa en divertirse, y esto la llevará muy lejos, nada la detendrá. La creo desprovista de sentimientos religiosos; y no amando á su marido..... ¿Comprendes?

Teresa había oído lo que Samuel le decía como en un sueño. Se evocaba el pasado ante sus ojos, y Lydia, falsa, egoísta, sensual y feroz, se le aparecía respondiendo con mofa á sus súplicas en favor de Raimundo y de ella misma. Había hecho todo el mal que podía. El triunfo de su ambición, la satisfacción de sus apetitos, no la habían aplacado, y después de la victoria permanecía implacable. Teresa murmuró con la voz alterada:

—No ha tenido nunca corazón..... Y además, le odia.

—¡Le odia! Sí, lo sé—afirmó vivamente Bernheimer.—¡Ha tenido la audacia de confesármelo!..... ¿Pero por qué? ¿Por qué le odia?

Se detuvo, asustado él mismo de haber ido tan lejos, con los ojos fijos sobre Teresa, interrogándola con el gesto, con la mirada, con todo su ser ardiendo en curiosidad, porque sabía que llegaba al punto decisivo, y que si la joven no habla-

ba en el calor de su emoción, no hablaría ya nunca. Pero Teresa era un alma cerrada. Retorcióse las manos con desesperación, estalló en sollozos largo tiempo contenidos, y cayendo rudamente de rodillas gimió: «¡Dios mío! ¡Dios mío!» Pero no se explicó. Bernheimer no podía conformarse con haber llegado tan cerca de la revelación y no hacer un esfuerzo más para obtenerla, para arrancarla, y exclamó:

—Tú lo sabes todo. ¿Por qué no hablas? ¿Tan terrible es tu secreto?

—¡Oh! ¡No puedo, no puedo!—contestó la joven, juntando las manos, rezando y llorando á un tiempo, y vueltos los ojos al gran crucifijo que en la pared del locutorio mostraba sus brazos convulsos entre las tinieblas del Gólgota.

—¿No quieres á Raimundo? ¿Sabes que una palabra tuya podría salvarle?

—¡Oh! ¡Me atormentáis! ¡Tened piedad de mí!

—Dime sólo por qué le odia.

—¡No! ¡No! Es imposible.

—A tí también te odia. Lo sé hace mucho tiempo. ¿Es por la misma razón?

—No me preguntéis nada.

—¿Esperarás á que ella le haya hecho matar?

A estas palabras, una expresión de extravío pasó por el rostro de Teresa. De su boca brotó este grito desesperado:

—¡Miserable! ¡Quiere vengar al otro!

—¿El otro?—exclamó Bernheimer.—¿Qué otro?

—¡Oh! ¡Me he vendido! Estáis torturándome hace media hora. Me hacéis sufrir mucho. Bien veis que quiero callarme, y no obstante.... ¡No, no! Es preciso.... Este secreto no me pertenece.... Y si Raimundo lo supiera, moriría más se-

guramente de horror y de vergüenza.... Me volvéis loca con vuestras preguntas.... Dejadme en paz, mi buen padrino, y si me tenéis algún cariño velad por él, pues por lo que me habéis dicho, presiento un peligro espantoso.... ¡Oh! ¡Ella sería inexorable! ¡No la conocéis! ¡No la habéis visto en acción.... ¡Es un monstruo! ¡Sí, un monstruo!

Calló, y las lágrimas corrieron por sus pálidas mejillas. Samuel la había levantado, y sentados uno junto al otro permanecían silenciosos, oprimidos por intensa emoción. Por fin Teresa, enjugándose los ojos y mirando á su padrino con desesperación:

—Para que me hayáis interrogado así, preciso es que Raimundo se halle expuesto á muy grave peligro. Bastante os he dicho para que comprendáis hasta qué punto hay que guardarse de Lydia. Si queréis saber toda la verdad, dirigíos á Ploerné. El solo tiene derecho á deciros lo que ignoráis. Pero si le preguntáis, tened cuidado, sed prudente, y sobre todo, ni una alusión á su mujer.... No le habléis más que de mí.... ¡Sí, de mí sola! Esto bastará, si quiere explicarse, para que os instruya de todo. Pero en todo caso, mi buen padrino, velad por él.... Le veo amenazado en su honor y en su vida.

Bernheimer tomó las manos de su ahijada, la atrajo á sí, y con un supremo esfuerzo de persuasión:

—¡Teresa, sería tan sencillo revelármelo todo!...

—¡No! ¡Es imposible!—exclamó de nuevo la joven.—No lo esperéis de mí.... Si callé cuando se jugaba mi vida entera, no he de hablar ahora que he cumplido mi sacrificio.

—¿Tu entrada en el convento fué, pues, consecuencia de ese suceso misterioso?

—¡Nada! Nada, padrino mío—dijo Teresa fuera de sí. Si me queréis, no me preguntéis nada más. Me hacéis mucho daño..... ¡Adiós! ¡Adiós! Y vedad por él.

Dejóse besar por Samuel, le estrechó la mano convulsivamente y abandonó el locutorio.

Al partir en el coche que le esperaba, Bernheimer cerró los ojos y trató de llenar las lagunas del relato de Teresa. El hecho capital, dominante, era la decidida intención de Lydia de castigar á Ploerné. ¿Por qué? Para vengar «al otro». ¿Quién era el otro? ¿Cuándo y dónde se había manifestado? ¿Vivía? ¿Había muerto? Muerto, sin duda, puesto que se trataba de vengarle; y muerto, Samuel no osaba decir que por mano, sino por causa de Ploerné. ¿Mas en qué circunstancias? ¿En qué época? ¿Dónde y por qué motivo?

No andaba lejos Samuel de la verdad material, pero no daba con las causas, y esto se explicaba. El duelo de Tolón, seguido de un proceso discretamente conducido, no se había hecho público. La prensa, único agente de los escándalos, no había sido informada por la curia. El gobierno marítimo, después de una información de la justicia sobre los papeles de Girani, cayó en la cuenta de que los oficiales de la escuadra acogían á ciertos extranjeros con demasiada lealtad y confianza. Listel, Houchard y sus compañeros, seriamente amonestados por su jefe superior, habían jurado ser más cautos en lo sucesivo.

Bernheimer ignoraba, pues, lo que le habría puesto en un instante al corriente de lo que tanto le interesaba descubrir. Tenía, sin embargo, el cabo del

hilo conductor, y esto, dada su imaginación, era casi la certidumbre de llegar hasta el fin. Convenido de lo crítico de la situación y de la proximidad del desenlace, estaba decidido á intervenir. Entre Raimundo y Teresa, por una parte, pues para él su causa era común, y Lydia por la otra, no vacilaba. Teresa y Raimundo personificaban la buena causa; la mala, aquella infernal criollita, que le había hechizado con sus gracias y sus monadas, hasta hacerle perder todas las dotes de observación que tanto le habían aprovechado durante su vida. Decíase interiormente: «Si ella se me presenta más hipócrita, fingiendo remordimientos en vez de arrojar imprudentemente la máscara, me coge en sus redes y me zarandea una vez más. Yo la aconsejo, la riño, dándole golpecitos en las manos, la beso paternalmente para calmar su pena y atenuar su vergüenza, y me conduce á la catástrofe final, sin ver yo otra cosa que lo que ella hubiera querido mostrarme: sus bellos ojos, sus lindos dientes, y el endiablado atractivo de su persona. Porque de esto no hay que hablar: es una mujer encantadora. Si á pesar de todo yo fuese un canalla, ¡qué partido no podría sacar de su imprudencia! Sí; en pago, no de mi ayuda, sino de mi neutralidad, á estas horas se habría rendido la linda condesa!»

Samuel sintió un escalofrío por todo su cuerpo, y el vicio, en él tan imperioso, le hizo ver cuadros incitantes, le deslizó en el oído malignos consejos. «¿Qué te importa todo eso, si tú te burlas de la virtud? ¿Qué significa la razón para quien como tú no reconoce más ley que el éxito? La razón es del que triunfa. ¿Vas á encargarte de enderezar los entuertos de la humanidad? Los hombres, todos miserables; las mujeres, todas falsas. No hay nada

cierto más que tu capricho; nada absoluto más que el placer. ¡Ah! Bernheimer, tú te aprestas á negociar las acciones de la moral. Eso te costará disgustos, ¡desdichado! y Lydia se burlará de tí. ¡Piensa, al contrario, en la felicidad de verla hacerse mimosa por agradarte, de poseer esa maravilla! ¡Qué placer tan íntimo, y qué satisfacción del amor propio! ¡Qué consideración merece un marido que no ha sabido conquistar á tan deliciosa criatura? ¡Vas á hacer ahora la causa de los maridos, cuando siempre has estado al lado de las mujeres? Sería chistoso, y darías que reír. Raimundo, bien mirado, es un tonto. En cuanto á Teresa.....»

El recuerdo de su ahijada bastó para destruir el hechizo de la tentación que encantaba á Samuel, y pensó: «Es Lydia más peligrosa que la suponía, puesto que, en un instante, el prestigio de su belleza, el atractivo de su malicia amorosa me turban hasta el punto de que olvido mis resoluciones y cambio de proyectos. Es necesario andar con mucho tiento y jugar cerrado. Mi monjita me lo ha dicho: ¡es un monstruo! Vamos, pues, á lo más urgente; y para saber bien cómo debo obrar, procuremos hacer hablar á Floerné.»

IX

Desde que Bernheimer se retiró del *Comptoir*, las acciones subieron más que nunca, como si él sólo contuviese el impulso de los valores y mode- rase su alza repentina. Reemplazado por Herzog, el financiero luxemburgués, el iniciador de negocios internacionales, el banquero se consideró como libre, y asistía con curiosidad á las fases de

la lucha empeñada entre la alta banca y las grandes fortunas aristocráticas. No tomaba parte en ella, contenido por un escrúpulo de conciencia. Sin embargo, veía que se preparaba el estallido, y con su buen olfato, que no le había jamás engañado, sentía llegar la baja. El gobierno comenzaba á inquietarse seriamente por el quebranto de la Renta y de los Caminos de hierro, en beneficio del *Comptoir*; y descubriendo enemigos en los acaparadores de los valores triunfantes, se veía arrastrado á intervenir en la lucha, á destruir de un golpe la oposición, derribando la nueva institución financiera. La situación era, pues, amenazadora.

Pero lo que para Bernheimer era motivo de inquietud, lo era de confianza para los accionistas del *Comptoir*. Su entusiasta credulidad aumentaba con el alza. Había en círculos y salones extraordinaria concurrencia. No se hablaba más que del *Comptoir*, y se hacían y deshacían fortunas en una semana, según que los especuladores jugaban al alza ó á la baja. Una especie de vértigo se apoderaba de los más prudentes, y las acciones, que habían quintuplicado su valor, aún prometían beneficios sin límites.

Los que habían puesto sus capitales en el negocio, deslumbrados por éxito tan brillante, jugaban en descubierto, para aumentar su ganancia, y contestaban con sarcasmós á las tímidas observaciones que sus mejores amigos se arriesgaban á hacerles. El movimiento era general, y bajo el inmenso empuje del público, la alta banca hubo al fin de ceder, á pesar de su resistencia. Se citaban las pérdidas del sindicato formado para luchar con el *Comptoir*. Tres veces había repuesto ya su capital de combate, y se contaban sus pér-

cierto más que tu capricho; nada absoluto más que el placer. ¡Ah! Bernheimer, tú te aprestas á negociar las acciones de la moral. Eso te costará disgustos, ¡desdichado! y Lydia se burlará de tí. ¡Piensa, al contrario, en la felicidad de verla hacerse mimosa por agradarte, de poseer esa maravilla! ¡Qué placer tan íntimo, y qué satisfacción del amor propio! ¡Qué consideración merece un marido que no ha sabido conquistar á tan deliciosa criatura? ¡Vas á hacer ahora la causa de los maridos, cuando siempre has estado al lado de las mujeres? Sería chistoso, y darías que reír. Raimundo, bien mirado, es un tonto. En cuanto á Teresa.....»

El recuerdo de su ahijada bastó para destruir el hechizo de la tentación que encantaba á Samuel, y pensó: «Es Lydia más peligrosa que la suponía, puesto que, en un instante, el prestigio de su belleza, el atractivo de su malicia amorosa me turban hasta el punto de que olvido mis resoluciones y cambio de proyectos. Es necesario andar con mucho tiento y jugar cerrado. Mi monjita me lo ha dicho: ¡es un monstruo! Vamos, pues, á lo más urgente; y para saber bien cómo debo obrar, procuremos hacer hablar á Floerné.»

IX

Desde que Bernheimer se retiró del *Comptoir*, las acciones subieron más que nunca, como si él sólo contuviese el impulso de los valores y mode- rase su alza repentina. Reemplazado por Herzog, el financiero luxemburgués, el iniciador de negocios internacionales, el banquero se consideró como libre, y asistía con curiosidad á las fases de

la lucha empeñada entre la alta banca y las grandes fortunas aristocráticas. No tomaba parte en ella, contenido por un escrúpulo de conciencia. Sin embargo, veía que se preparaba el estallido, y con su buen olfato, que no le había jamás engañado, sentía llegar la baja. El gobierno comenzaba á inquietarse seriamente por el quebranto de la Renta y de los Caminos de hierro, en beneficio del *Comptoir*; y descubriendo enemigos en los acaparadores de los valores triunfantes, se veía arrastrado á intervenir en la lucha, á destruir de un golpe la oposición, derribando la nueva institución financiera. La situación era, pues, amenazadora.

Pero lo que para Bernheimer era motivo de inquietud, lo era de confianza para los accionistas del *Comptoir*. Su entusiasta credulidad aumentaba con el alza. Había en círculos y salones extraordinaria concurrencia. No se hablaba más que del *Comptoir*, y se hacían y deshacían fortunas en una semana, según que los especuladores jugaban al alza ó á la baja. Una especie de vértigo se apoderaba de los más prudentes, y las acciones, que habían quintuplicado su valor, aún prometían beneficios sin límites.

Los que habían puesto sus capitales en el negocio, deslumbrados por éxito tan brillante, jugaban en descubierto, para aumentar su ganancia, y contestaban con sarcasmós á las tímidas observaciones que sus mejores amigos se arriesgaban á hacerles. El movimiento era general, y bajo el inmenso empuje del público, la alta banca hubo al fin de ceder, á pesar de su resistencia. Se citaban las pérdidas del sindicato formado para luchar con el *Comptoir*. Tres veces había repuesto ya su capital de combate, y se contaban sus pér-

didas por cientos de millones. El pánico empezaba á llegar á la Bolsa. Los más razonables, los más expuestos, atemorizados por aquella subida, sin cesar creciente, semejante á la marcha irresistible de una inundación, perdían la cabeza, y, cambiando de posiciones, se ponían á la baja á fin de asegurar una contrajugada en caso de desgracia.

Sólo Bernheimer, siempre bajo las columnas, seguía imperturbable. A cuantos amigos le consultaban, daba el mismo consejo: «Absteneos, realizad vuestra ganancia, si la tenéis, y no os mováis.» Acababa de liquidar la cuenta de Lydia y de tomar para la joven un millón doscientos mil francos. Reunió en un paquete los billetes de banco, compró en casa de Susse un lindo cofrecito, guardó en él el enorme legajo, y se hizo llevar á la calle Rembrandt. No había visto á la condesa después de la cita fallida, y hacía una semana que no encontraba á Ploerné. Deseaba, pues, hallarlos á ambos, al marido sobre todo. Lydia le recibió en su gabinete, recostada, descubriendo por la abertura de sus mangas un brazo redondo, fresco, nacarado, tentador como una hermosa fruta. Le tendió la mano, que él besaba siempre con voluptuosa lentitud; pero su resolución era firme, y se contentó con oprimir los finos dedos que se ofrecían á sus labios. Ella le miró maliciosamente, y con una voz de niña:

—¿Se ha concluido la amistad? ¿No hay ya nada para mí en ese corazón?

¡Ah! ¿Qué poder debía tener aún sobre él! Samuel se estremeció á la caricia de su palabra, se turbó ante la dulzura de sus ojos, y tuvo que exhortarse á la resistencia para no caer en el encan-

to de la tentación. Respondió, no obstante, con fingida ingenuidad:

—¿Por qué esas sospechas? ¿Qué pude hacer para merecerlas?

—Estáis hoy, Samuel, muy frío con vuestra amigueta. ¡Oh! no tratéis de negarlo. No se me puede engañar. Sé cuándo se me ama y cuándo no.

Samuel afectó cierta contrariedad.

—¿De qué me serviría amaros?

—¡Oh! ¿Quién sabe?—dijo ella sonriendo.—No tenéis paciencia, Samuel.

—A mi edad no queda tiempo para tenerla.

—¡A vuestra edad! ¡Sois un grandísimo hipócrita! ¡Yo os encuentro muy joven!

Pronunció estas últimas palabras con un dejo de ironía tal, que Bernheimer se sintió herido en su cuerda más sensible. Su rostro se contrajo, y recalcó con amargura:

—Muy joven, en efecto.

Y pensó: «Se burla de mí á su placer. ¡Buena! Yo no habría pagado aquí las costas. Démonos, á lo menos, el lujo de ser virtuosos.»

Tomó el cofrecito, y poniéndolo sobre las rodillas de la joven, le dijo:

—No conservaré ya ningún mérito á vuestros ojos, puesto que voy á dejar de seros útil. Aquí tenéis el producto de la especulación que encomendásteis á mi cuidado. Me confiásteis doscientos mil francos y os traigo seis veces la cantidad. Es un millón de beneficio. En adelante no dependeréis de nadie, y si vuestros caprichos os llevan á una situación delicada, tendréis siempre con qué vivir.

En vez del cumplido que esperaba, dijole ella secamente:

—Os quedo muy obligada, querido amigo, pero acaso habéis realizado antes de tiempo. Desde que vendisteis, el papel sube sin cesar, y pierdo una suma de consideración.

Mirábalo muy seria, y leyendo Samuel en sus ojos la duda de si sería tan entendido como aseguraban, y ella misma había creído, pensó:

Además me toma por un imbécil. ¡No faltaba más que esto!

—No os fiéis—le dijo.—Nada vale lo que una hermosa ganancia positiva dentro de una caja con llave. Ya la tenéis, no vayáis á arriesgarla.

Se levantó para despedirse, pero temerosa la condesa de que se fuese disgustado, se le aproximó cariñosamente, diciéndole:

—No hablemos más de negocios, si os parece. Estas enojosas cuestiones de dinero todo lo envenenan. Seamos amigos. Habéis traído la cara de bolsista, y no me agrada. ¡Vamos, haced un esfuerzo para complacerme!

—Hice ya cuanto pude, y desespéro de conseguirlo.

—¿Estáis en un día de desaliento?

—No; estoy en un día de cordura.

—¿Qué os produce ese efecto?

—La locura de los demás.

Fruició la condesa el entrecejo, no acostumbrada á la resistencia. La de Bernheimer á su capricho la sublevó y volvió á mostrarse desabrida y fría, como cuando, debiéndole una fortuna, le reconvinó por haberla hecho perder mucho dinero. Si ella le había mortificado, él no había querido complacerla. Separáronse, pues, casi como enemigos. Apenas hubo el banquero cerrado la puer-

ta del salón, cuando Lydia se echó á reir desdenosamente diciendo:

—¡Viejo imbécil! Si yo quisiera, sólo con un gesto le tendría de rodillas á mis piés. Pero he sacado de él lo que me proponía, por el momento..... Una fortuna..... Sí, ciertamente, y puedo ahora nó temer al porvenir.

Cogió el cofrecito, contó los fajos de billetes y lo guardó todo en un mueble de su cuarto.

Al salir de las habitaciones de la condesa, Bernheimer se informó de que Raimundo estaba en casa, y entró en el despacho del conde de Ploerné. Sentado delante de una mesa, el marido de Lydia escribía. Levantóse vivamente y se adelantó con la mano abierta al encuentro de Samuel.

—¿Cómo, sois vos, mi querido Bernheimer? ¿A qué debo el placer de veros? Reserváis todas vuestras atenciones para mi mujer..... Llevad cuidado, no vayáis á jugarme alguna mala pasada.

—He visto á la condesa—interrumpió Samuel—salgo de su cuarto. Pero tengo necesidad de hablaros.....

—¡Qué escucho!

—Estáis comprometido en el *Comptoir*, ¿no es cierto? Y muy seriamente.

—Sin duda.

—Vuestra esposa, ¿os ha aconsejado vender hace dos días?

—Al contrario, me ha animado á comprar.

Por muy dueño de sí mismo que fuese Bernheimer, no pudo dominar un estremecimiento repentino y prosiguió:

—¿Estáis bien seguro de que os ha inclinado á comprar?

—¡Cómo! Segurísimo. Como que delante de ella escribí á mi agente.

—¿Quién es?

—Tresorier.

—¿Le habéis visto después?

—No. ¿Para qué?

—¿Cómo para qué? Sin duda no sabéis lo que hacéis ni lo que pasa.

—Trato mucho á los administradores del *Comptoir*, varios de ellos son amigos míos. Sé la lucha entablada entre los banqueros y nuestra Sociedad. Sé también que hemos triunfado en toda la línea.....

—Veamos, Ploerné, ¿tenéis confianza en mí? ¿Queréis decirme, francamente, hasta qué punto os habéis comprometido? Bien sabéis que no abusaré de vuestras referencias. Conozco el *Comptoir* mejor que nadie y podría aconsejaros bien.

—Querido amigo, tengo en vos completa confianza, pero estáis prevenido en contra del negocio..... Lo habéis abandonado..... No creéis en él..... Y, sin embargo, desde que lo dejásteis.....

—¡Voto á tal!—exclamó Bernheimer.—Lo hice para no autorizar con mi nombre un alza que consideraba insensata; para poner á cubierto mi responsabilidad..... No paso por tímido en la Bolsa, y preciso es estar ciegos para no haber comprendido mi retirada.

—No se puede, sin embargo, ir contra la evidencia..... Los hechos hablan..... Las acciones no han cesado de subir..... Continúan subiendo.....

—Eso no puede durar.

—¿Por qué no?

—¿Por qué?..... Porque á fuerza de tirar de la cuerda, se rompe.

—No se romperá.

Aquella resistencia de Ploerné era inexplicable para Samuel. Notaba en ella y en la viveza de las respuestas, como un esfuerzo hecho en defensa propia. El banquero quiso llevarlo más lejos, para saber por completo á qué atenerse.

—Explicadme, querido amigo, vuestro cambio. Hace unos meses, cuando se trató de que tomáseis acciones, vuestra repugnancia fué tanta como ahora vuestro entusiasmo.

—No sabía entonces con quién me comprometía.

—¿Y lo sabéis ahora?

—Sí, todos son amigos míos.

—¡No me queda más que oír!..... Un negocio dirigido por Herzog, ¡el primer tunante de Europa, y no es poco decir! ¡Un consejo de administración reclutado en la alta sociedad!.....

—No habléis mal del Consejo, porque soy desde ayer uno de sus miembros.

A estas palabras, Bernheimer se quedó aturcido, como si el cielo se desplomase sobre su cabeza. Pero no era hombre de largos desalientos. Una ola de sangre le subió á la cara, y exclamó:

—Raimundo, ¿quién os ha aconsejado eso?

—Mi mujer.

—¿Y es un hecho?..... ¿Es irrevocable?

—He dado mi firma.

Descargó Bernheimer tal golpe sobre la mesa, y lanzó tal juramento, que el marino dió un salto hacia atrás.

—¿Es decir, que estáis loco de atar? ¿Y ella?..... ¿ella?.....

Iba á decir «y yo que le avisé,» pero se contuvo á tiempo, y prosiguió:

—¡Gracias al cielo es tiempo todavía!..... ¡Ha-

béis hecho buena jugada!..... ¡Y sin que se sepa! ¿Habéis asistido al Consejo?

—Anoche.

—Eso pasará desapercibido..... Sentaos á esa mesa, y enviad vuestra dimisión.

—Es imposible.

—¿Imposible? Lo imposible es que sigáis allí un solo momento..... ¡Por lo visto no comprendéis lo que os digo! ¿Es que queréis que os lleven á los tribunales?

—¡A los tribunales!

—¡Precisamente!..... Eso arriesgáis..... ¿Queréis que os explique cómo se logra un alza semejante? Pues es muy sencillo. Con los fondos del *Comptoir*, la Dirección compra las acciones en la Bolsa. Por no querer prestarme á esta maniobra, hube de abandonar el negocio..... La caja está llena de títulos comprados por cuenta de la Sociedad..... Pero una operación de este género tiene un término; y el día en que llegue, asistiréis á un espantoso cataclismo.

—El Consejo no sabe nada.

—El Consejo está compuesto de incautos, tan poco versados como vos en asuntos financieros, por más que se adornen con apellidos ilustres, y que se dejen engañar por tres ó cuatro perdidos de que se vale la Dirección.

—Pero la Dirección.....

—No hablemos más sobre el particular..... Es lo mejor que podemos hacer.

—¿Quién me prueba que estáis bien informado?

—¡Yo, que acabo de salir de esa caverna! No seáis terco.

Ploerné permaneció un instante pensativo. Después, llegándose á Samuel, que se había acer-

cado á una ventana y golpeaba con los dedos nerviosos sobre un cristal:

—¿Me autorizáis á repetir vuestras palabras á mis amigos del Consejo?

—¡Nunca, jamás!—gritó Samuel.—Me acusarían mañana de haber provocado el pánico. Os he prevenido: obrad. A cada cual lo suyo.

—No puedo abandonar á mis amigos en estas circunstancias—dijo Raimundo con firmeza.

—¡Pero habéis perdido del todo la razón!—gritó Bernheimer. Se trata de un negocio de Bolsa, y no de una conspiración..... ¿Vais á tomar el asunto por lo trágico, y á creerlos un traidor, porque os pongáis en salvo?

—Dejando que se pierdan mis amigos.

—Tanto peor para ellos. ¿Esperáis convencerlos mejor que yo? Hice cuanto pude por desenganarlos, y me han bafado y escarnecido..... ¡Que pidan limosna! No veo en ello ningún inconveniente. Lo que salga de sus bolsillos entrará en los de los otros..... ¡Nada se habrá perdido! Quedarán unos cuantos pájaros desplumados, y nada más. En cuanto á vos, quiero sacaros de este mal paso. Dejáos de puritanismos, y sed práctico. Vamos, pronto, cuatro letras, y estáis fuera del paso.

—Todos ó ninguno.

—¡Idos al diablo!—gritó Samuel exasperado.—Así me recompensáis por mis buenos deseos.

—Esperaré.

—¡Bueno! esperad, y enteraos.

A pesar de sus buenos informes, Bernheimer no creía inminente la catástrofe; y la dilación concedida á la obstinación de Ploerné, debía tener fatales consecuencias.

—En todo caso, ¿podré contar lo que me habéis dicho á mi mujer?

—Ni una palabra.

—¿Pues no es Lydia vuestra confidente?—preguntó Raimundo sonriendo.

—No mezclemos á las señoras en asuntos tan graves. ¿Me prometéis no decir á nadie lo que os he confiado?

—Sí.

—Bien está. Pero creedme, no perdáis tiempo.... Y sobre todo, ¡vended.... vended!....

—Sucedá lo que quiera, siempre os quedaré reconocido por vuestro interés.

—¡Ah! Es que alguien á quien yo quiero de veras, se interesa mucho por vos.

—¿Quién?—preguntó Raimundo admirado.

—Teresa.

Ploerné palideció, tornándose inquieto y pensativo.

—¡Ah! Teresa..... sí..... ¿La habéis visto recientemente?

—La he dejado para venir aquí.

—Pobre Teresa.....

—¿Por qué la compadecéis?..... Es muy feliz.

—Muy feliz—repitió el conde.....—¡Tanto mejor! ¿Y ella os ha hablado de mí..... favorablemente?....

—¿Podría ser de otro modo?

Ploerné bajó la cabeza y guardó silencio.

—Lo mismo que ella, cuando le hablo de vos—dijo Bernheimer:— baja la cabeza y dice: ¡Pobre Raimundo!

Al oír esto, el marido de Lydia perdió su serenidad, y, enrojecido el semblante y vaga la mirada, permaneció confundido y como avergon-

zado. Decíase interiormente: «¿Por qué me compadece? ¿Me juzga desgraciado? ¿En qué se funda? Separada de mí desde mi matrimonio, su compasión debe referirse á hechos anteriores. ¿A cuáles?» Crispáronse sus manos. Cuanto se relacionaba con los dolorosos acontecimientos posteriores á su regreso á Francia, constituía para él un tormento. Había guardado voluntariamente silencio sobre aquella época siempre oscura de su vida, pero no había olvidado. Una duda quedaba siempre en el fondo de su pensamiento, como fuego amortiguado bajo la ceniza, que puede reanimarse con un soplo. La insidiosa observación de Samuel acababa de resucitar esta duda. Y el conde, olvidando la presencia del banquero, olvidando sus preocupaciones financieras, se había sumergido en peligrosas reflexiones. «¿Por qué decía Teresa: ¡Pobre Raimundo! ¿Era él el verdugo y ella la víctima, y de ella provenía la piedad! ¿Podía experimentar hacia él otros sentimientos que el horror y el odio? ¡Y sin embargo, excitaba á Bernheimer á interesarse por él!»

El recuerdo de su conversación con la novicia durante la venta, se presentó á su imaginación, y la actitud dulce y afectuosa de la joven aumentó su incertidumbre. ¡No! Ella no le aborrecía, él no le inspiraba horror. Y, no obstante, le había hecho mucho daño. A menos..... Y ante este «á menos», profundo y oscuro como un abismo, permanecía irresoluto, sin atreverse á sondearlo, temeroso de lo que pudiera descubrir. En la penumbra que le envolvía, creía oír la risa de Lydia, falsa, horrible, insultante, y ver su rostro contraído por la fiereza y la burla. Por una espantosa transformación, á la que él había creído noble, pura, inocente, la en-

contraba repentinamente vil, malvada, impúdica. ¡Y le había dado su nombre, y le había sacrificado hasta Teresa, refugiada en un convento, y que pedía por él! Exhaló un profundo suspiro, apoyó la mano contra la frente, y murmuró:

—¿Cómo saber?.....

La voz de Bernheimer contestando: «¿Saber qué?» le volvió á la realidad. Hizo un gesto de sorpresa, viendo al banquero cerca de sí; pero dominado por una violenta curiosidad, le preguntó:

—¿Os ha confiado Teresa alguna vez el motivo de su entrada en el convento?

—Siempre que la he preguntado me ha dicho que su vocación, pero nunca lo he creído; y no hace mucho, al pedirle de nuevo explicaciones, exclamó: «Si queréis conocer los motivos preguntad al señor de Ploerné.»

—Eso ha dicho? ¿En qué tono? ¿Con cólera? ¿Maldiciéndome?.....

—Nada de eso. Acababa de hablarme de vos con mucho afecto.

—¡Imposible!—interrumpió Raimundo con voz apagada.—Imposible, ó todo vuelve á quedar en el misterio.

—¿Todo?..... Acabad. ¿De qué se trata?

—Os digo que me odia. ¡Oh, debe odiarme!..... —exclamó Ploerné.—¿No soy yo quien hirió á su amante? Sí, herido mortalmente..... Mas yo ignoraba todavía que ella le amase. Si el infame hubiese hablado, todo se habría puesto en claro!..... ¡Se negó, y le maté!.....

—¡Muerto!..... ¿Estáis seguro de que ella le amaba?

—Ella misma me lo confesó la noche terrible

en que la sorprendí en la cita que el miserable le había dado.

—¿Teresa una cita?—interrumpió Bernheimer.— ¡Estáis loco!

—Si aquel hombre no fué por ella, ¿por quién fué?—gritó Ploerné fuera de sí.—Me obligáis á proponerme de nuevo este horrible problema, que tantas veces ha torturado mi razón! Si no era Teresa, ¿quién era?

Samuel, delante de Raimundo tembloroso y exaltado, guardó silencio.

—¡Responded!—gritó el joven.—¿Qué creéis vos?..... O mejor, ¿qué os ha contado Teresa?

—Nada, palabra de honor.

—¿Qué se proponía entonces, interesándoos en preguntarme los motivos de su clausura?

—No exijáis de mí, querido amigo, lo que no sé. Probable es que mi ahijada aludiera á su proyecto de hacerse monja después de la muerte de su madre, proyecto que vos combatisteis.

—¡No es eso!.....

—Entonces, no puedo daros la menor explicación..... Las esperaba de vos..... y me las habéis dado terribles.

—¿No os han convencido?

—Me han causado gran sorpresa.

—¿Las halláis inverosímiles?

—¡Si la misma Teresa lo ha confesado, como acabáis de decirme!.....

Ploerné se quedó un instante pensativo. Después, haciendo un doloroso esfuerzo:

—¿Habrá tenido interés en hacerlo?.....

—¿Y había de condenarse voluntariamente, siendo inocente?..... ¡No lo creáis!

—Lo he temido muchas veces, y era para mí un

suplicio inexplicable.... Desde hace un año, me habéis visto frecuentemente triste, preocupado y melancólico; ahora comprenderéis por qué. Había dos mujeres en la casa donde entraba el miserable.... Dos mujeres, Teresa y Lydia.... ¿Adivináis, Bernheimer, lo que me he preguntado tantas veces, aun después de la confesión de Teresa?....

—¡Os llamé loco hace un momento—dijo Samuel—pero lo estáis ahora mucho más!.... Ea, Raimundo, no os atormentéis de ese modo. ¡Ay! Teresa no ha mentido, todo me lo confirma.... Tuvó una hora de debilidad, y la expiará con toda una vida de caridad y de devoción.... No busquéis otra cosa que lo que ella misma nos ordena creer.... No envenenéis vuestra vida, puesto que tenéis lo necesario para ser dichoso.... Adiós.... Sed razonable.

A estas palabras, los ojos de Ploerné se llenaron de lágrimas. Palideció, cogió la mano de Samuel, la estrechó con fuerza, y balbuceó:

—Gracias, Bernheimer.... Adiós....

Y haciendo un movimiento de desesperación entró en su cuarto. Samuel, muy confuso, salió del despacho y ganó la escalera. Mientras bajaba, pensó: «Ahora todo está claro como el agua. Lydia es la infame. Habiendo de escoger una culpable entre Lydia y Teresa, preciso es que este pobre joven esté maleficiado, para vacilar siquiera. ¿No salta á los ojos que fué ese diablillo encantador la causa del conflicto? ¡Y cómo se encadena todo!.... En su rencor, no puede perdonar á Ploerné la muerte de su amante, y sueña con hacerle matar por Roquiere. Teresa no se ha engañado, y su exclamación: «Ella quiere vengar al otro,» es el resumen de la

historia. ¿Pero por qué acusarse de una falta que no había cometido?

De pronto, dándose una palmada en la frente, exclamó: «¡Qué imbécil soy! Tesesa ama á Raimundo. Al verlo trastornado por sus angustias y sus sospechas, é inclinado á todas las violencias, justificó á Lydia para salvar á ese desgraciado de la desesperación. Si, sus ojos azules no engañan. Y ha tenido el heroísmo de sacrificar su amor, su honra, todo, para mayor satisfacción de una malvada que se ríe de ella, y sólo piensa en hacer matar á su marido. ¡Oh, pero esto no será!»

Bernheimer salió de la casa, montó en el coche y se hizo llevar á la suya. Mientras avanzaba al trote de su caballo, reflexionaba:

«Tengo los hilos de la intriga. Lydia, que es decididamente un monstruo de maldad, ha combinado su venganza para perder irremisiblemente al que odia. Le compromete en una operación financiera, en que debe dejar su fortuna y su vida: porque le conozco, y si se ve comprometido y encausado, se saltará la tapa de los sesos. Y para el caso en que no tome esta resolución extrema, tiene de reserva un mozo fuerte que le desembarace de él. ¡Y yo he sido el agente principal de esta operación! Me ha hecho dar vueltas como á una devanadera.... mofándose de mí.... con Roquiere acaso.... ¡Oh! ¡Si yo lo pudiese!.... ¿Y qué haría más de lo que estoy dispuesto á hacer? Porque yo no puedo mirar impasible el desarrollo de este drama. Es un deber de conciencia. La cuestión es saber cómo he de cumplirlo.... ¿Prevenir á Ploerné? Imposible. ¿Obligar á Lydia á detenerse, cuando casi toca al término de sus planes? Imposible. ¿Advertir á Roquiere del papel que se le pre-

para? Imposible. ¿Entonces qué? Complicada es la trama y muy apretados los nudos. Urge, no obstante, encontrar un medio.»

En esto llegó á su casa. Entró, echó una mirada distraída sobre el correo, y se sentó en el lujoso salón oriental donde Lydíá brillara como un sol la noche de la fiesta. La creía entonces honrada y candorosa: ¡y cómo la amaba! La coqueta se entendía ya con Roquiere. ¡Con qué gracia bailaba! Todos se detenían para admirarla, cuando pasaba por entre la multitud como una reina. ¡Con qué dolor comparaba Samuel el pasado y el presente! Pero no estaba allí para perder el tiempo en evocar recuerdos, sino para imaginar un medio de defender á Raimundo del doble peligro que corría. Del que amenazaba á su fortuna, no había que ocuparse por el momento, aunque no carecía de gravedad. El que amenazaba á su honor era el apremiante y terrible, porque podía alcanzarle y herirle de un momento á otro.

En vano Bernheimer daba vueltas y más vueltas al problema en su cabeza: no encontraba solución satisfactoria. Obrar y abstenerse, hablar y callar, todo era igualmente peligroso. Amagaba un desastre por cualquier lado que se buscase salida. Decir la verdad á Ploerné, era matarlo; ocultársela, dejar á Lydíá en libertad para que le tendiese algún horrible lazo. Jamás, ni aun en los tiempos de sus luchas financieras más violentas, se había visto Samuel tan apurado. Lo que sobre todo le exasperaba, era no descubrir remedio á tan espantosa situación. «Y sin embargo, yo no puedo, se decía, dejar á este noble joven á merced de esa fierecita. Si pronuncio una palabra imprudente, le

arrojo en la más atroz de las desesperaciones, sin llevarle, en cambio, el menor socorro.»

Y cuanto más pensaba, menos veía un satisfactorio desenlace. Por el contrario, las dificultades se acumulaban más numerosas, las consecuencias más fatales, hasta el punto de que rendido, si no desanimado, pensó que era conveniente poner la noche de por medio. Era tarde, comió ligeramente, y se fué á terminar su velada en el Círculo.

Mientras que Samuel ponía en prensa su imaginación, para encontrar el modo de desengañar á Raimundo, la casualidad se mezclaba en el asunto y ayudaba al desenlace. Ploerné, más confundido que nunca, porque sus vagas inquietudes tomaban súbita consistencia, repasaba en su memoria todos los acontecimientos de aquel año; y con el corazón oprimido les atribuía una significación y un alcance completamente nuevos. Su ciego amor, que le había hecho aprobar todas las imprudencias y todas las locuras de su mujer, se disipaba, y comenzaba á juzgar á Lydíá con una severidad que le aterraba. Sus ligerezas le parecían, cosa rara, muy hábilmente calculadas. Todo se encadenaba lógicamente en su manera de obrar, y convergía á un mismo objeto: su ruina. Sentía muy claro que Lydíá se había trazado un plan de conducta dirigido contra él. La frialdad con que le acogía, y que tan cruelmente irritaba su pasión; las exigencias de lujo tan desproporcionadas á su renta; el derroche desentrenado y casi loco á que se entregaba; los malos consejos para especular que de ella había recibido; aquella fiebre de gastos ruinosos que le consumía, como si se hubiese propuesto agotar las fuentes de la fortuna; la separa-

ción cada vez mayor que en la vida íntima le imponía; todo, todo, en fin, delataba, no á la mujer frívola é indiferente, sino á una enemiga hábil y perspicaz para tenderle aquella vasta red en que había caído, y de la que no debía ya escapar.

Sentíase enloquecer. Se esforzaba por olvidar el pasado, bastándole con el presente. Pero á su pesar, y aunque hacía por ahuyentarla, una sombra le asediaba: la de un hombre por tierra, bajo un cobertizo, en un jardín, y retorciéndose en la agonía. Aproximábase al moribundo, y muy quedo le preguntaba: ¿Cuál de las dos?.... Y el hombre guardaba silencio hasta que espiraba. ¡Oh, silencio terrible y homicida! El fué el que salvó á Lydia y condenó á Teresa. Pero no. Fué su loca pasión la que quiso que la amada fuese la casta y la pura. Sublevábase contra esta idea; y á pesar de su resistencia, veía siempre al moribundo rehusando decir su secreto. Por sus labios descoloridos pasaba una horrible sonrisa, que quería significar: «Bien, tú me matas, pero antes me he vengado de tí.»

Por fin Raimundo logró desprenderse de este recuerdo, y quedó anonadado, tendido sobre el diván de su gabinete de fumar, con la cabeza como hueca, y aterrado el cuerpo. No tuvo valor para afrontar la mirada de su mujer, y comió fuera de casa. Marchóse solo á un restaurant, á fin de evitar toda conversación en el Círculo, y se retiró muy temprano. Temía no poder conciliar el sueño; mas rendido por la fatiga, durmió hasta la mañana, como aletargado. Á las nueve, sin haber visto ningún periódico, salió á caballo según costumbre. Hacía un tiempo delicioso. El cielo se emborregaba de ligeras nubecillas; un soplo de primavera pa-

saba á través de los árboles del Bosque, dorados por un sol espléndido. La mañana convidaba; y los habituales concurrentes al paseo de los Postes llegaban en ala, caballeros y amazonas, alegres y ruidosos. Raimundo cambió de lejos algunos saludos; y en busca de soledad, se internó en las alamedas que descienden hacia Bagatelle. Puso su caballo al trote, y avanzó, á lo largo del hipódromo, hasta el puente de Suresnes; después, por la avenida de Neuilly, subió hasta el Arco del Triunfo. Iba á tomar la avenida de Friedland, para regresar, cuando de un *cupé* que rodaba hacia los Campos Eliseos, vió salir un brazo que se agitaba vivamente. Continuó distraído su camino; pero la voz bien conocida del duque de Bligny, uno de sus colegas del *Comptoir*, le gritó:

—¡Ploerné, deteneos, deteneos!....

Y en el mismo instante, el coche paraba á la orilla del camino y el duque saltaba en tierra. Raimundo le alargó la mano; y el duque, muy inquieto:

—¡Y bien! ¿Qué me decis de lo de anoche?

—¿Qué es lo de anoche?

—¡Cómo! ¿No lo sabéis? ¿No habéis leído nada? ¿No habéis visto á nadie esta mañana?

—Así es la verdad. ¿De qué se trata?

—¡Oh, amigo mío; del embargo judicial de las oficinas del *Comptoir*!....

—¡Un embargo judicial!....

—¡Sí! Una jugarreta del gobierno, como comprenderéis, para desprestigiar nuestros títulos. Se han incautado de los libros, se habla del arresto de Herzog.... Tal vez estaría ya preso, si no hubiese ido á Constantinopla para la emisión del nuevo empréstito de los ferrocarriles búlgaros.... No

es de esperar que vuelva; y si no vuelve, ¿qué vamos á hacer nosotros?

Ploerné, estupefacto, pensaba: «He aquí lo que temía Bernheimer. Estaba bien informado, y se portó como un verdadero amigo. A creer tan próxima la catástrofe, no me habría concedido ninguna tregua.»

—¿Calláis?—exclamó Bligny.—Pues debéis estar expuesto como nosotros..... ¿Sabéis que en el bolsín de anoche dió el *Comptoir* un bajón de quinientos francos?

—Estamos arruinados, mi querido duque—dijo friamente Raimundo.

—¿Lo tomáis con una resignación admirable!

—¿Cómo queréis que lo tome? Sólo nos resta tratar de perder lo menos posible.

—Lo que más me irrita, es que mi suegro previó la crisis hace seis semanas, y se puso á la baja..... ¡Perdía atrocemente! Y era de ver cómo yo le mortificaba..... ¡Ha tenido estómago para resistir, y Dios sabe cuánto se va á embolsar! Ahora le toca reirse de mí.

—¿Qué os importa?—dijo amargamente Ploerné. El se ríe: él pagará.

—Amigo mío, no se sabe adónde puede llevarnos este negocio..... Acabo de encontrar á Tressorier, que corría como un loco hacia su escritorio. Cree muy probable que mañana no haya nada que vender..... Estamos en poder de quien no nos soltará fácilmente.

—Defendámonos.

—Falta ver si es posible. Hoy nos reuniremos. Champ-Dieu acaba de anunciármelo. Se os citará por oficio..... ¡Y no sabíais nada! ¡Pobre amigo,

siento haberos dado la triste nueva!..... Ea, hasta luego.

Volvió á tomar su *cupé* y Ploerné continuó su camino. Aquella desgracia venía á distraerle de sus crueles cuidados. ¿Qué le importaba el daño de su capital, comparado con la herida de su corazón? Felizmente iba á sacudir su atonía la necesidad de ocuparse de los intereses del *Comptoir*. En su ignorancia de los negocios, no creía que el desastre fuese completo y que aquel papel tan próspero pudiese de tal modo bajar en pocos días, como un globo enorme, hinchado por el soplo de la especulación y que un alfilerazo vacía traidoramente en algunos segundos. Sentía, sin embargo, gran prisa de llegar á su casa, pues en su alma, repentinamente despertada, se concretaban extrañas preguntas, á que era muy urgente responder.

La más importante de todas era esta: «¿Cómo Lydia, al parecer exactamente informada por Bernheimer, me aconsejó comprar, cuando estaba prevista la baja, y me indujo á aceptar un puesto en el Consejo de Administración, en el momento mismo en que el cargo se consideraba tan expuesto? Reforzando esta observación con todos los recuerdos que desde la víspera torturaban su pensamiento, acabó por preguntarse si tenía en Lydia un secreto y terrible enemigo. A tal extremo llegaba el tierno y confiado Raimundo, que durante un año se había dejado conducir gustoso por la blanca mano de la mujer adorada: á suponerla reo de las más infames traiciones, y á discutir esta hipótesis con pasmosa sangre fría. Pero una cólera razonada, la más temible de todas, comenzaba á sacudir sus nervios. No comprendía, no quería todavía comprender. Y á su pesar, una luz débil y remota

brotaba en lo oscuro de su pensamiento. No quería verla y la esquivaba, temeroso de lo que pudiera hacerle descubrir.

Llegó á la calle de Rembrandt, se apeó, y sin mudarse de ropa, contra su costumbre, se dirigió á las habitaciones de su mujer. Penetró en el gabinete donde la condesa solía estar con frecuencia, y no halló á nadie. Maquinalmente consultó el reloj: eran las doce menos cuarto. Atravesó la habitación y abrió la puerta de la alcoba. Delante de su escritorio estaba Lydia escribiendo. Volvió ella ligeramente la cabeza, creyendo que era Leila quien entraba. Al ver á su marido se levantó rápidamente, no sin cierta turbación, y deslizó con maña un telegrama, que al parecer redactaba, debajo del papel secante. Instantáneamente dió á su rostro una expresión risueña y amable; creía conveniente agradar, y yendo al encuentro de su marido:

—¿Cómo, sois vos.... tan calzado!..... ¡Qué agradable sorpresa! Mejor dicho, ¿qué ocurre de particular para que así alteréis vuestras costumbres?

Con los ojos fijos en la hoja de papel bajo la cual el telegrama había sido ocultado, Raimundo permanecía inmóvil á cuatro pasos de la joven. Seguía ésta con inquietud la dirección de la mirada de su marido, é instintivamente se mantenía entre el escritorio y él. Preparábase un combate entre aquellos dos seres, de los cuales uno había sido esclavo del otro; y el tirano, sintiendo rugir la rebelión, se ponía en guardia.

—¿No sabéis lo que sucede?—preguntó Ploerné con una voz que se esforzaba por conservar tranquila.

—No, amigo mío—respondió Lydia con admirable sencillez.

—¿No habéis leído nada?

—Nada.

Raimundo buscó con los ojos el *Figaro* y el *Gaulois*, que la joven leía todas las mañanas al levantarse, y no los vió. Lydia estaba tranquila; los había dejado en su tocador.

—¿Pues bien! El *Comptoir* se hunde, el negocio está gravemente comprometido..... Los que tienen interés en perderlo, le han dado un golpe mortal.

—¡Dios mío!—dijo la joven asustada y juntando las manos.

Tan artísticamente lo fingió, que Ploerné dudó un momento si Lydia ignoraba realmente la catástrofe.

—¿Pero cómo es posible?—murmuró.

Y se alteró su rostro y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Es un hecho, cuya gravedad no necesito explicaros..... Cuanto poseo..... más aún, está comprometido en el negocio..... Espero que no me reconvendréis por ello, puesto que compartís moralmente mi responsabilidad, desde el momento que me habéis aconsejado.

—¿Estáis seguro de que eso sea tan grave?

—No cabe la menor duda. Pero ¿cómo Bernheimer no os advirtió, hallándose en la fuente de los informes?

—Se habrá engañado como tantos otros.

Los ojos de Raimundo se turbaron y se estremeó. Lydia acababa de pronunciar la primera palabra decisiva. Ocultaba que Samuel le había aconsejado. La acosó á preguntas.

—¿Qué os ha dicho estos últimos días?

—Que el negocio continuaba muy bien.

—¿Y que convenía comprar?

—Siempre comprar.

—¿Estáis bien segura? Reflexionadlo bien.

No afirmar era perderse. Lydia afirmó:

—Claro que sí.

Raimundo apretó los dientes hasta hacerlos rechinar. Dió un paso adelante, y con una voz que su mujer no le había oído nunca:

—¡Mirad bien lo que me contestáis—dijo;—se trata de cosas serias!

—¡Pero Dios mío!—contestó ella haciendo por reír, aunque empezaba á sentir un miedo extraño.—¿Qué significan estas maneras de juez de instrucción?

—Repetidme que Bernheimer os ha dicho estos últimos días que era ventajoso comprar.

—¿Qué extraña conversación y con qué tono!—exclamó Lydia.—Verdaderamente estáis poco agradable esta mañana.

—¿No me respondéis?

Ella le contempló con coquetería y poniéndole las manos sobre los hombros:

—Besadme. Es la primera vez que no lo hacéis al entrar á verme.

Raimundo siguió inmóvil delante de ella.

—Espero vuestra respuesta.

Preciso era decidirse no pudiendo retardarla más.

—Pues sí—dijo ella con ligereza—no me ha dicho otra cosa.

—¿Cómo, pues, se explica que entrase ayer á verme y me suplicase vender?

—¿El?

—¡Sí, él! ¿Y salía de veros..... y me instó para que vendiese cuando acababa de aseguraros que se debía comprar?..... Es muy raro modo de portarse, y voy desde luego á exigirle explicaciones.

—Lo entenderiais mal.

—¿Y por qué no vos?

—¿Yo?

—Ha habido engaño..... Ha habido mentiras.... ¿Quién es el culpable?..... ¿Quién tenía interés en perderme? Porque se trataba sencillamente de perderme. Mi fortuna, mi honra, todo está comprometido en esa empresa.... ¿Será Bernheimer? ¿Por qué? ¿Y por qué singular casualidad, cuando da el consejo bueno, el consejo salvador, es á mí; y cuando da el consejo pérfido, mortal, es á vos? ¿Quién, pues, ha engañado..... quién, pues, ha mentido?

Hablando así, se había ido aproximando á Lydia, y casi la tocaba. Su rostro, ya lívido, infundía terror; parecía una máscara de piedra. ¡No era ya el que Lydia desdenaba, indulgente hasta la debilidad, generoso hasta la locura, y á quien llamaba, con la irrisoria lástima de las mujeres hacia los que no las oprimen, «este buen hombre!» Bastábale entonces un ademán para cogerla; y, llena de una angustia inexplicable, la joven comprendió que si la cogía iba á aplastarla. Y lo olvidó todo: su telegrama interrumpido, su escritorio y sus cajones abiertos, todo lo que tenía interés en ocultar, puestó al alcance del que lo tenía en conocerlo todo, y retrocedió hacia la chimenea. Adelantó él á la vez, y con la mano apoyada en la mesita donde Lydia escribía, con la mirada fija y dura, la boca crispada y desbordando amenazas de todo su ser:

—¿Quién, pues, ha mentido y engañado, Lydia? repitió.—¿Es Bernheimer ó vos?

—¿Osáis hacerme semejante pregunta?—gritó la joven asustada.

—¿Y vos, osaréis responder alguna vez? Hace un cuarto de hora que lo dilatáis con vaguedades y equívocos. Es tiempo sobrado ya de ser sincera.... ¿O me obligaréis á que me asegure de lo que deseo saber, de otro modo que preguntando?..... ¿Tendré que apelar á procedimientos de policía?

Conforme hablaba, sin separar de ella la vista, volvió con la punta de los dedos la hoja del secante y cogió el telegrama. Exhaló Lydia un grito y se abalanzó á él para quitárselo; pero él extendió el brazo hacia atrás y con horrible sangre fría:

—¿A quién escribáis cuando entré?

Lydia se arrojó segunda vez sobre él, con una agilidad y una fuerza felinas, tratando de rescatar el telegrama.

—¡Raimundo!.... ¡Devolvedme ese papel!.... ¡Lo que hacéis es indigno!.... ¡Es desleal!.... ¡Es cobarde!.... ¡No tenéis derecho para leer ese despacho!.... ¡No quiero! Si lo leéis, todo ha concluído para siempre entre los dos.

—Lo temo—dijo Ploerné con atroz ironía.

Y rechazada por él violentamente, Lydia fué á caer sobre un sillón, en una actitud interesante, la cabeza oculta bajo el brazo y dejando escapar profundos y dolorosos suspiros. Raimundo leyó en voz alta: «Mi amado Mauricio, la mina tan bien cargada acaba de reventar. El *Comptoir* estalla. Es preciso que os vea luego.... El imbécil de Bernheimer....»

Raimundo no prosiguió; lanzó un rugido, y cayendo sobre Lydia, la cogió por los hombros, y

poniéndola de pie y levantando el puño como para aplastarla:

—¡Ah, miserable! ¡Con qué lodo estáis amasada!

Ella tuvo todavía valor para gritar:

—No me condenéis sin oirme. Dejadme explicaros....

—¿Qué? ¡No se trata de explicar, sino de confesar!—interrumpió Raimundo con ademán amenazador.—Quiero saberlo todo.... ¿Ese hombre..... ese Mauricio..... no es..... Roquiere?

Y como callase, la sacudió con rabia y la derribó de rodillas.

Lydia murmuró:

—Sí.

—¡Cobarde! No tiene ni aun el valor de callarse.

Contrajo los labios de Lydia una imperceptible sonrisa, que era la promesa de un asesinato. Raimundo, deseando conocer á fondo la execrable verdad:

—Y antes.... la querida del italiano.... el amante de Beaulieu.... el que yo maté en Tolón: ¿la querida.... érais vos?

Crujió Lydia los dientes, libre ya de temor, dueña de su cólera, porque aquella vez se sentía con derecho á aborrecer.

—¡Sí—dijo casi con orgullo—era yo!

Un dolor terrible atenaceó el corazón de Raimundo, dolor causado por la vergüenza de haber creído á Lydia inocente, y por el remordimiento de haber creído culpable á Teresa. Vió delante de él aquel monstruo casi triunfante, cegó, una ola de sangre subió á su rostro, y lanzando un grito furioso, agarró á la criminal con sus manos crispadas. Defendióse ella espantada, pidiendo á voces

socorro y resistiendo con todas sus fuerzas. Exasperado Raimundo por el ardor de la lucha, había arrojado á Lydia sobre un sofá, y apretándole la garganta iba á estrangularla, cuando se abrió la puerta del tocador y apareció Leila. Sin vacilar, y con una ronca exclamación, se lanzó entre la joven y Raimundo. Dióle éste un empujón, y rugiendo entonces como una pantera, pálida por el furor su tez bronceada, se apoderó de un largo puñal que había sobre la chimenea en su vaina de terciopelo, y sacándole, se lanzó contra el que amenazaba á su ídolo.

Vuelto en sí, avergonzado de su arrebato, Ploerné soltó á Lydia, y lanzándose á la mulata, que blandía sobre él la hoja limpia y aguda, le retorció el brazo, le quitó el arma, y cogiéndola por el cuello con un vigor atlético, la arrojó como un fardo en la habitación inmediata; volvió después hacia su mujer, que trataba de escaparse, y con un gesto la dejó inmóvil. Había tenido ella tiempo de reflexionar, recordó el inmenso amor que aquel hombre le había profesado y juzgó hábil apelar al sentimiento para salir sin nuevo daño de tan peligrosa entrevista. Aproximóse á Raimundo, que permanecía de pie, sombrío y pensativo, y dejándose caer de rodillas, trató de cogerle la mano gimiendo:

—¡Oh! ¡Raimundo..... Raimundo!

Separóse él con repugnancia, y con voz apagada:

—Ahorrad hipocresías inútiles. Os conozco bien ahora..... Deploro mis violencias, y no las repetiré. Pero hay cosas que habéis de aclararme, porque no puedo comprenderlas.

Lydia se creyó en salvo, viéndole dominado, y

no expuesto ya á la necesidad de pegar. Hallábase, en suma, en la situación por ella tan deseada, preparada y provocada: él, ultrajado, reducido á la miseria, herido moral y materialmente; ella fuerte, atrevida, asegurado el porvenir y en libertad de revolver el hierro en la herida abierta en el corazón de Raimundo. No estaba, con todo, tan lejos de su ruda mano, que pudiese aventurar bravatas, y comenzó muy dulce y humildemente:

—Mandad, estoy presta á obedeceros.....

Miróla él temblando de horror.

—¿Por qué me habéis hecho tanto mal? ¿Por qué, cuando me entregue á vos tan confiado y amoroso, no tuvisteis la piadosa honradez de rechazarme? Era muy fácil; bastaba una palabra, y no hubiésteis vuelto á verme; yo habría partido para ir á morir de pena lejos de vos.

—Temí vuestra desesperación y vuestra cólera. Llegábais amenazador, terrible, manchado con la sangre del otro, y no tuve valor para hablar.

—¡Y permitisteis que se acusara á Teresa!

—Se acusó ella misma.

—Para defenderos, para protegeros, rehaciéndoos una inocencia á costa de su pureza..... ¡Y aún os pareció poco su inmenso sacrificio!..... ¡Con un monstruoso egoísmo, soportásteis que esa generosa niña fuese ofendida, despreciada, cuando érais vos la que merecíais las ofensas y el desprecio!..... ¡Ni una vez siquiera subió á vuestros labios el grito de la verdad!..... ¡Habéis encontrado todo eso muy natural!.....

Lydia alzó ligeramente los hombros.

—Su vocación era el sacrificio. ¿Por qué había de contrariarla?

—¡Enhorabuena!—exclamó Raimundo.—¡Así os

quería ver!.... Me molestaba vuestra falsa bondad. Sed cínica. Mostraos perversa.... ¡Oh, Dios! ¡Necesito veros muy infame y muy pérfida para justificarme de haber sido engañado por vos hasta ese extremo!....

—Las injurias son inútiles—dijo fríamente la joven.—Podemos explicarnos sin ellas.

—Habéis aceptado el sacrificio de Teresa—prosiguió Raimundo sin responder á tanta insolencia. Habéis dejado creer que ella había cometido la falta.... ¡Sea!.... Pero ¿por qué os casásteis conmigo, cuando os era tan fácil quedar libre?.... ¿Por qué este refinamiento de ignominia?

El cuerpo de Lydia pareció crecer. Tomó su rostro una expresión de salvaje triunfo y con una risa horrible:

—¿Por qué? ¿Me preguntáis por qué me casé con vos? ¿Porque os odiaba! Porque ser vuestra mujer era para mí el medio mejor y más seguro de venganza. Porque vuestro amor ciego y estúpido debía centuplicar el mal que me había propuesto causaros. Queréis verme sin disfraz; pues bien, ¡miradme! ¡Ah! ¿Creísteis matar impunemente al hombre que yo amaba; esperásteis que correría su sangre sin que nadie os pidiera cuenta de ella? Fuisteis muy imprudente y habéis sido muy tarde en comprender. ¡Qué! Ha sido preciso descubriros todo este pasado para que comprendiéseis que os execraba. ¿No os lo ha revelado todo: mi actitud, mi voz, mi mirada? Cuando os aproximábais á mí, me estremecía de horror. Todo mi ser os era hostil; y si no hubiese sabido que mi frialdad de hielo os atormentaba, me habría sido imposible permanecer en vuestros brazos y soportar vuestras caricias. Durante un año he padecido el martirio de

veros, de oiros, de soportaros. Comprenderéis bien que para ello era precisa la seguridad de poder devolveros todos estos horrores en una hora. Y la hora ha llegado. Cuanto deseé para mi venganza, se ha cumplido. Os he arruinado, comprometido, traicionado, empujado al abismo. Creo que habéis pagado bien la muerte de mi amante. No asesinásteis impunemente á aquel ser tan altivo, tan hermoso, tan noble, á quien yo adoraba, y que, sin vuestra feroz intervención, hubiera sido mi esposo. Os he devuelto mal por mal, lágrimas por lágrimas, vergüenza por vergüenza. Y después de todo esto, si no sois bastante cobarde para no afrontar á Roquiere, ¡va á mataros!.... Estamos en paz.

Ploerné dejó correr aquel torrente de hiel sin decir una palabra. Miraba á Lydia con el rostro descompuesto por el furor, cárdenos los labios, vacilante la mirada; y delante de aquella criatura á quien había amado, sentía una tristeza profunda. Su cólera había desaparecido á impulso del desprecio, y dijo fríamente:

—¡Os engañáis! No estamos pagados, porque os hacéis ilusiones respecto al valor moral del que habéis pretendido vengar.... de aquel ser tan hermoso, tan altivo, tan noble.... Y si creéis que merecía las represalias de que os alabáis, tendréis que desengañaros. Nunca supisteis dónde y cómo conocí yo sus brillantes cualidades. Voy á deciroslo.... Fué durante un almuerzo de solteros.... A los postres, hablaban todos de sus conquistas amorosas; y sobre el manchado mantel, por entre las botellas vacías, corrían los relatos entre alegres carcajadas.... Allí fué donde el héroe tan altivo, tan hermoso, tan noble, con una vanidad de comisionista, refirió, entre dos cigarros, su aventura.

Sí. Habló de vos como pudiera hacerlo de una mujerzuela. Todo lo describió: los encantos de la bella, la misteriosa poesía de las citas, el encanto de las noches en el jardín.... Y el relato era tan fiel, tan marcada en él estaba Lydia, que me estremecí de dolor y de cólera.... No se trataba ya de mi amor, sino de vuestra honra, ¿lo oís?.... Yo ignoraba si, arrastrado por la embriaguez de su audaz indiscreción, aquel ser tan altivo, tan hermoso, tan noble, iba á pronunciar un nombre que hiciera pública la falta.... ¡Oh! ¿Por qué no le dejé proseguir, venderse, designar sin error posible á su cómplice?.... ¡Cuántas desgracias evitará!.... Mi indignación no me permitió esperar.... Le interrumpí, le insulté, y abofeteé á aquel cobarde que, después de deshonorar á una dama, se retractaba, balbuceaba y temblaba, azorado, con el sudor del miedo sobre la frente....

—¡Mentís!—gritó Lydia.—¡Mentís! ¡Sabéis que no hay pruebas de vuestra infamia! Por eso mentís con tanta audacia.

—Desengañaos.... Existe una prueba, y es el mismo muerto quien va á proporcionároslo.... ¡Ah! Fundásteis todo vuestro desquite en la estimación que merecía un seductor advenedizo, encontrado en el arroyo, y en el culto que le habéis profesado.... Aprended, pues, á conocerlo mejor.... Aquel hermoso corredor de citas, aquel altivo caballero era, según se comprobó, un caballero de industria, forzado á abandonar su país, á vivir del juego, y seguramente del espionaje; un ser abyecto que, después de comprometer indignamente á una mujer, se retractó, escribiendo que había mentido y firmándolo con su nombre.

—¡La prueba! ¡La prueba!—interrumpió Lydia con furor.

—No me ha abandonado desde hace un año, porque ella es la condenación de aquel miserable, y mi propia justificación.

Buscó en su cartera una hoja de papel, y desdoblándolo, le presentó á la joven.

—¿Queréis apurar ese lodo hasta la última partícula? ¡Tomad, hartaos!

Con las manos temblorosas, la vista extraviada y el rostro lívido, tomó Lydia la declaración, la leyó dos veces, y dejó escapar un sollozo de dolor humillado, porque toda la obra de su rencor se derrumbaba, arrastrándola bajo los escombros. Raimundo salía de aquella prueba inocente, generoso, engrandecido, y el muerto.... ¡oh! ¡el muerto!.... Lo mejor era matar su recuerdo, hasta tal punto deplorable y deshonesto.

Se acercó á su marido, y con voz entrecortada:

—Soy una infame. Todo lo que concebí y ejecuté es abominable. Desespero de poder expiar mis faltas. Pero por atroz que haya sido mi conducta, ya veis que tenía una excusa.... No imploro vuestra piedad. Os he desconocido, sacrificado, herido cruelmente.... Lo único que os pido es que me permitáis reparar en lo posible el mal que os hice.

—¿Y cómo?

—La especulación que os arruina, me ha enriquecido.... He realizado más de un millón.... Tomadlo, y servíos de él para pagar lo que debéis.

—Imposible. Estoy arruinado, y por causa vuestra. Esto me agrada.

—A lo menos.... ¡Oh, dejadme suplicaros!....

Olvidad al hombre á quien yo escribia..... á Roquiere.....

Raimundo la miró friamente:

—Eso, señora, no puede afectaros: es una cuestión de honor.

—¡Oh! ¡Ya sé que soy indigna!..... Pero escogí demasiado bien á mi cómplice. ¡No ignoráis que es muy temible!..... ¡Yo os lo suplico!..... Que haya sido suya ó no, ¿qué importancia tiene, después de lo que sabéis?

—No tiene, efectivamente, ninguna importancia para vos..... Pero la tiene para mí..... Maté al primero.... y procuraré matar al segundo.

—¡Desgraciado! El es quien os matará.

—Eso, señora, es cuestión mia.

—¡Pero vuestra vida es preciosa!

Raimundo se levantó con violencia:

—¿Para quién?

—Para Teresa, que no ha dejado de amaros.

Hizo él un movimiento amenazador.

—¡Os prohibo hablar de esa santa, casta y generosa niña!..... Mancháis su nombre pronunciándolo.

Lydia calló, y quedó agobiada. Al cabo de un instante, dijo:

—¿Qué me ordenáis?

Raimundo le respondió con voz sorda:

—Que me libréis de vuestra presencia.

Hizo Lydia un gesto de resignación desesperada y murmuró:

—Sé lo que me resta que hacer.

Lanzó una última mirada sobre su marido, le vió impassible, y juzgó que no tenía nada que esperar de él. Entonces, abriendo la puerta de su tocador, salió. Durante mucho tiempo permaneció

ció Raimundo en el mismo sitio, prestando atención á los vagos ruidos que llegaban de la pieza inmediata, presa de desolador desfallecimiento. De repente, una idea súbita como un relámpago, brotó en su cerebro oscurecido, y lo iluminó. Le parecía que las últimas palabras de Lydia: «Sé lo que me resta que hacer,» tenían un significado de muerte. Su imaginación rápida le representó á la joven al otro lado del muro, revolcándose convulsa por los estragos del veneno, en una horrosa agonía. Su carne se movió por última vez hacia aquella mujer á quien había amado tanto; una fuerza instintiva le llevó hasta la puerta: quiso abrirla, y estaba cerrada. Lanzóse al corredor para ganar la otra salida: cerrada también. Una especie de vértigo se apoderó de él. Tomó impulso, y al violento choque de su hombro, saltó la cerradura. Miró ansioso alrededor de sí. Diversos vestidos, ropa blanca, un chal de seda, tirados por el suelo; los cajones de la cómoda abiertos. Una caja de hierro, donde Lydia guardaba sus joyas y sus valores, habia quedado sin cerrar. Todo acusaba el apresurado rebusco, la confusión y el desorden de una precipitada partida. La puerta que daba á la escalera interior estaba sólo encajada, y aún se movía el ancho cortinaje que la ocultaba. La joven no habia llegado tal vez á la calle. Raimundo dejó ver una sonrisa dolorosa en sus crispados labios; después en voz alta:

—¡Y yo pude creer que pensara en matarse!.... No pensaba sino en huir..... ¡Será una pérdida más en el mundo!

Hizo un movimiento de amenaza y penetró sombrío en sus habitaciones, exclamando:

—¡Su amante pagará por los dos!

X

En el hueco de la ventana del gabinete de su yerno, de pie, tan completo era su enervamiento, sin cansarse á pesar del mucho tiempo transcurrido, la señora de Saint-Maurice acechaba la vuelta de Ploerné. Habían desaparecido sus fútiles preocupaciones, disipadas por verdaderos y crueles cuidados. Conocía la indigna conducta de su hija, sabía que Lydia se había marchado sin decirle adiós, é iban ya pasados dos días sin recibir ni una carta ni un despacho que le hiciera saber lo que había sido de la fugitiva. Leila la había acompañado; pero á dónde? La casa tan llena de movimiento todavía la vispera, está ahora silenciosa como una tumba. Bernheimer estuvo por la mañana á buscar á Raimundo, á quien servía de testigo con el almirante Regnaud. El banquero entró en las habitaciones de su antigua amiga, y la encontró levantada y peinada, tiritando, aunque estaba sentada junto á la chimenea y temblando de fiebre tanto como de frío.

El día antes había ya pasado dos horas con ella, explicándole con precauciones la horrible situación en que se encontraba Ploerné. La pobre mujer no había encontrado ni una palabra de excusa para su hija, ni una palabra para condenarla. No supo hacer más que verter lágrimas y ofrecer todo lo que poseía para hacer frente á la grave situación financiera. Pero Samuel consiguió tranquilizarla enseguida sobre este punto. Hacía cinco días que, hasta sin hablar de ello al marido de Lydia, había preparado una contrajugada operando á la baja contra el *Comptoir*. Todo lo que Rai-

mundo perdía por un lado, lo ganaba por otro. Bernheimer, que podía ganar millones especulando contra el negocio de que había sido director, guardó una neutralidad bien meritoria. Pero lo que había rehusado hacer por su cuenta, lo hizo por cuenta de Raimundo, y con un atrevimiento que recordaba los grandes días de su carrera dió órdenes formidables.

Cuando aquel á quien había perjudicado tan gravemente, sin saberlo y sin quererlo, le dijo cuán desgraciado era, el viejo escéptico se estremeció hasta el fondo de su ser. Sintióse entonces lleno de escrúpulos; con tristeza y alegría, ante aquella catástrofe, comprendió que no habían desaparecido de su corazón los buenos sentimientos. Púose con ardor y con toda su alma á disposición de Raimundo, prometiendo arreglar sus asuntos, y devolviéndole la entereza de que tenía necesidad para vengar su honor. Porque el encuentro con Roquiere, imperiosamente exigido, amenazaba ser excepcionalmente grave.

El joven, maestro en todos los géneros de *sport*, era temible con la pistola como con la espada. Sus testigos hicieron todos los esfuerzos compatibles con sus instrucciones para conseguir que se batiesen á espada. Sabían que su abijado, como hombre honrado y galante, no quería matar á Ploerné. De ser elegida la pistola ya no habría arreglo. Se vería precisado á matar para que no le matasen. Pero Bernheimer y el almirante Regnaud habían recibido instrucciones formales. El arma impuesta era la pistola rayada. Los disparos debían ser á discreción. La distancia exigida era de veinticinco pasos con facultad de avanzar cinco. Estas condiciones eran tan rigurosas, aun en circunstan-

cias tan graves, que los amigos de Roquiere pidieron consultar con su ahijado. Roquiere lo aceptó todo. Creía no tener derecho á rehuir ningún peligro. Y estaba triste porque se veía en la necesidad de herir seriamente á Raimundo. Cuanto á éste, lo mismo que en Tolón, su deseo de matar era tal, que tenía el convencimiento de que mataría á Roquiere. ¡Acaso muriera él! Pero mucho mejor: sufría tanto, que la muerte sería un bien. El encuentro estaba fijado para las diez de la mañana en Billancourt, en una propiedad particular.

Detrás de los cristales, con los ojos fijos en la calle, hacía mucho tiempo que la señora de Saint-Maurice, presa de angustias verdaderamente mortales, esperaba la vuelta de Raimundo. Eran ya las once y media. Hacia una hora lo menos que debía haber terminado el combate. No estaba tan lejos Billancourt que no se pudiera volver de allí en carruaje en tres cuartos de hora. ¿Qué habría pasado? ¿Qué desgracia habría ocurrido? A las tristezas del abandono en que la había dejado Lydia, habría que añadir el horror de la muerte trágica de Raimundo? ¿No estaría más que herido? ¿Habrían renunciado á trasportarle, y sería preciso correr hacia una casa desconocida para encontrarle allí, exánime y ensangrentado? Y sofocada por el espanto, la señora de Saint-Maurice olvidaba su fatiga y sus achaques para no pensar más que en el peligro del que amaba como á un hijo.

De pronto un carruaje, rodando rápidamente, hizo retemblar el piso de la calle. Dirigióse hacia la casa y se detuvo en la puerta. De él bajó Bernheimer, pero bajó solo. La señora de Saint-Maurice, aterrada, avanzó hacia él corriendo, cosa que no había hecho hacía veinte años. Pero Bernhei-

mer subía ya la escalera tan deprisa que se encontraron en el vestíbulo. Tendió ella los brazos á su amigo sin atreverse á interrogarle.

—¡Tranquilizaos—dijo Bernheimer—está vivo!

Era tan fuerte la emoción de la pobre señora que, á no haberla sostenido Bernheimer, habría caído al suelo. Calmada su inquietud, decayeron sus fuerzas. En un momento sintióse fatigada, sus piernas se negaron á sostenerla, y sentándose en un alto sillón gótico, no supo hacer más que llorar y gemir.

—¡Oh, Dios mío! ¡Qué felicidad! ¡Oh, Dios mío!

El rostro de Bernheimer seguía sombrío.

—No os felicitéis tan pronto, ni tanto. Está vivo..... Pero está gravemente herido..... Hay que preparar su alcoba..... Me he adelantado para disponerlo todo.

—¡Herido!..... ¿Cómo? ¿Dónde?

—Tiene un brazo roto, y una bala en el pecho.

—¡En el pecho!.....

—Sí..... No se la han podido extraer..... Indudablemente se ha corrido por las costillas y debe tenerla en la espalda. Muy cerca, acaso, demasiado cerca de la columna vertebral.....

—¡Oh, Dios mío!..... ¡Oh, Dios mío!.....

—¡Sí, y esto es lo inquietante..... El brazo roto no es nada.....

—¡Nada! ¡Gran Dios, nada!

—En aquella casa de campo, fría y sin recursos, nuestro cirujano, el excelente Pelicier, no ha podido asegurarse bien..... No ha querido molestar demasiado á Raimundo para que pudiésemos traerle.

—¿Y cómo le habéis traído?

—En un colchón suspendido por medio de cuer-

las sienas con agua de Colonia, y le hizo aspirar de un frasco. Las mejillas de Raimundo se colorearon ligeramente; abrió los ojos, miró en derredor suyo y reconoció su alcoba, á sus amigos, y en un rincón, paralizada por el terror, vió á la señora de Saint-Maurice. Con un movimiento de cabeza atrajo invenciblemente al lecho de dolor á la pobre mujer, que lanzó un gemido y cayó de rodillas balbuceando:

—¡Pobre hijo mío!..... ¡Querido hijo mío!.....

Raimundo tuvo fuerzas para sonreírle y levantó la mano sana, que ella cogió entre las suyas y besó en medio de profundos sollozos. La señora de Saint-Maurice sintió que la levantaban, y reconoció la voz de Bernheimer, que le decía:

—Vamos, querida señora, no es posible estar aquí..... Raimundo os ha visto; ya sabe que estáis aquí y que no le abandonaréis..... Esto es todo lo que se necesita..... Ahora venid conmigo.

Y se la llevó. Cuando salían, se cruzaron con el profesor Rameau, á quien el doctor Pelicier había enviado á buscar desde la conclusión del duelo.

—Mirad—dijo Bernheimer á la anciana señora, señalando al ilustre práctico—con él entra la salvación en la casa..... Si nuestro querido joven debe vivir, él le sacará en bien.

Ya en las habitaciones de la madre de Lydia, trató de calmarla, de distraerla, mientras que seguía su curso la siniestra sesión, en medio de un pavoroso silencio, turbado apenas por un paso furtivo, un ruido de puertas abiertas y cerradas, más pavoroso todavía. Viendo á la señora de Saint-Maurice temblorosa, con el oído alerta y sin poder distraerse de su horrible preocupación, Samuel tuvo la audacia de intentar hablarla de su hija. En-

tonces aquella mujer tan vulgar, que nunca había tenido voluntad propia, cuyo único cuidado había sido su salud, dió muestras de una fuerza de espíritu y de un esforzado corazón que sorprendieron de un modo extraño al banquero.

—Ya veis lo que esa desgraciada ha traído con su locura..... Su marido está moribundo, y otro hombre, casi tan culpable como ella, ha muerto..... Y en vez de maldecir sus extravíos, de procurar expiarlos con una humildad y un sacrificio constantes, se ha ido y anda corriendo por ahí..... ¡He aquí á dónde la han conducido su futilidad, su coquetería, su egoísmo!..... ¡Ah! Yo también tengo mi parte de responsabilidad en sus faltas: he sido muy débil con ella, la he amado demasiado ciegamente..... ¡Era tan bella, tan dulce, y parecía tan buena!..... Pero yo cumpliré mi deber: mi sitio está aquí, al lado de este pobre joven tan desgraciado y al cual amo tanto..... Entre él y Lydia no vacilo..... Reniego de esa ingrata..... Ante el mundo doy mi apoyo moral á su marido..... Esto es todo lo que puedo hacer ¡oh! para compensarle los disgustos con que mi hija ha amargado su vida..... Si Raimundo quiere conservarme en su casa, si mi presencia no le produce pena, viviré á su lado.

Interrumpióse con un gesto de desesperación, y con voz ahogada:

—¡Oh! ¡Y formo proyectos! ¿Sé siquiera si hay un porvenir?..... ¿Sobrevivirá este pobre hijo á sus crueles heridas? Privada de mi hija ¿no voy también á ser privada de mi hijo?

Y la pobre señora se echó otra vez á llorar. Vióse interrumpida por la entrada de una doncella que precedía á Regnaud, quien llegaba con el rostro radiante.

—Esos señores acaban de extraer la bala—dijo con satisfacción.—Con esto ya se ha conseguido algo importante..... Se había bajado hacia la cadera, haciendo un trayecto muy peligroso..... Pero Rameau afirma que no está lesionado ningún órgano esencial..... Una costilla rota, músculos cortados, grandes desórdenes, pero nada incurable....

—¡Qué felicidad!

—Fiebre muy alta, aunque ha perdido mucha sangre.

—¿Y qué le están haciendo ahora?

—Le están poniendo el brazo en un aparato, que lo dejará inmóvil hasta su completo arreglo.

—¿Se puede entrar en la alcoba?—dijo Bernheimer.

—Sí, Ploerné acaba de preguntar por vos.

—¿Queréis dejarme acompañaros?—suplicó la señora de Saint-Maurice.

—¡Oh, señora, os lo suplico, nada de agitación alrededor del herido; nada más que gentes serenas.... ¡De ello depende su vida!

—Le miraré sólo desde la puerta.

Raimundo estaba extendido en su lecho, con los ojos cerrados, como si durmiese. A los pies de la cama se veía una cubeta llena de agua ensangrentada, vendajes deshechos y enrojecidos. Sobre la mesa una caja con instrumentos aterradores aún abierta. Un violento olor á ácido fénico y á yodoformo saturaba el aire. Los cristales, detrás de las cortinas corridas, estaban entreabiertos. Delante de la chimenea Rameau se ajustaba sus puños y hablaba en voz baja con su joven colega. Bernheimer se acercó al lecho con viveza. El herido alzó sus párpados y sus turbios ojos se

fijaron en el banquero. Le reconoció, y con voz que apenas se oía, dijo:

—Bernheimer..... ¿Y el *Comptoir*?

En su rostro se pintaba la ansiedad más viva. En medio de sus dolores, á pesar de su debilidad, su pensamiento estaba dominado por su responsabilidad financiera.

—No tengáis ninguna inquietud—dijo Samuel.—Respondo de todo..... Vuestra situación será liquidada íntegramente..... Para ello tengo tomadas mis disposiciones.

Por la frente de Ploerné pasó un rayo de alegría. Y murmuró:

—¡Gracias!

—No penséis más que en curaros..... Tenéis buenos amigos..... una buena madre.....

A estas palabras que le recordaban á Lydia, Raimundo frunció las cejas, se puso más pálido y gotas de sudor rodaron por sus sienes.

—Me agitáis á mi enfermo—dijo Pelicier, cogiendo á Bernheimer por el brazo.

Y lo llevó al lado de Rameau, que cogía su sombrero.

—No es preciso que dejéis solo á Ploerné—dijo el gran hombre—pero es necesario que no le fatiguen.

—¿Puede verle su suegra?

—De ningún modo..... Después, cuando esté fuera de peligro.

—¿Y yo?

—Vos, sí, si queréis..... ¿Pero y la Bolsa?

—¡Ah! La Bolsa se pasará hoy sin mí, como vuestro hospital se ha pasado sin vos esta mañana..... Vos tenéis vuestros internos, y yo mis secretarios.

Rameau estrechó la mano del banquero, saludó á la señora de Saint-Maurice, y salió diciendo:

—Volveré á las seis.

El día fué malo. La fiebre, que había llegado á ser muy alta, atormentaba al herido. Estaba éste inmóvil; su debilidad no le permitía moverse. Pero su rostro estaba muy encendido, y su respiración fatigosa silbaba en su garganta. A pesar de las prohibiciones de los cirujanos, la señora de Saint-Maurice se había instalado en la alcoba de Raimundo, y muda, sentada al pie de la cama, le miraba con tierna piedad. El la reconoció desde luego, y como élla le diese una cucharada de la poción que debía tomar, puso sus labios en las manos de la anciana, que se echó á llorar silenciosamente. Bernheimer, temiendo un aumento de agitación para Ploerné, hizo retirarse á la señora de Saint-Maurice al lado de la chimenea y ocupó su sitio al pie de la cama. Así habían estado todo el día, sin pronunciar una palabra, escuchando la respiración anhelante del herido, sirviéndole, vigilándole, aunque impotentes para aliviarle. A pesar de que sufría mucho no se quejaba. ¿Qué significaban aquellos dolores comparados con los que atormentaban su corazón?

A la caída del día aumentó la fiebre, y Raimundo dejó escapar algunas palabras en voz baja. Como Bernheimer le preguntase si deseaba algo, respondió: «Nada, pero me abraso.» A la hora anunciada volvieron los cirujanos. Reconocieron el aparato; todo estaba en orden; pero el estado general les pareció malo y se pusieron en cuidado. En el despacho del conde, después de haber pues-

to una receta, dejaron ver sus inquietudes á Bernheimer.

—Se prepara una mala noche..... ¿Quién va á velarlo? ¿Hay aquí alguna persona de confianza que pueda relevaros?..... No hablemos de la señora de Saint-Maurice: sus fuerzas no bastarán..... ¿Qué tal son los criados?.....

—Buenas gentes, pero criados.

—¿Queréis un interno ó una enfermera?—preguntó Pelicier.

—¿Qué os parece de una hermana de la Caridad?

—Vaya por la hermana—dijo Rameau.—¿De dónde la haréis venir?

—Estad tranquilo. De eso me encargo yo.

—Bueno. Entonces hasta mañana.

Fuéronse los médicos. Samuel volvió á la alcoba, y llevando á un rincón á la señora de Saint-Maurice:

—Esos señores me han dicho que se necesita una enfermera, y me han encargado de buscarla.... Quedaos al lado de nuestro enfermo hasta que yo vuelva.

Y salió sin dar más explicaciones. Su carruaje esperaba á la puerta desde por la mañana, y subió á él después de haber ordenado al cochero que le llevase al convento de las Señoras de la Pasión. Iba á buscar á su ahijada. Se le había ocurrido la idea de poner la vida de Raimundo bajo la protección de Teresa. Nadie le cuidaría mejor que ella, pensaba, mientras el carruaje corría hacia la calle de Santiago. Y puesto que aquella tunanta le ha medio matado, es preciso que este ángel le salve. ¿Pero querrá venir? Si rehusara, no sería lo buena que es. Sí, aunque sufra cruelmente, aceptará la misión de sacrificio que voy á confiarla.

Detúvose el cupé delante de la puerta del convento: Bernheimer bajó y llamó. Pero, en la habitación de la portera, primera dificultad: había pasado la hora reglamentaria para ver á las pensionistas. Había que volver al día siguiente después de las doce. Bernheimer no se apuró por tan poco: pidió hablar con la superiora. Segunda dificultad: la madre estaba en los oficios. Dentro de tres cuartos de hora saldría de la capilla, pero sería para ir al refectorio á vigilar la comida de la comunidad.

Bernheimer, cogido en la red de los reglamentos, hizo un nuevo esfuerzo: se trataba de una cuestión de vida ó muerte. Era indispensable que hablase á la superiora, aunque no fuera más que un segundo, á su paso. Esperaría en el patio si era preciso. Su resuelta actitud indicaba á la portera que se quedaría de grado ó por fuerza. Estaba en el patio, á dos pasos de la puerta de la capilla: no había más que dar un paso para encontrarse cerca de la galería cubierta que comunicaba con el convento. La religiosa tuvo miedo de la energía de aquel hombre: le dejó entrar y prometió avisar á la superiora.

Pasó bastante tiempo, cerró la noche, y Samuel, en aquel locutorio que le era muy conocido, pero invadido ya por la oscuridad, sentía que se iba llenando de tristeza. Sonó débilmente una campana, oprimiendo el corazón del bolsista, que pensó que si conseguía llevarse á Teresa, Raimundo estaba salvado, y que si la joven no le seguía, el herido moriría. Abrióse la puerta dando paso á la Madre, que entró precedida de una hermana que llevaba una lámpara.

—Habéis insistido en hablarme, caballero—dijo

con dulce voz.—Pero dispongo de poco tiempo, y os agradecería que fuérais breve.

Bernheimer, en pocas palabras, dijo quién era, explicó la urgencia del caso, su caritativa idea, é indicó que la señorita Letourneur era llamada por su tía. La religiosa le escuchó impasible, y contestó:

—Puesto que he cometido la primera infracción del reglamento recibiendoos, no puedo rehusaros otra infracción llamando al locutorio á la señorita de Letourneur. Lo que pretendéis es muy loable; el objeto de nuestra asociación es socorrer á los afligidos y socorrer á los enfermos. Si me pidiérais una de mis hermanas para asistir á vuestro herido, os la daría; pero la señorita de Letourneur es libre: conviene, pues, consultarla. Sólo ella puede consentir ó rehusar. Voy á enviárosla.

Bernheimer se inclinó dando las gracias, sacó su cartera y dobló un billete de mil francos, que entregó á la superiora, diciendo:

—Hermana mía, permitidme que haga algo por vuestros pobres en pago de vuestra bondad conmigo.

La hermana inclinó la cabeza con una sonrisa de reconocimiento, y salió. Al cabo de algunos minutos, apareció Teresa. Llegaba muy inquieta, y cuando Samuel la cogió la mano, la sintió temblar.

—¿Qué sucede, padrino?—preguntó.

—Suceden, querida, grandes desgracias.... Pero no quiero perder el tiempo en contarte el acontecimiento con detalles. Es menester que te diga lo que urge. ¿Verdad que eres valiente? Se te puede hablar sin precaución.

Se detuvo, porque la vió palidecer aterrada.

Teresa no pudo soportar su silencio, y con el corazón rebotando ansiedad exclamó, como si no hubiera en el mundo más que un solo objeto de preocupaciones para ella:

—¿Se trata de Raimundo?

—Sí.

—¿Ha muerto?

—No, está herido únicamente.

La joven lanzó un grito, lleno á la vez de dolor y de reconocimiento, y juntó las manos como para orar.

—Tu buena tía está loca, sin tuerzas. Es preciso velar á ese pobre muchacho; su vida depende del cariño con que se le cuida. No se puede pedir un celo de todos los momentos á los extraños..... En seguida he pensado en tí.....

Teresa había escuchado á Bernheimer con asombro, y dijo en una frase todo lo que pensaba:

—¿Y su mujer? ¿Y Lydia?

Samuel bajó la cabeza y murmuró:

—No está allí.....

—¿Se ha marchado?

—Sí.

—¡Desdichada!

Sofocada por la emoción, Teresa aspiró con fuerza el aire, y mirando al banquero:

—Pues bien, padrino, habéis hecho bien en venir á buscarme..... ¡Vamos!

—¡Oh, hija mía! No había dudado de tí.

Y la estrechó contra su corazón. Ella se desprendió de sus brazos.

—No perdamos tiempo.

—¿Tienes necesidad de llevar algo?

—Mi manto. Mañana enviaré por lo que necesi-

te. Bajad al patio y esperadme: voy á ver á nuestra Madre y enseguida soy con vos.

Y salieron, él por el vestíbulo, ella por la puertecilla interior. Acababa Bernheimer de llegar al patio, donde se puso á dar paseos por delante de la entrada, cuando vió llegar á Teresa. Iba vestida con su hábito de novicia y llevaba su gran toca; un manto gris la cubría hasta los pies. Entregó un pase á la portera, y seguida de su padrino salió á la calle. Ya en el carruaje, refirióle Samuel los tristes acontecimientos que habían traído aquella sangrienta solución, aunque omitiendo algunos detalles para no manchar la pureza de la casta niña. Pero ella conocía bien la perversidad de Lydia para llenar los huecos del relato de su padrino.

—Sí, ese era mi temor—dijo gravemente.—Preveía que haría desgraciado á Raimundo. ¿Pero qué podía hacer? ¿Denunciarla? ¿Tenía autoridad para ello? Y además, ¿no era esto ocasionar enseguida los desastres que tanto me asustaban? Hasta había la probabilidad de que el tiempo calmase los espíritus, identificase los corazones y lo arreglara todo. Al revelar la verdad al pobre muchacho, traía yo la catástrofe inmediata.

—¡Y has preferido que sospechen de tí, dejarte acusar y desaparecer! El convento ha sido para tí el refugio en tu catástrofe moral.

—Refugio bien dulce, bien tranquilo, bien saludable, que amo y que ya no abandonaré.

A esta afirmación, con la cual Teresa formulaba todo un plan de conducta, Samuel habría tenido mucho que contestar. Pero juzgó oportuno callarse. En aquel momento se detenía el carruaje en la puerta del hotel de la calle de Rembrandt. Entraron, y en lo alto de la escalera Teresa encon-

tró á su tía, que le tendía los brazos y á la cual devolvió sus caricias con sincera efusión. Las primeras palabras fueron para informarse del herido.

—¿Cómo sigue?

—No está bien. Tiene mucha fiebre..... Me parece que delira un poco.....

—Llebadme á su lado.

En la alcoba, débilmente iluminada por una lamparilla, Raimundo seguía inmóvil sobre su lecho. Las venas de su frente se hinchaban, y su rostro estaba como estallando por el esfuerzo de la fiebre. Sus labios se agitaban sin ruido, articulando palabras que no se entendían. Parecía hablar interiormente. Sus párpados estaban caídos. Por sus mejillas chorreaba el sudor. La joven, dolorosamente emocionada, se acercó al lecho. El enfermo no hizo ningún movimiento. Con la punta de sus ligeros dedos tocóle ella la muñeca, cuya arteria latía fuertemente. Raimundo abrió los ojos á aquel fresco contacto y fijó en Teresa una turbia mirada. Ella cogió entonces de encima de la mesa la poción y le hizo tomar una cucharada, levantándole con precauciones. El herido se sonrió, se tendió dulcemente y murmuró en voz baja:

—Gracias, hermana mía.

—¡Ni siquiera me ha reconocido!—dijo Teresa; y entonces, con el corazón desgarrado, porque se daba cuenta de la gravedad del peligro, perdiendo su valerosa firmeza, no pudo contener las lágrimas.

Pero no era de carácter que cediese mucho tiempo á la debilidad. Se repuso, y muy resueltamente, se ocupó con su padrino y su tía de las medidas que había que tomar para que Raimundo tuviera constantemente uno de ellos á su lado. Conviniéron en que la joven velara la primera al

herido. En la pieza vecina se quedaría á su disposición una doncella. Bernheimer se iría á su casa y volvería á las diez de la mañana, á fin de asistir á la visita de los cirujanos. Para tomar algunas fuerzas, consintió Teresa en sentarse á la mesa con su tía y Samuel. Eran las ocho y media. Su comida fué corta y triste.

A las diez, la joven estaba sola en la alcoba al pie del lecho. Había hecho una larga oración y ofrecido á Dios su vida en cambio de la de Raimundo. La primera parte de su velada pasó tranquilamente. El aspecto del herido era el mismo. Pero pronto comenzó á hablar en voz alta. La poción, administrada con regularidad, parecía no producir efecto sobre su agitación. En la obsesión del recuerdo del horrible combate, trazaba en unas cuantas breves frases las trágicas peripecias, y Teresa se estremecía como si presenciara el espantoso hecho.

De este modo supo cómo Roquiere, seguro de su destreza, tirando al sonar la señal, había abatido á su adversario. Y pudo enseguida figurarse á Ploerné, cubierto de sangre, con el brazo derecho pendiendo inerte, levantándose por un esfuerzo supremo de su voluntad. Veía revivir el drama; Raimundo cogía su pistola con la mano izquierda, avanzaba hasta su límite, y allí, formidable, creyendo morir, pero decidido á matar, metía al amante de Lydia una bala en la cabeza. Ella oía las atroces exclamaciones del herido, sus gritos de sufrimiento, su grito de triunfo. En seguida, olvidando el duelo, él no pensó más que en la que había sido la causa. Y el nombre de su mujer salía sin cesar de sus labios. En tanto la llamaba con

tierna voz, hablándola de su amor; en tanto le dirigía súplicas, reproches y amenazas.

Teresa sentíase trastornada ante aquella pasión, que parecía ser lo único que todavía retenía la vida en aquel moribundo, y que demostraba ser tan tenaz por sus debilidades como por sus violencias. Ni una vez oyó su nombre de labios de Ploerné. La había olvidado, ya no existía para él. ¡Allí no había más que Lydia, siempre Lydia! Y en el silencio de la noche, Teresa, segura de no ser vista ni oída, desahogó su corazón oprimido en desesperados sollozos. Cuando se esforzaba en recobrar la calma, ocultó el rostro en sus manos, se dejó oír la voz de Raimundo:

—¿Quién llora aquí?—preguntó sordamente.

Y miraba con los ojos fijos, tratando de penetrar la oscuridad. Teresa se levantó, y acercándose al herido, le llevó á los labios la poción que debía calmarlo. Raimundo bebió, pero cogiendo á la joven por una de sus anchas mangas, la retuvo cerca de sí, y la repitió:

—Hermana, ¿por qué lloráis?....

Teresa no contestó, temiendo, si dejaba oír su voz, turbar al herido, precipitarlo en una nueva crisis. Hizo él un esfuerzo, se incorporó lanzando un gran suspiro, y murmuró, tan bajo, que ella apenas le oyó:

—¿Qué mujer puede llorar á mi lado, á no ser Teresa?....

Con un brusco movimiento desprendióse la joven, pero al volverse presentó su rostro á la débil claridad de la lamparilla. Raimundo lanzó una exclamación, y dijo:

—¡Teresa! ¿Eres tú?.... ¡Sí, es verdad, tú puedes volver ahora que ella no está aquí! ¡Teresa!....

pobre Teresa! ¡Y he sospechado de tí, y te he atormentado!.... ¡Oh, perdóname!....

Teresa callaba, y él continuó con creciente agitación:

—¿Por qué no quieres contestarme?.... ¿Es que no eres más que un fantasma, como los que veía hace un momento ante mí?.... En todo caso, quédate.... Al menos tú no me haces daño.... Tú me compadesces.... Si quisieras hablarme, me parece que estaría más tranquilo.... Si estuvieras aquí, verdaderamente á mi lado, me parece que sufriría menos.... Eras un ángel bueno.... Y si vuelves, huirá la desgracia.... Teresa.... ten piedad.... Responde.... ¿Estás aquí, de pie delante de mi cama, ó es que sueño todavía, como hace un momento, tan dolorosamente?....

Comprendió la joven que el silencio sería más peligroso que una confesión, y poniendo su mano sobre el brazo ardoroso del herido:

—Sí, Raimundo—dijo—calmaos: soy yo. He dejado mi convento para venir á cuidaros....

—¡Tu convento!.... Yo tengo la culpa de que hayas entrado en él.... Prométeme que no volverás á él más.... Ya ves que es preciso que no me abandones.... Tú eres la única que puedes salvarme....

—No os abandonaré; descansad.... y os curaréis....

—¡Oh! curarme, acaso.... Pero olvidar.... ¡Olvídar, Teresa!.... ¡Soy tan desgraciado!

Y de sus ojos brotaron lágrimas, que secaba en seguida el fuego de sus mejillas. Con un gesto maternal le pasó la joven por la cara un lienzo perfumado, le arrojó las almohadas, y dulcemente, sonriendo:

—Es preciso dormir, para que mañana puedan felicitarme vuestros médicos.

—¿Pero te quedarás?.....

—Sí, si me obedecéis.

Raimundo no habló más, movió dos veces la cabeza, asintiendo, y al cabo de algunos instantes su respiración, más igual, anunciaba que había cedido al sueño.

Al día siguiente por la mañana, cuando Rameau y su joven colega Pelicier llegaron á la calle de Rembrandt, encontraron al herido en un estado más satisfactorio. Había desaparecido la fiebre, y las heridas presentaban un aspecto favorable.

—Esta herida del pecho, la verdad, no es tan seria como parecía—dijo Rameau.—Lo que nos dará más que hacer será la rotura de la costilla..... Pero en un hombre sano como Ploerné, la naturaleza ofrece recursos maravillosos..... En suma, todo va bien..... Todavía volveré esta noche..... Pero desde mañana creo no me necesitaréis.

Parecía como que Teresa, según había dicho Raimundo, hubiera traído la buena suerte. Al cabo de una semana de cuidados, disipóse toda inquietud completamente, y el herido comenzó á tomar fuerzas. Pero con la vida le volvían las penas. El recuerdo de su desgracia, los cuidados de su situación financiera, le perseguían. No podía hablar de ello ni á la señora de Saint-Maurice ni á Teresa. Bernheimer habría podido darle luz, pero parecía arreglárselas de modo que no estaba nunca en la alcoba sin que estuviese presente una de las dos mujeres. Al fin, no pudiendo contenerse más, Raimundo confió sus preocupaciones á la joven.

—Tengo necesidad de hablar con tu padrino—dijo.—Ha tenido la bondad de ocuparse en arre-

glar mis asuntos. Es preciso que yo sepa en qué situación está todo esto..... ¿Verdad que me comprendes? Y parece que rehuye una explicación, por el temor, sin duda, de fatigarme. Pero tú sabes que estoy en estado, ahora, de oírle y de contestarle. Como me sería difícil abordar este asunto delante de mi tía, que podía afligirse, hazme el favor de llevártela, con cualquier pretexto, cuando venga Bernheimer. Así que haya liquidado este asunto, estaré tranquilo.

Teresa, que no sabía rehusarle nada, prometió hacer lo que le pedía, y aquella misma tarde llevó á cabo la pequeña maniobra proyectada. Samuel tuvo que quedarse frente á frente de Ploerné, y preguntado vivamente, se vió obligado á contestar sin rodeos:

—Yo quería aplazar esta conversación hasta que estuviéseis completamente curado—dijo á su amigo;—pero, puesto que tenéis tanta prisa, me resigno. Hablemos.

—¿Cómo está mi liquidación?

—Terminada.

—¿En qué condiciones?

—Lo habéis pagado todo..... Y os quedan veinte mil francos de renta.

—¿Cómo puede quedarme algo?..... Me había comprometido hasta más allá de lo que consentían mis recursos, ¿y no he perdido más que la mitad de mi capital?

—Eso es el resultado de mi industria.

—Explicaos.

—Queréis saberlo todo?..... ¿Para qué? Contentaos con lo que os digo..... No conocéis los negocios, bien lo habéis probado..... Os han robado cuatro millones, como si os los hubieran sa-

cado del bolsillo..... He podido recogeros otros cuatro, sin los cuales os habrían ejecutado en la Bolsa, si yo no me hubiera puesto por enmedio..... Salís del *Comptoir* desnudo completamente, pero con más honra todavía, si es posible, que antes de entrar en él..... Porque habéis cumplido vuestros compromisos aún más de lo que era justo..... ¿Qué más queréis saber?

—¿Qué hay de la responsabilidad del Consejo de administración?

—Está puesta á salvo..... Sólo los gerentes y ese tunante de Herzog han sido detenidos..... Pero no os preocupéis por ellos..... Son listos, y ya sabrán salir del asunto.

—¿Y á quién pertenece esta casa en que estamos?

—A vuestra suegra, por quien la he hecho comprar..... De modo que podéis restableceros tranquilamente..... No hay peligro de que os echen.

—¿Cómo podré pagaros todo lo que habéis hecho por mí?

La frente de Samuel se llenó de sombras.

—No hablemos jamás de reconocimiento— dijo.—Nada me debéis. Yo soy, al contrario, quien estoy en deuda con vos..... Tengo muchos reproches que hacerme..... Sí, no he obrado siempre de la mejor manera para vuestros intereses..... Estaba bajo el dominio de otra persona muy hábil, cuyas astucias no había adivinado todavía, ni penetrado sus verdaderos sentimientos..... He contribuido á haceros daño..... ¡Oh, muy inocentemente!..... Pero el resultado es el mismo..... ¡Y bien desastroso!..... Me acuso, pues, y lo expío bien cruelmente..... Esto es bien triste á mi edad

y con mi experiencia; estaba cautivado, embriagado, había abdicado toda voluntad, perdido toda prudencia..... He tenido muy malos pensamientos..... Os suplico que me los perdonéis, Raimundo.

El herido le había escuchado sin interrumpirle, absorto en profundas meditaciones. Cerró los párpados, se pasó la mano por la frente, como para alejar una imagen importuna, y con voz alterada:

—¿Qué tengo que perdonaros? ¿No soy tan culpable, no he sido tan débil como vos? Sé bien la fascinación que ejercía sobre el alma y sobre el corazón..... He sido una víctima como tantos otros..... Vos al menos habéis tenido el mérito de ver claro en el momento crítico..... Yo he sido ciego hasta el fin.

Callóse un momento; luego añadió en tono más bajo, como si le diera vergüenza:

—¿Sabéis qué ha sido de ella?

—Sí—respondió Bernheimer, vacilando y como á la fuerza.

—¡Oh! Habladme francamente..... Abordo este asunto con tanta repugnancia como vos, por la primera y última vez..... Así, hablemos hoy todo lo que haya que hablar.....

—Pues bien: al salir de París se fué á Niza..... De aquí á Florencia..... Ahora está en Nápoles.

—¿Sola?

—Con la mulata, que partió con ella.

—Hacéis como que no me entendéis..... Os pregunto si está sola.....

—Sí.

—¿De qué recursos dispone? Durante nuestra terrible explicación, me declaró que había jugado con fortuna. ¿Es verdad esto? No me puede con-

venir dejarla sin dinero: esto sería preparar excusas á su mala conducta.

—¡Tranquilizaos!—exclamó vivamente Bernheimer.—¡Es más rica que vos!

—Eso es lo que yo deseaba. Otra pregunta y nada más: ¿Sigue llevando mi nombre?

—No. Se hace llamar la condesa de Saint-Maurice.

—¡Está bien!

Tendió la mano á Bernheimer, y, con un leal apretón, aquellos dos hombres sellaron la más leal amistad.

Algunos días después pudo Raimundo levantarse y pasar el día en una butaca. Para Teresa fué una gran alegría verle, con el brazo en cabestrillo, todavía pálido, muy débil, pero en pie. Ingenióse de cien maneras para distraerle de sus sombrías preocupaciones, y con frecuencia lo consiguió. Desaparecida Lydia encontrábase lo mismo que otras veces. Ella, con su delicada ternura, alejaba del espíritu de Raimundo las malas impresiones. La señora de Saint-Maurice, sobreexcitada al principio por la emoción, cayó enseguida en un profundo abatimiento. Jamás hablaba de su hija, vivía sin salir de sus habitaciones, y no se animaba un poco nada más que cuando Teresa estaba á su lado. La joven repartía su tiempo entre su herido y su enferma, yendo del uno al otro con una actividad inteligente y una igualdad de sonriente humor que jamás se desmintieron. Bernheimer decía admirado:

—Nunca has sido tan hermana de la caridad como después de tu salida del convento.

Y como se había quitado su hábito gris y vuel-

to á vestir los trajes de antes de su noviciado, el banquero añadía riendo:

—¡Eres un ángel secularizado!

Sin embargo, Teresa no renunciaba á sus proyectos de clausura; y cuando Raimundo, al cabo de cuarenta días estuvo completamente curado, manifestó con mucha claridad su intención de volver al convento.

—Ya no tengo nada que hacer aquí ahora—dijo á Bernheimer.—Mientras que Raimundo ha tenido necesidad de cuidados, mi presencia podía explicarse; pero á partir de hoy, no se podrá comprender.

—Pero tu pobre tía, que está tan débil....

—Su vida no corre ningún peligro....

—Tu compañía es para ella un socorro moral inapreciable.

Todo lo que su padrino la dijo, y la tesis era fácil de sostener, la encontró inquebrantable. Estaba decidida á dejar el hotel de la calle de Rembrandt, y lo dejaría. Samuel no opuso ninguna resistencia. No se sentía con fuerzas para luchar con aquella dulce terquedad. Fué á buscar á Raimundo y le enteró de la resolución de Teresa.

—Lo que me anunciáis no me asombra—dijo Ploerné—porque lo esperaba. Vos no comprendéis la determinación tomada por vuestra ahijada, y, sin embargo, es muy sencilla. Obra como debe obrar. Pero dejad á mi cargo el hacerla cambiar de propósito.

—¿Cómo lo conseguiréis?

—Yo la demostraré que cumplirá un deber quedándose.

Aquella misma noche, después de la comida, cuando la señora de Saint-Maurice se fué á sus ha-

bitaciones, Raimundo, que se había quedado sólo con Teresa en el salón, se levantó y dijo:

—Hace una noche muy hermosa; ¿quieres que bajemos al jardín?

Teresa se echó una toquilla de blondas sobre la cabeza y una manteleta sobre los hombros, y bajaron. La primavera, muy precoz, había traído ya fuertes calores. Estaban á fines de Abril, y la temperatura era suave como en verano. Pasearon durante algunos minutos á lo largo de los macizos de lilas que se extendían entre los muros de los hoteles vecinos. Las estrellas resplandecían en el cielo, y un delicioso olor embalsamaba el aire.

—¿Quieres que nos sentemos?—preguntó Raimundo.

—Todavía no estáis muy fuerte—dijo Teresa sonriendo—y queréis hacer demasiado de una vez.

—No. Estoy completamente bien. Pero tengo deseos de hablar contigo de cosas serias, y creo que lo mejor es que nos sentemos..... Por otra parte, ¿no te recuerda nada esta conversación, de noche, en el jardín?

—Sí, me recuerda la conversación que tuvimos cuando antes de la llegada de mi tía quise entrar en un convento.

—Tienes buena memoria. Pues bien, querida mía, la situación es la misma. Tú quieres otra vez ir á un convento y yo quisiera impedirtelo.

—Eso es imposible.

—¿Y por qué?

—Ya he dicho que no á mi padrino.

—Tu padrino ignora las resoluciones que he tomado y que debo hacerte conocer. Voy á partir, Teresa; en París me sería imposible la existencia; no tengo los recursos necesarios para vivir como

antes; y por otra parte, siento la necesidad de emigrar; aquí he sido muy desgraciado. Si dejas la casa, nuestra tía quedará abandonada, y ya sabes que tiene necesidad de cuidados y de cariño..... Tú sola puedes velar sobre ella y amarla, puesto que la que debía cumplir este deber la ha abandonado..... ¿Quieres concederme también esto, mi querida Teresa? Ya sé que te pido un nuevo sacrificio, después de tantos otros que has hecho con verdadero heroísmo. ¡Oh! Ya lo ves, se exige mucho y siempre de los que son buenos..... Pero en éstos es virtud no resistir nunca á un llamamiento hecho á su generosidad.

Teresa inclinó la frente y no contestó. Reflexionaba, sumida en dolorosas meditaciones. Escuchando á Raimundo había visto evocarse ante ella el pasado: sus tristezas, sus celos, su desesperación, todo lo que había sufrido por el amor del que estaba allí, á su lado, y que podía disponer de su vida. Jamás, desde que la mala mujer se apareció ante sus ojos, había sentido el alma tan tranquila, tan serena, tan dichosa. Había salvado otras veces á Raimundo, reemplazando á Lydia en la infamia: acababa de salvarle ahora otra vez sustituyendo á Lydia por su sacrificio. Por aquel hombre, amado tan apasionadamente en el secreto de su pensamiento, había hecho todo lo que era humanamente posible, y tenía la inmensa alegría de oírle que le daba las gracias. Esto fué para aquel corazón delicado un momento de triunfo delicioso. Y vertió lágrimas que corrieron por sus mejillas, brillando en la obscuridad, como dos surcos de plata.

—¿Lloras, Teresa?—dijo Raimundo—cogiéndola las manos.

—Dejadlo, esto me hace mucho bien.

El la miraba, y le venían á la memoria las palabras de Lydia en su terrible y última contestación: «Teresa no ha dejado de amarnos nunca.» Admiraba el digno aspecto de la joven, y pensaba con dolor: «He pasado al lado de la dicha sin verla. Esta era la que debí escoger. A ésta á quien debí tender la mano. Pero no tuve ojos más que para la otra, ni pensé más que en la posesión de la otra. Y ahora no hay remedio posible. Estoy ligado á esa infame, y Teresa está separada de mí para siempre.»

La voz de la joven interrumpió sus meditaciones.

—Haré lo que deseáis—dijo.—Renunciaré á entrar en el convento, y viviré al lado de mi tía.... Sin embargo, si..... la que se ha marchado volvierá, consentid en devolverme mi libertad.... Porque me sería verdaderamente muy penoso volver á encontrarme en su presencia.

—Sí, si ella vuelve, quedarás en libertad.... Pero no volverá nunca.

Teresa movió la cabeza con aire de inquieta duda, y después, levantándose:

—Es muy tarde; volvamos á casa.

Y siguiendo la calle del jardín que las lilas, reanimadas por la frescura de la noche, embalsamaban, entraron en la casa.

Raimundo viajaba dos años después. Aquel marino que había recorrido todos los mares y visitado todos los lejanos países, conocía mal la Europa. Había navegado por todas sus costas y fondeado en todos sus puertos; pero no conocía el interior. Comenzó por España, pasó á Marruecos, y

de aquí á la Argelia. Después de una excursión hasta el Figuiç, se dirigió hacia Constantina y Túnez. Dejó á un lado Italia, donde temía encontrarse con Lydia, atravesó Grecia, y por el Mar Negro subió á Rusia. Residió sucesivamente en Suecia, en Alemania, y últimamente se fijó en Inglaterra, donde tenía poderosas relaciones. Vivía modestamente en un hotel, rehusando la hospitalidad que se le ofrecía. Necesitaba la soledad. Tenía horas de profunda melancolía. Únicamente conseguían serenarle las cartas de Bernheimer, que le enviaba con mucha regularidad noticias de París. Siempre, y muy ingeniosamente, el buen Sam encontraba medio de contarle lo que hacía y pensaba Teresa. La joven no había escrito nunca á Raimundo, y sin embargo, estaba informado de todo lo que la concernía.

La existencia de la joven se deslizaba siempre regular y monótona, al lado de su tía, siempre quejumbrosa. Su única distracción era un paseo de dos horas en carruaje con la anciana señora. Iban al Bosque, se detenían en el paseo de la Reina Margarita, para no encontrarse entre el movimiento mundano del paseo de las Acacias, paseaban á pie cuando el tiempo lo permitía, subían otra vez al carruaje y volvían á casa. Cuando iba Bernheimer, Teresa hablaba de Raimundo á su padrino. Este era su único placer.

Así, entre aquellos dos seres separados por la fatalidad de la vida, Samuel servía de lazo de unión y se empleaba en ello con cuidado. Se daba perfectamente cuenta del trabajo que se operaba en el espíritu del conde. Para el leal Ploerné, el amor no podía existir sin estimación. Y de la misma manera que un fruto podrido se desprende

del árbol, se había desprendido de su corazón el amor por Lydia. Cuanto á los sentimientos de su abijada, Bernheimer los conocía. Le dolía ver á aquellos dos jóvenes sufrir uno lejos del otro, y buscaba la manera de reunirlos. Pero tropezaba con obstáculos insuperables. Un día dijo á Teresa:

—No comprendo cómo Raimundo no trata de recobrar su libertad.

Teresa alzó la cabeza, pero guardó silencio.

—¿Qué es lo que debe á esa funanta, en suma? ¿Por qué no divorciarse?

—¿Y eso de qué serviría?—dijo la joven con tranquilidad.—La libertad que con eso encontrara sería una libertad ficticia. Quedaría desligado legalmente, pero siempre subsistiría el lazo moral. Para los que creen en la eternidad de los lazos contraídos por el matrimonio, es inútil el divorcio.

—¿De modo que, según tú, sólo la muerte de su mujer puede devolverle la libertad?....—dijo Samuel con un suspiro.—Entonces hay probabilidades de que arrastre su cadena hasta su último día.... ¡Porque todas las picaras tienen una salud de hierro! Es verdad que en Italia hace mucho viento, que se construye mal.... y, ¡qué demonio! una buena chimenea sobre la cabeza....

—Yo rezo todos los días porque viva y se arrepienta—dijo sencillamente Teresa.

—¡Bravo!—exclamó Bernheimer.

Desde aquél día, Samuel no buscó ya más que una solución natural á la triste situación que hacía sufrir silenciosamente á Teresa y á Raimundo; y en el secreto de su pensamiento, le sucedía con frecuencia dirigir invocaciones á una vaga providencia distribuidora de los naufragios, de los incendios y de los accidentes en los ferrocarriles.

Comenzaba el tercer año de su destierro, y Raimundo volvía de cazar con lord Fitz-Gerald, en los alrededores de Inverness, cuando al llegar á su casa, en Londres, encontró sobre su mesa las cartas que esperaba hacía más de una semana. Un gran sobre, con letra de Bernheimer, atrajo sus miradas. Lo cogió antes que los demás y lo abrió. Contenía una carta y un recorte de periódico. Comenzó la lectura de la carta, pero á las primeras palabras palideció, turbóse su vista, y le pareció que todo en derredor suyo se volvía negro. Se pasó la mano por los ojos y leyó en alta voz, como si quisiera convencerse de que no se engañaba: «Mi querido Raimundo: Tengo que comunicaros una triste noticia que me ha enviado mi correspondiente de Nápoles y que concierne á vuestra mujer. Atacada por la fiebre tifoidea hace un mes, ha sucumbido la semana última. El *Corriere de Napoli*, del cual os envío un recorte, os dará más detalles....»

Dejó caer la carta, y con mano temblorosa desdobló el pedazo de periódico. Era una simple noticia enfática sobre la muerte de aquella encantadora francesa, que había sido durante dos años, en Nápoles, el encanto de los ojos.... La implacable enfermedad, á pesar de los apasionados cuidados del príncipe D...., había destruido á aquella adorable criatura.... Detalle conmovedor: «Una mulata que la había criado y que no la abandonaba nunca, no pudo soportar el dolor de su pérdida y fué encontrada al día siguiente muerta al lado del ataúd.»

Sentóse Raimundo y estuvo reflexionando hasta la noche. Su criado, al entrar en el cuarto, inquieto por no haberle visto salir para comer, le encontró

con la frente apoyada en la mano, entregado á una dolorosa meditación. Vuelto en sí, el conde cogió otra vez la carta de Bernheimer, cuya lectura no había continuado: «Conozco demasiado vuestro corazón, proseguía Samuel, para dudar de que experimentaréis un sincero dolor. La habéis amado ardientemente, y por grandes, por repetidas que hayan sido sus faltas, era una mujer adorable, para la que su gracia y su belleza hacían ¡oh! fácil la indulgencia. Os había hecho sufrir mucho, pero estoy seguro de que experimentaréis por ella más piedad que cólera. Al leer mi carta, lloraréis; yo también he llorado al saber su muerte. La señora de Saint-Maurice ha soportado este golpe mejor de lo que yo había pensado. Es cierto que Teresa, en estos tristes días, ha observado una conducta admirable en actos y en palabras, y ha sabido imponer la resignación á aquella para quien es, hace dos años, una verdadera hija. Y ahora, mi querido amigo, ¿no pensáis que vuestro destierro ha durado bastante? El destino ¿no os marca claramente su fin? ¿No creéis que debéis á Teresa una reparación de lo que ha sufrido por todos nosotros? Si en el mundo hay justicia, ella tiene derecho á ser al fin recompensada. Ya sabéis que es bastante animosa para continuar soportando su ruda prueba y para probarnos que hay ángeles en el cielo, puesto que se los puede encontrar en la tierra. Pero vos, que con una palabra la recompensaríais tan bien de todo lo que ha sufrido hasta aquí, ¿persistiréis en callaros? Habéis pasado, vos mismo me lo habéis dicho, al lado de la dicha; pero más feliz que otros, la dicha os ha esperado y os sigue esperando. No tenéis más que alargar la mano para cogerla. Si estáis decidido á ello, contestadme una pa-

labra, una sola, y yo sabré lo que hay que decir á Teresa. Si no, adiós, y no volváis jamás.»

Raimundo permaneció un instante inmóvil, pensativo, en las sombras que caían. Parecíale ver en las lejanías de su pensamiento una figura pálida, iluminada por ojos negros, y cuyos labios adorables, sonriendo tristemente, murmuraban: «¿Qué? ¿Tú también vas á ser infiel?.... ¿No seré yo la única que haya recibido tu juramento?.... ¿Por qué me has reprochado ser tornadiza, puesto que tú puedes ser olvidadizo? ¿No temes que yo aparezca entre tu nueva compañera y tú? ¿No recordarás siempre la dulzura de mis besos, la languidez de mis miradas? ¿No he entrado yo en tu ser para toda la vida?»

Y la seductora visión se aproximaba casi hasta tocarle; respiraba su embriagador perfume y admiraba su voluptuosa palidez. Raimundo hizo, para rechazar la peligrosa aparición, un gesto que rompió el encanto. En lugar de una figura adorable, ya no vió más que una máscara gesticulante, exacta semejanza de Lydia, tal como la había visto por última vez. Le dió horror. Y en seguida evocó en su lugar la suave y angélica figura de Teresa.

Entonces no dudó más; y tranquila su conciencia, seguro de su corazón, escribió á Bernheimer esta sola palabra: «Vuelvo.»

FIN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS EN PREPARACIÓN

BIBLIOTECA INTERNACIONAL

DE

PSICOLOGÍA EXPERIMENTAL

NORMAL Y PATOLÓGICA

PRECIO DE CADA TOMO: 4 PESETAS

Tomos publicados:

- Cuyer.**—LA MÍMICA. Traducción de *Alejandro Miquis*. Con 75 figuras. Madrid, 1906.
- Dugas.**—LA IMAGINACIÓN. Traducción del Dr. César Juarros. Madrid, 1905.
- Duprat.**—LA MORAL. Fundamentos psico-sociológicos de una conducta racional. Traducción de Ricardo Rubio. Madrid, 1905.
- Grasset.**—EL HIPNOTISMO Y LA SUGESTIÓN. Traducido por Eduardo García del Real. Con figuras. Madrid, 1906.
- Malapert.**—EL CARÁCTER. Traducido por José María González. Madrid, 1905.
- Marchand.**—EL GUSTO. Traducción de Alejo García Góngora, con 33 figuras. Madrid, 1906.
- Nuel.**—LA VISIÓN. Traducido por el Dr. Víctor Martín. Con 22 figuras. Madrid, 1905.
- Paulhan.**—LA VOLUNTAD. Traducción de Ricardo Rubio. Madrid, 1905.
- Sergi.**—LAS EMOCIONES. Traducido por Julián Besteiro. Con figuras. Madrid, 1906.
- Toulouse.**—TÉCNICA DE PSICOLOGÍA EXPERIMENTAL. (Examen de sujetos.) Traducción de Ricardo Rubio. Madrid, 1906.
- Van Biervliet.**—LA MEMORIA. Traducido por Martín Navarro. Madrid, 1905.
- Vigorous y Juquellier.**—EL CONTAGIO MENTAL. Traducción del Dr. César Juarros. Madrid, 1906.
- Woodworth.**—EL MOVIMIENTO. Traducción de Domingo Vaca. Madrid, 1907.

Se publican estos volúmenes en tomos de 350 á 500 páginas, tamaño 19 x 12 centímetros, con ó sin figuras en el texto.

- Bonnier.**—LA AUDICIÓN.
- Pitres y Régis.**—LAS OBSESIONES Y LOS IMPULSOS.
- Claparede.**—LA ASOCIACIÓN DE LAS IDEAS.
- Pillsbury.**—LA ATENCIÓN.
- Marie.**—LAS DEMENCIAS.

EXTRACTO DEL CATÁLOGO

LITERATURA

- ALAS (Leopoldo). — «Cuentos morales». En 8.º, 4 pesetas.
 — «Doña Berta». — «Cueryo». — «Superchería» (novelas). En 8.º, 3 pesetas.
 — «Solos de Clarín». Con un prólogo de D. José Echegaray. Nueva edición, ilustrada por Angel Pons. En 8.º, 4 pesetas.
 — «El Señor, y lo demás, son cuentos». En 8.º, 3 pesetas.
 — «Ensayos y Revistas (1888-1892)». En 8.º, 3,50 pesetas.
 — «Pipa» (novelas cortas). En 8.º, 4 pesetas.
 — «Siglo pasado» (crítica). En 8.º, 3 pesetas.
 — «Nueva campaña (1885-1886)», por Clarín. Crítica y sátira. En 8.º, 3,50 pesetas.
 AMICIS (Edmundo de). — «Infortunios y amor.» (La novela de un maestro.) Versión castellana de Antonio Sánchez Pérez. En 8.º, 4 pesetas.
 — «Combates y aventuras.» (La novela de un maestro.) Versión española de Antonio Sánchez Pérez. En 8.º, 4 pesetas.
 BARCIA (Roque). — «El evangelio del pueblo.» En 8.º, 1 peseta.
 — «Catón político.» Con un prólogo de D. Emilio Castelar. En 8.º, 2 pesetas.
 CÁVIA (Mariano de). — «Salpicón.» Dibujos de Angel Pons. En 8.º, 3,50 pesetas.
 — «Azotes y galeras.» Dibujos de Angel Pons. En 8.º, 3,50 pesetas.

- DAUDET (Alfonso). — «El académico.» (L'immortel.) Traducción de Carlos Malagarriga. En 8.º, 3,50 pesetas.
 FRONTAURA (Carlos). — «Documentos humanos.» (Gente que anda por ahí.) En 8.º, con dibujos de Angel Pons, 3,50 pesetas.
 HOLTZENDORFF (F. von). — «Principios de política.» Introducción al estudio de la ciencia política contemporánea, versión española con autorización y concurso del autor, aumentada con notas críticas y un estudio preliminar por Adolfo Buylla y Adolfo Posada. En 4.º, 8 pesetas.
 LASERNA (José de). — «Prosa ligera.» Dibujos de Angel Pons. En 8.º, 3,50 pesetas.
 LÓPEZ-BAGO (Eduardo). — «La torería. Luis Martínez, el espada. (En la plaza)» Novela social. En 8.º, 3 pesetas.
 MARTINELLI (Oscar). — «Gran colección de juegos de prendas, de sociedad y tertulia, que comprende juegos de salón, de jardín, etc., etc. En 8.º, 2 pesetas.
 MATOSES (Manuel) (*Andrés Corzuela*). — «Danza de monos.» Dibujos de Angel Pons. En 8.º, 3,50 pesetas.
 MAUCLAIR (Camille). — «Las madres sociales.» Versión castellana de Ruiz Contreras. En 8.º, 3,50 pesetas.
 MAUPASSANT (Guy de). — El

- señor Parent. Con 54 dibujos. En 8.º, 3,50 pesetas.
 — Rollo de manteca. Con 65 grabados. En 8.º, 3,50 pesetas.
 — Las hermanas Rondoli. Con 46 grabados. En 8.º, 3,50 pesetas.
 — El doncel de la señora Husson. Con 55 grabados. En 8.º, 3,50 pesetas.
 — El Horla. Con 66 grabados. En 8.º, 3,50 pesetas.
 — Cuentos del día y de la noche. Con 53 grabados. En 8.º, 3,50 pesetas.
 — Claror de luna. Con 82 grabados. En 8.º, 3,50 pesetas.
 — El viejo Milón. Con profusión de grabados. En 8.º, 3,50 pesetas.
 — Los domingos de un burgués de París. Con 65 grabados. En 8.º, 3,50 pesetas.
 — El Buhonero. Con profusión de grabados. En 8.º, 3,50 pesetas.
 — Antón. Con 55 grabados. En 8.º, 3,50 pesetas.
 — La mano izquierda. Con grabados. En 8.º, 3,50 pesetas.
 — Las Termas de Monte Oriol. Versión española por Eugenio de Olavarria y Huarte. En 8.º, 2,50 pesetas.
 MILLÁN (Pascual). — La escuela de tauromaquia de Sevilla y el toreo moderno. Prólogo de Carmena y carta de *Lagartijo*. En 8.º, 3 pesetas.
 ORTEGA MUNILLA (José). — «Viajes de un cronista.» Dibujos de Angel Pons. En 8.º, 3,50 pesetas.
 PALACIO (Eduardo del). — «Cuadros vivos (á pluma y á pelo).» Con dibujos de Angel Pons. En 8.º, 3,50 pesetas.
 PÉREZ ZÚNIGA (Juan). — «Cuentos embolados.» (Denominados así porque no se les ve la punta.) Con dibujos de *Zuñiguita*. En 8.º, 2 pesetas.
 PONS (Angel). — «Notas alegres (dibujos).» En 8.º, 3,50 pesetas.
 — «Historietas» (ilustradas). En 8.º, 3,50 pesetas.
 RACHILDE. — «La Hermética.» (La Jongleuse.) Versión castellana de Ruiz Contreras. En 8.º, 3,50 pesetas.
 RESASCO (F.). — «En las riberas del Plata.» Versión castellana de Antonio Sánchez Pérez. Dos tomos en 8.º, 7 pesetas.
 SEPÚLVEDA (Ricardo). — «Antiguallas. Crónicas, descripciones y costumbres españolas en los siglos pasados.» En 8.º mayor. Madrid, 1898, 8 pesetas.
 «SOBAQUILLO». — «De pitón á pitón.» Prólogo de Mariano de Cavia. Dibujos de Angel Pons. En 8.º, 3,50 pesetas.
 WILLY. — «El zorro enamorado» (novela). Versión castellana de Luis Ruiz Contreras. En 8.º, 3,50 pesetas.

OBRAS DE FONDO

TOMOS EN 8.º

- Altamira.**—Cuestiones modernas de Historia, 3 pesetas.
Arreat.—La moral en el drama, en la epopeya y en la novela, 2,50.
Baldwin.—Historia del alma, 4.
Bocerro de Bengoa.—La enseñanza en el siglo XX, 5.
Bergson.—Materia y memoria, 3,50.
Binet.—Introducción a la Psicología experimental, 2.ª edición, 2,50.
 Psicología del razonamiento, 2,50.
 El fetichismo en el amor, 3.
Bray.—Lo bello, 3,50.
Bunge.—Principios de Psicología individual y social, 2,50.
 La Educación.—Evolución de la Educación, 2,50.
 La Educación.—La educación contemporánea, 4.
 La Educación.—Educación de los degenerados.—Teoría de la Educación, 2,50.
Bureau.—El contrato colectivo del trabajo, 4.
Cubas.—Mitología popular, 4.
Delboeuf.—El dormir y el soñar, 3.
Féré.—Sensación y movimiento, 2,50.
 Degeneración y criminalidad, 2,50.
Ferrière.—Los mitos de la Biblia, 4.
 Errores científicos de la Biblia, 4.
Fouillée.—La moral, el arte y la religión, según Guyau, 4.
Fleury.—El cuerpo y el alma del niño, 3 pesetas.
Gauckler.—Lo bello y su historia, 2,50.
González Serrano.—Psicología del amor, 2,50.
 Pequeñeces de los grandes. Un folleto, 0,50.
Grasserle.—Psicología de las religiones, 4.
Guyau.—Génesis de la idea de tiempo, 2,50.
 Los problemas de la estética contemporánea, 4.
Janet.—Los orígenes del socialismo contemporáneo, 2,50.
Kergomard.—La educación maternal. Dos tomos, 7 pesetas.
Lagrange.—La higiene del ejercicio en los niños y los jóvenes, 3.
Le Bon (Gustavo).—Psicología de las multitudes, 2,50.
Levéque.—El Espiritualismo en el Arte, 2,50.
Max Nordau.—Psico-fisiología del Genio y del Talento, 2,50.
Mercier.—La filosofía en el siglo XIX, 2,50.

- Payot.**—La Grecia, 2,50.
Posada.—Política y enseñanza, 2,50.
 Teorías políticas, 2,50.
Ribot.—Las enfermedades de la voluntad, 2.ª edición, 2,50.
 La lógica de los sentimientos, 2,50.
Ruskin.—Munera Pulveris (sobre Economía Política), 2,50.
Sollier.—El problema de la memoria, 3,50.
Spir.—La norma mental, 2,50.
Taine.—La inteligencia. Dos tomos, 9.
Tardieu.—El aburrimiento, 4.
Thomas.—La educación de los sentimientos, 4.
Tissié.—Los sueños, 3.
Varigny.—La naturaleza y la vida, 4.
Wagner.—Juventud, 3,50.
 La vida sencilla, 2,50.

TOMOS EN 4.º

- Bourdeau.**—El problema de la muerte, 5 pesetas.
 El problema de la vida, 5.
Compayré.—La evolución intelectual y moral del niño, 7.
Fouillée.—Temperamento y carácter, 6.
 Bosquejo psicológico de los pueblos europeos, 10.
Guido Villa.—La psicología contemporánea, 10.
 El idealismo moderno, 5.
Guyau.—El arte desde el punto de vista sociológico, 7.
 La irreligión del porvenir, 7.
Hoffding.—Bosquejo de una Psicología, basada en la experiencia, 3.
 Historia de la Filosofía moderna. Dos tomos, 18 pesetas.
Lagrange.—Fisiología de los ejercicios corporales, 5.
Lange.—Historia del materialismo. Dos tomos, 16.
Laple.—Lógica de la voluntad, 5.
Le Bon (Gustavo).—Psicología del socialismo, 7.
Lollée.—Historia de las literaturas comparadas, 6.
Max Nordau.—Degeneración. Dos tomos, 12.
Payot.—La educación de la voluntad, 3.ª edición, 4.
Ribot.—La herencia psicológica, 7.
 La psicología de los sentimientos, 3.
 Ensayo acerca de la imaginación creadora, 6.
Romanes.—La evolución mental en el hombre, 7 pesetas.
Tarde.—Las leyes de la imitación, 7.

ANIL
 NOMIA DE NUEVO LEÓN
 DE BIBLIOTECAS

